

Si muere,
la verdad
muere
con ella

sadie

courtney
summers

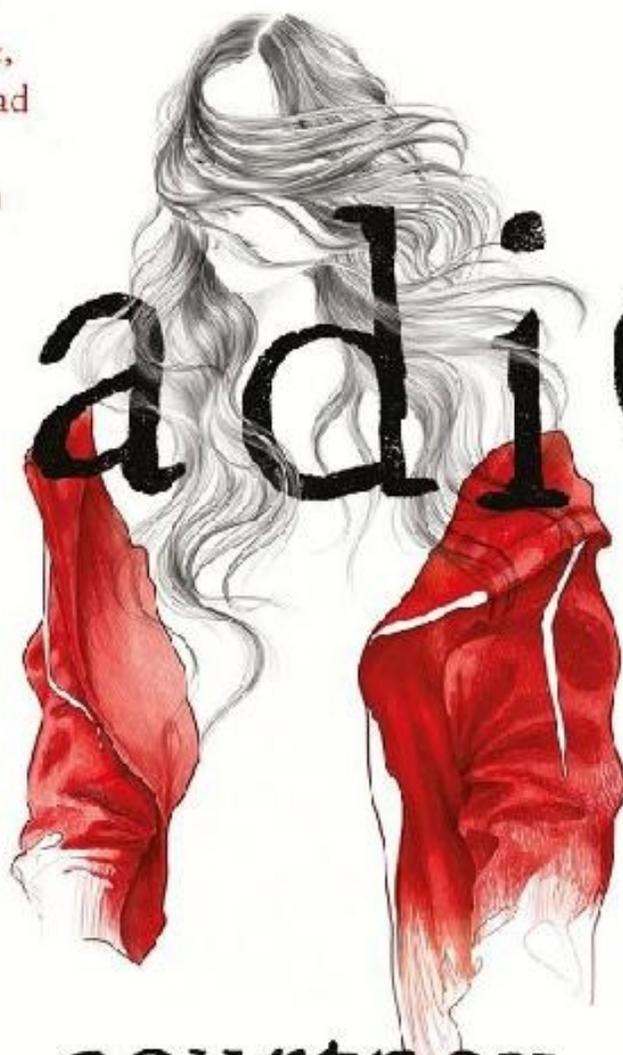
Best seller de The New York Times

D.J.57



Si muere,
la verdad
muere
con ella

sadie



courtney
summers

Best seller de *The New York Times*

sadie

“Una lectura inquietante, desgarradora y con un realismo implacable”

—Verónica Roth, autora de *Divergent* y *Las marcas de la muerte*.

Si quiere justicia,
deberá conseguirla
con sus propias
manos.

sadie

courtney
summers

Traducción: Ana María Pérez



A mis abuelas, Marion LaVallee y Lucy Summers, por su amor y su apoyo inquebrantables.

DANNY GILCHRIST:

Es un día hermoso en la ciudad. Ha salido el sol, no hay una sola nube en el cielo. Comí un almuerzo abundante en Central Park: un shawarma de pollo de *The Shawarma Stop* que nuestros oyentes nos recomendaron insistentemente luego del episodio de la semana pasada sobre los secretos mejor guardados de la ciudad de Nueva York. Gracias por la recomendación, chicos. Estaba muy bueno, puede que también sea mi cena. Desde WNRK Nueva York, soy Danny Gilchrist y están escuchando *Siempre ahí fuera*.

Hoy haremos algo nuevo, algo grande. Hoy adelantaremos su episodio programado de *Siempre ahí fuera* para lanzar el primer capítulo de nuestra serie de podcasts, *Las Chicas*. Si quieren saber más, pueden descargar los ocho episodios –así es, la temporada completa– en nuestro sitio web. Estamos seguros de que querrán escuchar más.

Las Chicas está creada y presentada por uno de nuestros más antiguos productores, West McCray. Explora lo que sucede cuando un crimen devastador revela un misterio más profundo y perturbador. Es una historia sobre una familia, sobre hermanas y las historias no contadas de un pequeño pueblo de Estados Unidos. Nos muestra hasta dónde podemos llegar para proteger a los que amamos... y el precio alto que debemos pagar cuando no podemos hacerlo.

Y al igual que la mayoría de las historias, esta comienza con una chica muerta.

LAS CHICAS

EPISODIO 1

[CANCIÓN DE APERTURA DE LAS CHICAS]

WEST McCRAY:

Bienvenidos a Cold Creek, Colorado. Población: ochocientos.

Hagan una búsqueda de imágenes en Google y verán su calle principal, el pequeño corazón latente de ese mundo diminuto, y además encontrarán cada uno de sus edificios vacíos o tapiados. Los afortunados de Cold Creek con empleo remunerado trabajan en la tienda local de comestibles, la gasolinera y algunos pocos negocios a lo largo de la carretera. El resto tiene que buscar oportunidades para ellos, o sus hijos, a uno o dos pueblos de distancia. Las escuelas más cercanas están a cuarenta minutos, en Parkdale. Allí aceptan alumnos de otros tres pueblos más.

Más allá de su calle principal, Cold Creek se extiende con casas de *Monopoly* deterioradas y astilladas que ya no tienen lugar en el tablero. Desde allí se extiende una especie de desierto rural. La autopista de salida está interrumpida por venas de caminos de tierra que conducen a ninguna parte, tanto a casas en ruinas como a lotes de caravanas aun en peores condiciones. Durante el verano, un autobús de comida viene con almuerzos gratis para los más pequeños hasta que el ciclo escolar se reanuda, garantizando al menos dos comidas subsidiadas al día.

El silencio es sorprendente si has vivido toda tu vida en la ciudad, como es mi caso. Cold Creek está rodeada por una expansión hermosa e ininterrumpida de tierra y cielo que parece no tener fin. Sus atardeceres son deslumbrantes: dorados y naranjas vibrantes, rosados y púrpuras, una belleza natural que no se ve arruinada por el insulto de los rascacielos. La gran cantidad de espacio es humillante, casi divina. Es difícil imaginar que alguien pueda sentirse *atrapado*.

Pero la mayoría de la gente de aquí se siente de esa forma.

RESIDENTE DE COLD CREEK [FEMENINO]:

Vives en Cold Creek porque has nacido aquí y si has nacido aquí, probablemente nunca puedas largarte.

WEST McCRAY:

Eso no es del todo cierto. Ha habido algunas historias de éxitos, unos pocos que se graduaron de la universidad y pudieron mudarse con trabajos bien pagados, aunque tienden a ser la excepción y no la regla. La calidad de vida de Cold Creek es aquella que nos enseñan a evitar a quienes

nacemos con el suficiente privilegio como para tener opción.

Aquí todos trabajan tan arduamente para cuidar de sus familias y mantenerse a flote que, si gastaran el tiempo en los dramas, escándalos y pleitos personales que aparentemente son característicos de los pueblos pequeños en el imaginario de nuestra nación, no podrían sobrevivir. Eso no quiere decir que no exista el drama, los escándalos o los pleitos, solo que, en general, los residentes de Cold Creek no pueden darse el lujo de preocuparse por esas cosas.

Hasta que *eso* ocurrió.

Los restos de una pequeña escuela de finales de siglo abandonada se hallan a tres kilómetros de las afueras del pueblo, consumida por el fuego. El tejado se ha derrumbado y lo que queda de lo que eran sus muros está ennegrecido por el fuego. La escuela está al lado de un huerto de manzanos que de a poco va siendo reclamado por la naturaleza que lo rodea: joven y descuidado sobrecrecimiento, árboles nuevos, flores silvestres.

Hay algo casi romántico en ello, algo que lo hace sentir como un respiro del resto del mundo. Es el lugar perfecto para estar solo con tus pensamientos. Al menos así lo era antes.

May Beth Foster (a quien llegarán a conocer a medida que esta serie avance) me llevó allí. Yo le pedí verlo. Ella es una mujer regordeta y blanca, de sesenta y ocho años, con canas. Tiene un aura de abuela junto a una voz familiar atrayente que produce calidez en tu interior. May Beth es la administradora del lote de caravanas de Sparkling Rivers Estates, una residente de toda la vida de Cold Creek, y cuando ella habla, la gente la escucha.

Mayormente, todos aceptan lo que sea que ella diga como la verdad.

MAY BETH FOSTER:

Justo... aquí.

Aquí es en donde encontraron el cuerpo.

OPERADOR DEL 911 [TELÉFONO]:

911, operadora. ¿Cuál es su emergencia?

WEST McCRAY:

El tres de octubre, Carl Earl de cuarenta y siete años se encontraba camino a su trabajo, una fábrica en Cofield. Eran dos horas en automóvil desde Cold Creek. Apenas había comenzado su viaje cuando divisó humo negro que estropeaba el horizonte de la mañana.

CARL EARL:

Comenzó como cualquier otro día. Al menos así lo creí. Imagino que me levanté, desayuné y besé a mi esposa de camino hacia la puerta, porque eso es lo que hago cada mañana. Sin embargo, no puedo recordar una sola cosa antes de haber visto ese humo, y todo lo que sucedió luego... bueno.

Desearía poder olvidarlo.

CARL EARL [TELÉFONO]:

Sí, mi nombre es Carl Earl y quisiera reportar un incendio. Hay una escuela abandonada pasando Milner Road y está completamente en llamas. Queda a unos tres kilómetros al este de Cold Creek. Estaba conduciendo cuando lo noté. Estacioné para llamarlos. Se ve muy mal.

OPERADOR DEL 911 [TELÉFONO]:

De acuerdo, Carl, enviaremos a alguien allí.

¿Hay más personas alrededor? ¿Alguien que haya visto que necesite ayuda?

CARL EARL [TELÉFONO]:

Hasta donde sé, solo yo estoy aquí, pero puede que no esté lo suficiente cerca... podría tal vez acercarme un poco y ver...

OPERADOR DEL 911 [TELÉFONO]:

Señor, Carl, por favor manténgase alejado del fuego. Necesito que haga eso por mí, ¿de acuerdo?

CARL EARL [TELÉFONO]:

Uh, sí, no... iba a ir...

CARL EARL:

Entonces hice lo que me dijeron, incluso cuando una parte de mí quería hacer de héroe. Aún no estoy seguro de qué me obligó a quedarme por allí, porque no podía permitirme faltar al trabajo, pero me quedé hasta que la policía y los bomberos vinieron. Los vi acercarse hasta que las llamas estuvieron bajo control y ahí lo noté... un poco más allá de la escuela, la vi... yo fui el, eh... fui el primero en verla.

WEST McCRAY:

El cuerpo de Mattie Southern fue encontrado entre la escuela incendiada y el huerto de manzanos, fuera de la vista. Hacía tres días que había sido reportada como perdida, y aquí estaba, la encontraron.

Muerta.

He decidido que los detalles truculentos de lo que fue descubierto en ese huerto no formarán parte de este programa. Mientras que el asesinato, el crimen, podría haber captado su interés desde un comienzo, ni la violencia ni la brutalidad son para su entretenimiento. Así que, por favor, no nos pregunten. Los detalles de este hecho son lo suficientemente fáciles de encontrar en internet. En mi opinión, solo necesitan saber dos cosas.

La primera, la causa de su muerte fue un traumatismo en la cabeza.

La segunda es esta:

MAY BETH FOSTER:

Solo tenía trece años.

CARL EARL:

Desde que sucedió, ya no duermo bien.

WEST McCRAY:

Mattie dejó atrás a una hermana de diecinueve años, Sadie. Una abuela sustituta, May Beth. Y a su madre, Claire. Pero Claire se ha mantenido fuera de escena desde hace un tiempo.

Supe del caso Southern por primera vez en una gasolinera de Abernathy, a unos treinta minutos de Cold Creek. Estaba con mi equipo en los Llanos Orientales y recién habíamos finalizado unas entrevistas de un segmento de *Siempre ahí fuera* dedicado a los pueblos pequeños en Estados Unidos. Ya saben, los que están casi olvidados. Queríamos que sus residentes nos hablaran de lo que esos lugares habían perdido, no porque creyéramos que podríamos devolverles su gloria pasada, sino porque queríamos que se supieran que existían. Queríamos darles voz antes de que desaparecieran.

JOE HALLORAN:

Es un pensamiento agradable, por cierto. Que a alguien le importe algo.

WEST McCRAY:

Ese fue Joe Halloran, uno de los residentes de Abernathy que entrevistamos. No estaba pensando en sus palabras cuando estaba parado detrás del tipo delante mí en la gasolinera, escuchando mientras le contaba al empleado exactamente lo que le había ocurrido a la chica Southern. Los hechos horripilantes no me inspiran a quedarme cerca. Mi equipo y yo obtuvimos lo que habíamos venido a buscar y estábamos listos para partir de regreso a casa. Fue una cosa terrible, es cierto, pero vivimos en un mundo en el que no escasean las cosas terribles. No puedes detenerte por cada una de ellas.

Un año más tarde, estaba sentado en mi oficina de Nueva York. Era octubre, de hecho, el tres, un año después de la muerte de Mattie. Mi atención vagaba de la pantalla de mi computadora hacia la ventana, en donde se podía ver el edificio del Empire State. Me gustaba mi trabajo en WNRK, y me gustaba mi vida en la ciudad, pero tal vez una parte de mí, la misma que me permitió darle la espalda a la historia de Mattie la primera vez sin dudarlo, llegaba tarde para una sacudida. Llegó como una llamada telefónica.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

¿Hablo con West McCray?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Así es, ¿en qué puedo ayudarla?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Habla May Beth Foster. Joe Halloran me dijo que a usted sí le importa.

WEST McCRAY:

No se había registrado ninguna novedad sobre el caso Mattie Southern, no había sospechosos. La investigación aparentaba haberse detenido, pero esa no era la razón por la cual May Beth me había contactado.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Necesito su ayuda.

WEST McCRAY:

Hace tres meses, a mediados de julio, May Beth había recibido una llamada de una estación de policía en Farfield, Colorado, un pueblo a miles de kilómetros de Cold Creek. Habían encontrado un Chevy color negro del 2007 a un lado de la carretera. Dentro del coche, había una bolsa verde llena de efectos personales de la hermana mayor de Mattie, Sadie Hunter, quien había huido ese junio. Sadie no había podido ser hallada. Luego de una investigación superficial, fue declarada una fugitiva por las fuerzas de la policía local. May Foster me contactó una vez que agotó todas las vías posibles para ella. Yo era su última esperanza. Habrá pensado que tal vez podría traer a Sadie de regreso y con vida. Ya que Sadie *tenía* que estar viva porque...

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

No puedo aceptar la muerte de otra chica.

sadie

Encuentro el automóvil en los clasificados.

No importa el modelo, ni lo pienso, pero si necesitas más detalles es anticuado y de color negro medianoche. El tipo de color que desaparece cuando está junto a cualquier otro. La parte trasera es lo suficientemente espaciosa como para poder dormir en ella. Lo ofrecían en un anuncio escrito apresuradamente en un mar de otros avisos, también escritos apresuradamente. Sin embargo, este tenía errores ortográficos que sugerían una especie particular de desesperación. Las súplicas de “Haz una oferta, por favor”, logran que me decida. Porque eso significa *necesito dinero ahora*, lo cual también significa que alguien está en apuros o hambriento, o con alguna comezón del tipo química. Significa que estoy en ventaja, así que ¿qué podría hacer más que aprovecharla?

No es que piense que reunirme con alguien en la carretera fuera del pueblo para comprar un vehículo al precio que yo decida pagar sea una de las cosas más inofensivas en el mundo, es solo que lo que voy a hacer una vez que obtenga el automóvil es aún más peligroso que eso.

–Podrías morir –me digo, solo para comprobar si el peso de esas palabras saliendo de mi boca podrían, de alguna forma, hacerme ver la realidad de lo que implican.

No lo hacen.

Podría morir.

Tomo mi mochila de lona verde del suelo, la cuelgo de mis hombros y me paso el pulgar por mi labio inferior. May Beth Foster me dio arándanos anoche y los comí hoy cuando desperté, para el desayuno. No estoy segura si han manchado mi boca y ya he tenido demasiados momentos difíciles con las buenas primeras impresiones como para esto.

La mosquitera de la caravana está oxidada y lanza un quejido hacia todos los alrededores de ningún lugar que les importe, pero si necesitan una imagen, visualicen un lugar lejano, más pequeño que los suburbios y luego imagínenme a mí, algunos peldaños más debajo de esa escalera, viviendo en un tráiler rentado a May “aliméntame-con-arándanos” Beth durante todo el tiempo que he estado viva. Vivo en un sitio que solo sirve para vivir, eso es todo lo que necesitan saber, y no me permito mirar hacia atrás. No importa si lo deseo, es mejor si no lo hago.

Tomo mi bicicleta y me dirijo fuera del pueblo, apenas me detengo en el puente verde sobre el río Wicker en donde me quedo mirando el agua y siento el tirón vertiginoso de su corriente furiosa en mi interior. Rebusco dentro de mi mochila, apartando ropa, botellas de agua, algunas patatas fritas y mi billetera hasta que encuentro mi teléfono, enredado entre mi ropa interior. Un pedazo de plástico barato, ni siquiera tiene pantalla táctil. Lo arrojo al agua y luego regreso a mi bicicleta y salgo de la autopista, hasta Meddler’s Road, para encontrar a la mujer que escribió el anuncio en la sección de clasificados. Su nombre es Becki *con i*, como si no pudiera haberlo notado en cada correo que me envió. Está parada al lado del anticuado automóvil negro, una mano descansa sobre el maletero y la otra en su vientre de embarazada. Hay otro vehículo estacionado detrás de ella, uno más pequeño y moderno. Hay un hombre en el asiento del conductor con su brazo fuera de la ventanilla abierta, se ve tenso hasta que me mira y toda la tensión se desvanece. Es ofensivo, soy peligrosa.

No deberías subestimar a la gente, quiero gritarle. Tengo una navaja.

Es cierto. Hay una navaja en mi bolsillo trasero, una reliquia que me dio hace mucho tiempo uno de los novios de mi madre, Keith. Tenía la voz más amable de todos: tan suave que casi era difusa. Pero no era un hombre bueno.

—¿Lera? —pregunta Becki, ya que ese el nombre que le dije.

Es mi segundo nombre y mucho más fácil de pronunciar que el primero. Me sorprende por la manera en que se oye Becki. Como una rodilla raspada. Apuesto a que es fumadora hace mucho tiempo. Asiento con la cabeza y

extiende mi brazo con el sobre gordo lleno de dinero que tenía en el bolsillo. Ochocientos al contado. Okey, rechazó mi oferta inicial de quinientos, pero de todos modos esto es un buen trato. Más o menos estoy pagando por los arreglos que le hicieron a la carrocería. Becki me dice que debería servirme para un año al menos.

–Te oías mucho más adulta en los correos.

Me encojo de hombros y acerco el sobre un poco más hacia su dirección. *Toma el dinero, Becki*, quiero decirle, *antes de que te pregunte para qué lo necesitas*. El hombre del coche luce muy irritado, cambiante. Conozco esa mirada. La reconocería en cualquier lugar y en cualquier persona. Podría verla en la oscuridad.

Becki se frota el estómago hinchado y se acerca un poco a mí.

–¿Sabe tu madre que estás aquí? –pregunta y le respondo con un encogimiento de hombros que parece alcanzarle como respuesta, hasta que frunce el ceño y me mira de arriba abajo–. No, no lo sabe. ¿Por qué te dejaría salir sola a comprar un coche?

No es una pregunta con la que pueda asentir, negar con la cabeza o encogerme de hombros. Relamo mis labios y me armo de valor para la pelea. *Tengo una navaja*, quiero decirle a la cosa que envuelve sus manos en mi voz.

–Mi m...mamá está mu...mu...mu

Mientras más pronuncio *mu* más roja se pone la cara de Becki y menos sabe hacia dónde mirar. No me mira, no a mis ojos. Mi garganta se siente apretada, muy apretada, cerrada, y la única forma en la que puedo liberarme de esto es si dejo de intentar unir las sílabas. No importa cuánto me esfuerce delante de Becki. Jamás se unirán. Hablo con fluidez solo cuando me encuentro sola.

–...erta –respiro.

–Jesús –exclama Becki y sé que no lo dice por la tristeza de lo que acabo de decirle, es por la manera en que salió de mis labios. Da un pequeño paso hacia atrás, porque esta mierda se contagia, ¿saben? Y si ella lo contrae existe un cien por ciento de probabilidades de que se lo transmita a su feto–. Deberías... quiero

decir, ¿puedes conducir?

Es una manera sutil de preguntarme si soy estúpida, pero eso no lo hace menos ofensivo viniendo de una mujer que apenas puede deletrear *por favor*. Meto el sobre de nuevo en mi bolsillo, dejemos que eso hable por mí. Mattie solía decir que mi terquedad, y no mi tartamudeo, era una de mis peores cualidades, pero una no podía existir sin la otra. Aun así, puedo permitirme el riesgo de pretender que la ignorancia de Becki es más de lo que estoy dispuesta a dejar pasar por su coche usado.

—¿De qué estoy hablando? Por supuesto que puedes... —se ríe un poco, avergonzada—. Por supuesto que puedes.

—Sí —contesto, porque no todas las palabras que digo se convierten en fragmentos. La normalidad vocal relaja a Becki y deja de hacerme perder el tiempo, me muestra que el automóvil aún funciona mientras enciende el motor. Me dice que el resorte del maletero está roto y bromea con que me dejará quedarme con la varilla que utilizan para poder abrirlo, sin cargo extra.

Yo respondo vagamente hasta concretar la transacción y luego me siento sobre el capó de mi nuevo coche, mientras los veo marcharse tomando la izquierda hacia la autopista. Doy vueltas las llaves en mi dedo mientras me envuelvo en el calor de la mañana. Los insectos me muestran una afrenta y se hacen un festín con mi piel pálida y con pecas. El aroma seco del polvo de la carretera produce comezón en mis fosas nasales, hablándole a la parte de mí que está lista para partir, así que me deslizo por el coche y arrojó mi bicicleta hacia los arbustos, mientras observo como cae hacia un costado.

May Beth Foster me da arándanos de vez en cuando, pero también colecciona placas de matrículas vencidas y las exhibe en la caseta de su casa rodante. Todas son de diferentes colores y estados, en algunos casos, países. May Beth Foster tiene tantas matrículas que no creo que extrañe estas dos. Las etiquetas de registro son cortesía de la señora Warner, que vive a tres tráileres del mío y, de todos modos, no los necesitará porque está muy frágil como para conducir.

Cubro con un poco de barro la placa de la matrícula y limpio mis manos en mis

pantalones cortos mientras doy la vuelta al coche y me siento en el asiento del conductor. Los asientos se sienten suaves y bajos. Hay marcas de quemaduras de cigarrillos en el espacio entre mis piernas. Introduzco la llave en el encendido y el motor gruñe. Piso el pedal del acelerador y el coche comienza a moverse en el terreno irregular por el mismo camino que tomó Becki hasta la autopista, cuando doblo en la dirección opuesta.

Lamo mis labios, el sabor de los arándanos aún permanece, pero no demasiado, todavía no puedo imaginar su rugosa dulzura como para extrañarlos. May Beth estará muy decepcionada cuando toque a mi puerta y descubra que me marché, aunque no creo que se sorprenda. Lo último que me dijo, mientras sostenía mi rostro entre sus manos fue: “lo que sea que estés pensando, sácalo ya de esa maldita y tonta cabeza”. A excepción de que no está en mi cabeza, está en mi corazón y ella es la misma mujer que me dijo que si iba a seguir algo, bien podría ser esto.

Incluso si es un desastre.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 1

WEST McCRAY:

Todo el tiempo desaparecen chicas.

Mi jefe, Danny Gilchrist, había estado hablando por un tiempo sobre mí como presentador de mi propio podcast, y cuando le hablé de la llamada May Beth, y sobre Mattie y Sadie, insistió en que investigara más. Él pensó que fue un poco obra del destino que yo estuviera en el área cuando Mattie murió. Aun así, estas fueron las palabras que salieron de mi boca:

Todo el tiempo desaparecen chicas.

Adolescentes inquietas, adolescentes imprudentes. Chicas adolescentes y sus dramas inevitables. Sadie había sobrevivido a una pérdida espantosa, y con muy poco esfuerzo de mi parte, lo desestimé, la rechacé. Quería una historia que se sintiera fresca, nueva y emocionante, ¿y qué pasa con una adolescente desaparecida? Ya habíamos oído esa historia antes.

Danny me recordó de inmediato por qué trabajaba para él y no era al revés.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Deberías sentirte entusiasmado, West. Algo grande podría haber caído frente a ti y te debes a ti mismo ir un poco más profundo. No decidas que no tienes algo antes de saber lo que haces. Eres mejor que eso. Ponte a trabajar en ello, ve qué es lo que encuentras.

WEST McCRAY:

Fui a Cold Creek esa misma semana.

MAY BETH FOSTER:

El asesinato de Mattie destrozó a Sadie.

Nunca volvió a ser la misma después de eso, y con mucho derecho. Pero que la policía no encontrara nunca al monstruo que lo hizo, bueno, eso debió de haber sido la última gota.

WEST McCRAY:

¿Eso fue lo que dijo Sadie?

MAY BETH FOSTER:

No, pero no tenía que hacerlo.

Podías saberlo tan solo con verla.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

No ha habido justicia para Mattie Southern.

A los residentes de Cold Creek les resultaba imposible que un crimen tan atroz y caóticamente ejecutado quedara sin resolverse. Después de todo, la televisión ha proporcionado su punto de referencia en programas como CSI: atraparían al asesino en una hora, y a menudo trabajando con menos de lo que se había encontrado en ese huerto de manzanos.

El detective George Alfonso del Departamento de Policía de Abernathy, que llevaba a cabo la investigación, lucía como una estrella de cine a la que se le había pasado su mejor época. Es un hombre de color de más un metro ochenta, de unos sesenta años con cabello corto y canoso. Manifiesta su consternación por la falta de pistas, pero no está sorprendido de que sean tan pocas, dadas las circunstancias.

DETECTIVE ALFONSO:

Al comienzo, no nos dimos cuenta de que tratábamos con un asesinato. Recibimos una llamada sobre un incendio y, desafortunadamente, la mayor parte de la escena del crimen se vio afectada por el fuego y los esfuerzos del departamento de bomberos para extinguirlo.

WEST McCRAY:

La evidencia de ADN que han extraído no ha sido concluyente y, hasta el momento, no hay ninguna lista de sospechosos como para extraer alguna coincidencia.

DETECTIVE ALFONSO:

Hemos llenado el vacío entre la desaparición y muerte de Mattie lo mejor que pudimos. En cuanto recibimos la llamada de que se hallaba perdida, pusimos en acción la alarma AMBER. Buscamos en el área local y también prestamos atención a varios puntos de interés: gente con la que Mattie había estado en contacto en las horas que había desaparecido. Fueron confirmados. Tenemos un solo testigo que dice que vio a Mattie entrar a un camión la noche que desapareció. Esa fue la última vez que alguien la vio con vida.

WEST McCRAY:

Esa testigo era Norah Stackett, dueña de Almacenes Stackett, la única tienda de alimentos en Cold Creek. Norah tiene cincuenta y ocho años, es una mujer blanca y pelirroja, madre de tres chicos mayores, todos empleados en su tienda.

NORAH STACKETT:

Estaba cerrando durante la noche cuando la vi. Acababa de apagar las luces y ahí estaba Mattie Southern, en la esquina, mientras se subía a un camión. Estaba lo suficientemente oscuro como para poder distinguir si era azul o negro, pero creo que era de color negro. Tampoco pude echar

un vistazo al conductor o a la placa de la matrícula, pero jamás había visto ese vehículo y tampoco volví a verlo desde ese día. Sin embargo, apuesto a que lo reconocería si lo volviera a ver. Al día siguiente escuché que había policías por todo Sparkling River y solamente supuse que había muerto. Lo supe. Eso era extraño, ¿cierto? Que solo lo supe. [RISAS] Me dio escalofríos.

WEST McCRAY:

Las chicas vivían en Sparkling River Estate. Es un lote pequeño, no hay más de diez caravanas en él, algunas mejor cuidadas que otras. Una está adornada con pequeños ornamentos de jardín y arriates de flores, mientras que un sofá podrido rodeado de basura adorna otra. No hay un río cerca, pero si sigues la autopista fuera del pueblo, puede que te cruces uno.

Como mencioné antes, May Beth Foster, la abuela sustituta de las chicas, es la administradora. Me muestra el tráiler de las chicas, una casa rodante, exactamente como la dejó Sadie.

May Beth se encontró a sí misma en un estado de dolor suspendido en donde no puede reponerse como para limpiarlo, incluso cuando no puede darse el lujo de no rentarlo.

No sé qué espero cuando pongo un pie dentro, pero el lugar está en orden y limpio. Sadie crió a Mattie aquí, ella sola, durante los últimos cuatro años de sus vidas. Pero aun así... ella era una chica adolescente y cuando pienso en chicas adolescentes, pienso en algo como un desastre natural, un tornado moviéndose de habitación en habitación, dejando una carnicería a su paso.

No había nada de eso en el lugar que llamaban hogar. Aún hay tazas en el fregadero de la cocina y sobre la mesa de café frente al viejo televisor de la sala de estar. Hay un calendario en el refrigerador estancado en el mes de junio, cuando Sadie desapareció.

Todo se vuelve espeluznante en sus habitaciones. La habitación de Mattie luce como si estuviera a la espera de que ella regrese. Hay ropa en el suelo y la cama está deshecha. Hay un vaso vacío sobre la mesa de noche con manchas de agua cubriendo su interior.

MAY BETH FOSTER:

Sadie no dejaría que nadie lo tocara.

WEST McCRAY:

Hay un contraste directo con respecto a la habitación de Sadie, la cual luce como si ella jamás fuera a regresar. En su cuarto, la cama está hecha de manera prolija, pero, además de eso, todas las superficies están vacías. Pareciera que fue desmantelada.

WEST McCRAY [A MAY BETH]:

Está completamente vacía.

MAY BETH FOSTER:

Eso se debe a que encontré todas sus pertenencias en el basurero detrás del lote, el día que caí en la cuenta de que se había ido.

WEST McCRAY:

¿Qué tipo de cosas?

MAY BETH FOSTER:

Se deshizo de sus libros, películas, ropa... de todo.

Me enferma pensar en ella arrojando su vida a la basura de esa forma porque, en definitiva, es eso. Cada pequeño pedazo de ella, estaba todo en la basura y cuando lo encontré, comencé a llorar porque... ya nada de eso tenía valor para ella.

WEST McCRAY:

¿Había adivinado que esto sucedería? ¿Le dio alguna señal de que planeaba marcharse?

MAY BETH FOSTER:

Esa semana antes de que se marchara, Sadie estaba muy tranquila, como si estuviera planeando hacer algo estúpido. Le dije que sea lo que sea que estaba pensado... no lo hiciera. "No lo hagas".

Pero en ese momento, ya no tenía forma de acercarme a ella.

Aun así, nunca imaginé que haría *esto*.

Tengo que decirle que estar aquí me está matando. Yo solo, me gustaría no estar aquí.

WEST McCRAY:

Seguimos hablando en su tráiler, una casa rodante acogedora al frente del lote. Hizo que me sentara en su sofá cubierto de plástico que crujía de manera ruidosa cada vez que me movía.

Cuando le dije que eso no sería muy bueno para la entrevista, terminamos en la mesa de su pequeña cocina, donde me sirvió un vaso de té helado y me mostró el álbum de fotos de las chicas que había guardado por varios años.

WEST McCRAY:

¿Usted lo hizo?

MAY BETH FOSTER:

Sí.

WEST McCRAY:

Parece algo que una madre haría.

MAY BETH FOSTER:

Sí, bueno. Una madre debería.

WEST McCRAY:

Claire Southern, la mamá de Mattie y Sadie, no es un tema de conversación bienvenido, pero es inevitable porque sin Claire ellas no hubieran existido.

MAY BETH FOSTER:

Mientras menos hablemos de ella, mejor.

WEST McCRAY:

Aun así, me gustaría oír de ella, May Beth. Podría ser de ayuda. Por lo menos podría ayudarme a entender mejor a Sadie y Mattie.

MAY BETH FOSTER:

Bueno, Claire era un problema y no existía el porqué de ello. Algunos chicos solo nacen... malos. Comenzó a beber a los doce. A los quince comenzó a consumir marihuana y cocaína. A los dieciocho, heroína. Había sido arrestada por robos un par de veces, delitos menores. Simplemente un desastre. Su madre, Irene, fue mi mejor amiga desde que comencé a rentarle un lugar. Así es como entré en sus vidas. Nunca podrías conocer a un alma tan amable como Irene. Podría haber sido más firme con Claire, pero no sirve de nada pensar en eso ahora.

WEST McCRAY:

Irene murió de cáncer de seno cuando Claire tenía diecinueve años.

MAY BETH FOSTER:

Antes de la muerte de Irene, Claire quedó embarazada. Irene intentó aguantar por su nieta, pero no estaba... no estaba destinado. Sadie nació tres meses después de que pusiéramos a Irene bajo tierra. Le había prometido en su lecho de muerte que cuidaría de la pequeña niña, y eso es lo que hice. Eso es lo que he hecho siempre, bueno... ¿Usted tiene hijos?

WEST McCRAY:

Sí, una hija.

MAY BETH FOSTER:

Entonces lo sabe.

sadie

Tiño mi cabello luego de tres días y más de mil seiscientos kilómetros.

Lo hago en un baño público por del camino. El amoníaco se mezcla con el hedor del interior de los cubículos y me hace tener arcadas. Nunca había tintado mi cabello y una vez que termino, obtengo como resultado un rubio turbio. La chica de la caja lo tiene dorado, pero eso no importa porque solo necesito verme diferente.

Mattie lo hubiera odiado. Me lo habría dicho. *Nunca dejas que tinte mi cabello*, se hubiera quejado con su voz fina, y por fina no me refiero a débil. Es que nunca se oía por completo. Cuando ella reía, era tan estridente que lastimaba mis oídos, pero no me quejo porque cada vez que Mattie reía, era como estar en un avión durante la noche, mirando hacia abajo a alguna ciudad a la que nunca habías visitado viéndolo todo iluminado. Bueno, al menos eso imaginaba yo. Jamás había estado en un avión.

Y es cierto, jamás la había dejado que tintara su cabello. Aun cuando no cumplía con cada regla de mi libro (llama si te vas a la casa de alguna amiga, no envíes mensajes a chicos sin decírmelo, deja el teléfono y haz la maldita tarea) esa era la que siempre eligió honrar: no tintes tu cabello hasta que cumplas catorce. Le faltó poco para poder hacerlo.

Creo que la verdadera razón por la que Mattie nunca había tocado su cabello era porque heredó el mismo tono rubio de mi madre y no podía soportar la idea de perder las pequeñas piezas que le quedaban de ella. Siempre me enloqueció cuánto se parecían, con el mismo cabello, ojos azules y rostros con forma de corazón. Mattie y yo no compartíamos el mismo padre por lo que no nos veíamos como hermanas, a menos que nos encontraras haciendo las mismas expresiones en esas extrañas instancias en donde nos sentíamos exactamente

igual sobre algo. Entre ella y mamá, yo era la que no encajaba; mis rizos castaños rebeldes y mis ojos grises que estaban sobre lo que May Beth siempre llamó una cara de gorrión. Mattie era escuálida de una forma incómoda y poco desarrollada, pero había cierta suavidad que iba en conjunto, algo menos visualmente cínico en comparación con mis cualidades. Soy el resultado de biberones de refrescos colmados de cafeína. Tengo un organismo que no sabe cómo procesar las cosas buenas de la vida. Mi cuerpo es lo suficientemente afilado como para cortar el cristal y con una necesidad desesperada de redondearse, pero por momentos no me interesa. Un cuerpo puede no ser siempre hermoso, pero sí puede ser una hermosa decepción. Soy más fuerte de lo que aparento.

Está oscuro cuando veo la señal de la parada de camiones de Whittler.

Una parada de camiones. Lo más cercano a un botón de pausa para las personas que viven en avance rápido, solo que ellos no se detienen demasiado mientras reducen dos veces la velocidad en la que el resto operamos. Solía trabajar en una gasolinera en las afueras de Cold Creek y mi jefe, Marty, jamás dejaba que trabajase sola durante las noches, por la poca confianza en los camioneros que pasaban por allí. No creo que eso fuera totalmente justo de su parte, pero así pensaba él. La parada de Whittler era más grande que de la que yo venía, pero no se veía más limpia. O tal vez te acostumbras tanto al desorden de la casa que con el tiempo te convences de que todo está exactamente donde pertenece. Nada de aquí aparenta ser lo mejor. Las luces de neón de la gasolinera se ven más apagadas de lo que deberían ser, como si estuvieran eligiendo apagarse lentamente o extinguirse por completo con ese inesperado estallido dejando todo en la oscuridad.

Me dirijo hacia la cafetería con el letrero pintando en letra cursiva en el que se lee *Ray's*. Es tan pequeño para el edificio en el que reposa, que hace que todo se vea enfermizamente mal. Una cartelera de papel presume desde la ventana ¡EL MEJOR PASTEL DE MANZANA EN EL CONDADO DE GARNET! ¡PRUEBA UN TROZO!

Empujo la puerta pesada de cristal y me sumerjo a los años cincuenta. Ray's se ve tal como me lo describieron: vinilo rojo y turquesa, las camareras llevan

vestidos y delantales diseñados para combinar. Bobby Vinton suena en una rocola como Dios manda, en la esquina del establecimiento. Me paro allí, mientras absorbo la nostalgia y el olor a carne con papas, antes de acercarme a la barra del fondo. El mostrador de comidas y la cocina están apenas pasándola.

Me apoyo en uno de los taburetes y pongo mis manos sobre la encimera fría de formica. A mi derecha veo una chica. Una joven. Una mujer. Está encorvada sobre un plato de comida a medio comer y mueve sus pulgares rápidamente sobre la pantalla de su teléfono. Tiene el cabello castaño rizado y su piel está muy expuesta y pálida, mirarla me da escalofríos. Lleva unos tenis negros, pantalones cortos y una camiseta ajustada sin mangas. Creo que trabaja en el estacionamiento. Prostituta de carretera. Así es como llaman a las chicas como ella. Mis ojos van hasta arriba para tener una mejor vista de su rostro y es del tipo que es mucho más joven de lo que se ve, tiene la piel marchita por las circunstancias, no por el paso del tiempo. Las líneas en la esquina de sus ojos y los bordes de su boca me recuerdan a las grietas de una armadura.

Apoyo mis codos sobre la encimera e inclino mi cabeza. Ahora que me detuve, puedo sentir el viaje. No estoy acostumbrada a ese tipo de presión detrás del volante y estoy terriblemente agotada. Los músculos de mi espalda se han trezado en pequeños nudos tensos. Me enfoco para hacer que cada dolor individual se convierta en uno solo y así poder ignorarlo.

Un hombre sale de la cocina luego de unos minutos. Tiene la piel morena, la cabeza rasurada y un hermoso tatuaje a color en ambos antebrazos. Cráneos y flores. Su sudadera negra se ajusta sobre su pecho, está lo suficientemente ajustada como para revelar partes de su cuerpo a las que debe ejercitar arduamente.

—¿Qué deseas? —me pregunta y echa un vistazo luego de limpiarse las manos en una toalla grasienta que lleva colgada en su cinturón.

Su voz se oye como un cuchillo que se afila a sí mismo en otras personas, lo suficientemente intimidante como para no poder imaginar cómo se oiría si gritara. Antes de que pueda preguntarle si él es Ray, veo que la identificación en su sudadera dice **SAUL**. Voltea poniendo su oreja en mi dirección y me pide que

le repita, como si hubiera dicho algo y él no lo captara.

En la mayoría de los casos, mi tartamudeo es una constante. Lo conozco mejor que cualquier otra parte de mí misma, pero cuando estoy cansada, puede volverse tan impredecible como Mattie cuando tenía cuatro y jugaba a las escondidas por todo el vecindario sin decirle a nadie que había comenzado el juego. Tenía que hablar aquí, pero no quiero desperdiciar un posible espectáculo en alguien que no estoy segura si me dará lo que necesito, así que aclaro la garganta y tomo el pequeño menú laminado de al lado de una canasta con servilletas y busco algo barato. Le doy una mirada afilada a Saul, hago un gesto de disculpa apuntando mi garganta y mi boca como si estuviera con laringitis. Doy unos golpecitos en el menú para que note que soy yo, comunicándome. Sus ojos siguen mi dedo y su golpeteo sobre la palabra CAFÉ... \$2.00.

–Solo para que quede claro, no puedes quedarte toda la noche con eso. Bébelo mientras esté caliente o agrega alguna comida –dijo mientras deslizaba una taza de café bajo mis narices.

Dejo que el vapor se enrosque sobre mi rostro antes de dar el primer sorbo. El café me quema la lengua y la garganta, haciendo que me despierte más rápido que lo que lo haría la cafeína, pero sabe lo bastante fuerte como para poder contar con eso también. Dejo la taza y veo a una mujer en la ventanilla de servicio. Al igual que Saul, también lleva una camiseta negra con la inscripción del restaurante. Me recuerda vagamente a una versión joven de May Beth, a excepción que esta mujer tiene su cabello teñido de negro. May Beth esta toda salpicada en canas. Ambas tienen los mismos rostros con forma de melocotón y rasgos afilados. Se vuelven redondeadas y menos definidas por debajo de sus cuellos. Suaves. May Beth solía envolverme en sus brazos y sujetarme cerca de ella cuando no había nadie más que lo hiciera (hasta que me hice mayor para ese tipo de cosas), amaba esa suavidad. Dejé que el recuerdo dibujara una sonrisa cuidadosa en mis labios y se la entregué a la mujer. Ella me regaló otra.

–Me observas como si nos conociéramos –dice.

Y noto algo más que la diferencia de May Beth, además del cabello: su voz. La voz de May Beth es como terrones de azúcar desmenuzándose y la de esta mujer

es como una tarta de manzanas. O tal vez no es que se oiga así y eso sea solo lo que huelo en el aire. A unos pocos metros de la ventanilla hay un anaquel con la tarta más famosa del lugar en la parte superior. Tiene trozos de fruta almibarados encajados en una corteza hojaldrada. Se me hace agua la boca y sé que he estado más hambrienta en otras oportunidades que ahora mismo, pero ese beso de caramelo, azúcar y canela hace que se me dificulte recordar cuándo fue. Me ruje el estómago. La mujer arquea una ceja y en ese momento veo el distintivo con su nombre arriba de su pecho derecho: **RUBY**. Será difícil hacer salir eso de mis labios.

–Olvídalo, Ru –dice Saul detrás del mostrador–. No puede hablarte.

–¿Eso es cierto? –me pregunta Ruby mientras voltea a verme.

–...

Cierro los ojos. Un bloqueo: un momento eterno en el cual mi boca está abierta y no pasa nada, al menos nada en el exterior. Adentro, la palabra está ahí y la lucha por darle forma me hace sentir que he sido desconectada de mí misma.

–T... tú lu... –lucho por la L, lucho por encontrar mi camino de regreso a mí. Abro los ojos. Siento cómo la mujer frente a mí se queda mirándome. Ruby, que ni siquiera parpadea y me hace sentir agradecida, pero a la vez la odio con toda mi alma, porque ese tipo de decencia por la cual todo el mundo debe vivir no es algo que merezca mi gratitud–. Lu... luces como a... alguien que conozco.

–¿Eso es bueno?

–Sí –asiento, un poco complacida por este aterrizaje a salvo. Sí.

–Pensaba que no podías hablar –replica Saul, poco impresionado.

–¿Quieres algo para acompañar ese café? –quiere saber Ruby.

–Estoy bi... bien.

–Sabes que no puedes quedarte con eso toda la noche –dice mientras frunce los labios.

Dios. Aclaro mi garganta.

–Que... quería saber si po... podía pre... preguntarles al... –Algo–. Una pregunta.

Esa es una cosa que puedo hacer a veces: fingir que no tartamudeo. Me

mentalizo para destrozarse una palabra y la reemplazo por otra a último momento y de alguna manera pareciera no poder alcanzarme. La primera vez que descubrí esto, pensé que por fin me había liberado, pero no; solo estaba siendo rehén de una manera diferente. Es agotador pensar tanto solo para hablar el tipo de lenguaje más básico. Y no es justo, pero no hay mucho que se pueda hacer.

–Claro –me dice.

–¿Está R... –cierro los ojos brevemente–. ¿Ray?

–Murió hace un par de años –responde con una mueca de dolor.

–Lo... lo siento –digo.

Mierda.

–¿Para qué necesitabas a Ray?

–¿Has tr... trabajado si... siempre aquí?

–Hace casi treinta años –me mira fijo–. ¿De qué se trata todo esto?

–In... intento en... encontrar a alguien.

Hay una manera más rápida de hacer esto. Antes de que pueda responder, presiono mis labios y levanto mi dedo. Espera el minuto que le pido silenciosamente y abro mi mochila para sacar una fotografía. Es de hace ocho años, pero es la única fotografía que tengo que contiene el rostro de la persona que busco. Es una toma en un día de verano, todos estamos posando fuera de la caravana de May Beth. Sé que es verano porque sus canteros están en plena floración. Ella fue quien tomó la fotografía y yo se la robé del álbum que siempre mantuvo alejado de Mattie y de mí. Esta es la única fotografía de nosotras con mamá... y Keith.

Tiene una expresión seria, una barba de hace una semana, patas de gallo pronunciadas. No puedo imaginar que alguna vez consiguió sonreír demasiado. Parece que podría salirse de la fotografía tan solo para odiarte de cerca. Tiene una pequeña en sus caderas y esa pequeña, con el cabello rubio alborotado, es Mattie. Tenía cinco. La niña de once años con coletas fuera de enfoque en la esquina más alejada del plano, soy yo. Recuerdo ese día, lo caluroso e incómodo que era, y cómo no lograban convencerme para que posara junto a ellos, hasta

que mi madre dijera al final, *bien, lo haremos sin ti*, y eso tampoco me hizo sentir bien, así que me acerqué para la foto y me convertí en los bordes borrosos. Me quedo mirándola por un largo rato, como siempre lo hacía, y luego señalo el bolígrafo en el bolsillo del delantal de Ruby. Ella me lo alcanza, doy vuelta la foto y garabateo con prisa:

¿HA VISTO A ESTE HOMBRE?

Ya sabía la respuesta dado que había oído a Keith hablar de Ray. Él solía hablar de este lugar, decía que era un cliente frecuente. También solía acunar a Mattie en sus brazos y decirle que *algún día, tal vez*, la llevaría a Ray's por una porción de pastel de manzanas porque *bebé, tu nunca has probado algo así de bueno...* mientras acariciaba su cabello. Si Ruby ha estado aquí desde el tiempo que dice, estoy segura de que lo ha visto. Le paso la fotografía. La sostiene con cuidado como si nada mientras me inclino hacia adelante, observándola de cerca en busca de algún indicio de reconocimiento en su expresión. Su rostro se mantiene impassible.

–¿Quién quiere saber? –pregunta finalmente.

–S... su hi... hija –permíto que mi corazón albergue una esperanza.

Se relame los labios y noto que su labial se ha descolorido y lo que realmente queda es el rojo intenso de su delineador. Luego me mira fijo y suspira de una forma en la que me pregunto si esto pasa a menudo, chicas que preguntan por hombres que no tiene nada en ellos para ofrecer.

–Vienen muchos hombres aquí y ninguno se destaca a menos que haya pasado algo malo con ellos. Quiero decir: algo más malo de lo usual –se encoje de hombros–. Habrá venido, pero no recuerdo si lo hizo.

Puedo oír una mentira desde kilómetros a la distancia. Y no se trata de alguna ventaja de superhéroe producto del tartamudeo, o estar en sintonía con las mierdas emocionales de otros. Tan solo es lo que te sucede luego de pasarse una vida entera escuchando a mentirosos.

Ruby miente.

–Él di... dijo que e... ra un cli... cliente. Conocía a R... Ray.

–Bueno, no soy Ray y no lo conozco –concluye mientras desliza la fotografía hacia mí, su voz adquiere una espantosa dulzura empalagosa–. Sabes, mi padre me dejó cuando era más joven que tú. Confía en mí cuando te digo que a veces es mejor que sea así.

Me muerdo la lengua porque de lo contrario diría algo horrible. En cambio, me obligo a mirar el mostrador, a una mancha de café seca que aún no ha sido quitada. Pongo mis manos sobre mi regazo así Ruby no puede ver que las tengo apretadas, en forma de puño.

–¿Dijiste que era un cliente frecuente? –me pregunta y yo asiento–. ¿Cuál es tu número de teléfono?

–N... no tengo te... teléfono.

Suspira, piensa un momento, y luego estira la mano para alcanzar un menú de una pila prolija junto a las servilletas. Señala el número que hay allí.

–Mira, estaré atenta. Tú llama y pregunta por mí. Te diré si lo he visto. Pero no puedo prometerte nada –frunce el ceño–. ¿En verdad no tienes teléfono?

Niego con la cabeza y se cruza de brazos, la mirada en su rostro en busca de un gracias, creo, me enoja aún más. Doblo el menú y lo guardo junto a la fotografía en mi mochila, mientras intento ignorar el calor que se abre paso por todo mi cuerpo, la vergüenza terrible de no conseguir lo que quiero. En primer lugar, ya es bastante malo que suceda, y peor es ser forzada a tolerarlo.

–Es... está mintiendo –le digo porque no dejaré que me obligue a tolerarlo.

–¿Sabes qué muchacha? Ni te molestes en llamar. Y ya terminaste con tu café –me dice luego de sostener la mirada por un largo tiempo.

Se dirige de nuevo hacia la cocina y la sigo con la mirada. *Bien hecho, Sadie.* La voz de mi cabeza es alta y dolorosamente clara. *Maldita imbécil, ¿y ahora qué?*

Ahora qué.

Exhalo lentamente.

–¡Ey! –la voz suena liviana como las plumas, indefinida. Giro mi cabeza y la mujer está mirándome–. Nunca vi a nadie desafiar a Ruby y sus patrañas.

—...

Me recupero del bloqueo y dejo escapar un pequeño jadeo. A veces mi tartamudeo se siente como si me ahogara, como si se robara todo el aire.

—¿Usted sa... sabe p... por qué es... está mintiendo?

—No he estado aquí durante mucho tiempo. Pero sí lo suficiente como para saber que puede ser una gran arpía si así lo desea —se mira las manos. Sus uñas son largas, rosadas y puntiagudas. Imagino cómo se sentirían mientras se arrastran por la piel. Cada pequeña cosa de uno puede ser un arma, si eres lo suficientemente listo—. Mira, hay un tipo... a veces viene a pasar el rato detrás del restaurante, a veces, en la gasolinera... eso es, si no lo han ahuyentado. Si lo hicieron, puedes encontrarlo con frecuencia cerca de los contenedores de basura en la parte trasera del estacionamiento. Su nombre es Caddy Sinclair. Es alto y delgado. Él podría ser capaz de decirte algo.

—¿Es tra... traficante? —pregunto, pero es una pregunta que se responde a sí misma, por lo que ella no se molesta. Me deslizo del taburete, mientras arrojo cinco dólares en el mostrador, porque ya sé a dónde debo ir ahora—. Gracias, se lo agr... agradezco.

—No me des las gracias aún —dice—. Él no hace nada de forma gratuita y nadie habla con él a menos que se vea obligado. Por lo que es posible que quieras reflexionar sobre si realmente hacerlo o no.

—Gra... gracias —digo con firmeza.

—Sé una o dos cosas sobre padres perdidos —dice con tono amargo mientras envuelve mi taza medio llena con sus manos para calentarse.

—¿Estás aquí por el especial de Ruby?

Su voz es como flema, gruesa y desagradable. Voy desde la zona iluminada hacia las sombras estiradas del estacionamiento de camiones hasta que estoy frente a Caddy y Caddy está frente a mí. Rodeé el restaurante y la gasolinera,

pero no estaba allí. Estaba en el último lugar que me dijeron que buscara: la parte trasera del estacionamiento, al lado de los contenedores de basura. Está recostado sobre uno de ellos, contorneado por la oscuridad que, por un momento, casi le da una dimensión más grande, hasta que mis ojos se ajustan y veo lo patéticamente poco fornido que es en realidad. Es delgado, sus ojos son turbios y sin vida. Su mandíbula y barbilla están ensombrecidas por una barba de varios días.

–N... no.

Está fumando, toma una calada profunda del cigarrillo entre sus dedos largos. Veo como el destello en forma de cereza se desvanece y siento una punción incómoda en el cuello al recordar a Keith. No quiero hablar de ello, pero aún tengo la cicatriz en la parte trasera de mi cuello. Tuve miedo al fuego por un largo tiempo luego de haberla obtenido. Cuando tenía catorce, me obligué a pasar una noche encendiendo un paquete de cerillos, los encendí y los sostuve todo el tiempo que pude soportarlo. Mis manos temblaban, pero lo hice. Siempre olvido que el miedo es algo conquistable, pero lo aprendo una y otra vez y eso, creo, es mejor a nunca aprenderlo.

–¿No te dijo tu mamá sobre acercarte a hombres peligrosos en la oscuridad? – Caddy arroja el cigarrillo al asfalto y lo aplasta.

–Cu... cuando vea a un hombre pe... peligroso, lo te... tendré en cu... cuenta.

Mi sentido de la supervivencia es nulo. Eso es lo que May Beth solía decirme. *No te importaría morir, mientras puedas tener la última palabra.* Ya tenía suficiente con que la mayoría de las cosas que dijera salieran en forma de tartamudeo, ni hablemos de ser una sabelotodo por encima de ello.

–¿Lo-lo-lo-lo *lo* ha-ha-ha *harás*? –Caddy se aparta lentamente del contenedor y me da una mirada oscura.

No es la primera imitación de mí que haya escuchado, pero aun así quisiera arrancarle la lengua fuera de su boca y estrangularlo con ella.

–Te... te... ten –*Tranquilízate*, pienso y luego quiero abofetearme. *Tranquilízate* no cambia nada. *Tranquilízate* es lo que me dice la gente que no

tiene nada mejor que decir, como si tartamudear o no hacerlo se tratase acerca de algún maldito nivel de paz interior. Incluso Mattie sabía decirme algo mejor que *Tranquilízate*-. Te... tengo que hablar con... contigo.

-¿Ese derecho? -tose y luego escupe algo al suelo que se parece a la cola adhesiva. Mi estómago da un vuelco al verlo.

-Qui.. quie... quiero...

-No te pregunté qué querías.

Saco la fotografía y la sostengo justo frente a su maldito rostro porque ya está bastante claro que tengo que hacerlo diferente a como lo hice con Ruby. ¿Cómo era ese dicho? ¿“Mejor pedir perdón que permiso”?

Pero nunca fui buena para decir *lo siento*, tampoco.

-¿Co... conoces a este ho... hombre? Ne... necesito saber do... dónde puedo en... encontrarlo.

Caddy se ríe y se desliza por delante de mí, su hombro huesudo se estrella contra el mío, forzándome a que me arrastre sin gracia hacia atrás. Hay cierta confianza en la manera en que mueve su cuerpo para ser un tipo que no vale ni un dólar veinte mojado. Intento memorizarlo, la manera en que sus hombros dirigen.

-No soy el puto Personas Perdidas.

-Pu... puedo pagarte.

Se detiene y se voltea hacia mi dirección, mientras pasa la lengua sobre sus dientes como si lo estuviera considerando. De repente, cierra el espacio entre los dos dando un paso rápido y me arrebató la fotografía de las manos. Si la hubiera sostenido con más fuerza, estaría sosteniendo la mitad. Mi primer intento es tratar de atraparla, pero me detengo a tiempo. No parece que los movimientos repentinos estén a mi favor.

-¿Qué es lo que quieres con Darren Marshall?

Intento que el impacto de ese nombre no se refleje en mi expresión. Darren Marshall. Entonces así es como se está haciendo llamar Keith ahora. O tal vez Keith sea el nombre que se había puesto cuando vivía con nosotros y Darren sea

el verdadero... una parte de mi quiere que eso sea cierto. Hay cierta satisfacción en haber podido quitar una capa de todo esto así de rápido. No me había sentido bien en un largo tiempo.

Darren Marshall.

–Soy su hi... hija.

–Jamás me habló de una hija.

–¿Po... por qué lo ha... haría?

Caddy entorna los ojos y sostiene la imagen con la poca luz que hay y las mangas largas y sueltas de la camisa se apartan lo suficiente como para que vea una constelación de marcas en su brazo izquierdo. May Beth solía decirme que es una enfermedad y me obligó a decirle lo mismo a Mattie, pero no lo creo porque la gente no elige estar enferma, ¿o sí? *Muestra un poco de compasión por el bien de tu hermana. Odia el pecado, pero ama al pecador.* Como si la vieja adicción de mi madre fuera mi fracaso personal porque no podía anteponer la compasión a todas las formas en las que me hacía morir de hambre.

–¿Tienes algo para decir?

Él sabe exactamente donde busco.

–No.

–Bueno, estaré condenado –sonríe ligeramente y se me acerca nuevamente–. ¿Es un asunto de dinero? No te importó ni mierda cuando se fue, pero ahora estás hambrienta, ¿es eso? ¿Por qué piensas que un hombre te debe más allá de lo que te dio, eh? –se detiene un momento, estudiándome–. Debo decir, pequeña, no veo mucho parecido –yo levanto la barbilla y él resopla incrédulo mientras devuelve su atención a la fotografía–. ¿Has oído hablar de una misión inútil?

Misión inútil. Sustantivo. Creo. Como perseguir la nada, pero a veces la nada es todo lo que tienes y a veces la nada puede convertirse en algo. Y tengo más que nada. Sé que el tipo de la foto está vivo. Eso significa que está vivo para encontrarlo.

–Pues soy una in... inútil –digo y le arrebato la fotografía.

–Conocí a Darren, pero hace un maldito largo rato que no aparece por aquí.

Podría saber algo de eso también –me dice y mi garganta se contrae porque, como había dicho antes, puedo oír una mentira desde kilómetros de distancia.

Caddy no miente.

–Te costará –agrega.

–To... todo lo dicho lo pa... pagaré. ¿Cu... cuánto?

–¿Quién habló de dinero?

Me toma del brazo y el apretón sorpresivo de sus dedos finos como patas de araña hace que quiera separarme de mi propia piel, para evitar sentirlo. Su calor. Una puerta se cierra bruscamente en algún lugar a la distancia. Me giro para ver.

Hay un camión, un gran perro negro holgazaneando en la oscuridad. Una chica corre hacia él. Es pequeña de una manera en la que me recuerda a Mattie. Me quedo mirando su cuerpo diminuto, hecho de pequeños huesos, viendo cómo se detiene en la puerta del pasajero. Se la queda viendo por un largo y doloroso momento y no hay nada que yo pueda hacer. Observo como esta chica, que no es Mattie, abre la puerta y la cabina del camión se ilumina brevemente. La cierra. La luz del interior se extingue, tragándosela por completo.

Caddy entierra sus dedos en mi piel, sus uñas están afiladas.

–Su... su... suéltame.

Me suelta y tose en el interior de su codo.

–Te costará –dice nuevamente.

Ladea su cabeza hacia un lado, sus ojos se deslizan sobre mí y luego, con un poco más de indecisión que la vez anterior, apoya una de sus manos en mi brazo y me arrastra hasta la oscuridad. Se acerca más a mí, con su mano rebuscando la hebilla de su cinturón, mientras susurra el tipo de cosas que no podrían pretender ser dulces. Su aliento es agrio. Lo miro a los ojos y están rojos.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 1

WEST McCRAY:

La primera mitad de las páginas del álbum de fotografías de May Beth son solamente de Sadie. Era un bebé pequeño y feliz, con cabello castaño, ojos grises y una piel saludable y rosada. No se parecía en nada a su madre.

MAY BETH FOSTER:

Sadie era la viva imagen de Irene y Claire no podía soportarlo, y si veías a Claire con Sadie, te hubieras preguntado por qué había tenido un bebé en primer lugar. Odiaba sostenerla, cuidarla, confortarla. No estoy siendo dramática... ella la odiaba. Amé a Sadie lo más que pude, pero jamás era suficiente como para compensar lo que recibía de parte de su madre.

WEST McCRAY:

¿Quién era el padre de Sadie?

MAY BETH FOSTER:

No lo sé. Tampoco creo que Claire lo supiera. Había dicho que su apellido era Hunter así que eso fue lo que puso en el certificado de nacimiento.

WEST McCRAY:

Según May Beth, Sadie tuvo una niñez solitaria esos primeros seis años sin Mattie. Las adicciones de Claire desbancaron todo tipo de afecto y dejaron a su hija desprovista de atención.

Además, Sadie era dolorosamente tímida, debido al tartamudeo que había desarrollado cuando tenía dos años, sin ninguna razón aparente. Podría haber sido la genética. La herencia. Ningún miembro conocido de la familia de Sadie tartamudea, aunque se desconoce su lado paterno. May Beth descubrió una grabación que hizo cuando Sadie tenía tres años, tuvimos que buscar un reproductor de cassettes para escucharlo.

MAY BETH FOSTER [GRABACIÓN]:

¿Quieres hablar a la grabadora, cariño? **[PAUSA]** Puedo reproducirlo de nuevo para ti así puedes oír cómo te oyes.

SADIE HUNTER [EDAD 3] [GRABACIÓN]:

¡E...e... eso es m... magia!

MAY BETH FOSTER [GRABACIÓN]:

Sí, bebé, es magia. De acuerdo, habla aquí, ¡solo di: hola!

SADIE HUNTER [GRABACIÓN]:

P... pero qui... quiero... yo qui...

MAY BETH FOSTER [GRABACIÓN]:

Y lo harás. Pero tenemos que grabarlo primero.

SADIE HUNTER [GRABACIÓN]:

¡P... pero qui... qui... quiero es... escuchar!

WEST McCRAY:

Sadie nunca pudo superar su tartamudez. Una intervención temprana podría haber ayudado probablemente, pero May Beth nunca logró convencer a Claire para que opinara lo mismo. La escuela resultó ser un tipo especial de infierno para Sadie. Los niños no son amables ante las cosas que no comprenden y, de acuerdo con lo que opinaba May Beth, los maestros de Sadie también carecían de cierta comprensión.

MAY BETH FOSTER:

A Sadie le fue bien a pesar de ellos, y no por ellos. Pensaban que el tartamudeo significaba que era estúpida. Eso es todo lo que diré.

WEST McCRAY:

Edward Colburn, de cuarenta y cuatro años, jamás ha olvidado a Sadie. Hacía poco que había comenzado su carrera como maestro en la Primaria Parkdale cuando ella ingresó a su clase. Como he mencionado antes, Parkdale queda a cuarenta minutos de Cold Creek, y envía autobuses para buscar a los alumnos de los pueblos periféricos así pueden asistir a la escuela. Así es como Edward recuerda a su antigua estudiante de primer año:

EDWARD COLBURN:

Sus compañeros de clase se burlaban de ella porque tartamudeaba y eso causó que se apartara... hicimos lo posible para atender a sus necesidades, pero usted debe entender que Parkdale se ha caracterizado siempre por dos cosas: falta de fondos y sobrepoblación. Agregue a eso una madre poco receptiva a nuestras preocupaciones. Y bueno, esa no es la receta para el éxito personal de ningún niño. Y esto sucede con más frecuencia de lo que le gustaría imaginar, no solo en las áreas con zonas de pobreza. Sadie estaba muy a la deriva, era una niña apartada. No aparentaba tener intereses propios. Era reservada, pero era más que eso... casi podría

asegurar que estaba *vacía*.

MAY BETH FOSTER:

Luego, llegó Mattie.

WEST McCRAY:

La llegada de Mattie estaba marcada en el álbum de May Beth con una fotografía instantánea de una Sadie de seis años que cargaba un bultito diminuto de un día de edad. La manera en la que Sadie mira a su hermana recién nacida es casi imposible de explicar. Es insoportablemente tierna.

WEST McCRAY [A MAY BETH]:

Mire cómo está viendo a Mattie... guau.

MAY BETH FOSTER:

¿No es algo especial? Sadie amaba a Mattie con toda su alma y ese amor por Mattie le dio un propósito. Sadie hizo que cuidar a su hermana sea el trabajo de su vida. Siendo tan pequeña, sabía que Claire jamás lo haría bien.

WEST McCRAY:

¿Podría describir la relación de las chicas con su madre?

MAY BETH FOSTER:

Claire disfrutó a Mattie porque se le parecía. Era su muñeca pequeña, no su hija. Le dio el apellido Southern a Mattie. Y Mattie creía que Claire era las de las fresas...

Pero se trataba de Sadie.

WEST McCRAY:

¿Qué quiere decir?

MAY BETH FOSTER:

Sadie cubrió a Claire, incluso mintió por ella. Se aseguró de hacer que Mattie comprendiera que Claire estaba enferma... creo que pensó que, si hacía eso, dolería mucho menos a Mattie en el momento en que la decepcionara. No estoy segura si eso fue lo mejor para alguna de las dos. Le salió muy caro a Sadie, especialmente luego de que Claire se marchara. No sé si Mattie alguna vez apreció por completo todo lo que Sadie hizo por ella, en ese aspecto. Si hubiera vivido un poco más, tal vez sí.

WEST McCRAY:

Las fotografías de Mattie son difíciles de observar. Tenía un cabello rubio brillante y lacio, ojos azules destellantes y la misma cara en forma de corazón que Claire. Es difícil aceptar toda esa vitalidad sabiendo cómo termina su historia.

WEST McCRAY [A MAY BETH]:

No puedo evitar notar que Mattie no ve a Sadie con la misma veneración.

MAY BETH FOSTER:

Mattie amaba a su hermana mayor. La *adoraba*, pero Sadie bien podría haber sido su madre y ese era el tipo de dinámica que tenían. Incluye una diferencia de edad de seis años, también. Tener que cuidar de Mattie hizo que Sadie saliera de su caparazón y la obligó a usar su voz, sin importar el tartamudeo. Pero en los momentos en que Sadie no tenía ganas de hablar o no podía lograrlo, Mattie podría saber lo que esta necesitaba solo con mirarla. Así que no se equivoque, ambas eran devotas de la otra en formas diferentes. No sé si todas las hermanas son como lo eran este par. Yo tengo tres y las quiero profundamente, pero jamás fuimos así.

WEST McCRAY:

La voz de May Beth se vuelve cada vez menos firme con el pasar de cada página del álbum. Y en cuanto llegamos al final del álbum, sus ojos están repletos de lágrimas.

MAY BETH FOSTER:

Oh.

WEST McCRAY:

¿Qué sucede?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Voltea el álbum hacia mí. De un lado hay una foto de las chicas. Están despatarradas en el sofá cubierto de plástico de May Beth, comparten una manta tejida color rojo y anaranjado. Hay un cuenco enorme de restos de palomitas de maíz en el regazo de Mattie. Están absolutamente absortas en lo que sea que están viendo en la televisión frente a ellas, luego May Beth me dice que probablemente se trate de una película vieja. Las chicas amaban los clásicos. En especial Sadie, que era aficionada de Bette Davis. Pero lo que llamó la atención de May Beth en este momento fue la página siguiente. Vacía. Había una fotografía allí, insistía mientras pasaba las páginas frenéticamente para chequear si de alguna manera se había salido y terminado en algún otro lugar en el que no debería estar. Se fijó en el suelo y alrededor de los dos, en caso de que se haya caído. Pero no estaba por ninguna parte.

MAY BETH FOSTER:

Pero a dónde podría haber... no sé a dónde podría haberse ido... era una fotografía de... las chicas estaban en ella... era... era... no puedo recordar exactamente, era... pero sé que tenía a las chicas en ella. Estaba aquí. Estaba justo aquí.

sadie

Voy a matar a un hombre.

Voy a robar la luz de sus ojos. Quiero ver cómo se extingue. No se supone que respondas a la violencia con más violencia, pero pienso que a veces la violencia es la única respuesta. No es mucho menos de lo que él le hizo a Mattie, así que no es mucho menos de lo que se merece.

No espero que esto la traiga de regreso. No podré traerla de regreso.

No se trata de encontrar la paz. Jamás habrá paz.

No estoy bajo ninguna ilusión sobre lo poco que quedará de mí luego de que haga esto. Pero imagina tener que vivir cada día sabiendo que la persona que asesinó a tu hermana está respirando el aire que ella no puede, llenándose los pulmones con él, degustando su dulzura. Imagínalo sabiendo el peso constante de la tierra bajo sus pies mientras que el cuerpo de ella está enterrado por debajo.

Esto es lo más lejos que he estado de algo que sé.

Estoy en el asiento delantero, girando una navaja en mi mano, una y otra vez. Hay un olor a agua estancada en el aire. Cierro mis ojos y los abro, aún estoy en el asiento delantero, las manos dando vueltas a la navaja, el aire sigue cargado con la esencia de aguas sucias. Cierro los ojos y los abro de nuevo, es como uno de esos sueños en donde cada impulso imposible es recompensado con la certeza de que tienes que hacerlo una y otra vez. No hay una línea de meta y no sabes cómo hacer para detenerte.

—Mattie.

La *m* de su nombre es fácil de pronunciar. La doble *t* no se queda demasiado una vez que las digo.

Cuando ella tenía cinco y yo once, Mattie se metía en mi cama, aterrada por la oscuridad, esperando con desesperación a que le dijera algo que la hiciera

sentirse a salvo. Mis palabras de consuelo fracturadas nunca eran lo suficiente, todo lo que podía ofrecer era mi presencia y ella tomaba lo que podía, quedándose dormida mientras presionaba su cabeza contra mi hombro. Por la mañana, todas mis mantas estarían enredadas alrededor de su pequeño cuerpo y, de alguna manera, mi almohada siempre terminaría en su cabeza. Cuando tenía once y Mattie tenía cinco, ella quería hablar como yo. Se precipitaba a destrozar sus palabras hasta que Keith la golpeó en el trasero y dijo que *nadie que tenga una opción, hablaría así*. Y aunque lo odié por eso, le dije a Mattie que él tenía razón. Cuando Mattie tenía cinco años y yo once, no pude pretender más que cada oración nueva tuviera una oportunidad de salir completa. Dejé de hablar durante dos semanas por el dolor profundo que sentía, hasta que Mattie me miró con los ojos extremadamente abiertos y dijo: “Dime lo que quieres decir”.

Keith no es mi padre, pero a veces pretendió serlo, dejaría que la gente cometiera el error y me desafiaba silenciosamente a corregirlos. Me compraba dulces en la gasolinera si se lo pedía o no, luego hacía una puesta en escena para ponerlos entre mis manos simplemente porque quería oír un forzado *gracias*. Me sentaba sobre la mesa por las noches y me enseñaba plegarias para el deleite de May Beth. Mattie tenía razón al temerle a la oscuridad en ese entonces, porque era durante la noche que él entraba a mi habitación y me hacía decirlas.

Cuando tenía diecinueve años y Mattie trece, Keith regresó.

Di un giro a la navaja una vez más con mis palmas sudorosas, mientras sentía el peso de su mango negro y el filo despiadado de su hoja en su interior.

Hace mucho tiempo le había pertenecido a él.

Ahora era mía.

Voy a grabar mi nombre en su alma.

LAS CHICAS

EPISODIO 2

WEST McCRAY:

En nuestro último episodio, les presenté a las dos chicas centrales de este podcast: Mattie Southern y Sadie Hunter. Mattie fue asesinada, su cuerpo fue abandonado en las afueras de su pueblo, Cold Creek, Colorado. Sadie está desaparecida, hallaron su coche, abandonado a miles de kilómetros de distancia, con todas sus pertenencias dentro. La abuela sustituta de las chicas, May Beth Foster, ha solicitado mi ayuda para encontrar a Sadie y traerla de vuelta a casa.

Para aquellos que recién se nos unen, esta es una serie de podcasts, así que, si aún no han escuchado nuestro primer episodio, deberían hacerlo ahora. Tenemos más historia que tiempo para contarla, pero supongo que eso es lo que nos pasa a todos.

[CANCIÓN DE APERTURA DE LAS CHICAS]

ANUNCIANTE:

Las Chicas es traída para ustedes por VR YA.

WEST McCRAY:

Claire se marchó cuando Sadie tenía dieciséis, y Mattie tenía diez. A esa altura, su madre ya había sucumbido por completo a su adicción por las drogas. Su partida fue la conclusión más lógica. La última conversación que May Beth tuvo con Claire fue dos días antes de abandonar Cold Creek.

MAY BETH FOSTER:

Quería dinero y yo sabía para qué lo quería. Dijo que era para las niñas, para comida. Yo le dije *bueno, dime qué necesitas y lo traeré del mercado para ti, pero dijo no, necesito el dinero*. Y discutimos más fuerte de lo que alguna vez lo hicimos. Intenté no presionarla demasiado, ya que siempre que lo hacía, me alejaba de las chicas...

De todos modos, le dije que pusiera sus cosas en orden, que aún era joven para salvar la situación y que Dios la recompensaría, pero ella necesitaba hacer su parte también. Colgó el teléfono tan fuerte que mis oídos resonaron toda la noche.

WEST McCRAY:

Al día siguiente, May Beth se fue de vacaciones por dos semanas para visitar a su hija en Florida. Al día siguiente, Claire se marchó.

Mattie había ingresado al quinto grado y se lo estaba pasando en grande, Sadie había estado dividiéndose entre la preparatoria (la cual, para May Beth, no disfrutaba en lo absoluto) y trabajando en la gasolinera McKinnon.

Su jefe, Marty McKinnon, ha vivido en Cold Creek los cuarenta y cinco años de su vida y espera poder vivir lo que le resta de años aquí también. Es un tipo increíblemente fornido, de rostro rojizo y es conocido en el pueblo como el Gigante Amable. Te daría la camisa que trae puesta, si tan solo no estuvieras tan asustado de pedírsela.

MARTY McKINNON:

Sadie era una buena chica, muy trabajadora. Yo no necesitaba la ayuda tanto como ella, ¿entienden lo que digo? Ella había, eh, ella recorrió todo el pueblo en busca de un empleo antes de terminar aquí conmigo. Habían estado hablando de eso en el bar, en Joel's, ya sabes. Burlándose de ella, como si...

WEST McCRAY:

¿Qué decían?

MARTY McKINNON:

Pensaban que era gracioso que ella pudiera hacer algo por lo que valiera la pena pagar. Apenas podía hablar, ¿cómo podías ponerla a trabajar? Esas cosas... Pensé que era terriblemente injusto, así que cuando se cruzó en mi camino, le ofrecí algo. Estaba tan agradecida que fue la primera y única vez que me abrazó. Si conocieran a Sadie, sabrían que ella no era... muy abierta. Conseguir que te dijera cómo estaba era tan difícil como arrancarte una muela. Creo que se debía a que siempre estuvo aterrada de que la gente llamara a Servicios Sociales y la separaran de Mattie. Pero era poco probable que lo hicieran.

WEST McCRAY:

¿Por qué lo dice? Parece bastante obvio que las chicas necesitaban ayuda.

MARTY McKINNON:

De acuerdo, pero todos aquí necesitan ayuda, ¿me entiende? No tenemos la costumbre de preocuparnos. Sin embargo, esto preocupaba a Sadie, que pensaba que la partida de Claire sería el fin de las dos (como si May Beth hubiera dejado que eso sucediera) así que no dijo una sola palabra a nadie sobre el tema y le hizo prometer a Mattie que hiciera lo mismo. Luego, una semana después, recibí una llamada cerca de las cuatro de la mañana. Era Mattie, agitada. Pensaba que Sadie estaba muriendo. Manejé hasta allí y vi a Sadie, enferma como un perro. Estaba tan mal que la llevé al hospital. Le conectaron unas intravenosas y se puso bien... Solo una de esas cosas raras.

MAY BETH FOSTER:

Creo que lo causó el estrés por la partida de Claire.

MARTY McKINNON:

Por cierto, estábamos en la sala de espera y Mattie perdió el juicio, comenzó a llorar sin cesar y Mattie siempre había sido algo dramática, como Claire, pero esta vez no se trataba de eso. Estaba muerta de miedo. Le llevé dulces de la máquina expendedora, intenté que se calmara un poco, y me dijo que Claire las había abandonado y que, si alguien se enteraba, ella y Sadie jamás volverían a verse. Dios mío, la chica estaba alterada, vomitó sobre mí. Era un desastre. Lo primero que hice fue llamar a May Beth en Florida y voló hasta aquí el mismo día. Realmente ama a esas chicas. Sadie estaba tan enojada con Mattie por haberme avisado y conmigo por haberle avisado a May Beth, y con May Beth solo por estar enterada, creo que no nos habló por una semana.

MAY BETH FOSTER:

Es gracioso, siempre pensé que Claire nos abandonaría de una forma u otra... pero aún no estaba lista para ello. Para empezar, Sadie nunca tuvo a su madre, por lo que no supo cómo fue perderla. Lo único que aterraba a Sadie era perder lo poco que le quedaba de familia y eso era Mattie. Y Mattie... Mattie estaba completamente destruida.

WEST McCRAY:

Cuéntame más sobre eso.

MAY BETH FOSTER:

Pensé que eso iba a matarla. Lo creí en verdad. Mattie se había deprimido tanto que no quería comer. Perdió más peso del que podía permitirse. Apenas dormía... tenía pesadillas sobre Claire yéndose y cuando abría los ojos notaba que no era solo un sueño. Ni Sadie podía calmarla. Estaba en estado de histeria la mayor parte del tiempo y catatónica lo que restaba. Le decía a Sadie que debíamos llevarla a un doctor, pero... Sadie no lo aceptaría, tampoco veía un buen final si lo hiciéramos, para ser honesta. En lugar de eso, Sadie abandonó la escuela. Pensaba que si tal vez estaba en casa podría ayudar.

WEST McCRAY:

¿Y lo hizo?

MAY BETH FOSTER:

No. Solo una cosa consiguió alcanzar a Mattie.

WEST McCRAY:

Cerca de los tres meses después de la partida de Claire, y por primera y única vez, las chicas recibieron novedades de su madre. Llegaron en forma de postal, la cual recuperaron entre las

pertenencias de Sadie. En el frente tenía una fila de palmeras contrapuestas a un hermoso cielo azul “¡Saludos desde la soleada L.A.! ¡Desearía que estuvieras aquí!” y estaba dirigida a Mattie. La escritura desordenada de Claire decía “Se mi buena chica, Mats”.

MAY BETH FOSTER:

Mattie regresó a la vida luego de eso. De allí en adelante, estuvo completamente obsesionada con Los Ángeles: tenían que ir allí para encontrar a Claire, debían hacerlo, su madre quería que ellas la encontraran y comenzar de nuevo...

Odiaba que eso sucediera, tanto como le estaba agradecida al mismo tiempo. La postal le devolvió el color a Mattie, en verdad nos devolvió a nuestra chica, pero Dios mío, Sadie y ella jamás volvieron a ser las mismas después de eso.

WEST McCRAY:

¿Sadie se opuso a ir en busca de Claire?

MAY BETH FOSTER:

Era imposible, por muchas razones. El dinero. No podían costear un viaje. No sabían en qué parte de la ciudad estaba, digo, ¡vamos! Probablemente Claire la escribió mientras estaba drogada. No les pedía nada allí. Esa postal era una despedida, solo que Mattie no lo entendía o aceptaba. Y me pregunto... Sadie podría haber fingido estar algo afectada por el bien de su hermana, pero no lo hizo...

WEST McCRAY:

¿Mattie culpó a Sadie por la partida de Claire?

MAY BETH FOSTER:

No, pero la culpó por no intentar buscarla.

WEST McCRAY:

¿Qué quería decir Claire, cuando le pedía a Mattie que sea una *buena chica*?

MAY BETH FOSTER:

Cuando Mattie era la buena chica de Claire generalmente implicaba hacerle la vida imposible a Sadie. Siento que estoy describiendo a Mattie como una persona horrible, pero no es el caso. Ella solo era... ingenua. Mattie amaba a Sadie, pero adoraba a Claire.

WEST McCRAY:

Luego de la postal, las cosas se deterioraron lentamente entre las chicas.

MAY BETH FOSTER:

Era desgarrador ver la manera en la que Mattie se ponía en contra de Sadie. Algo cruel. Sadie le perdonaba todo porque sabía de dónde provenía todo ese enojo y lo soportaba. Eso no significa

que ella fuera una santa... pues no lo era. Se impacientaba, le decía a Mattie que estaba actuando como estúpida, que no tenía caso buscarla... fue el primer quiebre entre las dos y continuó creciendo. En verdad, es increíble cuando lo pienso: Mattie se aferraba a Claire, mientras que Sadie solo intentaba aferrarse a Mattie.

El mes anterior a la muerte de Mattie, las cosas entre ellas estaban mucho peor de lo que las había visto. Mattie estaba convirtiéndose en una mujer y esa es una etapa peligrosa para cualquier chica. Cambió su forma de ser y esa nueva persona tenía diferentes opiniones a las de Sadie sobre cómo debían ser las cosas. Sadie jamás me lo dijo, pero sé que estaba realmente herida por ello.

No puedo... Si tan solo Claire no hubiera enviado esa postal... Si tan solo hubiera hecho una ruptura definitiva, creo que al final Mattie habría podido superarlo. Pero tuvo que arruinar todo desde Los Ángeles. La noche en que Mattie desapareció, las chicas peleaban por eso.

WEST McCRAY:

Aparentemente, eso es en lo que todos coinciden como el detonante de la desaparición de Mattie: ella intentó dejar Cold Creek para ir en busca de su madre. Se subió al camión del asesino, pensando que era la primera parte de su largo viaje a Los Ángeles.

MAY BETH FOSTER:

Mattie jamás hubiera hecho algo así si no fuera por esa postal. Sé que eso persiguió a Sadie y también sé... sé que Sadie está ahí afuera, persiguiéndola.

sadie

Algo se estrella contra mi ventana.

Pum.

Abro los ojos de inmediato y alzo la cabeza abruptamente, mi cuello emite una rápida y alarmante sucesión de chasquidos por haber permanecido en esa postura. Mi cuerpo está a medio camino del asiento trasero antes de tener una idea de la situación. Dos niños de alrededor de unos diez u once años están parados a unos pocos metros del coche. Se los ve tan poco alimentados que May Beth los hubiera declarado mendigos. Uno tiene una pelota de baloncesto en las manos. Me está mirando fijamente, y le devuelvo la mirada. Arroja la pelota a mi ventana. *Pum.* La pelota vuelve a sus manos. Apunta de nuevo y la ira me brota desde dentro. Me estiro hasta el asiento delantero, y me apresuro a poner la mano sobre la bocina del automóvil. La presiono y la mantengo presionada.

Huyen.

Continúo llenando la desolada sección del vecindario con el sonido nasal de la bocina del coche, mientras observo las piernas larguiruchas de los niños calle abajo. Retiro mi mano cuando doblan en la esquina y todo se queda en completo silencio. Estoy estacionada en una calle sin salida bordeada con casas en diferentes etapas de construcción, una cartelera grande anuncia la fecha de finalización de la obra que parece imposiblemente cercana. Hay un estanque de aspecto pantanoso justo frente a mí, con pequeñas ondulaciones en el agua hechas por los insectos que revolotean.

Enciendo el coche por un momento, solo para ver la hora. Son las ocho de la mañana. Jesús. May Beth dice que es de mala educación molestar a alguien antes de las nueve de la mañana, e incluso después de esa hora tampoco es tan bueno,

a menos que se trate de una emergencia. Me froto la parte trasera del cuello y luego tomo mi mochila del suelo, rebusco dentro hasta que encuentro una botella de agua casi vacía, mi cepillo de dientes y el dentífrico. Me cepillo los dientes, abro la puerta del coche, me inclino y uso lo que queda de agua para enjuagarme y escupir. Mi estómago se queja. Podría comer. Tengo media bolsa de galletas saladas guardada en la guantera. Me las termino al poco tiempo de abrirlas y relamo mis dedos cargados de los restos salados y agrios. Mattie estaría molesta si me viera hacer esto, me diría que nunca le había permitido tener un desayuno así de desequilibrado porque todo lo que hacía, ella quería hacerlo porque, por regla, así son las hermanas menores.

Esto detendría tu crecimiento, sería mi argumento. No quiero que seas un camarón por siempre. Pero Mattie hubiera sido más alta que yo. Se podía notar con solo mirar sus piernas. Eran mucho más largas que el resto de su cuerpo y si la veías con mayor atención, el resto comenzaba a verse realmente extraño. Brazos demasiado delgados, cintura demasiado corta, manos demasiado grandes. Mattie siempre esperó el momento en el que finalmente pudiera verme desde arriba y mi mamá siempre me advirtió que eso iba a suceder, siempre lo decía cuando Mattie y yo nos peleábamos porque mamá siempre se ponía del lado de ella. Podríamos haber estado discutiendo sobre si el cielo era o no azul, Mattie podría haber dicho que era púrpura y mamá le hubiera dicho que estaba en lo cierto solo para ver mi expresión mientras lo decía. No puedo siquiera poner en palabras lo que es tragarse un momento como ese, pero puedo decirles lo amargo que sabe.

Me visto, cambio mi camiseta, ropa interior y jeans malolientes por un par de leggins arrugadas, ropa interior y una camiseta lo suficientemente limpia. Pronto tendré que encontrar un lugar para lavar la ropa, si consigo desprenderme del dinero. Tomo mi cepillo para hacer tiempo y lo paso lentamente por mi cabello anudado, luego lo recojo en una coleta. Relamo mis pulgares y aliso mis cejas. Paso la lengua por mis dientes y arranco un resto de piel muerta de mi labio superior. Enciendo el motor y me dirijo camino a Wagner.

Wagner me recuerda a un fénix justo antes de morir para luego renacer. La

circunscripción en construcción en la que pasé la noche habla del lugar en el que se convertirá después de que el resto se incendie. Algún punto de interés turístico que se levantará de las cenizas. Por ahora, a todos lados que miro veo el tipo de grietas que me recuerdan a Cold Creek. La gente peleando por hacerse un lugar para vivir que apenas es mejor que el de al lado, pero ninguno es realmente bueno.

Aparco frente a una escuela primaria de aspecto lamentable, recorro su lote y rodeo el edificio hasta el patio de recreación trasero porque hay una casa. Deslizo las manos dentro de mis bolsillos y me preparo mientras avanzo. Hay personas en los columpios, de espaldas a mí. Un hombre y una niña, uno al lado del otro. Ralentizo mi paso cuando noto que el hombre estira su brazo para apoyarlo en el hombro huesudo de la niña.

—¿Estás bien? —murmura, sus pies se arrastran por el suelo por el pequeño balanceo del columpio. Su voz es suave, sedosa y cargada de amabilidad—. Sé que hay que adaptarse, pero soy un buen tipo para tener a mano... y si alguna vez necesitas hablar, estoy aquí para ti.

Los hombros de la chica se ponen rígidos, cada uno de sus músculos se tensan al tacto de esos dedos llenos de callos que reposan sobre las partes al descubierto de su cuerpo. Ella no dice nada y no lo hará, sé que no lo hará, y también sé por qué su lengua se queda quieta. No confía en él. La suya es una bondad que no llega a sus ojos y puede que solo sea una niña flacucha de once años, pero es lista. Ella conoce la calma antes de la tormenta, un edificio tranquilo hacia el caos mayor. Todo sobre ese *buen* tipo no encaja del todo bien en el escenario de sus vidas. Está muy sobrio, demasiado preocupado, en todas partes cuando ella cree estar sola. Él es demasiadas otras cosas que ella no puede expresar, como la manera en que la toca ahora, la cual es más familiar de lo que tendría derecho a ser y más íntima de lo que debería estar permitido.

—Todo estará bien, Sadie —concluye el hombre.

Marlee Singer.

Ese fue el nombre que Caddy me dio cuando presionaba mi navaja contra su garganta. Su cinturón desabrochado, colgaba sobre sus jeans. Escuché sus palabras contra el filo de la hoja, *Marlee Singer*. Y más: *vive en Wagner. Ella puede hablarte de Darren Marshall*. Lo obligué a bajarse los pantalones hasta abajo antes de soltarlo, solo para darme tiempo de escapar.

La grava se desplaza bajo mis pies mientras avanzo por el camino que conduce a la puerta del frente de Marlee. No hay signos de vida a través de ella, tampoco el aleteo curioso de las cortinas en la ventana, llamo y espero. Un vehículo pasa. Deslizo mi mano por mi cabello y regreso a la carretera. Eran las nueve cuarenta y cinco la última vez que miré el reloj, pero puede que tal vez aun esté en la cama. Regreso a la casa, esperando algún movimiento en el segundo piso, pero no sucede nada.

Comienzo a rondar el lateral de la casa y espío a través de la primera ventana que veo.

Una sala de estar. Me inclino más cerca, mis manos sujetan el borde del alféizar de la ventana. Hay juguetes de bebé sobre el suelo y... a la distancia, escucho el ruido de la puerta frontal cuando se abre y, luego de un momento, a alguien acercándose. Siento el peso de su mirada sobre mi cuerpo, estudiándome mientras se acerca más. El sudor empapa mi frente y mi cuero cabelludo, comenzando a rodar con lentitud por la parte trasera de mi cuello y cuando me volteo, me enfrento a la mujer que estaba buscando.

Marlee.

—¿Quién demonios eres?

Diría que tiene unos cuarenta o tal vez no tanto. Su pelo rubio platino está apretado en una coleta, su boca es un tajo con labial rojo. Tiene pómulos pronunciados. Sus cejas deben ser blancas, o no las tiene. Es escuálida, casi en la misma forma en la que Mattie lo era, pero no es porque esté creciendo... lo es por las drogas, los desórdenes alimenticios o por no tener el dinero suficiente. Reconozco todas estas cosas, pero no siempre logro diferenciarlas. Lleva puestos

unos pantalones cortos y una sudadera retro de Mickey Mouse anudada por debajo de sus senos. No veo ninguna marca en sus brazos, como las que tenía Caddy.

–¿Qué diablos crees que estás haciendo? –tiene un tono de voz duro, uno que no podría imaginar susurrando o en una canción.

–...

Me concentro en nada por demasiado tiempo. Siento como si tuviera una soga alrededor del cuello. Ella luce como que está a un minuto de llamar a la policía. *Escúpelo*, pienso. *Solo escúpelo*. Keith solía decirme eso cada vez que se cansaba de esperar. Y si estaba lo suficientemente cerca, me tomaba del rostro con una mano, como si pudiera arrancar mis palabras si apretaba lo bastante fuerte.

–¿Hola? –sacude una mano frente a mi rostro–. ¿Qué demonios haces figoneando en mi casa? Dame una sola razón para no llamar a la policía en este momento.

–Es... estoy bu... buscando a al... alguien –exhalo fuertemente.

Marlee posa sus manos huesudas en sus caderas pronunciadas. Creo que podría envolver mis dedos alrededor de sus muñecas una, dos y tres veces. Tal vez hasta pueda partirla a la mitad, pero hay algo en ella que me hace pensar que no llegaría demasiado lejos si lo intentara, como que rebanaría mi garganta antes de que me enterara lo que pasara. Es difícil no respetar eso.

–¿En mi casa? –da un paso adelante y me resisto a la urgencia de retroceder–. Hagamos una pregunta a la vez, lentamente: ¿Quién demonios eres?

–Le... lera.

A veces me pregunto cómo se le ocurrió a mi madre llamarme Sadie y Lera. Cuando le pregunté siempre decía: *tenías que tener un nombre, ¿cierto?* Pero tenía que haber algo más. Quería que lo hubiera. Incluso si fuera simplemente que le gustaban ambos tanto como para unirlos, a pesar de que no se oían nada bien en absoluto.

–¿Lera...?

–Ca... Cady Sinclair me dio tu nom... nombre –le dije. Sus ojos se agitaron de

una manera que no me agradó—. Dijo que po... podrías ayudar.

—¿Lo hizo ahora? ¿A quién buscas?

—Darren Ma... Marshall.

Se ríe, un sonido frágil y desagradable que hace que mi columna vertebral se erice.

—¿Estás tomándome el puto pelo? —dice. No es una pregunta. Resopla y se pasa el brazo por la nariz. El sonido silenciado de un bebé llorando sale del interior hacia la calle. Me mira de costado antes de irse.

—Vete a casa, niña —concluye.

La puerta del frente se cierra de golpe.

Pero no he llegado tan lejos para volver a casa.

Doy la vuelta y me siento en su porche, con las piernas estiradas frente a mí y los tobillos flexionados, mi bolso a mi lado. Miro al cielo y observo como su azul no-me-olvides se hace más profundo, en algo más... ¿cuál es la palabra? *Cerúleo*. Me quedo mirando hasta que el sol se posiciona directamente en mi línea de visión obligándome a mirar hacia al costado. Dejo que mi piel se ase, luego quema, mi boca se seca. ¿Así funciona una autoflagelación? ¿Sentir que el dolor se abre paso y no resistirse?

Podría morir, pienso, y se siente como nada.

La puerta de Marlee se abre con un chirrido, justo después de las tres, sacándome de un estupor nebuloso.

—Trae tu trasero adentro —dice y levanto la cabeza.

La puerta se cierra de golpe detrás de ella y yo comienzo la ardua y dolorosa tarea de ponerme de pie, mi cuerpo está rígido, mi piel dolorida y quemada por el sol. Me obligo a estirar mis hombros hacia atrás y entro en la casa de Marlee como si viviera allí. Adentro huele a rancio y a humo, como si alguien se hubiera ocupado de cerrar todas las ventanas antes de abrir un paquete de cigarrillos.

Me quedo de pie en un pasillo poco iluminado delante de las escaleras que llevan a la planta alta. La casa se reparte en dos direcciones, la sala de estar que ya había visto y una cocina. Esa es la habitación de la que sale Marlee, vistiendo

algo diferente, un par de jeans con roturas en las piernas que no puedo distinguir si son a propósito o no y una camiseta sin mangas roja que deja ver gran parte de su clavícula, en donde tiene un tatuaje de una navaja rodeada de flores, desafiándome a mirarlo.

–Supongo que esta era la única forma de sacarte de mi porche –dice Marlee y yo asiento de acuerdo mientras me cruzo de brazos. Ella se cruza de brazos–. Estás toda quemada por el sol.

–S... sí.

–Va a dolerte mañana.

Duele ahora.

–Pro... probablemente, sí.

–¿Por qué hablas así? –pregunta entrecerrando los ojos.

–¿Nu... nunca oíste ta... tartamudear antes?

–Claro que sí. Solo quiero saber por qué.

–Es su... suerte, creo.

–Y buscas a... Darren –dice y asiento en respuesta. Suspira y se dirige a la cocina–. Bueno, maldición, ¡no te quedes ahí parada!

Me duele, la piel se siente tirante sobre mi cuerpo. Debo obligarme a visitar un lugar en mi mente más allá de las quemaduras de sol para poder moverme. Cuando entro a la cocina, Marlee ya está allí, recostada sobre la encimera. El lugar es un desastre, pero no es asqueroso. Tan solo habla de una mujer que no puede lavar los platos y cuidar al niño que tiene al mismo tiempo. El fregadero tiene pilas altas de platos, cuencos, vasos y vasitos para bebé. Al otro lado hay una pequeña mesa de cocina contra la pared, debajo de una ventana con vista completa del patio de recreación de la escuela al otro lado de la calle. Hay dos sillas a cada lado de la mesa. Todo se ve retro, pero no por elección. Es una mezcla variada. El suelo es laminado y las paredes son de color beige. Las cortinas son de un verde bosque profundo. Es feo.

–Li... lindo lugar.

Sabe que miento, pero no le importa. Marlee me examina por completo, desde la punta de mis pies hasta mi cabeza. Rebusco en mi mochila la foto y se la

entrego. Sus dedos son largos. Cuando la toma de 20x15 centímetros aparece, sus manos tiemblan ligeramente y me pregunto si lo he imaginado.

–Jesús –murmura.

–Soy su hi... hija.

No sé si necesito mentirle, pero ya es demasiado tarde para descubrirlo. Marlee deja escapar una risa, ese mismo sonido quebradizo que escuché antes. Me devuelve la fotografía y abre una gaveta para tomar un paquete de cigarrillos. Lo enciende disfrutando el primer golpe de nicotina. Todas las líneas de su boca se forman en un alivio delineado cuando da la primera calada.

–Me estás diciendo que Darren Marshall tiene una hija –su lápiz labial deja una marca en el filtro del cigarrillo. Veo el esfuerzo en su rostro, las palabras no le sientan bien. Da dos caladas más y luego tose. Juro que puedo escuchar lo que sea que tenga en los pulmones, acumulándose–. Y eres tú.

–Sí.

–¿La pequeña también? ¿También es de él?

–N... no.

–¿Quieres beber o algo?

Asiento con mi cabeza. Quiero algo para beber, y algo para comer. Marlee abre su refrigerador y me alcanza una soda. El aluminio frío contra mi palma es lo mejor que he sentido durante horas. La abro y escucho el siseo gratificante y luego el burbujeo.

–No debió de haber estado muy presente en tu vida –dice.

–Ba... bastante.

Espera a que beba antes de preguntar.

–¿En verdad es tu padre? –dejo las burbujas en mi boca, una sensación agradable y fugaz–. ¿Darren?

–¿Po... por qué di... dices su nombre a... así?

Se siente extraño en sus labios, como si fuera algo que su voz repele.

Antes de que pueda responderme, ese llanto suave de bebé que escuché desde afuera aquella mañana, llena la casa desde el segundo piso. Marlee maldice, arroja su cigarrillo al fregadero y deja correr el agua.

–Sienta tu trasero allí, ya vuelvo –dice mientras señala una de las sillas con el dedo. No se va hasta que no me siento.

Se apresura y sale de la cocina mientras me dice que no me atreva a tomar nada mientras ella no está. Ese tipo de advertencia hace que reconsidere el lugar porque antes de que lo mencionara, no hubo nada que me pareciera digno de tomar. Hay billetes sobre la mesa. Avisos de vencimientos. Verlos ahí pone un nudo en mi estómago del tamaño de una toronja. Ese temor que nunca olvidarás una vez que lo hayas sentido. El pánico demoledor de necesitar el dinero que no posees.

Regresa unos pocos minutos más tarde con un pequeño apoyado en sus caderas. Tiene el mismo rubio platino de su madre, dispuesto en un desafortunado corte de hongo. Sus ojos son más azules que el cielo de afuera y tiene una naricita chata en medio de una de las caras más redondas que he visto. Tiene los brazos y las piernas regordetas. Creo que todo el dinero de los alimentos va para él. Se retuerce como para liberarse hasta que me ve y entierra avergonzadamente su cabeza en el costado de su madre. Marlee señala la silla alta plegada en el rincón.

–¿Abres eso por mí?

Luego de cinco minutos, el bebé ya está en su silla y Marlee se dirige nuevamente al refrigerador. Su hijo no me quita los ojos de encima y se ve espeluznante, como esos niños de *El pueblo de los malditos*. El único bebé que me ha gustado en verdad fue Mattie. En toda mi vida, jamás había visto a uno tan lindo como ella. Era tan regordeta, suave y dulce. Tenía un pequeño mechón de cabello rubio justo en el centro de su cabecita y ese fue todo el que tuvo por un largo tiempo. Se veía como un peluquín. Me hacía reír. Y sus manos diminutas siempre estaban en forma de puño, como si se preparara para una pelea, esperando al día en el que sea lo suficiente mayor como para golpear algo. Amaba sujetar cada uno de mis dedos con esa sorprendente fuerza. Era tan fuerte.

Era perfecta.

–¿Co... cómo se ll... llama?

–Breckin.

Lo acomoda y luego toma un poco de papilla de manzana y la pone en su boca. Él balbucea y la mitad de la papilla termina bajando por su camiseta. Marlee ríe, pero su risa es diferente a la que he escuchado hasta ahora. Es indulgente y amable. Es lo más dulce que su voz se ha oído desde que llegué aquí. Ella le murmura tonterías.

–En do... dónde está D... Darren?

May Beth dijo que a veces puedo ser desagradable, la manera en la que no me detengo en lo innecesario y voy directo al grano cuando tengo mi atención enfocada en algo... que no hago preámbulos para hacer que las cosas sean cómodas, supongo. He decidido que lo único que alguien puede hacer al respecto es aceptarlo u odiarlo porque no voy a cambiar. No puedo saber si Marlee lo odia, por la expresión en su rostro. Su sonrisa se desvanece, pero mantiene sus ojos en Breckin.

–Mira, pequeña –me dice, y desearía que la gente dejara de hacerlo–. No sé nada de ti y ¿piensas que debería decirte lo que sea que sepa de él?

–Al... algo así.

–¿Qué quieres de él? –quiere saber mientras pone más papilla en la boca de Breckin.

–Ma... matarlo.

La cuchara se detiene a unos centímetros de Breckin, su confusión es inmediata. Golpea la sillita con su mano para llamar la atención de su madre. Finalmente, Marlee mete la cuchara en su boca y retira todo hacia un costado.

–E... es una br... broma –digo.

–Claro –me responde.

Tomo la anilla de la lata de soda, dejo que se enganche bajo mi uña y luego la devuelvo a su lugar con un *tin*.

–Quiero fumar –dice.

–Ha... hazlo.

–No fumo cuando el bebé está cerca.

Pero al final lo hace. Se dirige a una esquina de la cocina y enciende un nuevo cigarrillo, mientras voltea su cabeza lejos de la dirección de Breckin cada vez que da una calada, como si eso hiciera alguna diferencia.

–No ha estado por aquí en un par de años. Solía ir y venir siempre.

–¿En R... Ray's?

–A veces –se mueve de forma inquieta y muerde su labio–. A todo eso, ¿de dónde eres?

–No im... importa.

–Vamos, pequeña, ¡dame algo! –exclama mientras pone los ojos en blanco.

–No... no soy... una pequeña.

Acerca el cigarrillo a su boca, y se muerde el nudillo mientras el humo se desliza de forma perezosa alrededor de su rostro. Breckin no parece estar de acuerdo con la interrupción de su snack. Balbucea y se embelesa por el sonido de su propia voz.

–Están destruyendo todo este pueblo –dice Marlee luego de un minuto–. Están con esta nueva construcción –da otra calada e inhala el humo tan profundamente que su futuro cáncer viene fugazmente a mi mente–. Es estúpido. No sé qué intentan. Esto no es como el resto del estado, ¿sabes? Malditos productos integrales y yoga... y si pudieran lograr eso, no puedo permitirme vivir aquí cuando sea un agujero de mierda. No tengo otro lugar a donde ir.

–Co... Cold Creek.

–¿Qué?

–De don... donde soy.

–Jamás lo oí nombrar –entrecierra los ojos–. ¿Sabes qué se trae entre manos?

–Sí –respondo. *Lo sé mejor que tú.*

Tomo otro sorbo de la soda y de repente sabe demasiado dulce. Desearía que el aire corriera aquí dentro. Marlee le da otra calada al cigarrillo y Breckin agita sus manos. Siento que esto ha pasado cientos de veces antes de estar aquí, que ya he visto todo lo que hay para ver de sus vidas. Me miro las partes de color rojo

fuego en mi pecho y me siento abrumada con la sensación de querer estar en otro lugar. En cualquier otro lugar.

–¿Sabes que su nombre no es Darren? –me pregunta y yo asiento–. Quiero decir, ese es el que tomó cuando vivía aquí, nunca me acostumbré a llamarlo así.

–¿Cu... cuál es el ver... verdadero?

–Por ahora será Darren –responde.

–Era Keith cu... cuando lo co... conocí.

–¿Eh? –se muerde los labios–. Ese tampoco es su nombre.

–¿Co... cómo lo sabes?

–Porque iba a la escuela con mi hermano. Yo tenía siete años menos que ellos. Terminé mucho tiempo después. Me mudé aquí, me casé, me divorcié y mi hermano, bueno. Él ha logrado muchísimo más que yo.

–¿Co... cómo?

No parece que la gente de por aquí logre hacer demasiado.

–Mis padres tenían dinero suficiente para un solo hijo y terminaron con dos –se encoje de hombros–. Él era el varón. Era en el que habían depositado todas sus esperanzas, así que recibió más. Fue a la universidad.

–¿Co... cómo era... antes? –no puedo evitar preguntarle por Keith.

–Era pobre, como la mayoría de nosotros. Pero era tranquilo. Algo sucio también, quiero decir no se cuidaba, no tenía higiene personal. Era raro... hacía cosas raras y obtuvo varias palizas por ello. Lo hostigaban, creo. Y sus padres... eran un desastre. Su padre bebía y se desquitaba con él con el cinturón.

–Oh –digo.

–Para cuando estaban en la preparatoria, mi hermano... que era un chico dorado en todo el sentido de la palabra... acogió a Darren bajo su ala, digamos, para demostrar algo siendo amable con él. Cuando le pregunté por qué lo hacía me dijo que *no somos mejores o peores que nadie* –Marlee hace una pausa–. Mi hermano era un verdadero imbécil, en caso de que no te hayas dado cuenta. En fin, los demás chicos le dieron una tregua a Darren y ambos se volvieron inseparables... eran como... tal vez eres muy joven para conocer esa caricatura

en la que el perro pequeño sigue al más grande. Diablos yo también lo soy, pero eran así. Darren estaba a los pies de mi hermano. Venía a mi casa a cenar todo el tiempo... –su voz se iba apagando–. Me dio mi primer beso. Yo tenía diez años y él diecisiete. Así era Darren.

–¿Co... cómo terminó en Wa... Wagner? ¿Hace cu... cuánto fue?

–Hace un par de años –se encoje de hombros–. Venía de pasada. Sabía que yo vivía aquí porque mantenía contacto con mi hermano. De todas formas, vino y parecía diferente, un poco más estable, nada parecido a lo que era cuando... –miró el suelo–. Se suponía que se quedaría aquí para la cena, pero acabó quedándose mucho más que eso.

–Mamá –se quejó Breckin y Marlee se acercó a él y apoyó su mano sobre su pequeña cabeza.

–Una vez que supo que se quedaría, me dijo que se estaba haciendo llamar Darren Marshall y que sería estupendo si yo podía seguir con la farsa.

–¿Te di... dijo por... por qué?

Breckin suelta una risita. Ella niega con la cabeza.

–¿Y lo de... dejaste que...quedarse?

Creo que no logro ocultar el disgusto de mi voz porque Marlee se tensa, mientras levantaba la mano que tenía sobre la cabeza de su hijo. Espera un momento, como aguardando a que insista, y una parte de mí se siente lo bastante joven como para querer hacerlo. Solía tener una edad en la que creía que podría convencer a mi madre de sus peores decisiones como el consumo de alcohol, las drogas y sobre algunos de los hombres que llevaba a casa para meter en su cama, Keith. A veces pienso en esa Sadie, rogándole a su madre que la salvara... de ella, su madre.

Odio esa versión de mí.

–No tengo que responder a eso. Pero sí, lo dejé quedarse –sacude un poco la cabeza y frunce el ceño–. Sabes, todo el tiempo que estuve con él, Darren jamás mencionó tener una hija. Mi hermano tampoco lo mencionó. Él hubiera sabido del algo así.

–No mi... miento –digo mintiendo. Ella me mira y siento que, si lo hace por

demasiado tiempo, pueda ver la verdad de alguna forma-. ¿Qué pa... pasó?

-Estuvimos juntos por unos pocos meses. Cada mañana, él se paraba ahí mismo donde tú estás, y tomaba su café mientras observaba a través de esa ventana.

Seguí su mirada hacia el patio de recreación de la escuela. Hay un par de mujeres en el lugar ahora, empujando a los pequeños en los columpios. Imagino el lugar durante la época escolar, los jardines repletos de niños corriendo, jugando y riendo bajo el ojo atento del hombre en la mesa de la cocina.

Se me revuelve el estómago.

-Lavaba la ropa -dice Marlee-. Vaciando los bolsillos de sus jeans antes de meterlos en la lavadora y encontré una fotografía... vieja y desgastada, una vieja Polaroid. Era... -cierra los ojos por un momento y su frente se arruga, como si pudiera verla ahora, detrás de sus ojos, y deseara ver cualquier otra cosa-. No quiero entrar en detalles, pero era el tipo de cosas que no podrías explicar ni defender -toma aire temblorosamente y abre los ojos-. La gente no cambia. Simplemente se vuelven mejores en ocultar su verdadera esencia. Lo eché ese mismo día. No quería tener nada que ver con algo así en ese entonces y tampoco lo quiero ahora.

Marlee levanta a Breckin de su silla y presiona su cabeza sobre el cuello de su bebé. Me rasco el pecho y lo lamento al instante. Mi piel arde.

-¿Ha... has oído de él lu... luego de eso? ¿Do.. dónde po... podría estar?

-No.

-¿Qué hay de tu her... hermano?

-Ya no hablo más con mi hermano -dice severamente-. Él opina que lo que hice con Darren no está bien y no nos hemos hablado desde entonces.

-Po... por favor.

-Mira, lamento lo que sea que te haya traído hasta aquí -me dice-. Y me siento lo bastante mal por ti como para querer decirte todo esto, pero tengo un pequeño y no puedo darme el lujo de enredarme en lo que sea... -agita sus manos-. En lo que sea que es esto.

-...

Cierro los ojos. Siento cómo me observa, mientras lucho por dentro.

–Po... por favor –es todo lo que consigo decir luego de abrir los ojos.

Ella cierra los ojos y Breckin se sienta en medio de las dos, ajeno a todo.

–Jack Hersh. Ese es su verdadero nombre. Haz algo con eso.

–¡No se ha... hace llamar así! ¡E... eso no me lle... llevará a él!

–Tal vez eso no sea lo peor del mundo –contesta con brusquedad–. No deberías estar persiguiendo a alguien tan enfermo, sea tu padre o no –sus ojos se abren–.

¿Te hizo daño?

–Sí –le digo–. Y a mi hermana.

–Pues, lo siento –hace una pausa–. Pero no puedo ayudarte.

Debería darme algo, pero no lo hace. No puedes comprar a las personas con tu dolor. Ellos solo querrán escapar de eso. Tomo uno de los sobres de aviso de vencimiento y lo giro lentamente.

–¡Oye! Deja eso –me dice–. Ya te lo dije. No sé en dónde está ahora.

Deslizo el recibo fuera del sobre, miro el monto y ella no puede detenerme porque sus brazos están ocupados con el bebé. Ese no, es demasiado alto. Busco otro recibo, está fuera de su sobre y lo miro. Esa es una suma que puedo costear. Solo porque no puedas comprar a las personas con tu dolor, bueno, no significa que no puedas comprarlas con dinero.

Hago una pausa y lo intento de nuevo:

–¿Qué ha... hay de tu her... hermano?

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 2

WEST McCRAY:

La identificación en la mochila verde de Sadie pone a May Beth como su contacto en caso de emergencias. En julio, May Beth fue a recogerla junto a las demás pertenencias de Sadie al departamento de policía en Farfield.

MAY BETH FOSTER:

Y déjeme decirle algo del departamento de policía de Farfield: no les importa una puta mierda.

WEST McCRAY:

La detective Sheila Gutiérrez es una mujer pequeña, madre de tres hijos que ha trabajado en el Departamento de Policía de Farfield durante los últimos quince años, simpatiza con May Beth, pero alega su reclamo.

DETECTIVE SHEILA GUTIÉRREZ:

Hemos hecho todo lo que estaba en nuestro poder para encontrar a la señorita Hunter. Hicimos una búsqueda, hablamos con los residentes locales, publicamos boletines oficiales y alertamos a la prensa, además de un refuerzo de las leyes en las áreas circundantes. No hubo pruebas de algo sucio, y dado que la señorita Hunter abandonó Cold Creek por voluntad propia como respuesta a una tragedia personal, creemos que esto es el resultado de su partida. El coche no presentaba daños. Es una posibilidad factible que lo haya abandonado allí por elección. En cualquier caso, no hay rastro de ella. De todos modos, eso no significa que nos mantendremos menos vigilantes en el futuro, y recomendamos llamar al 555-3592 si alguien cuenta con algún tipo de información.

WEST McCRAY:

May Beth deja el Chevy estacionado en su casa. Es viejo, pero aún funciona. Encontró un contrato de venta en su maletero, no era entre Sadie y el propietario del coche, sino del antiguo dueño y la persona que fue el dueño antes de él. Pude contactar a la mujer que le vendió el coche a Sadie. Accedió a verme en una cafetería en Milhaven, a más de cuarenta kilómetros fuera de Cold Creek, para hablarme sobre ello.

BECKI LANGDON:

Era realmente extraña, usted sabe. **[BEBÉ LLORANDO]** Oh, calla, ahora. Tú calla... vamos ahora, tu mami está hablando.

WEST McCRAY:

Becki Langdon (eso es "Becki con una "i", como se asegura de aclararlo en nuestros intercambios vía correo electrónico, a pesar de que se encuentra escrito para que pueda verlo) es una mujer morena vibrante y madre orgullosa de un bebé de tres meses. El encuentro de Becki con Sadie fue breve, pero ella la recuerda bien.

BECKI LANGDON:

Nosotros... mi exesposo y yo... queríamos vender el vehículo. Era mío y lo había tenido por... Dios, ¿desde que era una adolescente? Él tenía un vehículo propio así que pensamos que estaría bien usar ese dinero para el bebé, por eso lo pusimos en venta. Desearía habérmelo quedado ahora que ese patético trasero huyó de mi lado tan pronto Jamie nació y ahora debo dejar que mi madre me lleve a todos lados.

WEST McCRAY:

¿Puede decirme cómo se veía Sadie? ¿Ella le dio algún indicio de por qué quería comprar el coche?

BECKI LANGDON:

Quiero decir, fue una transacción bastante normal. No hubo razón para dar más detalles personales. Ella se hacía llamar Lera y pensé que era mayor. Se oía mayor en sus mensajes de correo.

WEST McCRAY:

¿Aún tiene esos e-mails? Me gustaría poder verlos.

BECKI LANGDON:

No, lo siento. La policía me preguntó lo mismo, pero los borré. En fin, la vi y era excesivamente inquieta, tenía un problema para hablar. Me preocupé porque no sabía si estaba bien de la cabeza. No debí de ser muy buena ocultándolo porque se volvió maliciosa.

WEST McCRAY:

¿Qué quiere decir con "maliciosa"?

BECKI LANGDON:

Como si se arrepintiera. Le mostré el coche, me dio el dinero y nos fuimos por diferentes caminos. ¿Cree que fui la última persona en verla?

WEST McCRAY:

Espero que no.

BECKI LANGDON:

[RISAS] ¡Oh, Dios! No quise decirlo de esa forma. Mi boca, lo juro. Lo siento. **[PAUSA]** ¡Oiga! El coche... Quiero decir, ¿lo están usando? ¿Cree que me lo venderían?

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Qué tienes para mí?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Mucha historia de fondo y una chica que parece haberse escapado después de que su hermana fuera asesinada. Honestamente, no creo que quiera ser encontrada. Y ahora tengo que encontrar la manera de decírselo a su abuela sustituta.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Y luego qué?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Y luego... qué?

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Qué te traes con esto?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Creo que Sadie huyó y no creo que eso sirva de mucho para una historia.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Sabes que hay un elemento humano aquí, que conecta a esta chica con una persona que la ama y la quiere de vuelta en casa. Luego de haber trabajado conmigo en AOT, deberías saber esto. Así que ¿qué es lo que sucede realmente? ¿Por qué no quieres buscarla?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

No dije que no quisiera buscarla.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

De acuerdo, bien. Así que escapó. ¿De qué escapaba?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

El trauma, los recuerdos de su hermana. Parece bastante obvio.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Hacia dónde se dirigía?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Soy todo oídos.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Ya sabes en donde se pierde todo rastro. Farfield. Todo lo que tienes es en donde ella ha estado. Así que vuelve sobre sus pasos, es todo lo que hay que hacer. **[PAUSA]** Así que quizás encuentres algo, tal vez no, y esto no es el programa.

WEST McCRAY:

Sí.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Haz lo mejor que puedas. Eso es todo lo que podemos pedir.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

El nombre que Sadie le dio a Becki es lo que más me llamó la atención. Cuando le pregunto a May Beth sobre ello, me dice que Lera es su segundo nombre.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Entonces compra un coche y adopta un nombre diferente... May Beth, esto se oye como si no quisiera que la encuentren.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Aun que esa fuera su intención inicial, algo ha cambiado, ¿me oye? Algo no está bien. Puedo presentirlo.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Bien, necesito más que un presentimiento para avanzar.

sadie

Quiero vivir mi vida a través de internet, porque allí todo es perfecto.

Encuentro a Kendall Baker en una computadora de una librería de algún pueblucho poco memorable en el camino. Es hermosa. Una chica con brillo. Dieciocho años, pero el tipo de dieciocho de los que se escriben en los libros. El tipo de dieciocho que viven más rápido que la velocidad del dolor.

Esta es una chica que no tiene motivos en absoluto de creer que no es eterna.

Mientras recorría su perfil de Instagram, me di cuenta de que cada momento perfectamente capturado de su vida aún se vería maravilloso sin todos esos filtros que le aplicaba. Kendall Baker tiene una frenética vida social. Los días de la semana es la hija perfecta y la amiga modelo, pero sus fines de semana están dedicados a liberar el estrés requerido para mantener ese tipo de fachada. Gracias a su perfil y a los comentarios, descubro que la mayoría de los fines de semana Kendall y su hermano, Noah, más un par de amigos selectos dejan la ciudad en la que viven, Montgomery, y conducen durante una hora para ir a un bar llamado Cooper's.

Cooper's es en donde estoy ahora, dejé Wagner a cientos de kilómetros atrás. Llegué aquí un jueves, estacioné cruzando la calle y esperé.

No abrían hasta el sábado.

Kendall Baker es mi conexión con Silas Baker, el hermano de Marlee. Ella no estaba bromeando cuando dijo que él lo tuvo todo. *Tuvo la universidad.* Hizo una gran cantidad de inversiones exitosas y volvió a invertir dinero en su comunidad. Obtuvo mucho dinero vinculado a la mayoría de los negocios en la ciudad. Obtuvo el premio de Mejor Ciudadano de Montgomery hace seis años por *sus destacadas contribuciones para hacer de Montgomery, Colorado, una ciudad de la que*

¡todos nos enorgullecemos de llamar hogar! En la foto adjunta se lo ve a Silas, radiante y rubio, estaba acompañado de su esposa y sus hijos, y aunque él es al que busco y el que me llevará hasta Keith... fueron sus hijos los que captaron mi atención.

Y ahora la vida de Kendall Baker tiene un poder enfermizo sobre mí.

Su perfil me llevó a otros perfiles y de repente pude imaginarme su mundo entero. Uno de los amigos de Kendall, Javier Cruz, Javi, como lo llaman, toma fotografías de ella que me hacen pensar que siente algo más. Hay un video en el que están en Cooper's, creo, y él la graba con la cámara de su teléfono, Kendall está bailando como en la escena de una película, sus brazos extendidos, sus manos flotando hacia el frente. Lo vi una y otra vez, fascinada por el hechizo de Javi. Nunca había sido besada de la manera en la que quiero ser besada y jamás había sido tocada en la manera que quiero que me toquen. No me permito pensar en ello a menudo, pero desde que vi ese video, no puedo parar de hacerlo.

Cooper's es un antro de dos pisos con un exterior de madera, la mitad de arriba tiene habitaciones en renta. Me he estacionado lo más cerca posible de la puerta de entrada. Dejo el coche pasando la fila de motocicletas, siguiendo el riff arenoso de una guitarra que viene del interior. Las paredes son de un color cereza oscuro, atestadas de una luz roja. Hay una banda en el lado opuesto de la sala. La pista de baile se extiende frente a ellos con gente que se empuja entre sí.

Es una multitud pobre con personas de mediana edad y el grupo anómalo y viejo como el polvo de adolescentes perfectos que definitivamente-no-pertenecen-aquí-pero-no-les-avisaron. Están apiñados todos juntos en una cabina en una esquina con las manos envolviendo sus botellas de cerveza. Es extraño verlos de carne y hueso, y me doy cuenta de que sus perfiles de las redes sociales les han dado un pequeño brillo de celebridades. Kendall y Noah Baker son tan rubios como Marlee, pero no poseen la misma complejión cetrina que habla del hambre, la falta de sueño y estrés de su tía. Se han dorado por el sol. El cabello de Kendall está dispuesto en dos coletas flojas y sus labios forman un puchero de color rosa. Tiene un aire de aburrimiento ensayado, pero no puedo adivinar que

haya algo más que ella preferiría estar haciendo. Noah tiene un corte de pelo prolijo y hombros amplios. De los dos, él luce más como su padre. Javi tiene cabello castaño y desgreñado, piel morena, nariz afilada y cuerpo esbelto. Hay una chica a su lado que no reconozco, ríe de algo que dijo Noah con la cabeza echada hacia atrás. Tiene rizos castaños que caen sobre sus hombros, su piel es de un cálido tono dorado. Tiene un arete de diamante en la nariz que brilla cada vez que captura la luz. Es más bonita que Kendall, pero algo en ella me hace notar que no lo sabe. Esa es una tragedia, en serio. Es triste cuando la gente no se percata de su valor.

Me dirijo a la barra y pido un trago de whiskey. El cantinero es el típico tipo blanco con buen cuerpo y pelo largo y grasiento que definitivamente necesita un corte. Se limpia las manos en una toalla que tiene enganchada en su cinturón y me mira con escepticismo.

–Te ves un poco joven –su tono es áspero como el de la banda.

–Ellos ta... también –replico mientras asiento en dirección a los jóvenes que están cruzando la habitación.

Me sirve un trago, me dice que, si me descuido y me meto en problemas, es mi culpa, pero no creo que eso sea totalmente cierto. Acercó el vaso a mi boca, hago una mueca cuando el líquido me golpea, y espero el efecto. Existe un límite perfecto entre estar sobria y embriagada que ayuda a suavizar mi tartamudeo. Cuando bebo, hablar es más fácil. Me froto el cabello con las manos y pido otro más, también lo bebo y disfruto la punzada. Luego recuerdo que he pagado por el privilegio de permanecer aquí y puedo comenzar a hacer mis preguntas.

Antes de que pueda hacerlo, me distraigo por un hombre y una mujer que están a la mitad de la barra. No puedo ver el rostro de él, pero sí el de ella, el corte perfecto de sus mejillas pálidas y su cabello fino rubio sujeto hacia atrás con un broche. Está ebria. Apenas puede mantener su cabeza en alto. Me recuerda a mi madre. Mamá conoció a Keith en un bar. Joel's. Ella se emborrachó y él la trajo a casa. A veces imagino su encuentro, ella confesándole en una voz confusa, agriada por las drogas y el alcohol, lo difícil que es criar a dos niñas pequeñas por su cuenta. A Keith interesado repentinamente y preguntando el nombre de

las pequeñas. En mi imaginación, ella debe pensar antes de responderle, mientras sus ojos vidriosos están fijados en la nada.

Y luego ella nos ofrece.

El camarero levanta mis vasos vacíos antes de alejarse de la barra.

–¡O... oye! –lo llamo–. ¿Conoces a esos chi... chicos?

–Claro –asiente con la cabeza.

–Di... dime lo que sepas.

–Bueno, dos de ellos son de Silas Baker. Los otros dos son amigos.

–¿Conoces a Si... Silas Ba... Baker?

–Sé de él, claro –se ríe–. Es el dueño de este bar. Pero un tipo como él no anda por estos lugares. No trato con él. Ni siquiera sabría que son sus hijos si no fuera porque se empeñan en decírselo a todo el mundo.

Hago un sonido evasivo y me doy la vuelta para ver al grupo. Me los quedo mirando hasta que Javi parece notarlo. Levanta su cabeza y comienza a observar la habitación. Huyo hacia los sanitarios, porque no quiero que me vean así. Examino mi reflejo en los espejos rotos de los lavabos. Me llevó mucho tiempo conducir hasta aquí, mi piel quemada por el sol se convirtió en un bronceado que casi podría pasar como una de ellos. Encuentro una banda elástica en mi bolsillo y la uso para recoger mi cabello en un moño desordenado. Enrollo mis pantalones cortos hasta que están lo más arriba de mis pantorrillas que puedo tenerlos y finalmente anudo mi camiseta a la altura de mi cintura, apretada. Estiro los brazos hacia arriba y veo como se asoma la piel de mi abdomen. Mi estómago me responde con un gorgoteo mal sincronizado, desesperado por algo que digerir. Me pellizco las mejillas y me muerdo los labios hasta que veo color en ambos.

Cuando atravieso la puerta, la banda se está tomando un descanso y el sistema de sonido llena el lugar, la canción de los altavoces es lenta y ensoñadora. Supongo que no es del agrado del público porque todos se dispersan hacia la barra. Echo un vistazo a su reservado y Kendall está mirando el suelo. Noah, Javi y la otra chica parecen estar intentando sacarla de la mesa y tal vez ese video que vi, en el que ella bailaba, no es simplemente un momento

maravillosamente espontáneo en el tiempo, pero sí algo que ella ayudaba a que sucediera una y otra vez.

¿Qué pasaría si le robara ese momento?

Se sube a Noah, pero para ese entonces yo ya he tomado su lugar. Me he trasladado al centro de la pista. Kendall se detiene cuando me ve. No creo que esté acostumbrada a que la detengan. Me quedo de pie durante bastante tiempo, con sus ojos sobre mí, los de Kendall y los de los demás.

Siento el peso de su curiosidad.

Y la boca perfecta de Kendall gesticula un *¿Qué demonios?*

Y esa chica.

¿Qué está por hacer?

Extiendo mis brazos hacia mis costados y me balanceo. Cierro los ojos y dejo que la música me posea, convirtiéndome en la idea de una chica, o la idea de una idea: una chica condenadamente perfecta, supongo, el tipo del cual todos dicen que están hartos, pero no sé si lo dicen en serio. La chica a la que nadie termina amando por mucho tiempo o amando bien, pero a la que nadie quiere renunciar.

Abro los ojos y Kendall luce como una asesina. Noah y la chica morena se ven inseguros. Javi toma un trago de su cerveza y se inclina por encima de la mesa para murmurar algo a Kendall. Ella se encoge de hombros y lo empuja fuera del reservado. Él se dirige hacia mí. Mi pulso se acelera. *Sé tu nombre*, pienso. *Conozco tu nombre y tú no tienes ni idea de quién soy*. Es más alto de lo que pensé que sería. Se ve nervioso. Le extiendo mi mano y traga visiblemente antes de tomarla. Sus palmas están sudorosas. Lo conduzco hacia la pista y guio sus manos a mis caderas y de alguna manera se encuentran con las partes más suaves de mi cuerpo, partes que no tenía idea que estaban allí. Llevo mi mano hacia la parte de atrás de su cuello jugueteando en el borde en donde comienza a crecer su cabello y me asombro por la sensación porque jamás había tocado a alguien de esta forma. Huele a sudor, pero es agradable, y cuando miro sus ojos, él me ve como si creyera que esto no fuera real. Esta es la escena de una película que imaginó, pero que nunca soñó con protagonizar, excepto que sí lo hizo porque

¿quién no quisiera ser el tipo chico para el que las chicas misteriosas están hechas?

¿Quién no quiere una historia de amor?

Desearía que esto fuera una historia de amor. Una historia sobre amantes cuyas bocas se encuentran como dos piezas de rompecabezas que encajan a la perfección, sobre la sensación eléctrica del nombre de una persona sobre la lengua del otro porque nunca ninguno lo había pronunciado en voz alta. Sobre gente que pasa la noche acompañada viendo las estrellas hasta que las constelaciones toman forma para ellos.

Todo el mundo es perfecto en esa manera indistinta en la que la mayoría de los personajes son y cada escena de sus vidas ficticias construidas a la perfección son, de alguna manera, más reales que nada que hayas conocido o vivido. Las historias de amor, los romances dejan a una persona con la certeza de que tendrán su “Y vivieron felices” y ¿quién no querría una historia como esa? Desearía que esta fuera una historia de amor porque sé cómo va todo en una historia como la mía, en donde los únicos momentos de indulto son los espacios entre sus líneas. Pero está lo que me digo a mí misma para atenuar los bordes afilados de todo lo que seguramente queda por venir:

Lo peor ya ha pasado.

La canción se detiene.

–¡Ey! –dice Javi y su voz es reconfortante, pesada como una manta.

Me hace temblar.

Sé tu nombre...

–Ho... hola

–¿Puedo invitarte un trago?

–Sí –digo y luego agrego–. Tar... tartamudeo.

–Genial –me dice con una amplia y cálida sonrisa–. Soy Javi.



–Así que eres nueva por aquí –dice Kendall, luego de que nos hayamos presentado entre todos.

Su voz se oye algo mayor que las del resto, el tipo de voz que obtienes luego de años de beber whiskey y fumar cigarrillos sin filtro. No entiendo cómo eso les sucede a algunas chicas, pero sucede. Ella me está tanteando de esa manera aguda en que las chicas lo hacen, pero estoy acostumbrada a que la gente me mire dos veces, por el tartamudeo. No me gusta, pero es algo conocido que puedo soportar. Kendall no luce como alguien que esté acostumbrado a que se le resistan, y por ahora esa es mi ventaja.

Les he dicho que me llamo Lera.

–S... sí –digo desde mi lugar, entre Javi y la otra chica, Carrie Sandoval. Las piernas de Javi rozan las mías, las de ella no. Debo creer que el contacto y la falta de él, no es ocasional–. Me a...acabo de mu... mudar.

Tomo un trago de la cerveza que Javi me compró y sabe a orina, pero entre esto y los tragos de whiskey, me pregunto por qué mi madre no había podido detenerse jamás ante esta sensación, cuando se siente bien y aún puedes tener el control. Recuerdo la primera vez que bebí solo para chequear si podía detenerme. May Beth intentó escarmentarme, dijo que lo que mamá tenía se contagiaba, algo hereditario, una enfermedad latente que pasa a través de la sangre y si eres afortunado, no se despertará, pero ¿para qué tentarla? Lo hice. Tenía que hacerlo. ¿Y adivinen qué? No me volví una adicta. Tal vez esa era la verdadera razón: May Beth nunca quiso que lo intentara, era una cosa más de todas las que jamás podría ser capaz de perdonar a mi madre.

–Y tú... ¿simplemente acabaste aquí? ¿En Cooper's?

–Bu... bueno –pellizqué la etiqueta de mi botella de cerveza–. Tu Instagram hi... hizo que se viera co... como un bu... buen lu... lugar.

Noah sonrío con satisfacción. La boca de Javi se queda abierta e inclina su cabeza. Kendall y Carrie se miran con incredulidad.

–¿Acabas de admitir que me acosaste por Instagram? –pregunta Kendall.

–Que... quería ver como ma... mantenías tu propia fantasía.

Javi deja escapar una carcajada y luego intenta detenerla mientras cubre su

boca con el puño. Observo a Kendall y me pregunto cómo debe ser vivir una vida tan desprovista de desafíos que mi respuesta nada espectacular haya podido tener éxito. Veo fuego en sus ojos que me dice que tal vez necesite retractarme si en verdad quiero tener acceso a su padre.

Y por ello estoy aquí, después de todo.

–¿Cómo crees que me va? –pregunta fríamente.

–Es un po... poco pronto pa... para decirlo.

–Me gustas, Lera –declara Noah, mientras me apunta con su botella. Y la choco con la mía en señal de brindis. Tiene la voz de un presentador de televisión, si es que el presentador estaría un poco ebrio–. Te puedes quedar con nosotros.

–¿Entonces, en dónde vives? –pregunta Javi, y se sonroja al instante, como si su pregunta fuera de alguna forma muy personal, aun cuando minutos antes sus manos estaban sobre mis caderas. Kendall pone los ojos en blanco y se relaja en su asiento del reservado.

–¡Ey! Espera... ¿no te has mudado a los de Cornell? Eres una... Hollden, ¿cierto? –me dice Carrie con voz dulce como una campanilla luego de que chasquea sus dedos.

Esa es la virtud de la ciudad, supongo. El flujo constante. No puedo recordar que la gente haya entrado y salido de Cold Creek de la misma forma, ese tipo de ir y venir con la energía de una promesa de fondo. En Cold Creek solo se trata de nacer y morir, ese tipo de ir y venir. Lo de Cornell. Los Holdens. Es una buena oportunidad para aprovechar.

–Sí –respondo.

–Eso queda como a tres calles de mi casa –dice Javi.

–Mi cuñada vendió ese lugar –dice Carrie–. Es la puta bomba. Hay una sauna y como una especie de casa del árbol en el patio trasero, ¿no?

Asiento. Segura.

–A papi le va bien, ¿eh? –dice Noah mientras me mira.

–Bi... bien como a los tuyos.

–¿Y qué sabes tú de ellos? –pregunta Kendall.

–Tu pa... padre parece un pe... pez gordo –digo mientras la miro a los ojos. Noah da un golpe con su puño en la mesa como afirmando y luego da un trago de su cerveza.

–Ustedes chi... chicos –inclino mi cabeza hacia los cuatro–. Ustedes, ¿cre... crecieron juntos?

–Tú dinos –replica Kendall–. Dado que sabes tanto.

–Mi familia se mudó a Montgomery cuando estaba en tercer año –responde Carrie. Luego señala a Javi, Noah y a Kendall–. Estos tres, en cambio, estuvieron aquí de por vida.

–Su padre fue mi entrenador de béisbol infantil –dice Javi mientras asiente en dirección a Noah, quien se acaba el resto de su botella de un solo trago. Se estira por la mesa para darle un golpecito en el brazo a Javi.

–Vamos, amigo. Otra ronda. Yo invito –me sonrío de manera brillante–. Para celebrar por nuestra nueva amiga.

–Estoy bi... bien, gracias –digo mientras doy un golpecito con mis uñas en mi botella casi llena. No creo que sea bueno si bebiera un poco más de esto. Me giro en dirección a Kendall–. Co... conoces un tipo, Ja... Jack Hersh?

–¿Quién? –pregunta elevando una ceja.

–Na... nadie –hago una pausa–. O ¿Da... Darren Ma... Marshall?

–¿De qué demonios hablas?

Nos quedamos sentados en silencio. Nunca sé qué hacer con las chicas. Las chicas lindas. Quiero agradecerles. Es extraño, es casi un deseo visceral que se instala en mi interior y me hace sentir estúpida y vulnerable porque sé que es algo que viene de mi madre. Y peor que eso es el hecho de que, aunque pueda reconocer esta necesidad dentro de mí, no pueda hacer nada bien para poder satisfacerla. Pregúntenme cuantos amigos he tenido, incluso antes de que asesinaran a Mattie.

–Vaya entrada –dice Carrie y no estoy segura si es un cumplido o un insulto.

–No sé. Parece familiar –responde Kendall con los labios fruncidos.

Me veo atravesada por una sensación extraña de orgullo. Lo que acababa de hacer era ridículo... tan descarado.

Pero estuvo bien porque me trajo hasta aquí.

–Le gustas a Javi –me dice Carrie.

–Es un cobarde, es algo asombroso que haya avanzado. Más te vale ser buena con él –Kendall me mira fijo por detrás de sus largas pestañas.

–Es li... lindo –echo un vistazo a los chicos que aún están en la barra–. ¿Qué hay de Noah?

–Tiene novio.

Termino mi cerveza y escucho el tono del teléfono de Kendall. Ella rebusca dentro de sus bolsillos, lo toma y la pantalla ilumina su rostro.

–Es Matt –dice.

–No lo atiendas –le ordena Carrie.

–Pero debo hacerlo –replica bruscamente–. Me dijiste que no respondiera la vez pasada y no lo hice. Así que esta vez debo atender o él...

–¿Qué? ¿Volverá a portarse como un imbécil?

–¿Quién? –quiero saber.

–Matt Brennan. El novio imbécil de Kendall –Carrie le echa una mirada intimidante, pero Kendall no le da importancia–. Lo vas a conocer en la PDM, eso si ella aún no ha quitado la cabeza de su trasero y lo deja como se *debe* para ese entonces...

–¿P... PDM?

–¿Preparatoria de Montgomery? –mi pregunta hace que Kendall quite su vista del teléfono. Y el *maldita imbécil* parece estar implícito en su pregunta.

–No ha... había hecho la tra... traducción mental –fuerzo una risa.

–¿Cómo era tu antigua escuela? –pregunta Carrie.

Le ofrezco una sonrisa tensa e intento recordar la preparatoria. Nunca me gustó la escuela, nadie se interesaba en conocerme más allá que para burlarse de cómo hablaba y cuando parecía que ya no les importaba, a mí tampoco. Los días de preparatoria se sintieron como una mentira, algún tipo de fantasía fabricada en la que me veía atrapada por un período de horas al día. Y más allá de sus puertas estaba la caravana de la cual mi madre había partido, y dentro, mi hermana... y

ella me necesitaba. Así que ¿qué sentido tenía Álgebra? ¿Acaso lo había tenido antes?

El teléfono de Kendall vuelve a sonar y me salva.

–Que se pudra –gruñe Carrie.

–¿Que se pudra quién? –pregunta Javi mientras se desliza de regreso al reservado, a mi lado. Noah lo seguía por detrás.

–Matt –responde Carrie, a pesar de la mirada de advertencia que le disparó Kendall.

Noah se acerca y le arrebató el teléfono de las manos. Kendall le pide que se lo devuelva.

–*Regrésamelo, maldito seas. Regrésamelo.*

–Nos lo agradecerás luego –afirma Carrie.

–Jesús, Kendall, si no vas a dejarlo, al menos que se arrastre un poco.

–Dame mi maldito teléfono –replica.

–Lo prometiste –dice Noah mientras agita el teléfono frente a su cara y lo guarda en su bolsillo–. Prometiste que dejarías toda esta mierda, anoche, en casa. Y yo prometí que haría esto si no lo cumplías –se estira hasta Kendall y le cubre la boca con sus manos cuando ella comienza a protestar. Pienso en que nunca nadie me había hecho eso. Aun si fuera mi hermano, le hubiera arrancado el brazo de cuajo–. Así que cierra la maldita boca sobre Matt y bebe la estúpida cerveza que te compré.

Kendall fruñe el ceño, pero bebe un pequeño sorbo de su nueva cerveza mientras le muestra el dedo del medio con la otra mano.

–¡Ey! –me dice Javi.

–Hola.

–No tartamudeaste esta vez –dice y me prometo que esta será la única vez que me haga sonrojar por el tiempo que esté cerca de él–. Mi primo solía tartamudear, pero podía cantar a pesar de ello. Quiero decir, él no tartamudeaba mientras cantaba. ¿Sucede lo mismo contigo?

Sacudo mi cabeza en negativa, aun cuando en realidad no tartamudeo cuando

canto... pero no puedo cantar una mierda y no estoy de humor como para convertirme en el bufón de la fiesta.

–No tar... tartamudeo cuando estoy so... sola.

–Genial –replica, aun cuando esa no es la palabra que yo usaría–. Mi primo pudo superarlo con el tiempo.

–A... afortunado.

–¿Entonces lo haces porque estás nerviosa? No entiendo –dice Kendall mientras entrecierra lo ojos.

Reprimo el impulso de decirle que no importa una mierda si ella no lo entiende.

–Entonces, ¿qué opinas de Montgomery por ahora? ¿Por qué tu familia se mudaría aquí? –pregunta Javi mientras entrelaza sus dedos detrás de su cabeza.

–Nosotros... –me quedó viendo la mesa por un momento y decido que tal vez sea más sencillo embeber mi mentira con un poco de verdad para que luego no me fuera tan difícil mantenerla–. Mi her... hermanita mu... murió. Ne... necesitábamos un cambio –esto los enmudece de la forma debida. Cuando miro hacia arriba, la expresión de Kendall se ha suavizado porque no es un monstruo–. Pero no pu... puedes escaparte de al... algo así.

–De seguro que no –responde Javi.

–Sin em... embargo, pensé en in... intentarlo –dije lo más alegre que pude. Sonreí a Kendall–. Así que, me colé en su fi... fiesta.

–Bueno lamento lo que te trajo aquí, pero... me alegro de que estés aquí –dice Javi y aún no se oye correcto–. Porque Montgomery es terriblemente aburrido. Necesita a alguien nuevo.

–No está tan mal –replica Carrie.

–No, *sí* está mal –dice Javi–. Es la misma mierda de siempre cada día.

–Si la misma vieja mierda de todos los días se refiere a que tú no estás haciendo nada, te morderé, maldito caliente bancas –Noah enrolla una servilleta y la arroja sobre la cabeza de Javi–. *Él* necesita a alguien nuevo. ¿Te gustan los chicos, Lera?

–Cierra la maldita boca –dice Javi.

–A... a veces –me encojo de hombros.

–Tú, cómprale una bebida a esta chica –le dice Noah a Javi, luego me mira y dice–. Tú, ten sexo con este chico.

El rostro de Javi es un tono de rojo que no creía que existiera de manera natural en este mundo.

–Eres un estúpido –murmura Javi.

–¡Oye! Si no vas a comprarle una bebida a *ella*, puedes al menos comprarme una para mí –dice Noah mientras le da una de las más grandes estúpidas sonrisas.

–¡Acabamos de ir allí!

–Y ya no tengo más –declara Noah volteando su botella vacía de cerveza.

–Voy con... contigo –le digo y eso es todo lo que hace falta para que se levante.

–Lo siento –me dice Javi luego que salimos del reservado. Se voltea un poco para mostrarme su sinceridad y acaba tropezando con sus propios pies–. Él es tan...

–Está bi...bien.

Cuando llegamos a la barra, el cantinero prepara una fila de tragos, pero en lugar de volver al reservado, Javi se bebe uno y le escribe a Noah. Veo la pantalla ligeramente antes de que lo que envíe: *los quieres, ven por ellos*. Javi toma otro vaso y me da un pequeño codazo.

–Por tu hermana –me dice.

Parpadeo de repente para contener las lágrimas ante la sorpresa de lo que dijo, su amabilidad se lleva una parte de mí.

–Po... por ella –digo mientras sujeto el vaso con mis manos temblorosas. Apenas logro pasar el líquido ardiente por mi garganta. Toso dentro de mi palma–. ¿Q... qué fue eso?

–Jäger –responde y sé que nunca más seré capaz de beberme un Jäger. Me recordará a este momento, a ella, a ahogarme en mi propio dolor delante de un

chico del cual supe su nombre antes de que él supiera el mío.

–Eres, oh –se detiene–. Cuando te vi bailando, estaba como, *guau*.

El licor aflojó su lengua.

–Ac... actúas como si una chi... chica fuera algo nuevo.

–Solo estoy diciendo que tú eres interesante –balucea.

Noto que Noah está cruzando la habitación en dirección a nosotros y quiero... espacio. Quiero tener este momento a solas con Javi y quiero que dure más tiempo. Algo de esa necesidad me avergüenza. Esto no es para lo que vine hasta aquí. Y tal vez esté un poco ebria como para pensar qué podría serlo.

–¿Qui... quieres tomar a... aire?

–Sí –Javi asiente con entusiasmo–. Sí, me encantaría.

Me siento maravillosa mientras dejamos el bar, no había notado cuan viciado estaba el aire en Cooper's hasta que pude respirar aire limpio profundamente.

–¿No... Noah te molesta mu... mucho, ci... cierto?

–Es tan obvio, ¿eh? –mete sus manos en sus bolsillos.

–¿Có... cómo te llamó? ¿Ca... caliente bancas?

–Sí... –Javi se sonroja–. Nunca he sido ese tipo de chico, ¿sabes? Quiero decir, no es fácil para mi... –masculla las palabras, pero parece que no logra encontrar las correctas–. Es por lo que estoy con Noah y Kendall. Al menos ellos intentan que las cosas sucedan. Pero esa es la ironía, porque solo me quedo a un lado y pretendo ser parte de ello.

–No los vi a ellos ba... bailando con... conmigo.

Sonríe. Una sonrisa pequeña y sincera. No puedo recordar la última vez que hice que alguien se sintiera bien consigo mismo. Me dan ganas de llorar.

–Supongo que no –coindice tranquilo, como si significara algo.

–Me a... alegra que lo hi... hicieras.

–Mañana estaré en casa de Noah y Kendall –dice–. Deberías venir.

–¿Cre... crees que a *ella* le gustará?

–Kendall necesita algo nuevo –se encoje de hombros–. Vi la forma en que te mira. Ella sabe que necesita un cambio radical. Te lo dije, Montgomery es una...

es una de esas ciudades que se sienten como un pueblo. Por ello terminamos aquí cada fin de semana, simplemente para escaparnos de todo.

–¿Su... sus padres es... estarán en casa?

–Sí, puede que estén por ahí.

–¿Dó... dónde viven?

–En el 212 de la calle Young.

Una pieza dentro de mí encajó con un suave clic. Esto me llevará a Silas, quien me llevará a Keith y mientras tanto...

Tal vez podría permitirme tener lo que sea que esto fuera.

–Su... suena divertido.

–Genial –concluyó.

Caminamos por los bordes del lote de estacionamiento. Miro las estrellas que manchan con puntos el cielo nocturno. Mientras más nos alejamos del bar, vemos más y más estrellas, es tan hermoso, y esa belleza me hiere. No le dije a Mattie lo suficiente sobre este tipo de cosas, no lo creo. Acerca de los pequeños milagros, como las estrellas durante la noche y cómo eran más brillantes en el invierno. El sol saliendo, poniéndose y volviendo a salir. Decido compartir el pensamiento con Javi, simplemente para liberarme del mismo.

–Pequeños milagros. Me gusta eso –dice mientras me sonrío.

Creo que le gustará todo lo que le diga.

Eso es algo nuevo para mí.

–A... allí es donde vi... vivo –digo mientras señalo con mi dedo. Estamos frente a mi automóvil.

–¿Qué?

–Es bro... broma. Pe... pero es mío –abro la puerta antes de saber realmente lo que estoy haciendo.

–Acogedor –dice Javi luego de subirse al coche.

Lo sigo y observo su perfil, él se mueve incómodo por mi mirada. Imagino mis manos presionando su pecho, presionando mi cuerpo contra el suyo. Me imagino sintiendo su latido bajo mi palma. Imagino que lo beso y que sus labios son suaves y cálidos como todo el resto de él. Dejaría que su amabilidad me llevara a

cualquier lado, me permitiría fingir lo que podría ser pertenecer a alguien. Me permitiría apartar el cabello de sus ojos para poder verlos mientras me observan y esta no es una historia de amor... pero dentro de este pequeño espacio, el sonido de nuestras respiraciones, me pregunto qué se necesitaría para tener una.

Por tu hermana.

Me inclino hacia delante y estiro mi mano hacia el asiento delantero, abro la guantera y tomo un marcador. Se lo entrego y me mira, confundido.

–De... dejé mi te... teléfono en casa –le digo antes de subirme la manga y extender mi brazo–. Es... escribe tu número y yo lla... llamaré mañana.

Javi destapa el marcador con sus dientes. Escribe su número rápidamente y su toque liviano y cuidadoso me hace creer que estar con él hubiera sido exactamente como lo había imaginado. Me pregunta si puedo darle mi número, y porque le digo que no, y porque no sé qué más hacer, y porque tal vez quiera hacerlo... lo beso en la mejilla. No creo ser muy buena en esto, mi boca se encuentra de manera ligera y torpe con su barbilla con barba incipiente, pero a él parece no molestarse.

–Pu.. puedes quedarte con esto –digo–. Me te... tengo que ir a... ahora.

–¿Tan pronto?

–Sí, pe... pero te lla... llamaré ma... mañana.

–De acuerdo –me dice y me da una débil sonrisa tímida antes de salir de mi automóvil. Luego se da la vuelta, se acerca un poco y me dice–. Fue muy, *muy* bueno conocerte.

Le prometo que lo llamaré porque no sé qué más decir. Veo como camina hacia el bar y luego bajo la vista al número escrito en mi brazo y lo repito suavemente en voz baja para mí hasta que se me queda grabado, como lo haría cualquier otra chica.

Luego me paso al asiento delantero, pongo las llaves en el encendido y me dirijo a la ciudad.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 2

WEST McCRAY:

May Beth me permite registrar los objetos personales que quedaron en el coche de Sadie. Espero poder comprender mejor en dónde ha estado, hacia dónde se dirigía y si al menos llegó a destino y... con suerte... en dónde podría estar ahora.

Había ropa, nada a la moda. Todo parecía orientado hacia la comodidad, funcionalidad y poco espacio: camisetas, leggings, pantalones elastizados, suéteres, ropa interior y sostenes. Hay una mochila de lona verde, algo que siempre acompañaba a Sadie por Cold Creek. Dentro, su billetera vacía, media barra proteica, una botella abollada y un menú de un restaurante llamado Ray's, situado en una parada de camiones a las afueras del pueblo de Wagner. Esto es literalmente la única cosa que tengo para continuar. Le pregunto a la detective Gutiérrez si el Departamento de Policía de Fairfield lo investigó.

DETECTIVE SHEILA GUTIÉRREZ [TELÉFONO]:

Una rápida investigación en el restaurante Ray's nos llevó a ningún tipo de información relevante. Es un restaurante en una parada de camiones, la gente va y viene todo el tiempo. Además de que Ray's distribuye sus menús en todas las áreas aledañas, no era más que una probabilidad remota. Gastamos nuestro tiempo y recursos de manera más efectiva en el área en donde su automóvil fue encontrado.

[SONIDO DE FRENADO DE UN AUTOMÓVIL]

WEST McCRAY:

La parada de camiones se llama Whittler's, llego allí en la tarde del martes, luego de tomar un avión desde Nueva York. Me estoy quedando en un hotel en el pueblo más cercano, Wagner, que está a unos miles de kilómetro de Cold Creek.

A simple vista, si acepto las declaraciones de la detective Sheila Gutiérrez, esto solo puede ser una pérdida de tiempo. Pero, por otro lado, pienso en la desconfianza general de May Beth con el Departamento de Policía de Fairfield. Básicamente: debo averiguarlo por mi cuenta.

La razón por la que Sadie terminó en este lugar en particular (si es que en realidad lo hizo) es

un misterio tan grande como el que rodea su desaparición. ¿Había algo en particular que ella estaba buscando o solo se trató de una parada al azar en su camino?

[SONIDOS DE UN RESTAURANTE, CONVERSACIONES EN MURMULLOS, COMIDA COCINÁNDOSE, EL REPIQUETEO DE PLATOS CHOCANDO]

RUBY LOCKWOOD:

¿Qué le traigo?

WEST McCRAY:

Ruby Lockwood es una mujer formidable con rizos negros recogidos en lo alto de su cabeza. Las líneas en su rostro sugieren que es un poco mayor de lo que realmente es (está en la mitad de sus sesenta). Ha trabajado en Ray's por treinta años y se pasó veinte de esos treinta años casada con su propietario: Ray.

RUBY LOCKWOOD:

Ray tenía quince años más que yo. Cuando comencé aquí, era un bar de mala muerte, pero era mi trabajo, así que mantuve la boca cerrada. Luego, él se enamoró de mí y yo comencé a enamorarme de él, nos casamos y luego trabajé para convertir este lugar en algo especial. Solo pregúntele a cualquiera de aquí, ¡pregúntele a Lenny! Lenny Henderson. Lenny, este tipo está con la radio.

LENNY HENDERSON:

¿Es verdad? ¿La gente todavía escucha radio?

RUBY LOCKWOOD:

Dile qué tan especial es aquí.

LENNY HENDERSON:

Siempre disfruto al venir a Ray's, es como el hogar. Ruby trata a sus clientes frecuentes como la familia que nunca quiso tener. **[RUBY SERIE]** El pastel de carne es mejor que el de mi madre, pero no vayan a decirle que dije eso.

WEST McCRAY:

Bueno, acabo de grabar eso, pero por fortuna ya nadie escucha la radio. **[SERIEN]**

WEST McCRAY:

No sé cómo lucía Ray's cuando Ruby mejoró el lugar, pero puedo decirles en lo que ella lo convirtió. Hay algo inmediatamente nostálgico cuando atraviesas sus puertas o, mejor dicho: es la *sensación* de nostalgia. Ray's tiene un ambiente norteamericano de los años cincuenta, mostradores de formica, asientos rojos de vinilo con acentos turquesa. Huele igual a lo que lucen

las comidas de Día de Acción de Gracias en las películas. Estoy hambriento así que ordeno un pastel de carne y le doy la razón a Lenny. Está mejor que el que hace mi madre.

Ray falleció unos pocos años atrás de cáncer de garganta.

RUBY LOCKWOOD:

Íbamos a cambiarle el nombre a Ruby & Ray's. Íbamos a tener una gran ceremonia de apertura y todo. Luego se enfermó y murió, no se sentía bien llamar a este lugar de otra forma. Lo extraño cada día de mi vida. Ray fue mi alma gemela y ahora este restaurante es lo más cerca que alguna vez podré estar de él, hasta que llegue mi hora de ir a casa.

No tengo planes de retirarme.

WEST McCRAY:

Ruby dice que jamás habló con el Departamento de Policía de Fairfield sobre Sadie.

RUBY LOCKWOOD:

Casi me convences de que mi memoria estaba acabada, no olvidaría que hablé con la policía si ellos vinieran por aquí. Y luego pensé: Saul.

WEST McCRAY:

Saul es el cuñado de Ruby, el hermano menor de Ray. Es un hombre calvo con dos tatuajes coloridos en cada brazo que acaba de entrar a sus cuarenta. Él está a cargo cuando Ruby no anda por el restaurante. Y Ruby no estuvo el día en que la policía de Fairfield vino a preguntar por una chica extraviada.

SAUL LOCKWOOD:

Era un muchacho joven, creo, el policía que vino. Me preguntó si la había visto y me mostró una fotografía. No se veía familiar...

RUBY LOCKWOOD:

Pero tú eres pésimo para recordar a la gente.

SAUL LOCKWOOD:

Luego interrogó a algunos de los empleados y les enseñó la fotografía, nadie recordaba haberla visto. Dejó la fotografía conmigo, por si recordaba, y me dijo que se la enseñara a cualquiera que no estuviera presente ese día...

RUBY LOCKWOOD:

No me la enseñaste. No recuerdo haber visto una fotografía de esta chica. Apuesto que la tiraste, ¿eso hiciste, Saul?

SAUL LOCKWOOD:

¿Tal vez? No he estado siguiéndole el rastro, al menos. Quiero decir, vamos. ¿Una chica

perdida? ¿Por aquí? ¡Echa un vistazo a las chicas que trabajan en el estacionamiento! Todas están perdidas. Tenemos un negocio del que ocuparnos. Mucha gente viene de paso. No puedo recordar a cada una de ellas.

RUBY LOCKWOOD:

Él no miente. Es cierto que tenemos menos clientes frecuentes que pasantes, pero a diferencia de *algunas personas*, yo jamás olvido un rostro.

WEST McCRAY:

Bueno, tengo una fotografía de ella aquí conmigo, así que veamos si alguna vez la ha visto.

RUBY LOCKWOOD:

De acuerdo, démela y... oh.

WEST McCRAY:

Ruby decía la verdad. Jamás olvida un rostro.

sadie

Montgomery es hermoso, aún en la oscuridad.

No tengo más elección que odiarlo. Es el escenario de una película traído a la vida. Las casas son hermosas, todas dispuestas de forma prolija a lo largo de cada calle, todas decoradas con buen gusto y con paisajes immaculados. Las banderas norteamericanas flamean con gran orgullo. Los vehículos en las entradas probablemente cuestan tanto como esas casas impresionantes. En la calle principal, hay tienda tras tienda presumiendo una estética terrenal y artesanal que dice a gritos *¡somos locales!* Locales u orgánicos o ambos. Cerveza artesanal, un estudio de yoga, un dispensario de hierba y un pequeño café que sirve bebidas de germen de trigo. Hay un anuncio de un concierto (de alguna banda que jamás había oído hablar) al aire libre en el parque este fin de semana. Una de las calles está cerrada, llena de puestos para el mercado matutino de un granjero. Paso por la preparatoria vacía que espera el semestre de otoño e imagino a un grupo de adolescentes de dientes blancos: Kendall, Noah, Carrie y Javi entre ellos, saliendo a través de sus puertas y todos visten los colores de la escuela porque ¿qué más podrían estar vistiendo? A un lado del centro de Montgomery hay un patio de juegos, un muro de escalada y un parque de agua, sus toboganes y columpios lucen tan... *nuevos*.

Sé que no debo permitirme desear cosas, pero siempre que me siento débil y me doy por vencida, la caravana en la que crecí se convierte en una casa, el lote en un patio trasero con más espacio para echarse al sol sin vecinos asquerosos como testigos, un refrigerador vacío se convierte en una calle repleta de tiendas en donde todos sus productos tienen el costo milagroso de puedes-comprar-todo-esto-y-aun-más. Montgomery es casi más de lo que puedo entender porque es

mucho más de lo que se me hubiera ocurrido desear. Lo odio. Odio a las personas que viven aquí. May Beth siempre decía que no haga eso, que no podía odiar a la gente por tener más cosas que yo, pero se equivocaba. Puedo hacerlo. Y lo hago. Es la barrera perfecta entre mi persona y el tipo de anhelo que envenena y da vuelta tus entrañas.

Silas Baker vive en una casa sobre la colina, por supuesto. No hubiera creído que él era hermano de Marlee si no fuera porque ella misma me lo dijo. Supongo que no hay línea directa de una persona a la otra, sin importar lo que creas que puedes saber con solo mirarla y mucho menos con lo que sale de su boca. Es imposible pensar que Silas haya elegido a Keith por sobre su hermana. No me imagino eligiendo a nadie por encima de Mattie. Nunca. Me pregunto cuánto le contó a Silas sobre Keith. De todas formas, no hay indicios del tipo de pobreza de ella aquí. A veces, sin importar cuan exitoso seas, hay cosas que dejan manchas imposibles de quitar, pero Silas las fregó bien y las cubrió con su riqueza. Su casa es amplia y tiene dos plantas, de ángulos modernos, ventanales enormes que permiten tener una vista del interior, si te acercas lo suficiente como para ver. El tejado desciende en pendiente y está cubierto de paneles solares. Hay un elegante Mercedes azul en la entrada.

Conduzco lentamente por delante de la casa, estaciono lo suficientemente alejado como para ser invisible, pero lo bastante cerca como para tener una buena vista de la entrada para coches y la puerta principal en mi espejo retrovisor. Descanso mi cabeza sobre la ventanilla. Cerca de una hora después, una monstruosa camioneta roja (de esas que necesitas trepar una escalera para poder poner un pie en el estribo) conduce por el lado incorrecto de la calle. Se estaciona en la entrada del coche de los Baker, esquivando por poco al Mercedes. Luego de un largo minuto, Noah sale a tropezones. Rodea el camión y arrastra a su hermana fuera del asiento de copiloto. Están aún más ebrios de lo que estaban cuando los dejé en el bar. Me pregunto si Javi estará igual, si fue tan estúpido de manejar solo a su casa. Ambos comienzan una caminata a trompicones hacia la puerta principal y es doloroso ver el intento de diez minutos de poner la llave en la cerradura de la puerta. Y todo el tiempo que ellos

hacen eso, mi hermana sigue muerta.

–Ella está muerta –susurro y no entiendo por qué decido decirlo en voz alta. Me duele decirlo, sentir la verdad de esas palabras atravesando mis labios, saber que son reales en este mundo. Pero es algo más, también. Ese *ella está muerta* es la razón por la que aún estoy viva.

Ese *ella está muerta* es la razón por la cual mataré a un hombre.

¿Cuánta gente vive con ese tipo de certeza en su interior?

En cambio, desearía tener a Mattie a mi lado. Desearía que esté mirando a través de la ventana con aburrimiento, viéndose tan perfecta y estática que me robaría el aliento. Alborotaría su cabello porque eso la enloquecía. Mattie no podía soportar cuando las hebras finas y estrechas se enredaban porque le tomaría cada uno de los dientes del cepillo y trece *Ave Marías* para para alisarlo de nuevo. Ella empujaría mis manos y yo la tomaría por las muñecas y me maravillaría por lo pequeña que es y de lo mucho más pequeña que solía ser antes. Cuando era niña, adoraba sujetar sus puños diminutos en mis palmas ahuecadas y eso se siente como si hubiera sido ayer. No sé a dónde se había ido el tiempo. Trece años. Eso es un largo período de tiempo y lo había vivido.

Trece, Mattie.

Te mantuve viva durante trece años.

Despertarla por las mañanas, preparar sus comidas, llevarla hasta el autobús, esperar por ella en la parada cuando terminaba el día, haciendo polvo mis huesos para mantenernos unidas. Y cuando lo digo así, no sé cómo lo hice. No sé en dónde, por debajo de todo, podrías encontrar mi cuerpo. Y no me importa. Lo haría una y otra vez por la eternidad si tuviera que hacerlo.

No sé por qué eso no es suficiente para traerla de vuelta.

Recuerdo cuando nació. Mamá nunca se vio tan bien como cuando cargaba a Mattie. No se veía saludable, aún tenía esa palidez de adicta, pero Mattie hacía que luciera como si pudiera ser alguien. Cuando comenzó a tener contracciones, me envió a lo de May Beth y allí me quedé hasta que regresó con un bebé en sus brazos. Dejó que yo cargara a Mattie primero, luego se encerró en la habitación

de May Beth durante tres horas porque necesitaba “descansar”. Estaba tan feliz. Deseaba tanto ser la hermana mayor que no era necesario que me convencieran de ello. May Beth estaba aterrada de que no quisiera a la intrusa porque la mayoría de los niños odiaban la división repentina de atención de sus padres, pero Mattie no podía quitarme algo que no tenía. Aquí yacía la promesa de algo. Sabía que yo podría convertirme en su mundo. Definitivamente sabía que ella sería mía.

Simplemente quería importarle a alguien.

Bajo la ventana y fijo mis ojos en la residencia de los Baker. Al amanecer, comienzo a ver los primeros signos de movimiento, que es aún mucho más temprano en la mañana de lo que espero. El cielo apenas está palideciendo con el sol. Estoy medio dormida, con un rastro de saliva desde mi barbilla al cuello de mi camiseta, cuando escucho el sonido de una puerta de un automóvil destrabándose. Me despierto sobresaltada y la escena borrosa frente a mí comienza a enfocarse.

Silas Baker es más que lo que la fotografía en internet de él mostraba. Rubio como Marlee, pero más saludable, claramente no afectado por pequeñas cosas como oh, la renta, la comida, criar una familia en medio de la nada. Es grande. Tiene hombros anchos y el estilo casual de empresario que viste los músculos que de seguro hay ahí debajo. Hay algo refinado en él que me molesta. Es casi como un muñeco Ken y siento que, si estuviera más cerca, no podría ver una línea en su rostro.

Echa un vistazo a la calle tranquila y se sube al Mercedes. No tengo dudas sobre si seguirlo o no porque lo que sea que esté pasando ha creado un excedente de preguntas en mí, la primera: *¿qué demonios?* Llevo mi mano a las llaves en el encendido, pero luego me preocupa que pueda ser demasiado obvia. Aun no parece haberme notado. Mis dedos revolotean cerca del encendido mientras intento resolver como hacer esto. No había pensado que estaría siguiendo a alguien hoy. Además, jamás había seguido a nadie. Quiero decir, sabía cómo se hacía... en las películas.

El Mercedes sale del camino de entrada y no hay manera de evitar encender mi coche si quiero seguirlo. El reloj en mi tablero dice que aún falta un cuarto de hora para las siete. Mis palmas comienzan a sudar cuando ambos conducimos calle abajo. Silas da un giro hacia la calle principal y la pequeña congestión de automóviles que hay allí me quita un poco de presión. Son vendedores que llegan al mercado agricultor. Dos coches terminan entre el mío y el suyo y lo agradezco. Me siento menos sospechosa para cuando tomamos la autopista que sale de la ciudad, aunque el sol haya salido por completo y no tenga ningún lugar en donde ocultarme. Conducimos por unos ocho kilómetros cuando Silas hace un giro inesperado en un camino de tierra que parece extenderse infinitamente hacia la nada. Me detengo en la curva, cuento hasta sesenta y continúo siguiéndolo. Me preocupa que pueda perderlo de vista por la distancia entre los dos, entonces presiono mi pie contra el acelerador, pero luego me preocupa que pueda llamar demasiado la atención y reduzco la velocidad.

Estoy rodeada por tierras de cultivos y campos sin labrar a cada lado. Un mundo al final del mundo. Así se siente conducir dentro de la nada. No sé qué demonios podría estar haciendo Silas aquí. Su coche gira a la izquierda y parece que desaparece, casi hago la misma maniobra, pero me da esa sensación en la boca del estómago y decido detenerme un poco. El Mercedes está estacionado en una calle lateral que dirige a una... casa. Doy un breve vistazo y puedo notar que está abandonada.

Silas está esperando que pase por allí.

Maldición.

Hago más de kilómetro y medio antes de encontrar un lugar para estacionar, es un pequeño claro frente a una verja con un letrero de **NO PASAR** que conduce a quién sabe dónde. Si Silas Baker pasa por este camino, verá mi automóvil, pero es un riesgo que debo tomar. Retiro las llaves del encendido, las meto en mi bolsillo y salgo del coche cerrando la puerta con prisa. Está caluroso, es uno de esos días que sabes que el aire se pondrá lo bastante pesado como para asfixiarte. Respiro profundo y comienzo a correr el kilómetro y medio hacia el desvío que tomó Silas. Para cuando estoy a punto de llegar, tengo la camiseta bañada en

sudor y puedo sentir mi mal olor. Necesito darme una ducha. He necesitado una, pero lo resolveré más tarde. Me acerco sigilosamente por el sendero, donde puedo ver a la distancia el Mercedes estacionado frente a la casa. Silas no está en su interior. Mi corazón late cautelosamente. No sé de qué se trata esto. Es un camino fácil hacia la casa, pero tropiezo con la hierba larga y me inclino allí. Los insectos se abalanzan sobre mi rostro, brazos y piernas antes de aterrizar en mi piel y dar un mordisco. La hierba me hace cosquillas y rasguña mis pantorrillas. Me muevo hacia adelante, mis pies se mueven con torpeza sobre el suelo que se siente seco como mi garganta. Agudizo mi oído ante cualquier señal de él, de movimiento, o un motor encendiéndose, pero no hay nada.

Me muevo tan lentamente que pasa una eternidad hasta que llego a la casa. La mejor palabra para describir este lugar es: podrida. Tiene que tener más de cincuenta años. Es una casa de dos pisos con un porche con mosquiteras que está lista para derrumbarse en cualquier momento. La puerta principal apenas cuelga de sus bisagras oxidadas, la mayoría de las ventanas de la planta baja están cubiertas por tablones de aglomerado, salvo una que está vacía y ofrece una vista del interior. Las ventanas de la planta superior están todas descubiertas y rotas, la casa ha estado cubierta hace tiempo con hermosos y asquerosos grafitis: *Joey ama a Andy*, una mujer desnuda con las piernas extendidas a través del espacio de dos ventanas, dibujos de hiedra a lo largo de las bases hasta lo más alto, un satanás y su lengua bífida, una serie de ojos vigilantes, *Carrie odia a Leanne*, *Chupavergas*.

Llego hasta la ventana rota y me asomo. La casa está peor por dentro que por fuera. La vegetación atraviesa los tablones del suelo dando paso a la naturaleza. Hay un indicio de umbral a otra habitación que está repleta de basura que se asoma por fuera. No veo a Silas, pero si pasara por la puerta principal, solo tendría que girar la cabeza para tener una vista clara de mí.

Escucho. Nada. Me muevo desde la ventana y busco el mejor lugar para posicionarme. Estiro mi cuello hacia arriba en dirección a la segunda planta y me doy cuenta de que solo porque yo no pueda ver a Silas, eso no significa que él tampoco pueda verme. Mierda. No debí haberme quedado en un solo lugar por

tanto tiempo.

Me dirijo lentamente hacia el lateral de la casa y casi llego cuando escucho la puerta del frente. Pierdo todo sentido de autopreservación y me arrojo hacia el costado, escucho como mi cuerpo colisiona contra la esquina de la casa al mismo tiempo que la puerta vuelve a su lugar. Me muerdo el labio, siento que el revestimiento de madera astillado se hunde en mis hombros. Él está ahí. Sé que está allí. La pesadez de la pausa que sigue a continuación me da la certeza de que sabe que no está solo. Y luego...

—¿Quién está ahí?

Su voz es profunda, una autoridad fría la recorre. Espero con las palmas presionadas contra el suelo. Sus pasos resuenan en todo este vacío: un paso, dos pasos, tres pasos, y me doy cuenta de lo sola que estoy. Que, si Silas Baker me encontrara aquí, podría hacerme gritar y solo lo escucharíamos los dos.

Mattie en ese huerto, gritando.

Una brisa liviana se abre paso a través de la hierba. Suena casi como el océano. Si cierro mis ojos puedo imaginarme allí. No cerraré mis ojos.

—¿Hola? —pregunta. Esta vez más tranquilo.

El viento se detiene.

Y luego todo se queda en calma.

Más pasos. El suave crujido de sus zapatos... abriéndose camino hacia su coche. No exhalo hasta que escucho el motor y no me muevo hasta mucho después de estar segura de que se ha ido a donde sea que vaya después de aquí. Me pongo de pie lentamente y la sangre regresa a mis articulaciones entumecidas. Me apoyo contra la casa por un momento de ponerme frente a ella.

¿Qué estabas haciendo, Silas?

Me dirijo al frente de la casa y trepo con cuidado el porche, evitando pisar las partes con aspecto podrido. Dudo antes de sujetar el picaporte de la puerta. Lo imagino aún caliente por su tacto aun cuando sé que no sería el caso. Jalo la puerta e ingreso a la casa, me sobresalto mientras la puerta se cierra de golpe detrás de mí. Presiono mi pecho con el puño, intentando calmarme.

La poca luz de día que alcanza a ingresar en la planta baja viene de la ventana

rota por la que estuve mirando antes. El lugar está lleno de moho, polvo y huele a descomposición. Estornudo ocho veces seguidas, lo que me hace lagrimear y no me permite ver. Limpio mis ojos y los entrecierro en la oscuridad. Comienzo a visitar una habitación tras otra mientras esquivo la basura y los escombros, alguno de ellos reconocibles, otros no. Estoy nerviosa. Los pequeños ruidos que estoy haciendo se oyen muy altos y no dejo de mirar por encima de mi hombro, preocupada porque él reaparecerá. Pero no lo hace.

Por ahora.

Encuentro una lata de *Coca Cola* que por su diseño luce como si fuera de los años ochenta. Si no es así, al menos es de mucho antes de que yo naciera. Me dirijo a los restos de lo que fueron una cocina, un comedor y una sala antes de toparme con unas escaleras, en su mayoría intactas, que llevan a la planta alta. La luz del sol entra por la ventana rota y resalta la huella de una palma impresa en el polvo sobre el viejo barandal de madera.

Por aquí, susurra.

Las escaleras han colapsado desde la mitad hasta arriba, dejando un espacio lo bastante amplio como para arriesgarse a atravesarlo. Probablemente no sería difícil para un tipo alto como Silas, quien lucía como alguien de más de metro ochenta. Estiro mi pierna derecha a través del hueco, pongo mi pie en el escalón restante más cercano y uso el barandal para alzarme sobre ella. El barandal se sacude de forma alarmante de un lado a otro y mis pequeños esfuerzos toman más de lo que deberían, dejándome temblorosa y con náuseas. Será mejor que consiga una comida decente pronto. Sé lo que es tener hambre y soy mejor que los demás sintiéndola, pero estoy utilizando mis últimas reservas. No tengo la costumbre de ser inútil.

Las escaleras hacen un sonido desconcertante en cuando atravieso el último de los escalones, por fin aterrizo mis pies sobre el rellano. Es mucho más pequeño de lo que se ve desde afuera y un poco más limpio que abajo. Supongo que la escalera en ruinas juega un rol disuasivo para los vándalos.

Miro a mi alrededor. No sé a dónde habrá ido Silas luego de aquí, no hay pistas

como las huellas de su mano. En una de las habitaciones hay un marco de cama de latón vacío con sábanas mohosas y muebles rotos. El otro cuarto parece vacío excepto por una pared de la que cuelga una pequeña pintura de un bosque. De alguna manera ha sobrevivido en este lugar desde quién sabe cuánto. En el baño, el lavabo ha sido arrancado de la pared, hay cristales rotos del espejo con botiquín por todo el suelo y hay una bañera de porcelana sin pies, manchada y agrietada que tiene un retrete roto en su interior. El suelo parece que ha sido absorbido por años de corrosión por el agua. Me da miedo pisarlo. Me froto la frente sudorosa por el calor sofocante. Jalo del cuello de mi camiseta.

¿Por qué diablos alguien como Silas Baker estaría aquí?

La pintura.

Regreso a la habitación vacía y me detengo frente a la pintura. Es un óleo, sin firma y se ve mal. Es tan... intencional. Presiono mi dedo sobre la superficie irregular del lienzo y luego recorro un camino con ellos hasta llegar al borde immaculado del marco.

Ni siquiera tiene polvo.

Sujeto la pintura por sus esquinas y lo coloco sobre el suelo. Detrás de la pintura hay un agujero perfectamente excavado en la pared, en el hoyo hay una caja metálica con un candado. Meto la mano dentro y me sorprende por lo liviana que es. La sacudo y el sonido susurrante en mis oídos hace que piense que se trata de dinero. ¿Es eso lo que es?

¿Silas Baker está escondiendo dinero? ¿Para qué?

¿Importaba?

Me llevaré su dinero. Siempre es necesario.

Me marcho de la casa con la caja, hago ese salto peligroso sobre la brecha en la escalera y vuelvo al exterior. Una vez afuera busco una roca para romper la cerradura porque todo puede romperse si se aplica la fuerza suficiente. Finalmente hallo una buena roca con un poco de peso, gris e irregular, la rodeo con mis manos y le atizo un buen *golpazo*. La roca golpea la cerradura y luego da contra el suelo. El impacto arranca la piel de mis nudillos y trae lágrimas a mis

ojos. La aferro contra mi pecho y me lleva todo lo necesario para no llorar.

Lo intento de nuevo.

Y otra vez.

Y otra vez.

El sol se alza cada vez más arriba en el cielo. Mi estómago se revuelve, enfermo por el calor. El calor hace que me sienta mareada. Mi camiseta se seca de sudor y vuelve a empaparse. El candado no se rompe, pero la bisagra que lo sostenía sí, y cuando eso sucede, cuando se arranca, no me doy cuenta. Golpeo el metal de la caja una vez más y esta gira de lado y todo lo que contenía se dispersa.

LAS CHICAS

EPISODIO 3

ANUNCIANTE:

Las Chicas es traído a ustedes por VR YA.

RUBY LOCKWOOD:

Sí, la he visto. Solo que era rubia.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Bien... de hecho, creo que podría tener una pista de esta chica.

No sé a dónde me llevará exactamente, pero es más de lo que tenía al comienzo.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

No te oyes tan emocionado.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Voy a hallar a Sadie y todo lo que ella quiere es estar sola. Te das cuenta de eso, ¿no?

[CANCIÓN DE APERTURA DE LAS CHICAS]

WEST McCRAY [RESTAURANTE]:

¿Me está diciendo que ella tenía un tono diferente de cabello al de esta fotografía? ¿Era rubia en vez de castaña?

RUBY LOCKWOOD:

Sí, y por cómo se veía, lo había hecho ella misma. Y era muy delgada, pequeños girones, no demasiado de ella. No hablaba bien, tampoco. Eso se destacaba más que nada. Tartamudeaba.

SAUL LOCKWOOD:

¡Oh! Sí... la recuerdo ahora. Ordenó un... café. Pensé que era de las que se escapan de su casa. Te cabreó un poco, ¿cierto, Ru?

WEST McCRAY:

Entonces, ¿usted habló con ella?

RUBY LOCKWOOD:

Ella me habló a *mí*. Estaba de paso. Buscaba a alguien, así que nos hizo preguntas.

WEST McCRAY:

¿A quién estaba buscando?

RUBY LOCKWOOD:

A su padre.

WEST McCRAY:

¿Qué?

RUBY LOCKWOOD:

Estaba buscando a su padre, o eso dijo ella. Tenía una fotografía suya y todo. Sabía su nombre, también que él fue un cliente frecuente aquí un par de años atrás. Quería contactarse con él y quería saber cualquier cosa que yo pudiera decirle.

WEST McCRAY:

¿Qué le dijo?

RUBY LOCKWOOD:

Le dije que jamás había visto al tipo. Pero parecía bastante desesperada y me sentí tan mal por ella que le pedí su teléfono y le dije que le avisaría si alguna vez lo veía.

WEST McCRAY:

¿Aún tiene ese número?

RUBY LOCKWOOD:

Bueno, aquí tienes: dijo que no tenía un teléfono y esa fue la segunda cosa extraña sobre ella, porque todos los chicos y sus abuelas tienen teléfonos móviles estos días, ¿cierto? Yo tengo uno. Diablos, mi madre de noventa y tres años tiene uno. Terminé dándole un menú y le dije que podía llamar al restaurante y preguntarme si él había estado por aquí.

WEST McCRAY:

Aguarde, dijo que era la segunda cosa extraña sobre ella. ¿Cuál era la primera?

RUBY LOCKWOOD:

Conozco al hombre por el que ella preguntaba y él no tenía hijos.

WEST McCRAY:

Su nombre es Darren M. Omitiré su apellido hasta que pueda encontrarlo. Lo busqué por internet y obtuve muchos resultados: el suyo es un nombre bastante común. Cada Darren con el que me

contacté no era el que yo buscaba.

WEST McCRAY [A RUBY]:

Y usted lo conocía.

RUBY LOCKWOOD:

Claro que sí. En realidad, durante años me decía que era un cliente frecuente, solo cuando estaba de paso, supongo, hacía alguna parada para comer la tarta de manzana, pero no fue hasta que comenzó a vivir en Wagner, que lo consideré un cliente frecuente. Convivió con una mujer de la ciudad por unos meses y había tenido sus almuerzos aquí cada día. Un buen tipo en verdad. Reservado. Jamás ocasionó problemas.

WEST McCRAY:

¿Sabe el nombre de la mujer con la que él estaba?

RUBY LOCKWOOD:

Era Marlee Singer.

WEST McCRAY:

¿Aún mantiene contacto con Darren?

RUBY LOCKWOOD:

No. Una vez que terminó con Marlee, desapareció. Ni siquiera lo vi de vez en cuando. Solía tener su número de teléfono, Ray aún estaba vivo, cerca del final, y Darren me pidió que le dijera cuando Ray partiera. Cuando sucedió, Darren envió las flores más bellas, rosas blancas y gipsófilas. Pensé que fue muy considerado de su parte. Pero ya no lo tengo, su número.

WEST McCRAY:

Tal vez podría buscarlo, ¿y decirme si lo encuentra? Si pudiera ponerme en contacto con él, sería realmente de ayuda.

RUBY LOCKWOOD:

Dudo que lo encuentre, pero se lo diré: Darren no tenía hijos.

WEST McCRAY:

Parece muy convencida, pero si él solo vivió aquí por un tiempo, parece justo suponer que hay muchas cosas sobre él que usted podría no saber.

RUBY LOCKWOOD:

Estoy segura porque *pregunté*. Se sentó donde usted está sentado ahora, conversando amigablemente, y le pregunté si tenía hijos y él dijo que no. ¿Qué me importa si tiene hijos? ¿Qué obtendría mintiéndome? Nada.

WEST McCRAY:

¿Qué obtendría Sadie al mentirle a usted?

RUBY LOCKWOOD:

[RISAS] Vamos. ¿Usted cree que es la primera chica que intenta extorsionar a algún hombre al que llama *papi*? Y le diré algo más, ella era condenadamente grosera.

WEST McCRAY:

¿Grosera cómo?

RUBY LOCKWOOD:

Cuando dije que no había visto a Darren antes, me llamó mentirosa. Créame, se lo estoy *diciendo*, ella estaba tramando algún tipo de estafa. No le gustó que yo pudiera ver a través de ella.

WEST McCRAY:

Intento contactar a Marlee Singer, luego de hablar con Ruby, y antes de comenzar mi búsqueda de Darren por internet, pero ella no atiende el teléfono. Entonces llamo a May Beth. Cuando le comento las novedades está totalmente aturdida.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

No. No, eso no puede ser cierto. Sadie no sabía quién era su padre. Siempre me dijo que le importaba una mierda saberlo.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Bueno, su apellido es Hunter, si se trata de este tipo.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Darren...

Le digo que nunca había oído ese nombre en mi vida. **[PAUSA]** Pero creo que no significa nada. Claire tuvo muchos hombres entrando y saliendo de su vida, antes de que Irene muriera... Dios. ¿Ella realmente busca a su padre? ¿Eso es lo que dijo?

WEST McCRAY:

¿Hay alguna posibilidad de que alguien más del restaurante estuviera en contacto con Sadie?

RUBY LOCKWOOD:

Ninguno más que Saul y yo, no tengo la menor idea. Ella solo estuvo aquí por... no pudo ser más de una hora. Oh, y no puedo encontrar ese número de Darren. No tengo idea en dónde pudo haber terminado.

WEST McCRAY:

Si le dejara una foto de Sadie, ¿cree que podría ponerla por ahí?

RUBY LOCKWOOD:

Claro que sí.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Un día más tarde, recibo una llamada de un hombre llamado Caddy Sinclair.

sadie

La cafetería se llama Lili's.

Me adentro y me dirijo más allá de la ridícula fila para registrarse, intentado no respirar el aroma a comida y cafeína. Siento que si no como algo ahora, no podré ir más lejos. Mi cuerpo está temblando, se estremece y me siento helada con los dientes castañeando, aun cuando hace calor. No sé qué hacer para que esto se vaya. Necesito que se vaya. Ingreso al sanitario y me lavo en el lavabo con interrupciones frustrantes de mujeres que entran y salen. Simplemente quiero estar limpia. Utilizo un jabón floral barato y toallas de papel ásperas para frotar una espuma débil sobre mis brazos y piernas con la ayuda de mis manos temblorosas. La suciedad de la casa se va, dejando a la vista una mezcla de pequeños cortes en mis pantorrillas que no noté durante mi caminata entre las hierbas. Deslizo mi mano por mi camiseta y limpio el sudor por debajo de mis pechos. A mi cabello aún le queda un día más antes de que tenga que encontrar alguna forma de lavarlo. Lo enrosco en un moño ajustado. Me inclino sobre el lavabo y dejo escapar un gemido, mientras susurro *está bien, está bien, está bien*, hasta que siento su porcelana fría debajo de mis dedos.

“Acogió a Darren bajo su ala, digamos, para demostrar algo siendo amable con él”. Maldita Marlee. “Acogió a Darren bajo su...”.

Maldita Marlee. Apuesto a que Silas pudo percibirlo, ese mismo tipo de mente enferma ocultándose, alguien con quien podía compartir. Solo que él era mejor ocultándolo de lo que lo fue Keith. Pero Marlee tenía que haberlo sabido, tenía que haber sabido. *Ya no hablo más con mi hermano*. ¿Por qué otra cosa renunciaría a la única relación que tenía con la única persona capaz de financiarla? Golpeo mi puño contra el lavabo porque no encuentro nada más para golpear. *Ella. Sabía.*

Y ahora yo lo sé.

Me paso la mano por la boca, mis ojos están abiertos y desorbitados, no puedo ver a través de ellos. Solo puedo ver lo que ellos han visto.

¿Lo mato?

¿Mato a Silas Baker?

Le robé la navaja a Keith la noche anterior a que mamá lo echara.

Aquella noche no sucedió como se suponía que debería hacerlo, en muchas formas, pero pensé que podría matarlo cuando era la mitad de la chica que soy ahora, una inexperta. O tal vez no pensé que lo mataría (tal vez era demasiado joven como para imaginar algo tan definitivo, algo tan irreversible), pero quería herirlo gravemente, lo suficiente para que me temiera en la forma que yo necesitaba.

La forma en la que debería temerme ahora.

Dejaba la navaja sobre la mesa de noche en el cuarto de mi madre, junto a su *Biblia*. Una vez, a pocas semanas de haberse mudado, me llamó e hizo que me sentara sobre su regazo para enseñármela. *Sadie, mira esto*, me dijo, y yo observé como salía la hoja del mango antes de que supiera que se trataba de una navaja. *Y eso es todo*, había dicho. Luego señaló la punta de la hoja. *No quiero ver esto en tus manos, jamás ¿me oíste?*

Metó la mano en mi bolsillo y dejó que las puntas de mis dedos recorran su contorno. Recuerdo cómo lucía cuando mis manos pequeñas la sujetaban. Casi no tenía sentido. Me sorprendí cuando la apuntaba contra la piel de Caddy, se veía como si perteneciera allí, a mis manos.

No puedo moverme por esta ciudad y dejarla como la encontré.

Presiono mis dedos contra mis sienes.

Debo detenerlo.

Pero Keith.

Pero, espera.

Entra una mujer. Me volteo hacia ella con la mente aturdida. Es de mediana edad, su piel es oscura. Me pregunta si estoy bien con dulzura. Le digo que estoy bien y le pregunto si puedo usar su teléfono. Mi pedido sale de mi boca más fragmentado que de costumbre, el estrés empeora mi tartamudeo.

–Claro –me dice con la voz más suave de todas y algo en ello me rompe. No sé si se trata de alivio por saber que la amabilidad existe, o si es la culpa por saber que la amabilidad existe en un mundo que no la merece.

Llamo a Javi. Atiende en el tercer tono, su voz se oye grave por el sueño y le pido que me encuentre aquí.

–*Sí, sí, estaré ahí enseguida, no te vayas a ninguna parte* –me responde apresuradamente.

La mujer me sonríe y le devuelvo su teléfono.

Vuelvo a la cafetería mientras espero cerca de la puerta, mordiéndome las uñas hasta que sangran, Javi llega ocho minutos más tarde, intentando lucir casual por todos los medios, pero su pecho agitado delata que ha venido corriendo hasta aquí. Su piel se ve apenas sombría y su sudor huele ligeramente a alcohol. Los restos de ayer por la noche.

Ayer por la noche se siente tan lejana a mí ahora.

–Hola –saluda y no puedo devolverle la sonrisa. No lo nota. Se balancea hacia atrás sobre sus talones y sus ojos se dirigen hacia la zona de las cajas antes de aplaudir.

»Es bastante temprano como para ir a lo de Noah. Podríamos darle tiempo para que despierten, ¿te parece bien? No he desayunado aún. ¿Tienes hambre? Comamos algo, yo invito. ¿Qué vas a querer? –habla con prisa y se oye nervioso.

No quiero comer.

Tengo que comer.

Si esta fuera una situación normal, me pregunto si intentaría ser delicada, si pretendería ser una chica con un apetito delicado, o más atractivo, sin apetito en

absoluto. Le digo que quiero un menú con proteínas y el refresco más calórico que tengan en su tamaño más grande. Javi no puede enmascarar su sorpresa, pero se recupera pronto y ordena lo que le pido. La comida está lista enseguida y nos acomodamos, por petición mía, en una mesa arrinconada en la parte trasera del café, lo más alejada del bullicio. Javi iguala mi apetito con su orden, pero come de una manera que sugiere que no tenía tanta hambre. Incluso es más tímido, más inseguro de lo que lo recordaba. Ahora está sobrio.

Observo fijamente la comida y mi estómago se revuelve, pero tengo que comer.

Tengo que comer si luego quiero hacer algo.

Cierro los ojos por un momento, y luego deslizo un trozo de manzana dentro de mi boca. Lo mastico con cuidado hasta que se convierte en una pasta que me doy cuenta de que no sabe a nada. Es nada en mi lengua. Ignoro el pánico que se cierne dentro de mí y tomo otro bocado de manzana, obligándome a encontrarle el sabor, para convertir esa sensación de que algo está mal en algo crujiente, fresco y dulce. Luego de ese momento de agonía, el sabor se filtra por mis papilas gustativas y se vuelve demasiado dulce.

Nunca me gustaron las manzanas.

May Beth decía que cuando era pequeña, hija única, siempre estaba hambrienta, famélica y mis brazos se estiraban por comida, pero incluso así, era selectiva. Ella decía que solo sabía del azúcar o las grasas, y si ella intentaba darme algo lo bastante saludable como para hacerme crecer, yo lloraría hasta que mis ojos se hincharan y no pudiera ver. En esos momentos, me engañaba: ponía pequeños trozos de manzana en mi lengua y los llamaba dulces. No pasó mucho hasta que lo descubriera y la mordí tan fuerte que la hice sangrar. Pero cuando llegó Mattie, May Beth me dijo que, si no daba un buen ejemplo, Mattie sería más selectiva que yo, y ¿acaso quería yo que mi hermanita sufriera por hambre?

No podía pensar en nada que quisiera menos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Pongo un trozo de queso sobre mi lengua y se queda en mi boca. Debo dar un largo trago del refresco para ayudarme a tragarlo.

–Se... seguro.

–¿Qué ocurre, Lera? –se inclina hacia delante buscando mi rostro con su mirada.

–De... deja que coma –le digo–. Primero, de... deja que a... acabe de co... comer.

Se sienta de manera incómoda, paciente, mientras me acabo el desayuno que me compró. Poner la comida en la boca e instruirme conscientemente cómo *tragarla* es un ejercicio horrible y absurdo de autopreservación. Pero si no lo hiciera, simplemente se quedaría ahí, sobre mi lengua. Toda esta producción es para pasar al siguiente momento. Javi me muestra una pequeña sonrisa y escucho su voz, ayer por la noche, por encima del bullicio en la barra: “Su padre fue mi entrenador de béisbol infantil”.

A veces, siento que estoy hecha de la ausencia de Mattie, este vacío total dentro de mí y la única cosa que lo hace soportable, que lo acalla, se está moviendo, poniendo distancia entre su asesinato, impulsándome cada vez más cerca a la promesa de tomar la vida de Keith. Sin embargo, aún duele. Siempre duele. Otras veces, solo puedo sentir el peso de eso, de todo eso, de cada Sadie que he sido, cada elección que ella ha tomado, lo que pudo haber hecho tan mal como para acabar así. Sola. En esos días, ni siquiera puedo respirar.

No puedo respirar.

Estoy a mitad del batido antes de que mi estómago diga finalmente *basta*. Luego sujeto el borde de la mesa, mientras lucho contra el rechazo que mi cuerpo quiere hacer de forma normal y automática. Recuerdo la última vez que me sentí así. Luego de que Mattie muriera.

–Lera –Javi se estira sobre la mesa y posa su mano sobre mi brazo–. ¿Qué te sucede?

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 3

WEST McCRAY:

Caddy Sinclair es un hombre blanco, alto y delgado en la mitad de sus treinta. Vive en Wagner y comparte apartamento con su hermano. Se pasa la mayoría de los días en la Parada de Camiones de Whittler, donde deambula por la playa de estacionamiento o come alguno de los especiales de Ruby (si es que puede permitírselo). Es una leyenda local. Todos saben su nombre y ese, me dice, es precisamente su problema.

CADDY SINCLAIR:

No me importa ni mierda estar solo.

WEST McCRAY:

Bien, entonces realmente aprecio que esté hablando conmigo.

CADDY SINCLAIR:

Lo que sea. No es que le esté haciendo algún gran favor. Pero si encuentra a esta chica, quiero saberlo.

WEST McCRAY:

Caddy es una contradicción interesante: antes de que quisiera quedarse solo, una pequeña investigación de su nombre en el buscador de Google revela a un adolescente que deseaba desesperadamente ser el próximo Eminem. Si se dirigen a musiccamp.com y buscan el usuario "Sick Caddy" pueden escuchar sus seis demos que grabó en el sótano de un amigo. Si no escuchan desde nuestro sitio oficial de podcasts, encontrarán un reproductor incorporado en la página de este episodio. Pero antes de que vayan, háganme un favor y lean las advertencias de contenido.

CADDY SINCLAIR:

Esa era una versión distinta... y estúpida de mí, no hablaré de eso. Todos los chicos creen que tienen lo que se necesita para algo grande cuando no tienen ni mierda. Luego aprendes que es mejor no ser nada, de hecho. **[TOS]** Así que ¿quiere saber de esta chica, eh? ¿Está

desaparecida?

WEST McCRAY:

Sí, está desaparecida. Intento ayudar a su familia para encontrarla.

CADDY SINCLAIR:

Es probable que esté muerta.

WEST McCRAY:

¿Sabrías algo de eso si lo estuviera?

CADDY SINCLAIR:

Nop. ¿Le molesta si fumo? **[PAUSA, SONIDO DE ENCENDEDOR]** La última vez que la vi estaba viva, pero si sigue tan loca como cuando la conocí, y si se acerca a la gente equivocada de la misma manera en que lo hizo conmigo... bueno, puedes perder la vida por mucho menos que eso en este mundo.

WEST McCRAY:

Vayamos un poco a eso. Cuando hablamos por teléfono, me dijo que Sadie acudió a usted por información sobre Darren. Ella jamás había estado en Wagner que yo sepa, así que ¿cómo supo que debía hablar con usted?

CADDY SINCLAIR:

Supongo que alguien de adentro le habló de mí. Al diablo si lo sé. Esa parte no es realmente importante, pudo haber sido cualquiera. Soy el tipo al que todos consultan por aquí. Si la gente quiere algo, quiero decir, si la gente quiere saber algo, vendrán a mí. Siempre sé qué diablos está pasando porque yo simplemente... simplemente lo sé.

WEST McCRAY:

¿Conocía a Darren?

CADDY SINCLAIR:

No éramos amigos, pero me hablaba si me veía en el restaurante. Ruby lo conocía mejor. No sabía que él tuviera una hija.

WEST McCRAY:

Y eso fue lo que Sadie le dijo que era... la hija de Darren.

CADDY SINCLAIR:

Sí, me mostró una fotografía y ese era Darren, de acuerdo.

WEST McCRAY:

¿Por casualidad tiene una fotografía de él?

CADDY SINCLAIR:

No, pero puedo decirle cómo lucía: blanco, alto, robusto. Cabello oscuro. Era un tipo como cualquiera. Nada que se destacara en particular.

WEST McCRAY:

Cuénteme qué sucedió luego.

CADDY SINCLAIR:

Me apuntó con una navaja.

WEST McCRAY:

¿En serio? ¿Así porque sí?

CADDY SINCLAIR:

Sí. Me dijo que le dijera todo lo que supiera de Darren y otras cosas.

WEST McCRAY:

¿Y usted lo hizo?

CADDY SINCLAIR:

¿Luzco vivo para usted?

WEST McCRAY:

¿Qué le dijo?

CADDY SINCLAIR:

Le dije la verdad. Que Darren había estado con Marlee Singer hace unos años y que ella probablemente sabría de él más que yo. Le dije que vivía en Wagner y se largó. No parecía bien de la cabeza. Si la encuentra, hágamelo saber. Quiero que esto quede registrado porque voy a acusar a esa perra por agresión. Además, las navajas son ilegales.

WEST McCRAY:

Gracias por su tiempo, Caddy.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

May Beth, ¿Sadie era una persona violenta?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

No, no. Jamás. Quiero decir... podría haberlo sido, pero en la forma en la que cualquiera de nosotros podría serlo. No era algo que fuera *parte* de ella. No estaba en su naturaleza, si es eso a

lo que se refiere.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Caddy dijo que Sadie tenía una navaja. Ella la apuntó contra él. No había ninguna navaja entre sus pertenencias.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Entonces, está mintiendo. Bueno, de todos modos, creo que está mintiendo. Sadie no lo haría... ella no... si no está entre sus pertenencias, él miente.

WEST McCRAY:

O ella aún podría tenerla.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

La tenga o no la tenga todavía, creo que la pregunta es ¿por qué pensó que la necesitaría?

sadie

Estoy fuera de la casa de Silas Baker, otra vez.

Un sudor frío se forma en la parte posterior de mi cuello mientras estaciono detrás de su Mercedes. Eso quiere decir que está en casa. La comida de Lili's da un vuelco en mis entrañas. Salgo del coche, deslizo las llaves en mi bolsillo y me dirijo hacia la puerta de entrada cuando comienzo a oír risas (aparentemente de Kendall y Noah) que provienen del interior de la casa. Rodeo la propiedad lentamente, hasta que llego al patio trasero y los encuentro allí, recostados junto a la piscina.

La parte privada de la residencia de los Baker no es menos impresionante que su frente. Su piscina está enterrada, es larga, ancha y profunda y tiene un trampolín. Hay cuatro camastros, dos de cada lado y una lujosa mesa metálica en medio.

El jardín es frondoso: el césped es verde esmeralda con huertos florecientes y jardines de flores que ocupan ambos lados. Una plataforma de pino da a una puerta de vidrio corrediza que lleva al interior de la casa.

Noah se desplaza sobre el agua en un flotador. Kendall luce resplandeciente en un bikini rojo diminuto, tomando sol recostada sobre una suave toalla con monograma bordado. Todo lo que hay a nuestro alrededor parece paradisíaco, y yo intento procesar el lujo de cada cosa, de todo lo que estoy viendo ahora frente a todo lo que he visto hoy. La única conclusión a la que mi cabeza puede llegar es que *esto no es real...*

–¿Dónde está Javi? –pregunta Noah ladeando la cabeza hacia mí.

–N... No lo sé –me encojo de hombros–. Di... dijo que me ve... vería aquí.

–¿Eh? –dice y toma su teléfono, que descansaba sobre su abdomen y comienza a escribir–. No responde, tal vez esté en camino –dice luego de un momento.

–¿No tenías puesto eso mismo anoche? –pregunta Kendall y Noah se ríe.

–No fu... fui a casa a... anoche.

–¿Cómo es eso? –Kendall se levanta sobre sus codos, la acción de sacar su impresionante pecho hacia delante en una forma que creo que es para intimidarme.

–Es mu... muy difícil es... estar allí.

–Bueno, espero que no te importe hacer esto toda la mañana –dice Noah–. Estamos castigados porque cuando regresamos anoche, *alguien* –señala de manera acusatoria a su hermana–. No tuvo la decencia de fingir sobriedad. Castigados por un condenado mes.

–Menudo ca... castigo –digo mientras miro alrededor.

–No te conozco muy bien por ahora, Lera, pero detecto un dejo de sarcasmo –sonríe Noah.

–Solo un po... poco –le respondo–. ¿Dó... dónde están tus pa... padres?

Miro hacia la casa, esperando a que el rostro de Silas Baker se asome por la ventana, observando la escena de la piscina. *¿En dónde estás, Silas?*

–Papá fue a la florería –nos informa Kendall.

–¿Qué? –Noah levanta una ceja–. ¿Otra vez la cagó?

–Mamá lo oyó levantarse al alba para ir a la oficina y me dijo que anoche llegó más tarde que nunca de béisbol. Además, él prometió que se quedaría en casa todo el fin de semana, nada de trabajo, y mintió. Ahora ella está furiosa. Se fue a lo de Jean y no atiende las llamadas. La cena del domingo va a ser lo máximo –Kendall se estira lánguidamente, sus brazos sobre la cabeza y los dedos de los pies apuntando a la nada.

–Ke... Kendall –dije abruptamente–. ¿Me pre... prestas un tra... traje de baño?

–No te quedarían –replica señalando sus pechos con la cabeza.

–Jesús –dice Noah porque intuyo que él tiene límites–. Puedes prestarle una sudadera o unos pantalones cortos o lo que sea –da una patada con sus piernas empujando el inflable hacia el borde de la piscina y sale–. Llamaré a Javi de nuevo. No me gusta que no responda.

–Lo que sea –Kendall gruñe mientras se pone de pie como si fuera lo último en el mundo que ella quisiera estar haciendo y eso me dispara una llamarada de ira a través de mi cuerpo que casi se extingue por algo que se siente mucho peor.

Ella no sabe que su padre es un monstruo.

–Vamos –murmura y la sigo adentro–. Puedes usar un bañador de Noah y alguna de sus sudaderas viejas.

–No te gusta com... compartir, ¿eh?

–Sin ofender, pero luces como si necesitaras tomar una ducha.

–Sin of... ofender, pe... pero luces como una pe... perra.

–Eres libre de largarte –me dice con una sonrisa luego de que se detiene en seco y me mira.

No digo nada. Kendall sacude la cabeza como si eso fuera el fin de la disputa y nos metemos por la puerta trasera. Imagino lo que debe ser entrar cada día porque es tu hogar y vives aquí. Tengo esa sensación que tuve cuando vi Montgomery por primera vez: si no puedo tener nada de esto para mí, todo lo que quiero es verlo realmente en ruinas.

Dentro de la casa todo se ve austero y monocromático. Las fotos familiares en la pared son profesionales, en blanco y negro. Todas fueron tomadas al lado de los canchales de afuera. Observo detenidamente cada una de ellas mientras paso, siguiendo la progresión de Noah y Kendall de bebés a infantes, a preadolescentes y ahora. Su madre es una rubia atlética con pelo corto y rizado que cada vez se ve más corto. Silas y la manera en que no cambia. Lo más ofensivo de él es lo inofensivo que luce. Cualquiera pensaría que estaba a salvo.

Los marcos familiares cambian repentinamente a Sillas con sus equipos de béisbol infantil.

–Ahí está Javi –dice Kendall y me sobresalto. Lo señala con el dedo. No puedo verlo–. ¿Qué hay de malo contigo? –pregunta.

–So... solo es la re... resaca.

–Yo no tengo –replica con orgullo.

La sigo más allá de la sala de estar, donde hay un sofá blanco que con solo mirarlo me pongo nerviosa, la idea de él. Cuando Mattie tenía nueve años

atravesó una fase de torpeza. Bueno, creo que nunca pudo superarla, pero cuando tenía nueve, era su peor momento. No había un solo lugar en nuestra caravana que se pudiera salvar de ella derramándole algo encima.

Kendall me lleva a la cocina. Hay encimeras de color gris y blanco y artefactos de acero inoxidable. La mesa está frente a una ventana que da al lado del jardín de la casa y puedo ver el borde de la terraza. El resto de la habitación se extiende hacia la puerta principal.

–Espera un segundo –me dice mientras abre el refrigerador–. Me muero de hambre.

La puerta principal se abre.

–Kendall, ¿de quién es el coche de ahí fuera?

Se me congela la sangre.

Silas está de espaldas a nosotras mientras cierra la puerta. Tiene un ramo de rosas blancas y de gipsófilas en una de sus manos. Se frota el cabello con la que tiene libre antes de darse la vuelta y cuando lo hace, sus ojos se posan inmediatamente en mí.

–¿Quién es ella? –pregunta.

–Papá, ella es Lera Holden –responde Kendall–. Es nueva por aquí. ¿Te conté de ella anoche? No puedo recordarlo.

–Estoy seguro de que no puedes –dice con un tono seco. Echa la cabeza hacia atrás y me mira de arriba a abajo, mis dedos arden–. Los Holden... acaban de mudarse a los de Cornell, ¿cierto? –atino a asentir–. Oí que tenían una hija. ¿Es tu coche el que está ahí fuera? –pregunta lo último con una sonrisa que muestra cada uno de sus dientes.

Miro a Kendall. Su cuerpo está mitad dentro del refrigerador.

–¿Pu... puedo usar su ba... baño?

Silas reacciona a mi tartamudez, una ligera y casi imperceptible mueca.

–Por supuesto –responde–. Está escaleras arriba. La tercera puerta a la derecha.

Camino hacia él y lo esquivo sin agradecerle, doblo una esquina que conduce a la escalera y mi cuerpo se siente débil por el alivio de estar fuera de su línea de visión. Necesito un esfuerzo consiente para poner un pie delante del otro y llegar

a lo alto del descanso. Una vez allí, escucho.

Un murmullo bajo. La voz de Silas. Las respuestas guturales de Kendall. Me escurro por el pasillo y encuentro el cuarto de baño, abro la puerta y doy un paso atrás por el asombro.

–¡Sa... Sal de aquí! –grita una chica–. ¡Qui... quiero que te lar... largues de aquí!

Tiene once años, está desnuda en la bañera. Sus rodillas están acurrucadas a la altura de su pecho y sus brazos están cruzados sobre ellos, intentando cubrir sus pezones rosados. Cuando se inclina hacia delante, se puede ver su espalda, los nudos de su espina dorsal dolorosamente visibles. Ella presiona la cabeza contra sus rodillas y vuelve la mirada de odio hacia su izquierda, hacia el hombre que está apoyado en el lavabo. Ocupando todo el baño. Ella quiere desesperadamente que se vaya, lo ha dicho en voz alta y todo, pero él no se mueve.

–No hace falta –dice lentamente–. Que seas así.

–¡Lar... largo! ¿Do... dónde está ma... mamá? ¡Mamá!

–¿Y qué crees que vaya a hacer?

La chica abre la boca y la cierra, él sonrío un poco, algo triste, como si hubiera admitido algo que a ambos no les gusta oír. Ella voltea su rostro fuera de él y observo el pequeño subir y bajar de sus hombros mientras inhala y exhala, el pulso rápido revela lo furiosa que está. El agua se está enfriando. No va a salir de allí hasta que él se marche.

Pero él no se marchará.

–Sadie –le dice–. Ahora somos familia.

Un sonido de risas sube hacia arriba. Me volteo en su dirección, luego hacia el cuarto de baño vacío. Mi corazón martillea. Desde que Mattie murió siempre ha sido así: estas cosas horribles que surgen, forzándome a presenciarlas porque haberlas vivido parece no ser suficiente. Cuando Mattie estaba viva, podía empujar todo esto a lo profundo porque tenía otras cosas que hacer, tenía de cuidar de ella.

Y ahora...

Pero aún tengo cosas por hacer.

Presiono mis ojos con mis dedos y luego echo un vistazo alrededor. Esta habitación no es menos espectacular que alguna otra parte de la casa. Es más grande que cualquier otra habitación con baño incluido tiene el derecho de ser. Hay un sector con ducha separada y una bañera. Las toallas del toallero se ven más suaves que cualquier cosa con la que me haya secado las manos, el espejo se extiende sobre los lavabos de lado a lado y está rodeado de luces.

Cierro la puerta con fuerza para que me escuchen desde abajo y luego avanzo por el corredor hasta que me topo con una habitación que debe ser la de Silas y su esposa. Veo una cama extragrande en el medio de la habitación con un cobertor blanco y una puerta entreabierta que da a un vestidor. Hay un tocador en una de las esquinas de la habitación y un escritorio color caoba con una computadora portátil. Me acerco de puntillas y muevo el cursor. La pantalla se ilumina, pidiéndome una contraseña para acceder al escritorio. Mierda... hay una fotografía a color sobre el escritorio, él y sus hijos. La levanto y la volteo, pero no hay nada detrás. Levanto la computadora. Tampoco.

Abro cada uno de los cajones y miro rápidamente en su interior, dando más atención a los papeles o porquería que pueda ser un libro o anotador con alguna maldita lista de contraseñas (la gente aún es tan estúpida como para hacer eso, ¿verdad?) pero no encuentro nada. Reprimo el impulso de azotar el último de los cajones y aparto el cabello de mi cara con frustración. He estado aquí arriba por mucho tiempo.

Debo regresar.

Me escabullo fuera del dormitorio, entro al cuarto de baño y tiro de la cadena antes de ir abajo.

Encuentro a Silas en la cocina, inclinado sobre la isla mientras revisa su teléfono.

Su teléfono.

Kendall se ha ido. Me volteo hacia la ventana, y veo el jardín inmaculado que hay del otro lado. Logro oír a Noah y su hermana a través del cristal.

—¿Puedo ofrecerte una bebida o algo, Lera?

Asiento sin mirarlo a los ojos y él deja su teléfono y se dirige al refrigerador. Me estiro rápidamente para tocar la pantalla así permanece desbloqueada, pero no me da el tiempo para guardármelo.

Silas no me pregunta qué me apetece, simplemente pone una botella de agua en medio de los dos. Tomó una para él. Lo observo mientras gira la tapa de su botella. Sus manos son grandes, las venas reptan por la parte superior, sus dedos son gruesos.

Se ve... fuerte.

–¡Bienvenida al vecindario! –hace un movimiento con su cabeza hacia la botella de agua y yo la tomo y giro la tapa–. Creo que mi esposa hizo una canasta de bienvenida para tus padres. Estábamos por llevárselas este fin de semana, pero puedes llevártela a casa. ¿Qué les parece Montgomery hasta ahora?

Me encojo de hombros y tomo un sorbo del agua mientras siento el alivio helado sobre mi lengua reseca. Mis ojos se mueven hacia la pantalla aún desbloqueada de su teléfono. No sé cuánto tardará en apagarse. Un par de minutos, cinco, diez si tengo suerte...

–La casa de los Cornell es bastante linda.

–Sí.

Porque tengo que hablar de vez en cuando, o no.

–¿Qué es lo que más te gusta de la casa?

–Cu... cuatro pa... paredes y un techo.

–Tener a tus padres en la comunidad es una verdadera bendición para Montgomery. Sé que no es divertido tener que empezar de cero, especialmente durante el último año de preparatoria. Tu padre investigaba sobre... –dejo la frase a medio acabar–. ¿Qué dijiste que investigaba?

–Al... algo –Maldición–. Importante.

–Okey –ríe y las líneas alrededor de sus ojos se pliegan. Luego la risa se detiene, abruptamente y es espantoso cuando alguien puede hacer eso, como encender algo y apagarlo en menos que lo que tardas en parpadear–. Tu automóvil... creí haberlo visto hoy temprano.

Apoyo la botella sobre la mesa.

–¿Do... dónde?

El silencio entre los dos es tan pesado que solo pienso en alejarme de él. Quiero estar lejos de él, *quiero estar lejos de este hombre ahora...*

–No me hagas caso –replica luego de una pausa.

–¡Ey, papá! ¿Quieres darme una bebida y las sobras de carne asada del refrigerador? –Noah asoma la cabeza mientras desliza la puerta trasera salpicando el suelo con agua–. ¿Vienes afuera, Lera?

–Claro –dice Silas.

–Noah...

Noah se voltea hacia donde está Kendall. Silas abre el refrigerador y me da la espalda. Tomo su teléfono y lo deslizo en mi bolsillo y luego simplemente...

Me voy.

No recuerdo la prisa de mi viaje por la sala de estar. No recuerdo haber abierto y cerrado la puerta principal. Respiro con dificultad mientras tanteo en busca de la puerta de mi coche, me siento a medias en el asiento del conductor. Paso mis dedos sudorosos por los contactos de la lista de Silas, Keith no está allí. Darren tampoco. Pero Jack... *Jack H* está ahí. Langford. Un lugar llamado Langford. *Calle Twining 451, Langford... 451...*

–Tomaré mi teléfono ahora.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 3

WEST McCRAY:

El pueblo de Wagner me recuerda a Cold Creek, en algunos aspectos.

Hay menos tiendas en la calle principal de las que debería haber y las casas lucen algo... vencidas. Sin embargo, existe una cosa que no encuentras en Cold Creek: una sensación de promesa.

La zona suburbana se está afianzando. Un nuevo desarrollo inspirará, con esperanza, una suba económica... pero eso podría dejar fuera a muchos residentes. Marlee Singer es uno de ellos. Una mujer rubia en la última mitad de los treinta, madre de un niño de año y medio. Vive cruzando un patio de recreación que, durante el año escolar, está repleto de niños deslizándose por resbaladillas y peleando por los columpios.

Finalmente responde a unas de mis llamadas el día que tengo un vuelo a Nueva York. Cuando le digo que me gustaría hablar de Sadie y Darren, Marlee solo accede a dejar en claro que no tiene nada para decir, en absoluto. Ella y Darren estuvieron juntos por un corto tiempo, no funcionó y no, ellos ya no se mantienen en contacto. No tiene su teléfono ni ninguna fotografía. No es una época que se preocupe por recordar, lo que implica muchas otras preguntas que tampoco está dispuesta a responder.

MARLEE BAKER:

Duró tres meses. Jamás dijo algo acerca de tener una hija. Ya no estamos en contacto. No tengo forma de contactarlo. Me gusta que sea así. Ni siquiera pienso en él, a menos que alguien me lo recuerde... así que gracias.

WEST McCRAY:

Sin embargo, Caddy Sinclair dijo que él envió a Sadie Hunter a usted para que preguntara sobre Darren. Queda bastante claro que ella se dirigió hacia usted. Solo intento descifrar lo que pasó.

MARLEE BAKER:

Le estoy diciendo que nunca me encontré con ella y si ella estuvo por aquí buscándome, no tengo la más condenada idea al respecto.

WEST McCRAY:

Me veo en la obligación de creer en las declaraciones de Marlee Singer, aun cuando no estoy seguro si debería hacerlo. He pospuesto mi vuelo por ella, así que me quedo en un hotel y re veo todo lo que sé hasta ahora sobre la desaparición de Sadie. No hay nada que me haya salteado que pueda convertirse en mi próxima pista. Lo más frustrante es que fuera de haber teñido su cabello de rubio, haberse presentado a la gente con su segundo nombre, Sadie no aparenta haber querido cubrir del todo sus huellas. No se siente como si debiera ser difícil encontrarla. Le expreso todo esto a May Beth.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Estuve pensando... Claire tuvo muchos hombres, pero solo unos pocos se quedaron por más tiempo de lo habitual. Ellos podrían saber algo. Estaba Keith, él estuvo allí cuando las chicas eran pequeñas. Arthur McQuarry, pero está muerto. Y Paul. Paul fue el último hombre que tuvo Claire tiempo antes de que se marchara. Claire podría haber mencionado algo de este tipo Darren, si hubieran sido lo suficientemente cercanos.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Veré si los dos que están con vida hablan conmigo.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Sin embargo, su padre... simplemente no me entra en la cabeza. Ni siquiera sé qué necesitaría Sadie de este hombre, ¿ayuda? ¿Dinero? Yo le hubiera dado lo que sea que me hubiera pedido, ¿no lo sabía? Me pasé toda mi vida ayudando a esas chicas. Jamás me detendría.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Lo sé, May Beth.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Solo... investigue sobre esos hombres que mencioné.

sadie

Pensaba que Keith ya era suficiente pesadilla.

No calculé la forma en que su violencia extendería sus tentáculos para arrastrarme hacia otras. Silas Baker está realmente enfadado. Está enfadado de una forma en la que pretende no estarlo, pero yo puedo verlo. Soy la única persona en esta ciudad que lo ve. Su mano está extendida y la mía sujeta su teléfono. *Calle Twining 451, Langford. Calle Twining 451...* me arranca el teléfono de la mano y ni siquiera me inmuta. *Calle Twining 451. Langford.*

–¿Quién eres? –su voz es baja y peligrosa.

–...

–¿Quién eres?

–Soy Le... Lera –me atraganto– Hol...

–No, no lo eres –mira hacia la calle vacía–. Porque fui a ver a los Holdens esta mañana. Tienen una hija, pero esa no eres tú –se voltea para verme. Una de sus manos se aferra al marco de mi coche, la otra a la parte superior de la puerta abierta–. Tú me seguiste.

Sacudo mi cabeza.

–Me seguiste esta mañana. Vi tu automóvil.

–N... no sé de qué ha... habla.

Su mano se aferra más fuerte a la puerta. Observo cómo sus nudillos se vuelven blancos por la presión. Su mirada viaja a través de mi cuerpo, mis ojos, intentando descifrar quién soy, si me conoce, si me ha conocido o si debiera conocerme. Su atención se traslada a otro lugar: el interior de mi automóvil. A mi ropa desordenada en el asiento trasero, los envoltorios de comida arrugados, mi mochila verde de lona sobre el asiento del copiloto. Se estira para sujetarla,

pero lo empujo tan fuerte como para hacer que trastabille. Intento alcanzar la puerta de manera frenética para cerrarla, pero Silas se recupera demasiado rápido y la abre completamente, haciéndola gemir.

–Tomaste mi teléfono, ¿qué más te llevaste?

–¡A... aléjate de mí! ¡Aléjate de mí!

Me empuja contra el asiento, su mano sujeta mi garganta para inmovilizarme. Se inclina dentro del automóvil y se estira nuevamente para alcanzar mi mochila y yo me ahogo por la presión que ejerce en mi cuello. Mis dedos rebuscan en mi bolsillo, en busca de la navaja. La tomo y libero la hoja, la punta afilada ingresa a su abdomen. Mira perplejo hacia el cuchillo y luego levanta la cabeza para observarme, y creo que sí.

Aquí es en donde mato a Silas Baker.

Presiono la navaja hacia delante al mismo tiempo que sus manos buscan mi cuello. Me golpea la cara contra el volante. El impacto y el dolor sobrecargan mis sentidos y mi cuerpo se afloja. La navaja se desliza de entre mis dedos y cae a mis pies. Silas me saca de cuerpo entero del coche y me doy cuenta, de manera sombría, que hay sangre sobre mí, pero no es suya.

Se supone que debería ser la suya.

Y... oh, ahí está, el dolor tardío y vertiginoso del impacto. ¿Acaso me rompió la puta nariz? Su agarre me produce cardenales. La sangre sale de mi nariz y acaba sobre él.

–¿Quién eres?

Mis ojos giran de un lado a otro, esperando ver a alguien presionado contra la ventana de alguna de las casas que nos rodean, preparándose para llamar a la policía, pero no hay nadie. La respiración trabajosa de Silas es el único sonido que puedo escuchar. Su pecho asciende y desciende entre jadeos. Lamo mis labios y saben a cobre.

–¿Sabes en cuántos problemas te has metido? Llamaré a la policía.

–No lo ha... harás –digo con voz ronca–. No pu... puedes.

La poca pretensión que había entre los dos se desvanece.

–¿Qué crees que sabes? –sisea. Su aliento caliente cae sobre mi rostro,

insoportablemente cerca. Cuando no respondo, me sujeta de las mejillas y las pellizca al igual que lo hacía Keith—. ¿Qué crees que sabes? ¿eh? ¿Quieres dinero? ¿Es eso? ¿Qué te crees que...

Necesito ambas manos para librarme de él. Me empuja contra el suelo y mi barbilla se da contra la subida de coches antes que el resto de mi cuerpo, mi piel roza contra el pavimento. Escupo, me doy vuelta sobre mi espalda, lo miro y grito. Se abalanza hacia mí y me arrastro para zafarme, la tierra y los guijarros rasgan mis codos. Grito más fuerte, dejando que mi voz se convierta en una nota clara y horrenda en oposición a su vida perfecta.

—Papá, ¿qué demonios...

Silas hace unos pasos en dirección al sonido de su hijo.

—Oh, Dios mío, papi...

Kendall.

Noah y Kendall miran de manera estúpida la escena frente a ellos sin saber qué hacer. Ven la sangre, me ven a mí en el suelo, ven a su padre parado sobre mí y no se mueven. Ninguno de los dos mueve un pelo para ayudarme.

—No es quien dice ser —Silas me apunta y yo me pongo de pie lentamente, viendo como la sangre de mi nariz hizo dibujos en el pavimento—. Conocí a los Holden, los conocí esta mañana y esta *no* es su hija. Es una especie de... vagabunda. ¡Una ladrona! Intentó robar mi teléfono, me atacó con una navaja...

—Dios mío —Kendall se dirige a la casa—. Llamaré a la policía...

—¡No! —grita y ella se detiene. Silas me señala—. Tú, sal de una maldita vez de mi propiedad, ¡largo de aquí!

Me dirijo al coche aturdida con pasos vacilantes. Silas se aleja de mí y Kendall se apresura y lo toma del brazo, tirándolo hacia ella. Aspiro por la nariz y lo lamento al instante, el sabor de la sangre espeso y metálico llena la parte posterior de mi garganta. Entro lentamente a mi coche y salgo del camino de entrada. Una vez que estoy al final de la calle, comienzo a temblar tan violentamente que no sé cómo estoy conduciendo y en mi cabeza solo hay seis. No, siete palabras:

Calle Twining 451, Langford... Calle Twining 451... Langford.

Estaciono una vez que la casa de Silas Baker está lo suficientemente lejos.

Hace mucho tiempo, cuando mamá se había marchado, tuve cuarenta grados y medio de fiebre. May Beth estaba a varios estados de distancia, visitando a su familia y yo estaba muy enferma, no sabía ni mi propio nombre, sin importar cuantas veces Mattie lo repitiera.

Sadie, creo que estás enferma.

Sadie, tienes que decirme qué hacer...

Sadie, creo que estás muriendo.

Al final llamó a mi jefe, Marty, quien me cargó en su camioneta y me llevó al hospital que quedaba a una hora de casa. Allí me inyectaron una vía en el brazo y esperaron a que la temperatura bajara. May Beth interrumpió sus vacaciones familiares solo para cuidarme y estaba tan furiosa con todos que no les hablé por una semana.

Todo acabó siendo muy costoso.

Miro hacia abajo, a mí misma. Mi camiseta está empapada en mi propia sangre, la nariz aún sangra. Me alegro de que Mattie no esté viva como para ver esto porque puedo imaginar sus manos agitándose inútilmente cerca de mí, ya que ella nunca supo qué hacer cuando necesitaba algo, cuando necesitaba ayuda. Nunca. Pero no pueden culparla por ello. Ella no tenía que saberlo. Solo era una pequeña.

Los niños no deberían tener que preocuparse por ese tipo de cosas.

No hay forma de que eso esté bien.

LAS CHICAS

EPISODIO 4

[CANCIÓN DE APERTURA DE LAS CHICAS]

ANUNCIANTE:

Las Chicas es traído a ustedes por VR YA.

WEST McCRAY:

Arthur, Keith y Paul. Estos son los nombres que me dio May Beth. Hombres que estuvieron con Claire el tiempo suficiente como para poder saber algo sobre el tal Darren M., el hombre que Sadie dice que es su padre.

Arthur está muerto, como dijo May Beth. Vivió con Claire y las chicas durante seis meses, cuando Sadie tenía trece años y Mattie siete. Murió de sobredosis dos años más tarde. May Beth no tiene mucho para decir sobre él. Era un distribuidor de drogas. Keith, no hay ninguna pista de él, asigné un equipo para encontrarlo. Según lo que dijo May Beth, Keith fue el que permaneció más tiempo. Llegó a la vida de las chicas cuando Mattie tenía cinco y Sadie once años.

MAY BETH FOSTER:

Él fue el único que realmente lo intentó. Cuidó de esas niñas lo mejor que pudo hasta donde Claire se lo permitía. Keith era mi favorito.

WEST McCRAY:

¿Por qué?

MAY BETH FOSTER:

Bueno, siempre que Claire trajo un hombre a su casa, era como... mi corazón simplemente se enfermaba porque siempre todo acababa peor de lo que comenzaba. Y siempre comenzaba mal. Con Keith no comenzó mal. Él trajo a Claire del bar Joel's, la encontró allí, ella siempre estaba allí... y la trajo a casa. Él estaba completamente sobrio. Eso se destacó bastante para mí. No como algo malo, claro, es que todos los hombres que Claire tenía estaban tan destrozados como ella. Esa primera noche, él la recostó sobre su cama y luego se presentó.

Me gustó desde el primer momento. Me trató como... él me trato con *respeto*. Me trató como si fuera la abuela de sangre. Eso significó algo para mí. Luego descubrí que era un hombre

temeroso de Dios, y yo también creo en el poder de la oración. Les enseñó un poco de religión a las chicas. Así que eso fue... me gustó mucho. Solo se suponía que iba a quedarse el fin de semana, pero en cambio se quedó por un año. Y si de mí hubiera dependido, se habría quedado para siempre.

WEST McCRAY:

Describe su relación con las chicas.

MAY BETH FOSTER:

Me dijo que siempre había deseado tener hijos y que esto era lo más cercano que había estado, o probablemente llegaría a tener. Mattie creía que él era maravilloso... él tenía un sentido del humor juvenil, y ella era lo bastante pequeña como para verse atraída. Sadie... bueno, a ella nunca le gustó Keith.

WEST McCRAY:

¿Por qué era eso?

MAY BETH FOSTER:

Él estaba sobrio, como dije. Sé cómo se oye eso, pero... él no se drogaba. Tampoco se oponía a Claire y su consumo, pero él estaba limpio. Simplemente aceptó a Claire tal y como era, y quiso ser parte de sus vidas. Tal vez eso es una enfermedad en sí misma, permitírselo... de todos modos, él intentó crear estructura para las chicas y, antes de que llegara, esa era la tarea de Sadie. A sus ojos, Keith era un intruso.

WEST McCRAY:

Usted cree que ella querría un poco de esa estabilidad para sí misma, a que un adulto real en su vida le pudiera permitir volver a ser una niña.

MAY BETH FOSTER:

Sadie no sabía cómo ser una niña. Mattie estaba tan ligada a los propósitos de Sadie que ella estaba aterrada de perder eso.

WEST McCRAY:

¿Cómo acabo la relación de Claire y Keith?

MAY BETH FOSTER:

De manera terrible. En eso sí siguió el patrón. Lo echó en el medio de la noche. Pude oír cómo le gritaba a través del lote. Fue un milagro que nadie llamara a la policía. Miré por la ventana y ella tenía todas sus cosas fuera en el jardín y él le gritaba.

Claire simplemente se cansaba de ellos, usted sabe. Una vez que sentía que había obtenido todo de ellos, debían irse. Con Keith no fue diferente. Él tomó todas sus cosas y se marchó. Cuando pasó por mi caravana y me vio tras la ventana, me saludó y nunca más lo volví a ver.

Le digo la verdad, ese día lloré.

WEST McCRAY:

Paul Good trabaja para una compañía maderera en el Noroeste. También luce como tal: es alto, fornido, pelirrojo, tiene barba, está bronceado y tiene un rostro gastado por el sol. No es un hombre particularmente difícil de conseguir, pero le toma casi una semana decidir si quiere o no hablar en el expediente. Estuvo con Claire Southern durante ocho meses, claro, pero fue un momento difícil en su vida. Estaba consumiendo y estaba deprimido. Hace cuatro años que está limpio, no estaba seguro de querer recordar esos tiempos.

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

Es difícil recordarlo y no sé si tenga mucho para decir... o qué es exactamente lo que quiere que diga. Miro atrás a esa época y pienso... era un chico. Era un desastre. Quiero decir, ahora tengo una familia. Tengo una esposa y una hija propia. No sé lo que creí que estaba haciendo en ese entonces. No... eso es mentira. **[RISAS]** Pensé que amaba a Claire.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Cómo se conocieron?

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

Oh, Jesús. Estaba conduciendo a casa del bar, Abernathy era mi hogar en ese momento. Estaba ebrio, también. No debería estar diciendo esto. Fue algo estúpido, pero esa no es mi vida ahora. De todos modos, ella caminaba. Caminaba en la oscuridad, del lado incorrecto de la calle. **[RISAS]** Es asombroso que no la haya matado. Estacioné y le pregunté si necesitaba un aventón y me dijo que sí, tan pronto como se subió al automóvil, comenzó a llorar. Había tenido una noche dura, había bebido por ello, pero estaba más sobria que yo. Habló todo el camino a su casa. Cuando la dejé allí me dijo que era bueno escuchando y que tal vez podría, usted sabe, hacer eso por ella otra vez. No me invitó a quedarme esa noche, pero hombre... ya me tenía.

La primera etapa de nuestra relación fue por teléfono. Yo me enamoré de la vida que ella me vendió, que era bastante distinta a la realidad... la forma en la que Claire la describió, su madre estaba enferma y ella la cuidaba. Luego quedó embarazada. Luego su madre murió y ella volvió a quedar embarazada y cuidó de las dos niñas ella sola. Se oía devota a ellas y creo que eso me atrajo. Siempre quise tener hijos. Me mudé a vivir con las tres y la verdad salió a la luz. Quiero decir, había señales claras de que ella tenía algunos problemas... bebía mucho. Por teléfono podía notar cuando había estado bebiendo. Ella se adormilaba, esa era la heroína. En el momento en que fui consciente de lo complejo de su adicción, ella ya era mi vida. No me importaban las niñas, pero *amaba* a Claire. Así que comencé a consumir drogas también. Me enfermé por ella.

WEST McCRAY:

Paul entró en la vida de las chicas cuando Sadie tenía quince y Mattie nueve.

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

Ellas no me odiaban o nada parecido, solo no me querían allí. Así que me mantuve fuera de su camino y ellas hicieron lo mismo. Aunque probablemente merecían algo mejor de mi parte. No había mucha consistencia en sus vidas y podía ver que Sadie intentaba darle eso a Mattie, así que le dejé esa tarea.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Cómo era Sadie?

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

Obstinada como el mismísimo diablo. Odiaba a su madre. Sadie creía que era mejor que Claire en lo que se refería a Mattie y probablemente lo era, si debo decir la verdad. Ella y Claire siempre estaban peleando... y Claire prefería a Mattie, así que a veces se ponía feo. No lo sé. Como le dije, nos manteníamos fuera del camino y si presentía una competencia de gritos, lo evitaba. Las únicas cosas que me importaban eran Claire y el crack.

WEST McCRAY:

Cuénteme cómo terminaron.

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

Se cansó de mí y yo me había quedado sin dinero. Un día, regresé a casa y la encontré con otro tipo. Eso fue todo. No me respetaba. Lo estúpido es que aún la amaba, pero no pude quedarme a su lado luego de eso. Lo peor, sin embargo, fue...

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Qué?

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

Luego de largarme, fue como que la niebla se aclaró en mi mente. Me di cuenta de que no estaba viviendo el tipo de vida que se suponía que debía vivir, que realmente no quería ser un adicto. Así que empaqué mis cosas y me fui del pueblo... terminé aquí, me desintoxiqué. Se oye sencillo cuando lo digo así, pero no fue para nada sencillo. Aunque salirme de la órbita de Claire fue el primer paso. Ese lugar, esas chicas... simplemente tenía esa sensación.... No sé si debería decirlo.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Me gustaría oírlo.

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

Como si las tres estuvieran malditas. Supongo que siempre supe que no habría un final feliz para ellas. Cuando usted llamó, me puso al corriente en todo lo que ocurrió con ellas... no lo sé.

Quisiera decir que me sorprende, pero realmente no. Es triste. Es condenadamente triste.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Paul, en todo ese tiempo que estuvo con Claire, ¿alguna vez mencionó a algún Darren?

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

No podría decir si lo hizo.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Así que jamás escuchó ese nombre antes?

PAUL GOOD [TELÉFONO]:

Así es.

WEST McCRAY:

Cuando cuelgo con Paul, llamo a May Beth.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Por ahora estamos estancados respecto a lo que puedo hacer.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

¿Eso qué significa? ¿Se ha rendido?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

No, solo quiere decir que tengo que profundizar más y buscar una nueva pista. Si no encuentro algo, debemos tener la esperanza de que mientras tanto tengamos novedades.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Bueno, no quiero ser grosera, pero se oye como rendirse para mí. No tenemos tiempo. Sadie está allí fuera, y podría... podría pasarle cualquier cosa.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Lo sé. Lo lamento. Puede llevar mucho tiempo trabajar en una historia como esta, May Beth... Sé que no es lo que quiere escuchar, pero tiene que ser paciente, ¿de acuerdo? Tiene que ser paciente.

[PAUSA PROLONGADA]

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Podría tener algo.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Qué?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Podría... podría tener algo que usted pueda usar. No lo sé. **[PAUSA]** Solo es que no quiero meterla en problemas, pero... pero entonces, si ella está... si ella ya está en problemas, y esto sirve para encontrarla...

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Qué es? ¿Qué es lo que sabe?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

No lo sé. No sé qué hacer. No quiero meterla en problemas por esto, solo quiero... quiero que esté a salvo. Quiero que ella esté aquí. **[PAUSA]** Yo no quiero que ella se meta en problemas.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

De acuerdo... de acuerdo, May Beth, ¿usted recuerda lo que me dijo, la primera vez que me llamó?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Quería que usted me ayudara.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Sí, exacto, pero ¿recuerda cómo fue que me lo dijo? Dijo que no quería...

[PAUSA PROLONGADA]

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

No quiero que haya otra chica muerta.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Correcto. Y yo tampoco lo quiero. Así que, cualquier tipo de información que haya estado guardando... si cree que Sadie está con vida, y cree que podría causarle algún tipo de problema, usted tiene que verlo como si ella estuviera viva para arreglarlo, ¿me entiende? Mientras ella esté viva, ella podrá solucionarlo. Nosotros podremos solucionarlo.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Lo sé, pero...

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

No puedo encontrar a Sadie, mucho menos ayudarla, si no tengo toda la información. Y tengo que ser capaz de confiar en usted. Podemos dejarlo fuera del registro, si eso ayuda. ¿Quiere que hagamos eso?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Sí. Por favor.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Bien, entonces eso es lo que haremos.

sadie

¡Saludos desde la soleada L.A.! ¡Desearía que estuvieran aquí!

Estoy estacionada en la banquina casi fuera de Montgomery.

Solo necesitaba detenerme por un minuto.

Miro la postal, las palmeras en fila de su parte frontal.

La volteo lentamente.

Sé mi buena chica, Mats.

La noche anterior a que mamá se marchara, yo dormía en el sofá. No logro recordar por qué no estaba en mi cama, pero no lo estaba, y no podría ser que la estuviese esperando porque jamás lo hacía. Solo estaba allí, estirada en una mala posición con los pies colgando sobre el brazo del sofá y mi cabeza hundida en los cojines. Ella había salido con uno de esos hombres que le gustaba tener a mano, el tipo de hombres de los que podría obtener un trago o unos centavos, pero que no necesariamente debía traer a casa. Me desperté al sentir que sus dedos acariciaban ligeramente mi cabello y me sentí tan pequeña, como nunca me había sentido. Imagino que así era como Mattie debería sentirse a menudo siendo la favorita de mamá.

Tomó el control remoto y encendió el televisor a bajo volumen, pasó por un par de canales hasta que se dio por vencida. Luego inclinó su cabeza cerca de la mía y enroscó un mechón de mi cabello alrededor de su dedo, poniéndolo distraídamente detrás de mi oreja. Recuerdo cómo se tensaron mis músculos ante su tacto, delatándome, y temí porque se detuviera si descubría que no dormía. No se detuvo, continuamos con la farsa: yo fingiendo que dormía y ella con sus manos sobre mi frente y luego la suavidad de sus dedos peinando mi cabello. Nos quedamos así por lo que debió de haber sido una hora, tal vez un poco menos que eso.

Pensé: *así debe sentirse ser una hija.*

Pensé: *Dios, no me extraña que Mattie ame a mamá.*

–Yo te hice –susurró en mi oreja.

En ese momento me di cuenta de que estaba sobria. Mi madre ebria era su estado por defecto. Su falta de ebriedad era como un golpe suave en mi garganta en esta extraña situación de la que era testigo. Quería que esté sobria todo el tiempo, aun si no me prefería a mí a causa de ello. Nos quedamos así hasta que me quedé realmente dormida. Por la mañana ya se había ido y lo supe. Supe que sería para siempre y supe que no habría forma de explicárselo a Mattie. Ella casi no sobrevivió a ello.

Pero luego esto... acaricio los bordes de la postal.

Solo retrasó lo inevitable.

Tenía dieciséis años. Abandoné la preparatoria, la cual era menos complicada de lo que pensaba que sería. Recuerdo estar de pie fuera de Parkdale, esperando a que alguien me detuviera, que me dijera que estaba arrojando mi futuro, pero no vivía en un lugar que poseyera ese tipo de pensamientos. Para algunos, el futuro por delante significa oportunidades. Para otros, es solo un momento que aún no hemos conocido, y en donde vivo, solo se trataba de la segunda. No gastas tu aliento intentando protegerlo. Simplemente intentas sobrevivir a él hasta que un día ya no lo haces.

Apoyo mi cabeza sobre el asiento y respiro. Me quito la camiseta y el viento sobre mi piel la eriza. El frente de mi camiseta luce como la escena de un crimen. Tomo una botella de agua de mi mochila y humedezco la parte limpia. La uso para frotarme el rostro, mis codos lastimados. Revuelvo entre mis cosas y tomo la camiseta más limpia que encuentro y me la pongo. Empujo la manchada de sangre debajo de unos de los asientos traseros para evitar que me recuerde verme la cara en el espejo. El raspón de mi barbilla se ve mal. Tengo la nariz hinchada, adolorida y sensible al tacto. No sé si está rota. No sé qué haría si lo estuviera.

Al menos tengo un nuevo lugar para ir, así que no fue en vano. Paso mi mano

por mi rostro y duele como mil demonios, y se siente... pesado. Estoy agotada. Necesito detenerme. Necesito alejarme antes de pensar en hacerlo. Me inclino hacia delante, viendo por el parabrisas. El cielo se ha puesto gris, veo una tormenta en el horizonte. Ya comienza a llover para cuando me alejo de la banquina. Veo como la carretera desaparece bajo el coche. Siento que estoy tambaleándome en algún tipo de borde que no logro ver.

Calle Twining 451. Langford.

Si tuviera un teléfono, podría saber dónde demonios queda eso y cuán lejos estoy. El próximo pueblo... en el próximo pueblo encontraré otra biblioteca. Echo un vistazo al medidor de combustible. Medio vacío. Mis ojos se cierran. No. Los froto para abrirlos, parpadeando por el estallido de los faroles que se aproximan.

Javi. Me obligo a pensar en él porque pensar en él hace que mi sangre arda lo suficiente como para despertarme un poco. Fui débil con Javi, muy desesperada por una probada de otro tipo de vida. Demasiado hambrienta y cansada como para pensar con claridad. *Lo intenté*, me digo a mí misma. *Al menos lo intenté*. Como si el intentar sirviera de algo, cuando Silas Baker está ahí fuera, con vida. *Púdrete, Javi*. Aprieto mis ojos brevemente y lo que encontré en esa casa...

Mi navaja contra el abdomen de Silas Baker.

Lo intenté.

Fallé.

Lo empujo todo fuera de mi mente y bajo la velocidad en un alto porque hay una luz roja frente a mí. La miro, la observo mientras sus bordes de hacen difusos antes de pasar al color verde. Un momento después, paso la señal de **ESTÁS DEJANDO MONTGOMERY.**

Llueve con más intensidad y el mundo se vuelve una acuarela sombría. De vez en cuando, los relámpagos parpadean a través del cielo. Es solo el comienzo de este temporal, puedo sentirlo. El aire está cargado de una electricidad que hace zumbar mi piel, avisando que se pondrá peor. La autopista se extiende infinitamente hacia la nada, pero luego... veo la forma de alguien en la carretera.

Intento ver a través de la lluvia. Tienen el pulgar levantado. No sabía que la gente aún hacía eso. Bajo la velocidad mientras paso, para tener una mejor vista. Es difícil ver claramente con la lluvia, pero...

Una chica.

Detengo el automóvil con cuidado. Le toma un minuto completo darse cuenta, como si no pudiera creer que alguien se detuvo por ella, lo que hace que mi corazón duela un poco. Solo porque pueda ser sensible, no significa que sea estúpida. Bajo la ventanilla del asiento del copiloto. Ella se inclina. Lleva una chaqueta con capucha que la ha protegido poco del agua. Podría ser rubia o castaña. No lo podría saber hasta que su cabello se secase. Su piel blanca parece irritada por la lluvia, manchada y roja, pero aun así tiene mejor apariencia que yo.

–N... no eres una psicópata, ¿verdad?

–No desde la última vez que lo comprobé, ¿y tú? –me dice parpadeando bajo la lluvia. El motor en marcha y la lluvia no me permiten captar el tono de su voz.

–Ta... Tal vez. ¿A do... dónde ibas?

–A Markette –señala hacia delante–. Queda a unos sesenta kilómetros. En línea recta.

–¿Sa... sabes dónde es La... Langford? Ne... necesito ir allí.

–Nop, pero puedo buscarlo en mi teléfono.

–Entonces po... podría llevarte.

–Lo apreciaría –dice mientras espera a que la deje subir.

–Jamás ha... había hecho es... esto.

–Puedo pagarte –responde–. Efectivo o combustible en la próxima gasolinera.

Destrobo la puerta.

Desde que se subió al coche la chica no ha dejado de disculparse por haber mojado el asiento por completo. Se quita la chaqueta y revela una camisa sin

mangas ligeramente más seca. Sus jeans parecen haber sido pintados. Debe ser incómodo y me siento mal por ella, pero no sé qué podría hacer para mejorarlo.

Se aplasta contra el asiento, estira las piernas y quita su billetera del bolsillo. La abre para mostrarme el efectivo y las tarjetas de créditos en su interior. No puedo imaginarla haciendo algo tan estúpido si un tipo la hubiera recogido. Es vagamente insultante.

Quiero decirle: *soy peligrosa*.

Pero luego de lo de hoy, lo creo cada vez menos.

–Solo para que sepas, soy buena para esto –me dice y ahora puedo oírla. Sus palabras se juntan, como la forma de hablar de las actrices de las películas viejas y pienso que, si me oyera así, hablaría todo el tiempo.

–Bien.

Luego toma su teléfono y me pregunta el nombre del lugar que estoy buscando. Calle Twining 451, Langford. Toca la pantalla y luego de un momento me informa que está a más de seiscientos kilómetros. Le pido que tome un bolígrafo y un trozo de papel de la guantera y que escriba todas las indicaciones de cómo llegar allí. El interior del coche queda en silencio mientras ella garabatea en el papel. El sonido del bolígrafo y su respiración me arrullan dentro de ese espacio nebuloso. Enciendo el radio. El sonido de la voz de un hombre llena el coche.

–Les habla West McCray con WNRK y hoy estoy aquí con...

Me distraigo por esa voz oye clara y agradable, hay una especie de suavidad en la misma forma que lo era la de Silas Baker y mi estómago se revuelve y me dice que no quiere escuchar la voz de ningún hombre en este momento. Apago la radio. La chica me da una sonrisa ladeada luego de terminar de escribir y me entrega la hoja con las indicaciones. La tomo, la miro brevemente y la dejo sobre el tablero.

–¿Co... cómo te llamas?

–Cat.

–Sa... Sadie –cierro los ojos, no se suponía que debía darle ese nombre.

–Gracias por el aventón, Sadie.

–No hay pro... problema, Cat.

–Luce como que ambas estábamos abandonando Montgomery –me dice–. Y he estado en la carretera por... no lo sé. Pero te digo una cosa, los lugares más bonitos son los peores. Ellos tienen probablemente todo lo que hay para dar y no lo harán. No puedes timarlos, ni siquiera un poco.

–¿Tú es... estafas a muchas per... personas?

–¿Qué le pasó a tu cara? –pregunta mientras gira su cabeza hacia mí. Veo parte de su cabello que está comenzando a secarse en un enredo de mechones rubios. Me sonrío.

–Me ca... caí sobre ella –inhalo aire y me arrepiento de hacerlo al instante.

–Ay.

–Un po... poco.

–¿Te importaría si me cambio los pantalones? Se sienten asquerosos.

Me encojo de hombros y ella sostiene su bolso mojado mientras revuelve en su interior. A juzgar por el murmullo cargado de maldiciones, parece que no mucho de su contenido se ha salvado de la lluvia.

–¡Aquí estás! –exclama triunfante luego de un largo minuto mientras saca unos leggins negros que están anudados a las demás prendas dentro de su bolso. Tan pronto como sus leggins salen del bolso, también lo hace el resto de su equipaje–. Oh, maldición.

Se pasa los próximos minutos tanteando los alrededores del interior del coche, entre los asientos y debajo de ellos en busca de su ropa y asegurándose de que tiene todo. Lo hace de una forma que me permite ver que no puede darse el lujo de perder nada. Una vez que acaba de juntar todo se la ve satisfecha, se quita sus tejanos y los interiores, quedándose desnuda de la cintura hacia abajo, antes de ponerse algo seco.

–Mejor –suspira con satisfacción luego de vestirse.

Esto es supervivencia. Lo que hace en este momento. Una chica que arrasa a una persona siendo diez veces ella misma en frente de ellos. Quiero decirle a Cat que no necesita hacerlo frente a mí, pero no tiene sentido.

–Entonces, ¿qué estás haciendo? –pregunta, y le respondo que estoy conduciendo. Se ríe—. Quiero decir, ¿por qué te diriges a calle Twining 451, Langford, Colorado?

Es sorprendente oírlo tan perfectamente de los labios de una perfecta desconocida, pero creo que luego de haberlo escrito todo, se le quedará grabado en la cabeza.

–De pa... paseo –digo–, co... con mi her... hermana.

–Genial –mira alrededor del automóvil, a los asientos vacíos–. ¿En dónde está ella?

–La re... recogeré allí.

–¿En calle Twining 451, Langford?

–E... ese es el pl... plan.

–Pero no sabías cómo llegar allí –dice. Trago saliva, pero no sé qué decir. Siento cómo me estudia con su mirada. Lo deja pasar–. No tengo hermanos. Aunque creo que me gusta que sea así. ¿Cuántos años tiene? –golpetea con sus dedos la perilla de la puerta y allí es cuando caigo en la cuenta de que la puse nerviosa–. ¿Mayor o menor que tú?

–Ti... tiene trece. Yo die... diecinueve.

–Vaya –silba–. Trece. Eso es cerca de una década menos que yo. ¿Recuerdas esa edad? Piensas que lo sabes todo.

–S... sí.

–Dios –murmura, pero tengo el presentimiento que lo que ella está recordando de sus trece probablemente sea diferente a lo que yo recuerdo sobre mis trece años. Mamá aún estaba en casa con un tipo, Arthur... duraron cerca de seis meses. Arthur algo. No lo recuerdo muy bien. Todo lo que vino luego de Keith se sintió como un sueño, pero Arthur tenía... pelo lacio y negro, una nariz grande. Su voz era muy aguda. No podía entender qué veía mamá en él hasta que descubrí que siempre tenía dinero y drogas. Era un traficante. Mamá lo dejó sin un peso, hizo que se hundiera en su negocio. Cuando terminaron, él ya no tenía nada.

Luego se marchó.

Mattie tenía ocho y en ese tiempo comenzaba a darse cuenta de que había algo malo en mamá. Estaba haciendo amigos en la escuela en ese entonces y era difícil no darse cuenta de que las demás madres de los niños no se medicaban en la mesa del desayuno, no habían perdido la capacidad de conectar una frase al mediodía y no estaban completamente apagadas para la cena. Recuerdo estar sentada fuera del tráiler con ella recitando los grandes éxitos de May Beth porque ella me pidió que cuide de Mattie de esa forma: asegurándome de que Mattie amara a la madre que tenía en lugar de perder su tiempo deseando a otra, como lo hacía yo. Y aunque amo a May Beth, la odio por haberme hecho eso. Hasta el día de hoy, ella actúa como si esa fue mi idea. *Mamá está enferma, Mattie, ¿lo entiendes? No es su culpa. No culparías a alguien por contraer cáncer.*

—... fui tan perra —completa Cat. Ella ha estado hablando todo el tiempo—. Ni siquiera podía imaginar veinte, pero creía que lo tenía todo resuelto, ¿sabes? Quería ser como... —hace una pausa—. Como esto, de hecho, quería hacer lo que diablos se me antojara. Caminar al costado de la carretera —se ríe—. Era menos feo en mi imaginación. ¿Qué hay de ti? —continúa antes de que pudiera preguntarle qué tan malo había sido.

—...

Se me queda mirando mientras me bloqueo. Luego de que pasan unos minutos siento el calor en mi rostro y hago algo que jamás hago.

—Lo siento —me disculpo por ello.

—Está bien.

—Me su... sucede cuando estoy can... cansada —rasco mi frente y deseo no haber dicho eso—. Eh, no lo sé. Tenía que cu... cuidar de mi hermana muchas veces. Mi ma... madre no era del to... todo —agito una mano con debilidad—. Una madre.

—Eso es duro, ¿cómo se llama?

—Ma... Mattie.

Decir su nombre en voz alta a otra persona es insoportable. Ni siquiera se lo dije a Javi. Es la primera vez en un muy largo tiempo que he dejado que otra

persona me escuche decirlo. Hubo un punto con May Beth en el que Mattie se convirtió en un *ella*. Porque no podía...

No pude.

–¿Qué sucede? –pregunta Cat porque he cambiado mi expresión.

–Nada.

–Lo siento si...

–No es nada. So... solo es que no la he vi... visto en mucho tiempo.

Exhalo temblorosamente. No me siento bien, supongo. Siento como si estuviera saliendo de algún tipo de sueño febril. Pienso en mí en la entrada del coche de Silas. En la sangre que limpié de mi cuerpo. Se siente como si pasó hace años, pero cuando veo el reloj, aún ni han pasado horas.

–¿Cómo es ella?

–¿Qui... quién?

–Tu hermana.

Miro hacia la carretera, intentando ver en qué punto dejará de llover, pero, al contrario, está empeorando. La poca visibilidad que había se ha ido al demonio. Ahora el cielo está casi negro. Solo pienso cómo nos detendremos cuando el Chevy comience a deslizarse por el agua.

Pierdo el control.

La mano de Cat se dispara hacia la manija de la puerta mientras mi coche se desvía hacia el carril opuesto. La escucho susurrar un *oh, mierda* cuando muevo el volante en la dirección opuesta, lo cual es incorrecto. Intento recordar frenéticamente lo que debo hacer. Piso los frenos. No es lo correcto. El automóvil deja de girar y estamos de lado en medio de la carretera. Siento que me estoy muriendo. Un automóvil se aproxima y hace sonar su bocina mientras se desvía a nuestro alrededor, logrando de alguna manera no deslizarse por el agua en cualquier dirección. Y luego estamos en silencio, excepto por el sonido de las dos jadeando con la conmoción y el alivio de una cuasi colisión.

–Tal vez deberíamos detenernos por un rato –dice Cat luego de una eternidad.

–Sí –respondo una vez que puedo destrabar mis dientes. Enderezo el automóvil

y conduzco hacia el lado correcto de la carretera, enfrentado la dirección correcta.

Encontramos un lugar para estacionar a unos dieciséis kilómetros de distancia y aunque no sepa cómo apañármelas con un coche patinando, soy lo suficientemente inteligente como para saber que no debo estacionarme en la banquina con los faros apagados. Terminamos junto a un campo que se está convirtiendo en un lago. Cat se calma un poco e intenta explicarme qué hacer si alguna vez me encuentro en ese tipo de situación nuevamente y me molesta porque ya lo sé. Sé acerca de aflojar los frenos y virar con el volante, solo que no lo recordé en el momento porque es diferente en ese momento. Cierro los ojos y finalmente se da cuenta que me está presionando porque lo dice:

–No estoy ayudando.

–No –abro los ojos.

–Me pregunto cuándo se detendrá –dice mientras se inclina sobre la ventanilla, la nariz contra el cristal.

–No lo sé.

–Puedes soltar el volante, ¿sabes?

Me sonrojo y desenrosco mis dedos de su apretón mortal al volante e intento devolverles un poco de vida. Cat se inclina hacia delante y toma su bolso del suelo. Saca algunas de sus cosas: un mapa mojado, un rollo de bolsas plásticas y un cuaderno hinchado, y coloca todo sobre el tablero.

–Podría secar algo de mi mierda –dice.

–¿Qué es e... eso? –señalo el cuaderno.

–Un diario –sonríe brevemente y luego lo toma, lo abre y me ofrece un pequeño vistazo. Solo veo tinta, la mayor parte está chorreando. Algunas de las páginas tienen papel reciclado, boletos y otras cosas encintadas–. Guardo memorias. Lugares en los que he estado, la gente que he conocido. Lo que pienso de ellos.

–¿Qué vas a po... poner ahí so... sobre mí?

–Aún no le he decidido –abre el cuaderno y lo deja sobre el tablero con la cubierta hacia arriba–. Soy una fugitiva, supongo. Lo he sido por un par de años

hasta ahora.

–Ya ve... veo.

Sonríe débilmente y se voltea nuevamente hacia la ventanilla, observando el campo. Hay un granero en la distancia. Luce como si estuviera diluyéndose. Parpadeo pesadamente, sacudo mi cabeza.

–Mi her... hermana huyó una vez –digo.

–¿Sí?

–So... solo una vez.

Siento una punción en la parte trasera de mi cuello y miro por encima de mi hombro solo para asegurarme que el asiento trasero está vacío.

–Pequeña inadaptada, ¿eh?

–Sip.

–Adolescentes.

–Era una in... ingrata, de hecho –digo–. Si... siempre hizo to... toda clase de maldades. Nunca... u... una vez me cor... cortó los frenos. Siempre estaba in... intentando deshacerse de mí.

Estar cansado es peor que estar borracho. Las cosas que nunca quisiste decir salen de tu boca sin que puedas detenerlas y para cuando te das cuenta de que no debiste decirlas, es muy tarde. Se siente como una traición. Quiero tomar cada palabra de vuelta, incluso si es cierto, porque jamás hablo así de Mattie con nadie. Puedes pensarlo, pero tú no hablas así de tu familia con nadie. Moriría por Mattie, quiero decir, porque esa es la parte que quiero que sepa Cat, si es que tiene que saber algo. No siempre me molestaba con Mattie porque tenía trece años, además eso es lo que se supone que hacen los de trece años.

–Tal vez las dos puedan hablarlo.

–¿No ti... tienes a alguien? –le pregunto porque quiero algo de ella por todo lo mío que no quise darle.

–¿Qué quieres decir?

–¿Pa... padres?

–Bueno, sí.

–¿Te a... agradan?

–Son buenos.

–Ent... entonces, ¿por qué hu... huir?

–Porque era lo correcto.

–¿Por qué?

–Mi padre es un imbécil.

–A... acabas de decir que e... eran buenos.

–Sí, bueno –se ríe–. No le debo la historia de mi vida a todos... otra vez, ¿qué vas a hacer al respecto? Mi papá es un imbécil empresarial y me cansé de ser su saco de boxeo, eso es todo. Se puso feo. Mi madre escogió el lado equivocado. Bla, bla.

–E... eso es triste –digo y ella se encoge de hombros–. Yo no tengo padre.

–¿No?

–Mi ma... mamá tuvo muchos novios de mi... mierda.

–Al menos de esa forma tenías descansos de por medio.

–No co... con la frecuencia que ella se acostaba.

–Respeto a la madre de Sadie. Una mujer tiene sus necesidades –Cat lanza una risotada. Yo no. Estudia mi expresión–. ¿Cuántos novios? ¿Cuál fue el peor? – me encojo de brazos–. Vamos.

–...

No le debo la historia de mi vida a nadie, pero como ella mencionó antes, ¿qué iba a hacer al respecto? Dejé una mano sobre el volante y levanté mi cabello exponiendo mi nuca con la otra, intentando sentir la cicatriz de cigarrillo. Una vez que la encuentro, le digo a Cat que la vea.

–Este –digo.

–Mierda. ¿Él te lo puso ahí?

–Al... algo así.

Se me aproxima, pasa la punta del dedo sobre la piel levantada y arrugada y la deja allí por un momento. Me estremezco ante ese pinchazo de calor. Es la única vez que puedo recordar haber pensado que me gusta la forma en que se siente mi cicatriz.

–¿Qué sucedió?

Mírame cuando te hablo.

No es un recuerdo que valga la pena recordar, aquí en este coche.

Lo alejo de mí.

–No qui... quiero hablar de e... ello.

–De acuerdo –me dice.

–¿Co... cómo se siente? Ha... hacer esto.

–Cuando se trata del coche de un tipo, ellos siempre quieren sexo. Cuando se trata del coche de una mujer, ellas solo quieren hablar. Aunque no siempre. A veces sucede al revés.

–Eres li... linda –digo, como si esa fuera la razón. Siento cuando mi rostro se vuelve de un profundo tono de rojo e intento redimirme—. Quiero decir. Es fá... fácil hablar a una ca... cara linda. No lo sé.

–¿Desde cuándo tartamudeas? –pregunta luego de voltearse hacia mí.

–To... toda la vida.

–Es algo lindo.

Miro el techo del coche porque hay algo al respecto que es vagamente insultante y extrañamente halagador a la vez. Mi tartamudeo no es lindo a menos que yo lo diga, y nunca diré que lo es. Por encima de todo, es agotador. Aun así, es lindo haber valido el esfuerzo de Cat con su mentira. Es lo suficientemente lindo como para hacer que todo me duela un poco menos. Mattie me preguntó una vez... acababa de volver a casa roja por el enamoramiento con Jonah Sweeten y me preguntó cómo sabías cuando te gusta alguien, y si me habían gustado chicos como a ella, y no supe qué decirle. Que trataba de no pensar en ese tipo de cosas, porque era doloroso, porque pensaba que nunca podría tenerlo, pero cuando al final me gustaba alguien, siempre me dolía. Me di cuenta lo suficientemente pronto de que en realidad no me importaba mucho.

De que termino queriendo un poco a cualquiera que me escuche.

Volteo la cabeza hacia Cat, ella me mira fijamente y yo hago lo mismo hasta que aparto la mirada. Enciendo la radio y esta vez hay una canción. Es la misma que sonaba ayer en el bar. Eso fue apenas ayer... mis ojos se cierran y no sé por cuánto tiempo se quedan así hasta que despierto de una sacudida. Respiro.

–Lo si... siento –digo avergonzada.

–Estás hecha polvo –dice–. Literal y en sentido figurado.

Me miro en el espejo y el costado de mi nariz, debajo del ojo, está un poco más hinchado y magullado que antes. Las ojeras oscuras solamente resaltan el daño.

–¿Te duele?

Me encojo de hombros, pero duele. Me duele peor que antes de subir al automóvil y me dolerá peor mañana, pero más que eso, solo estoy cansada.

Se acerca a mí, su mano roza mi rostro y yo retrocedo por el dolor.

–Lo siento, no sé por qué lo hice.

Quiero decirle *lo siento, no sé cómo dejarte hacerlo*, ¿Por qué no sé cómo dejarla? Pienso en Javi en el asiento trasero de mi coche, y todo lo que no me permití hacer allí con él, ¿y para qué? Entonces tal vez no se trate de una historia de amor, pero ¿por qué no puedo permitirme valer un momento de ternura?

¿Por qué?

Porque siempre he vivido por otra persona.

–Es... está bien –digo reuniendo todo mi coraje–. Pu... puedes... está bien si qui... quieres hacer e... eso.

Se acerca a mí y toma mi rostro suavemente entre sus manos y me da una especie de sonrisa triste que me dice que me he delatado un poco más. He puesto mi débil y anhelante corazón en el universo. Cierro los ojos y me permito sentir el calor de sus palmas contra mis mejillas. Entonces me besa. Sus labios son suaves e inesperados y correctos. Abro los ojos.

–Gracias por recogerme –dice.

–No lo hi... hice por eso.

–Lo sé, solo quería agradecerte.

Apoyo la cabeza contra el volante y espero a que la lluvia se detenga, mis ojos se cierran y los abro de nuevo. Estoy jodida. Sé que si los cierro una vez más, eso será todo. Todo lo bueno que me dejó su beso se está desvaneciendo, mi triste realidad vuelve a su lugar. Me pellizco el puente de la nariz y siseó, el dolor ni siquiera agudiza las partes más insípidas de mí.

–Puedes dormir si quieres.

–No qui... quiero –digo con obstinación.

–No parece que tengas mucha opción –responde–. Todo está bien, Sadie.

Pero no lo está.

Miro a través de la ventanilla y pienso en los dedos de mi madre posados ligeramente sobre mi frente. *Yo te hice*. Me pregunto si ella sabe sobre Mattie, en donde sea que esté.

Me pregunto si sabe que soy todo lo que le queda.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 4

WEST McCRAY:

El día que Mattie Southern desapareció comenzó como cualquier otro. May Beth lo recuerda vívidamente, sueña con él todas las noches.

MAY BETH FOSTER:

La vi una vez esa mañana. Tengo una regla: no es decente molestar a alguien antes de las nueve. Así que la cosa favorita de Mattie, si es que estaba despierta y por ahí antes de eso, era venir a golpetear mi puerta a las nueve y un minuto, la abría y gritaba *¡Buenos días!* dentro de mi caravana. Gritaba directo en mi cara, en verdad, porque la puerta daba a mi cocina. **[RISITAS]**

Así que eso es lo que ella hacía. Ella abrió la puerta de golpe, yo estaba en la mesa, tomando mi café y ella gritaba: "¡Buenos días, May Beth!" Y yo quería estrangularla porque la amaba mucho, pero solo sonreía y preguntaba como siempre: "¿A dónde vas hoy, Mats?" Y ella respondía como siempre: "A todos lados". Le dije que arreglara las cosas con su hermana y que se mantuviera lejos de los problemas mientras tanto. Fue la última vez que la vi.

WEST McCRAY:

Mattie y Sadie habían estado peleando esa semana.

MAY BETH FOSTER:

Era por causa de Claire, por supuesto. Mattie quería ir a Los Ángeles, pero sabía que no tenían el dinero, así que cuando fuera que peleaban por ello, en el fondo entendía (o al menos yo creía que lo hacía) que era imposible. Mattie tendría su momento, lo dejaría extinguirse un rato, y luego tendría otro.

Pero de alguna manera ella descubrió que Sadie había estado escondiendo dinero en caso de que sucediera una emergencia y lo necesitaran. Si nada sucedía, Sadie me dijo que sería para la universidad de Mattie. Entonces Mattie se enteró sobre ese dinero, ella decidió que eso significaba que podrían tomar un vuelo a Los Ángeles y buscar a Claire. Claro que Sadie le dijo que eso no sucedería.

Esa tarde las invité a cenar temprano y no se hablaban. Fue terrible. Por lo general, Sadie

siempre intentaba suavizar las cosas, pero esta vez no lo hizo. Cuando le pregunté luego, ella me dijo, y jamás lo olvidaré... ella dijo: "Creo que nunca llegaré a ser suficiente para Mattie". Mattie nunca estuvo lo suficientemente conforme con solo tener a su hermana.

WEST McCRAY:

Sadie trabajó en la gasolinera esa noche.

MARTY McKINNON:

Sadie podrá no haber sido la chica más abierta, pero estaba claro que ella estaba molesta por algo. Más tarde descubrí que había sido esa pelea.

WEST McCRAY:

La pelea fue denunciada al Departamento de Policía de Abernathy por la misma Sadie, pero no jugó ningún rol significativo en la investigación del asesinato de Mattie. Es solo otra capa de la tragedia en una historia que ya se ha visto más de lo que importa.

MARTY McKINNON:

Fue un turno largo, lo recuerdo. Sadie dijo que realmente necesitaba el dinero, así que le di un par de horas más. Terminó bastante tarde y...

MAY BETH FOSTER:

Volvió a mi casa. Ella no hacía eso siempre, solo cuando estaba rendida y tal vez... tal vez estaba en busca de un poco de cariño maternal. Siempre me alegraba hacerlo, pero porque no tenía muchas oportunidades de hacerlo con Sadie. Como sea, ella se quedó dormida en mi sofá y se veía tan apacible, no quería despertarla. Debí haberlo hecho. No puedo evitar preguntarme qué podría haber pasado si la hubiera despertado. Tal vez ella y Mattie se hubieran encontrado antes de que Mattie subiera a ese camión... porque eso es lo que importaba. Sin importar lo que pasara entre ellas, Sadie siempre velaba por Mattie, por cualquier cosa que ella pudiera necesitar. Siempre tenía una comida sobre la mesa o en el refrigerador, lista para calentar. Sin importar cuán frustrada se sintiera con su hermana, nunca dejaba de cuidarla.

Pero esa noche, yo no la dejaría hacerlo. No la desperté. Pensé que sería bueno para Mattie, que tomara distancia y notara esa ausencia, que se diera cuenta de lo mucho que Sadie hacía por ella. Entonces le envié un mensaje y le hice saber que Sadie estaba conmigo y que no regresaría a su casa.

WEST McCRAY:

Mattie nunca lo recibió. Ella había dejado el teléfono en la caravana. Sadie descubrió esto al día siguiente, cuando le envió una seguidilla frenética de mensajes de texto a su hermana menor, demandando saber en dónde estaba. Los mensajes fueron los siguientes:

LO SIENTO, MATTIE. ME QUEDE DORMIDA.

¿DÓNDE ESTÁS?

NO LO HICE PARA SER UNA PERRA, LO JURO.
ME ESTOY VOLVIENDO LOCA, ¿EN DÓNDE ESTÁS?
NO ME HAGAS ESTO.

MAY BETH FOSTER:

Jamás lo olvidaré. Sadie vino a mi casa y me dijo que Mattie había desaparecido. Le dije: “Estoy segura de que debe andar por algún lado cerca del pueblo, siendo un poco perra por esto”. Eso es exactamente lo que dije. Jamás me he perdonado. Sadie solo me miró y me dijo: “Esta vez es diferente”. Ella tenía la razón.

WEST McCRAY:

No necesito hacerles una imagen de lo que esta re-narración le hace a May Beth porque ya pueden oír la agonía pronunciada en su voz. Aun así, quiero que sepan que ella se sienta frente a mí todo el tiempo, su vista fijada en algo que no puedo ver, sus manos retorciendo el mantel. No oculta su dolor, y es un verdadero privilegio que lo comparta conmigo, pero sus intentos desesperados de autocontrol me dicen que el dolor que estoy presenciando está apenas en la superficie. Francamente, no sé cómo sobrevive a esto. Y parece que ella tampoco lo sabe.

MAY BETH FOSTER:

Me está matando un poco cada día. Y si eso me sucede a mí, usted no puede imaginar lo que esto le hizo a Sadie. Ella... se convirtió en una cáscara de lo que solía ser. La perdí un poco cada día.

WEST McCRAY:

Es entendible entonces que May Beth quiera proteger a Sadie de daños futuros. Está tan asustada de la información que está ocultándome que hace que tome un avión a Cold Creek simplemente para escucharla. No es que no confíe en mí, me dice, pero se sentiría mejor si me lo dice cara a cara.

Cuando llego allí, apago el micrófono y ella me cuenta lo que sabe. Cinco días más tarde, tengo una nueva pista. Una vez que ella se asegura de que lo que me dijo no causará ningún tipo de problema para Sadie si la encontramos, May Beth accede a contarme todo nuevamente para el podcast.

MAY BETH FOSTER:

Una vez que lo diga, todos entenderán por qué tengo tanta mala opinión del Departamento de Policía de Fairfield, porque si fueran tan meticulosos como decían serlo, si hubieran hecho todo lo que estaba en su poder para descubrir lo que pasó a Sadie, hubieran encontrado esto y hubieran seguido a donde los conducía. Estaba debajo del asiento del copiloto.

WEST McCRAY:

Es una tarjeta de crédito. Sadie no tenía ninguna tarjeta de crédito cuando vivió en Cold Creek. Y

esta no le pertenecía.

Pertenecía a una mujer llamada Cat Mather.

Una persona lo suficientemente fácil de rastrear.

sadie

Soñé con cuerpos pequeños y rotos.

Pequeños cuerpos rotos, boca abajo y heridos, catalogados e intocables en pequeños espacios oscuros. La mirada en sus ojos es una de incompreensión absoluta delatando dolor, quebrantamiento. A veces me miran directamente. Otras veces, a media distancia. No hay nada que pueda hacer. Es muy tarde.

Sueño con el rostro de Mattie.

Me despierto sobresaltada, el lado de mi cabeza golpea el parabrisas. El doloroso latido de mi nariz es casi insoportable, pero puedo sobrevivir a él.

Puedes sobrevivir a él, me digo a mí misma.

Enciendo el coche y echo un vistazo al reloj solo para descubrir que no estuve dormida ni una hora. Me siento más cansada que antes de haber sucumbido al sueño y me duelen los huesos de una forma que me hace echar de menos mi cama, que me hace extrañar la idea de un hogar. Aunque la caravana no lo es, ya no. No lo era cuando me marché. No es mi hogar si soy la única persona ahí.

Bostezo. El movimiento y el roce a mi costado me despiertan. Es Cat moviéndose, creo, pero cuando abro los ojos, ella está sentada, muy quieta a mi lado, observando la carretera. Sigo la dirección de su mirada. La lluvia se detuvo. Debe haberse detenido. El sol de media tarde ya está fuera y hace que el pavimento brille.

Cat no se ve bien. Ya no hay nada de lo que había puesto sobre el tablero, supongo que está todo de regreso a su bolso. Aunque una hora no me parece lo suficiente como para dejar que se sequen.

–¿Q... qué su... sucede?

–¿Eh? Nada. Solo esperaba a que te despertaras.

–Ya me des... desperté –aclaro mi garganta–. ¿Qui... quieres salir?

–Buen plan.

Salimos de regreso al camino mientras Cat está rígida a mi lado. Conducimos la próxima hora en silencio. Ahora actúa diferente. No puedo descifrar por qué... todo lo que hice fue dormir. Bajo la ventanilla y respiro profundamente. Puedo ver el aire, grueso por la llovizna posterior al aguacero.

–¡Ey! ¡Ey! –Cat me da un golpecito en el brazo con la mano y señala con la otra.

La carretera revela una pequeña gasolinera y debemos estar en medio de la nada porque está sorprendentemente en plena actividad. Tiene dos surtidores de combustible al frente y probablemente los baños más desagradables fuera. Estaciono. El letrero junto a los surtidores dice AUTOSERVICIO (SOLO EFECTIVO, PAGUE ADENTRO). Es la mejor de la peor de las opciones: solo un poco menos de charla implicada de lo que sería si hubiera un empleado esperando instrucciones. Pero no me siento capaz de hacerlo. Si Mattie estuviera aquí, dejaría que ella se encargara de la charla. Le gustaba hacer su mejor impresión de una persona a cargo de salvarme de “la mirada”, o cosas peores. Porque hay peores personas que Becki con una “i”. Becki sería la punta del iceberg, y les juro que los he conocido a todos. Hay muchas personas dispuestas a pagar por su comodidad con la voz de otra persona.

Cat desabrocha su cinturón de seguridad y mete un poco de dinero arrugado en mis manos.

–Debería ser suficiente –dice rápidamente. Un camión amarillo se detiene detrás de nosotros–. Ah, solo voy a estirar las piernas... e ir al baño.

–Okey.

Sale del automóvil.

La observo rodear la playa de servicio y me siento allí por otro minuto, o tal vez mucho más que un minuto, porque lo que sucede luego es que un hombre mayor golpea sus nudillos contra mi ventana, sorprendiéndome tanto que casi golpeo el techo del coche. Bajo la ventanilla y lo miro fijamente. Tiene pelo blanco y las cejas frondosas, la piel de su rostro está tan curtida por el sol que se hace difícil adivinar su edad. Cuarenta. Sesenta. No lo sé.

–¡Espera! No pretendía asustarte –su voz tiene un leve debilitamiento por la edad–. Pero esto es un autoservicio y tú has estado sentada ahí por un largo rato, así que pensé que no habías visto el letrero. Tenemos una fila detrás, entonces...

–...

Me bloqueo, por supuesto. Puedo sentir la palabra en mi boca, intentando liberarse a sí misma con desesperación.

–Disssssssculpe –sale luego de haberse liberado.

Me oigo ebria.

–¿Has estado bebiendo? –indaga el hombre.

Nunca sé si que me pregunten sobre mi sobriedad sea un paso delante de la sugerencia de que soy estúpida, pero supongo que todo apunta a lo mismo: hay algo fundamentalmente malo en mí y una vez que lo sientes, quieres alejarte.

–Si estuviste bebiendo, sabes que no puedo dejarte conducir por ahí.

–No pu... puede detenerme. Te... tengo –destello una sonrisa–. Te... tengo una bu... buena ventaja.

Mantengo la sonrisa puesta incluso cuando siento que el calor se trepa por mi cuello, mis orejas y florece en mis mejillas hasta que mi cara se pone roja como un tomate. Las líneas alrededor de sus ojos marrones se suavizan. O se siente apenado por mí o se siente avergonzado. No sabré cuál de las dos es hasta que abra *su* boca.

–Qué si lo lleno por ti –dice como ofrenda de paz, luego de aclararse la garganta.

–Pa... pagaré de... den... –me rindo y señalo el edificio con mi cabeza.

Pagaré dentro.

El aire acondicionado de la estación me da un pinchazo y levanta el vello de mis brazos y piernas. Necesito abastecerme un poco: agua y comida. Pero no sería muy listo de mi parte hacerlo en un lugar así, donde lo más remotamente sano es costoso hasta de mirar y la comida chatarra tampoco se queda atrás. Tomo una botella de agua del refrigerador y un polvoriento recipiente de mantequilla de maní de un estante del fondo. Recojo una cuchara plástica del

mostrador donde contemplo si comprar un café de un viejo percolador de metal por unos centavos. Finalmente decido que es mejor gastar dinero en comida, así que nada de café. Mi reflejo combado en el metal es como quiero que la gente me recuerde: la piel de mi rostro estirada hacia arriba con un largo imposible, mis ojos entrecerrados en algún lugar por el medio, mi nariz una astilla con dos agujeritos, todo difuminándose como acuarelas derramadas sobre un lienzo que no puede sostener su propio arte.

Las campanillas de la puerta anuncian de forma espasmódica la entrada del anciano y espero que Cat esté detrás de él, tal vez, pero no lo está. Lo sigo hasta el mostrador con mi mantequilla de maní y el agua y todo eso, más el combustible, gracias a la contribución de Cat, alivianan bastante mi billetera.

El dinero se consume con rapidez. Saberlo no lo vuelve más fácil con los años, y es peor cuando lo aprendes desde pequeño. La belleza de la niñez no es necesariamente saber sobre los costos de vida, la comida solo aparece en el refrigerador, tienes un techo sobre tu cabeza porque todo el mundo tiene uno y la electricidad debe ser algún tipo de brujería, tal como en Harry Potter o algo parecido, porque ¿quién podría ponerle un precio a la electricidad? Tal vez no es que creas en la magia, pero es que nunca tienes que pensar en nada de ello. Luego un día descubres que has estado caminando por el filo de la navaja todo el tiempo.

–Gr... gracias –le digo.

Cuando salgo de la tienda no veo a Cat por ningún lado y los conductores de la fila de coches que estaba formada detrás de mi Chevy lucen más que enfadados. Me meto dentro y conduzco hasta un espacio de estacionamiento en donde noto que todas sus cosas no están.

–¿Qué demonios? –murmuro.

Salgo del automóvil. El lugar tiene más actividad que hace unos segundos, la gente va y viene de la tienda.

–¿Ca... Cat? –grito con las manos ahuecadas alrededor de mi boca.

Un par de cabezas voltean a verme, pero ninguna es Cat. Troto rodeando el edificio, hacia los baños y un letrero en la puerta dice que hay que pedir la llave

dentro, pero Cat no lo hizo. Salió del coche, caminó detrás del edificio y ahora... se fue.

La parte trasera de la gasolinera da con una gran pendiente que termina en un campo de flores silvestres. Se extiende cerca de un kilómetro hasta dar con la autopista. No veo a nadie allí. Siento una tensión en el pecho. ¿Acaso sucedió algo? ¿Acaso alguien...?

¿Alguien se la llevó?

Miro hacia atrás, mi corazón tamborilea, mi piel vibra. Me imagino a Cat, la chica que ni siquiera conozco, encontrándose aquí, intentando abrir la puerta. Ve que necesita la llave. Ella necesita la llave, e irá a buscarla, pero hay alguien detrás de ella, alguien que viene por detrás de ella...

No.

Detente.

No otra vez.

Recuerdo mis torpes búsquedas a través de los lugares desolados y vacíos de Cold Creek, gritando el nombre de Mattie perfecta y sólidamente, esperando ese momento en que mi voz se quebrara, porque mi voz fragmentada significaría que no estaba sola, que Mattie había regresado.

Fue la única vez en mi vida que quise tartamudear.

Continué llamándola, buscándola. Buscando, buscando, buscando. No podía permitirme dejar de buscarla, no podía permitirme llorar tampoco, porque jamás en mi vida me arriesgaría a llorar si Mattie pudiera verme, porque se suponía que debía ser fuerte, por ella.

Recuerdo el momento en el que finalmente me di por vencida, cuando ya no tuve la fuerza para oponer resistencia a la realidad. En cuanto lo hice, las lágrimas cayeron. Recibí un mensaje de May Beth.

La policía está aquí, debes regresar.

Una mujer pasa junto a mí y me sobresalto.

–Disculpa –murmura mientras abre la puerta del baño.

Tiene la llave en su mano. ¿Dónde demonios fue Cat? Corro hacia el frente de la gasolinera y atravieso las puertas empujando más fuerte de lo que esperaba.

Las campanillas comienzan a repiquetear alborotadamente. El anciano alza su cabeza, alarmado.

–¿Ha vi... visto una chi... chica? –pregunto–. Ella es... estaba con... conmigo. No la en... encuentro –frunce el ceño–. Ru... rubia, cabello ri... rizado.

–No tenía idea que estaba contigo –chasquea sus dedos–. La vi. Se subió a un camión amarillo con un hombre. Partieron de aquí mientras tú estabas comprando.

Doy un paso hacia atrás.

–O... okey. Gracias.

–Seguro.

Voy de regreso al coche y el pánico que tenía se desvanece en una vergüenza confusa.

Llevo los dedos a mis labios.

Cat me abandonó.

Quiero decir, eso no me importa.

No era como si estuviéramos...

No es que...

Cuando regreso al automóvil, veo que el asiento trasero está desordenado, pero de una manera distinta a lo que estaba antes de recogerla bajo la lluvia...

Estuvo rebuscando mis cosas, ¿qué buscaba?

Abro la puerta y veo sangre. Mi camiseta manchada estaba desenterrada de donde la dejé bajo el asiento, ahora arrugada sobre un montón en la alfombra del coche, con la navaja a un costado. Cierro la puerta con fuerza y vuelvo al lado del conductor. Espero que con quien haya terminado en ese camión no sea una persona peor que yo.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 4

WEST McCRAY:

Cat Mather vive en Topeka, Kansas.

También fue una chica desaparecida.

Lo primero que hallo cuando escribo su nombre en la barra de búsqueda de Google son posts públicos de Facebook de su tía materna, Sally Quin, preguntando por el paradero de su sobrina. Esos posts tienen alrededor de dos años. Poco después de haberlos publicado, Sally informa a sus amigos que detengan su búsqueda. Cat se ha separado de su familia y no quiere tener ningún tipo de lazo con ellos y eso es todo. Solamente se escapó de casa.

Cat es todo lo que esperaba que Sadie fuera: impaciente, imprudente, dramática. La mayoría de sus fotos de perfil de Facebook son de ella sacando la lengua, su cabello de colores fuertes y vibrantes. Generalmente viste camisetas con el logo de Anarquía. Bueno, al menos así era en ese entonces. Esa era la etapa en la que compartía estados con alusiones-no-tan-sutiles sobre su infelicidad personal. *A la mierda esta familia*, decía uno. *Detengan el mundo, me quiero bajar*, decía otro. Se marchó no mucho después de ese último y se pasó los siguientes dos años mudándose de un lado a otro, hasta hace unos meses atrás, que la encontraron con un coche robado.

Ahora vive con Sally y aguarda por su citación a la corte.

Al principio Cat no quería involucrarse en nada. Le importaba su privacidad, y no la emocionaba la idea de que su historial de delincuente fuera compartido con el mundo. Cuando le expliqué sobre Sadie, y cómo encontramos su tarjeta en el vehículo, estuvo más dispuesta a hablar.

CAT MATHER:

Sí, estuve con ella, solo por un rato. Me dio un aventón. Me asustó, o algo así, no lo sé.

WEST McCRAY:

Así es como Cat Mather luce ahora: es una mujer blanca de unos veintitrés con un rostro dulce que casi desmiente las acciones que la han metido en este lío. Su tía, Sally, me saluda desde la puerta de entrada.

Sally es una mujer castaña de mediana edad, amigable, que me da una rápida introducción

sobre la historia familiar de los Mather en nuestro breve viaje hacia la sala de estar, en donde me espera su sobrina.

SALLY QUINN:

Es la hija de mi hermana. Han estado separadas desde un largo tiempo. Problemas familiares. Es terrible. Cat desapareció cuando tenía diecinueve. He estado esperando que todo este... disgusto las pudiera ayudar a reconciliarse de alguna manera, pero no ha sucedido. Aunque puede que lo haga. Realmente espero que lo haga, porque el padre de Cat...

CAT MATHER:

Oye, Sal. ¿Qué tal si me dejas algo a mí para hablar?

SALLY QUINN:

[RISAS] Como sea, aquí está ella. Buena suerte.

WEST McCRAY:

En cuanto Sally deja la habitación, Cat me deja algo en claro:

CAT MATHER:

Estamos aquí para hablar de Sadie, y eso es todo. ¿Entendido?

WEST McCRAY:

Me parece bien. Una de las cosas que se destacó cuando me contacté fue que cuando le pregunté si conocía a Sadie, usted dijo que *sí* de inmediato. Ha estado dando un alias a todo el que conocía, pero fue franca con usted cuando se conocieron. Le dijo su verdadero nombre.

CAT MATHER:

¿Qué nombre le daba a los demás?

WEST McCRAY:

Lera. ¿Cómo fue que terminó con su tarjeta de crédito?

CAT MATHER:

Estaba en mi bolso. La tenía para casos de emergencia, pero prefería usar efectivo. Se debe de haber caído cuando estuve con ella.

WEST McCRAY:

Sadie no la utilizó.

CAT MATHER:

No hubiera podido usarla. Me di cuenta lo bastante rápido que no la tenía y la cancelé.

WEST McCRAY:

Cuénteme acerca de cómo se conocieron.

CAT MATHER:

Ambas estábamos dejando este lugar, Montgomery. Estaba haciendo dedo y ella me recogió.

WEST McCRAY:

¿Sabía lo que estaba haciendo en Montgomery?

CAT MATHER:

Nop.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Montgomery es un pueblo de postal.

De hecho, es una ciudad, pero así es como a Danny le gusta llamar a un tipo particular de lugar. Ya saben, el tipo de lugar que te hace desear que estuvieras allí. ¿Recuerdan cuando dije que Cold Creek no era el sueño al que aspiraban todos los estadounidenses? Bien, Montgomery sí lo es. Es una pintoresca y hermosa ciudad universitaria con una economía próspera, impulsada en su mayoría por su población estudiantil y la generación de adinerados nacidos durante la posguerra que decidieron vivir su retiro disfrutando el brillo de los jóvenes. Si no has estado allí, simplemente debes hacerlo. Si está muy alejada de tu camino, mira las películas *Love the One You're With*, *A Fine Autumn Day* y *Our Last Dance*. Fueron filmadas allí.

CAT MATHER:

Quería largarse de allí. Podía notarlo porque era lo mismo que yo quería. Los lugares como esos, lugares que se ven tan lindos que no parece real. La peor de las mierdas sucede en ese tipo de lugares. ¿O me equivoco? ¿No ve las noticias?

WEST McCRAY:

Recientemente, Montgomery ha sido golpeado por un escándalo grotesco que involucra a uno de los pilares de su comunidad.

Silas Baker es un respetado (o al menos lo era antes) empresario local, quien es el principal benefactor del éxito económico en Montgomery. Invirtió en el auge de la legalización de la marihuana recreativa, e hizo una fortuna, y luego reinvertió en su ciudad natal. Es el propietario de varias tiendas departamentales, un bar de la zona: Cooper's, la tienda de comestibles y participa con acciones en otros negocios populares dentro de Montgomery. Gracias a todo esto obtuvo el Premio Al Buen Ciudadano, hace seis años.

Hace unos meses, Silas Baker fue arrestado por abusar sexualmente de niños a los que entrenó para jugar al béisbol durante los últimos siete años. La edad de sus víctimas variaba entre los cinco y los ocho años.

CAT MATHER:

...creo que ella se sintió mal por mí porque llovía de forma increíble. Apenas podía ver a unos centímetros frente de mí cuando estaba empapada. Redujo la velocidad cuando pasó por mi lado y luego estacionó. Era un vehículo negro... Un Chevy, ¿no?

WEST McCRAY:

Sí, ese era el coche que conducía.

CAT MATHER:

Como sea, me preguntó si era una psicópata y le pregunté si ella lo era. Me subí al coche y ella tenía ese tartamudeo. Era un desastre. No lo digo por el tartamudeo, eso no es lo que quiero decir.

WEST McCRAY:

¿Qué quiere decir?

CAT MATHER:

Parecía como que si alguien la hubiera golpeado en la cara. Su nariz estaba hinchada, tenía un ojo morado y raspones en la barbilla. Creo que debió de haber sucedido ese mismo día porque empeoró mientras estuve con ella.

WEST McCRAY:

¿Le dijo qué había pasado?

CAT MATHER:

Dijo que se había caído, pero estaba más que claro que era mentira.

WEST McCRAY:

Entonces ustedes hablaron.

CAT MATHER:

Bueno, sí. Es bastante incómodo estar en el coche de un desconocido, debes llenar el silencio de alguna forma. Dijo que estaba en viaje por la carretera y que recogería a su hermana para continuar el viaje juntas.

WEST McCRAY:

Su hermana, Mattie, quien fue asesinada ocho meses antes.

CAT MATHER:

Si hubiera sabido eso, tal vez no me habría subido a su coche porque eso suena algo psicópata para mí. Tampoco es que me haya quedado mucho tiempo con ella, de todos modos.

WEST McCRAY:

¿Qué le dijo sobre Mattie?

CAT MATHER:

Solo... me dijo que eran hermanas, que ella era la mayor y que Mattie era un dolor de trasero, nada más. Sin embargo, pude notar que le molestaba hablar de ello. Me hizo pensar que estaban alejadas e intentaban reconciliarse. Jamás hubiera adivinado que la chica estaba muerta.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

¿Ella hablaba como si Mattie estuviera viva?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Eso es lo que me dijo Cat.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

¿Está seguro? ¿Eso fue lo que la chica dijo? ¿Que Sadie estaba hablando de Mattie como si estuviera con vida? ¿Lo dijo en serio? ¿Sadie creía eso?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Puede que sí, o que no. Podría haber sido algo que estaba diciendo a las personas. May Beth, no todos comparten sus historias de vida con extraños desde el primer momento.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

¿Pero qué ocurre si ella cree eso?

CAT MATHER:

Conducíamos y el clima se ponía cada vez peor, el vehículo perdió el control.

WEST McCRAY:

¿Perdió el control?

CAT MATHER:

Llovía y el coche terminó en medio de la carretera. Estábamos bien, pero el tiempo no mejoraba, así que decidimos detenernos hasta que disminuyera y, eh, ella no podía mantenerse despierta. Fue como... fue instantáneo. *Bam*, cayó. Pensé que tal vez estaba drogada o algo.

WEST McCRAY:

Bien, entonces dice que lucía como si le hubieran golpeado, perdió el control del automóvil y luego no podía mantenerse despierta... ¿No se le cruzó por la mente que podría estar herida? ¿Con conmoción cerebral?

CAT MATHER:

No. Solo... pensé que estaba drogada. Tan pronto como se quedó dormida, comencé a husmear el vehículo para estar segura, usted sabe...

WEST McCRAY:

¿Buscaba drogas?

CAT MATHER:

Sí, buscaba drogas. Quería saber en qué me estaba metiendo. No me mire de esa forma.

WEST McCRAY:

No la miro de ninguna forma, Cat.

CAT MATHER:

No iba a robarle nada, ¿de acuerdo? He hecho dedo muchas veces. Tienes que estar listo para lo que sea. Solo tienes que estarlo.

Una vez terminé en el coche de un tipo, tuve esa sensación. Hizo una parada y cuando rebusqué por su coche tenía una cuerda y un destornillador debajo de su asiento y, no le miento, ese destornillador tenía sangre seca. No puedo saber qué fines tienen las personas cuando subo a sus coches, pero si tengo la oportunidad de averiguarlo, no la dejo pasar.

WEST McCRAY:

¿Qué encontró en el vehículo de Sadie?

CAT MATHER:

Tenía una camiseta que estaba jodidamente cubierta de sangre. Estaba escondida en el asiento trasero. También había una navaja en el suelo, habrá salido del asiento delantero cuando rodamos bajo la lluvia.

WEST McCRAY:

¿Está segura de que lo que vio en la camiseta era sangre?

CAT MATHER:

¡Sé cómo se ve la sangre! Era solo... podría haber sido de ella, podría haber sido la sangre de alguien más. ¿Pero también una navaja? Ella la tenía oculta, como si la estuviera escondiendo, eso era. Así que comencé a pensar que estaba en problemas.

WEST McCRAY:

¿No le preguntó sobre ello?

CAT MATHER:

Esa es una pregunta realmente estúpida.

Es que... ella parecía verdaderamente amigable, ¿sabe? No tuve la misma sensación que con

ese tipo... Pero esa camiseta... Si tan solo la hubiera visto, lo entendería. Estaba completamente empapada en sangre.

Me quedé en el coche, pensando todo el tiempo que debía huir, iba y venía con la misma idea, hasta que por fin despertó. Eso fue luego de una hora de haberse quedado dormida. Luego condujimos hasta que nos topamos con una gasolinera. Yo iba a un pueblo llamado Markette, aún quedaba camino, pero no pude... aun siendo amable, no podía arriesgarme. La abandoné en la gasolinera. Me sentí un poco mal al respecto, pero uno debe hacer lo que sea necesario para mantenerse vivo.

WEST McCRAY:

¿Sería esperar demasiado si usted supiera a dónde se dirigía Sadie?

CAT MATHER:

De hecho, sí, lo sé.

Ella necesitaba que buscara unas indicaciones por ella en mi teléfono. Las escribí y aún recuerdo exactamente a donde era que iba. Jamás pude sacarlo de mi cabeza.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Ella busca a su padre.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Correcto.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Y tengo dos testigos diferentes que dicen que tenía una navaja. Caddy dijo que Sadie lo amenazó con una y Cat dijo que encontró una en el coche.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Mencionaste que estaba herida.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Sí, ella se lastimó en Montgomery. Entonces, ¿qué pasó allí? ¿Qué pasa con su padre que la está llevando a estos lugares? ¿Ella se está preparando? ¿Y cómo terminó con la nariz rota y un ojo morado? **[PAUSA]**

Había algo acerca de conocer a Cat...

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Qué?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Era difícil expresarle a Danny lo que estaba sintiendo en ese momento. No podía dejar de pensar en Cat, en que, si la hubiera estado buscando, si su tía me hubiera buscado para encontrar

ayuda, ahí es en donde habría terminado la historia: sentado frente a ella en una sala de estar con su negativa de hablar. Pero no habría terminado ahí, no en realidad porque también era Cat, acabando en vehículos de hombres desconocidos con destornilladores llenos de sangre, todo por escapar de lo que la esperaba en casa. Y luego está Sadie, en su coche su rostro magullado y maltratado. De repente, y con retraso, todo se sentía demasiado real: las cosas que le habían pasado a estas chicas, las cosas que le pasaban a las chicas desaparecidas. No me gustó. No podía decirlo en voz alta para él en ese momento, así que cambié de tema.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

No tiene importancia.

Bien, así que sé que no se quedó en Montgomery y sé a dónde se dirigió. ¿A dónde crees que debería ir primero? ¿Montgomery o Langford? Aguarda, tengo otra llamada.

¿Hola?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Claire está de regreso.

sadie

Llego a Langford.

Cuatro de la mañana.

Lo primero que veo es una lavandería de veinticuatro horas y decido que debe de ser una señal. Me detengo. Estoy a punto de caer, pero necesito esto, un paso más hacia sentirme un ser humano. Mi cara se ha convertido en un tipo de dolor que repugna por lo insistente, y cuando me veo al espejo, me pregunto si debería ir a una farmacia para comprar algo de maquillaje para no asustar a la gente. Mattie sabía más acerca de maquillaje que yo. Una vez, cuando ella tenía once años, la atrapé en el baño con un delineador líquido para ojos haciendo un delineado perfecto. Le dije que no quería ver jamás esa mierda en su rostro hasta que llegara a los trece, y no sé por qué hice esa regla. ¿Fue tan malo para ella? Parecía como algo que un padre diría así que me obligué a decirlo, cuando lo que realmente quería hacer era preguntarle cómo lo hacía y si podía hacer la misma línea perfecta por mí en mis párpados.

Entro al lavadero. Hay una mujer detrás de un mostrador que luce como si mantenerse con vida fuera pura fuerza de voluntad. Le entrego un billete y ella tose sus pulmones en la misma mano que luego me entrega el cambio y el detergente.

Las lavadoras son antiguas. Pongo las monedas en las ranuras y ni siquiera me molesto en separar mi ropa. Me siento en una de las sillas plásticas, mientras escucho vueltas, luego echo un vistazo a la anciana, que todavía tiene sus ojos puestos en mí. No voy a culparla dado mi aspecto.

—¿Pu... puede decirme qué hay en la calle Twi... Twining 451?

—Eso no es El Pájaro Azul, ¿cierto? —dice luego de inclinar la cabeza hacia un lado como si estuviera pensando.

No sé qué es El Pájaro Azul hasta que ella saca su teléfono y me hace un gesto para que vea una fotografía borrosa de un motel con un montón de comentarios intermedios-bajos por debajo de la misma.

Paul fue uno de los últimos novios de mi madre.

Tenía casi dos metros de altura, robusto de pies a cabeza. Tenía brazos y piernas como troncos de árboles viejos y manos demasiado grandes como para estrecharlas. No me importaba un carajo Paul porque tampoco le importábamos Mattie y yo. Si teníamos que ocupar la misma caravana todos apretados, que así fuera. No actuó como si estuviéramos en su camino incluso cuando lo estuviéramos, no importaba. Paul no pensaba demasiado, por eso creo que duró tanto. Como fuera, Paul... él no hablaba demasiado. No porque no pudiera, sino porque no quería hacerlo. Cuando estaba cerca de Paul observaba absorta las conversaciones unilaterales que las demás personas que lo rodeaban mantenían con él, sin esperar nada a cambio. La forma en que lo miraban era inconfundible. Ellos lo respetaban. Paul me enseñó que una persona comprometida con el silencio puede sugerir importancia, fortaleza. Mientras sean hombres, quiero decir. Esa no es una opción si eres una chica, no a menos que quieras que la gente piense que eres una perra.

Desearía poder hacer esta próxima parte sin hablar.

Me siento en mi coche, fuera de El Pájaro Azul, a un par de kilómetros del lavadero, mi carga de ropa en el asiento trasero. Golpeteo el volante con mis dedos. El Pájaro Azul. No hay solo pájaro a la vista, pero hay un letrero de **SE VENDE** por fuera.

\$39.99 DÓLARES LA NOCHE, EL WI-FI NO ESTÁ INCLUIDO.

Está venido abajo, necesita nuevo revestimiento, un techo nuevo... todo nuevo. Estoy estacionada del otro lado de la calle, frente a la oficina principal, y puedo ver a través de su ventana. Un anciano está viendo la televisión que está montada

en la pared, está de espaldas. Es una película en blanco y negro.

Apoyo mi cabeza sobre el volante.

¿Dónde estás, Keith?

Salgo del automóvil con la mochila colgada en mi hombro y cuando estoy de frente a El Pájaro Azul, el hombre del escritorio ya no presta atención a la televisión. Se ha vuelto hacia la ventana y me observa en una forma en la que me pregunto si me reconoce, tal vez un día, varios meses atrás, vio mi cara en las noticias mientras buscaba algo en la televisión, y nunca la pudo borrar. Y ahora: aquí estoy.

Cruzo el estacionamiento.

–Te has tardado bastante –me dice en cuanto meto un pie dentro.

De cerca luce más joven. Supongo que son canas prematuras. Pero no puedo tener más de cincuenta. Tiene tatuajes arriba y debajo de sus brazos, y otros en sus piernas que desaparecen bajo los bordes de sus pantalones cortos de color azul. Su voz se oye falsa, una especie de actuación como si fuéramos amigos.

–Quiero dos noches.

–Claro –bostezo.

Aparto la vista de él y la llevé hacia el televisor detrás de su cabeza. Es tan viejo que tiene botones. Están pasando una película de Bette Davis. Su hermoso y pequeño rostro con sus ojos redondos y grandes dominan la pantalla. Creo que se trata de *Dark Victory*. Me gustaba. Cada tanto Mattie y yo nos pasábamos los fines de semana en casa de May Beth y veíamos las clásicas en su televisor de tres canales. Las películas de Bette Davis eran mis favoritas. Bette Davis *es* mi favorita.

Su epitafio dice: *De la manera más difícil.*

–Solo necesitaré una identificación y podrás instalarte.

–¿Qu... qué? –parpadeo y dejo prestar atención en la película para enfocarme en él.

–Es por la edad. No puedes tener una habitación si eres menor.

–Pe... pero no...

–Solo deja que tu identificación hable por ti –me sonrío–. De lo contrario estaremos aquí toda la noche.

Lo detesto.

–Son las reglas –agrega al mismo tiempo que el televisor hace un sonido y la pantalla se pone en blanco. El sonido estático sale de los altavoces, dolorosamente alto–. Oh, mierd...

Se detiene antes de terminar la palabra. Se voltea, eleva la mano para arreglar el artefacto con una palma abierta. Me quedo viendo la parte de atrás de su cabeza e intento descifrar si podría saber de Keith. Si es que en este lugar Keith es *Keith*. Tal vez sea Darren o quizás este sea en un lugar en donde se sienta lo suficientemente a salvo como para usar su nombre verdadero. Tal vez es Jack.

–¿Co...conoce a Da... Darren Ma... Marshall?

–Lo conozco –se voltea, sorprendido. A veces tengo suerte.

–Bi... bien. Él es amigo de mi fa... familia. Me dijo que debería pa... pasar a saludar si al... alguna vez andaba po... por aquí.

–Bueno, ¿qué te parece? Sí, Darren es un muy buen amigo mío. ¿Qué dijiste que querías? –pregunta–. ¿Dos noches? ¿Simple o doble?

–Simple.

–Te daré un cinco por ciento de descuento. Cualquier amigo de Darren es...

–¿Es... está por aquí? No lo he vis... visto en un tiempo.

–No, no está. Pero apuesto que no pasará mucho hasta que lo vea de nuevo – me dice–. Ya sabes como es.

Pero no lo sé. El hombre bosteza de nuevo y pide que firme para darme la habitación. Lera Holden. Toma mi dinero y me arroja las llaves.

–Habitación doce –dice–. La segunda contando desde atrás.

–Gr... gracias.

–En la época de mi abuelo, las monjas pensaban que podrían sa-car eso fuera de tu cuerpo –se ríe.

Está hablando de mi tartamudeo. Me quedo mirándolo sin reírme. Se sonroja por completo y comienza a balbucear algún tipo de disculpa, pero no hay nada

que pueda decir para revertirlo.

–Buenas noches –concluye.

Este es ese tipo de motel que te hace sentir cada uno de tus secretos. El costo de la estadía es cuanto estés dispuesta a vivir contigo. Eso y casi ochenta dólares. Cierro la puerta detrás de mí, corro la cortina, trabo la puerta y apoyo mi cabeza sobre la superficie. Tener cuatro paredes a mí alrededor permite que mis músculos agotados y adoloridos se liberen de la tensión. Me dejo perder en mi propio dolor. Pero solo por un segundo. Luego volteo, empapándome de mi nuevo escenario.

El olor a productos químicos en el aire no puede enmascarar la falta de ventilación de la habitación. Las paredes son de un beige apagado, con empapelado de flores manchado que atenta con apelar a la dulzura, pero falla. La cama está cubierta con una manta de un verde desvaído. Hay una televisión antigua (botones en esta también) sobre un buró de madera con los bordes notablemente astillados y una mesa roja diminuta con sillas plásticas. La alfombra es de un rojo vino con salpicaduras de un púrpura eléctrico, borroneada en algunas partes y hecha jirones en otras. Me quito el calzado deportivo y enrosco mis pies con medias entre la alfombra áspera. Puedo ver los azulejos aguamarina del baño y una parte de la ducha desde donde estoy parada.

Aún no veo ningún pájaro azul.

Tomar una ducha sería agradable.

Tomo ropa limpia y voy al baño diminuto en donde me quedo desnuda y abro el agua, que no se pone cálida como la necesito. Me paso temblando la mayor parte del tiempo, pero estar limpia es mucho mejor. O lo más limpia que pueda estar en este baño. Hay moho en los azulejos y una mancha alrededor de la bañera. Me froto con la pequeña barra de jabón por todo el cuerpo y me lavo el cabello. Se siente tan bien que quiero llorar. No es perfecto, pero se siente bien. Una vez que termino me pongo una camiseta y me miro al espejo que está por encima del lavabo. Presiono la parte blanda de mi rostro con los dedos, bufando a mi reflejo, mi ojo morado y mi nariz hinchada.

Apago la luz del cuarto de baño y me dirijo a trompicones hasta la cama, me

meto por debajo de las mantas. La manta es pesada y las sábanas por debajo son ásperas. Cierro los ojos y siento el vacío a mí alrededor, un espacio oscuro en el que finalmente puedo caer.

Pero una pequeña parte de mí quedará alerta.

Pierdo la cuenta del tiempo en el que estoy a la deriva y escucho el suave clic de la puerta mientras se abre. Registro la amenaza lentamente, incluso cuando me doy cuenta de que no puedo salir a la superficie. Luego escucho los sonidos suaves de pies que se arrastran por la habitación. Siento el suave hundimiento de la manta bajo la presión de su peso.

Su mano toca mi tobillo.

–Sadie. Sadie, chica... sólo vine a ver si dijiste tus oraciones –la voz es suave y adormecedora, no llega a ser un susurro o canción de cuna. Mantengo los ojos cerrados, mi respiración regular–. Oh, estás dormida. Bueno, entonces –respira profundo–. Supongo que iré a ver si Mattie ha dicho las tuyas.

Abro los ojos.

LAS CHICAS

EPISODIO 5

ANUNCIANTE:

Las Chicas es traído a ustedes por VR YA.

WEST McCRAY:

Llego a Cold Creek temprano en la mañana. No espero ver a Claire hasta un mejor momento del día, ya que no es decente visitar a una persona antes de las nueve, pero May Beth me llama en cuanto apoyo mis valijas y me dice: "Venga aquí ahora mismo". Llego a la caravana y puedo oírlas discutiendo.

[SONIDOS CONFUSOS DE DOS VOCES FEMENINAS]

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Es casi imposible hacerme la idea de que Claire esté de vuelta. Quiero hablarle, ver qué es lo que tiene para decir. Solo he escuchado una parte de su historia y no fue relatada por su más grande aficionado. Pero Claire...

[SONIDOS DE UNA PUERTA QUE SE ABRE Y SE AZOTA]

MAY BETH FOSTER:

No quiere hablar, y le diré algo: no ha cambiado ni un poco.

WEST McCRAY:

¿Qué significa eso?

MAY BETH FOSTER:

Egoísta como siempre.

WEST McCRAY:

Realmente me gustaría hablar con ella, May Beth. Esta puede ser nuestra oportunidad para encontrar una pista de Darren.

MAY BETH FOSTER:

Volveré en un rato. Ahora está fumando.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

May Beth me dice que se estaba preparando para ir a la cama cuando miró por su ventana y vio que la luz de la habitación de Mattie estaba encendida. Su primer pensamiento fue sobre Sadie. No era ella. Era Claire, estaba acurrucada en la cama de Mattie. Había forzado las cerraduras para poder entrar. Cuando May Beth regresa para el segundo intento, solo escucho el incremento furioso en las voces de ambas. La noche está fría. Las estrellas sobre el cielo de Sparkling River Estates son espectaculares. No las veo mucho cuando estoy en Nueva York y me pregunto si los residentes de Cold Creek están tan acostumbrados a la vista que tampoco las ven. Acabé esperando cerca de dos horas hasta que Claire saliera finalmente.

CLAIRE SOUTHERN:

Así que eres el reportero del que May Beth me estuvo hablando.

[CANCIÓN DE APERTURA DE LAS CHICAS]

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Claire Southern no es lo que estaba esperando.

Para empezar, no está drogada, y esa es una de las primeras cosas que me deja en claro. A primera vista, podría ser cierto. Es diferente a la que vi en las fotografías. Ha engordado un poco, de hecho, bastante. Su piel se ve saludable y rosada y sus ojos se ven alertas. Su cabello es largo, pasando sus hombros, brillante. Fuma un cigarrillo tras otro, el único vicio que no logró abandonar. Se niega a regresar a la casa de May Beth para hablar. Quiere estar en la oscuridad, en donde considerará mis preguntas y, si tengo suerte, las responderá. May Beth merodea la puerta mosquitera, entrando y saliendo de nuestra vista, mientras nos escucha. No creo que sepa que la estamos viendo.

CLAIRE SOUTHERN:

La única razón por la que estoy hablando es porque lo comprendí todo, May Beth no quiere que hable. Y si solo has escuchado de mí por parte de ella, bueno, ya puedo imaginar las patrañas con las que te ha estado llenando.

WEST McCRAY:

La última vez que May Beth supo de usted, consumía y luego se marchó.

CLAIRE SOUTHERN:

Cuando me enteré de que Mattie... cuando supe que Mattie había muerto en octubre, intenté suicidarme. Con una sobredosis. Simplemente quería estar con mi pequeña. Aunque no lo logré. Comprendí que era una señal. Un amigo me ayudó a encontrar un centro de rehabilitación... para dejar de consumir. No era el mejor de los sitios. Por ahora, está atascado.

WEST McCRAY:

May Beth dijo que la encontró en la habitación de Mattie.

CLAIRE SOUTHERN:

Tengo derecho.

WEST McCRAY:

¿Cómo descubrió que Mattie murió?

CLAIRE SOUTHERN:

Lo oí en las noticias. Un... un amigo me dijo que encendiera el televisor.

WEST McCRAY:

¿Sabía que Sadie estaba desaparecida?

CLAIRE SOUTHERN:

No hasta esta noche.

WEST McCRAY:

¿Por qué ha regresado, si ya sabía que Mattie estaba muerta y sabía que Sadie estaba por su cuenta?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Me sorprende. Claire comienza a llorar, y parece que le toma hasta la última gota de su control para quedarse en donde está. Pareciera que quiere correr. No lo hace. Pasa un tiempo antes de que sea capaz de hablar.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Por qué cree que me recuperaré? *Ese* es el porqué, usted lo dijo: Mattie estaba muerta. Sabía que Sadie estaba aquí, sola. Quería estar con ella.

WEST McCRAY:

¿Ama a su hija?

CLAIRE SOUTHERN:

Sadie merece esa respuesta y usted no tiene el derecho a preguntar.

WEST McCRAY:

Su coche...

CLAIRE SOUTHERN:

¿Consiguió un coche?

WEST McCRAY:

Justo antes de dejar Cold Creek, compró un automóvil. Eso fue en junio. Aproximadamente a finales de ese mes, el vehículo fue hallado abandonado en Farfield con todas sus pertenencias dentro. Sadie no ha sido hallada.

¿Farfield tiene algún significado para usted?

CLAIRE SOUTHERN:

No.

WEST McCRAY:

Intentamos encontrar algún sentido. May Beth me contactó por ayuda y he estado intentado encontrarla.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Por qué?

WEST McCRAY:

¿Por qué qué?

CLAIRE SOUTHERN:

¿Por qué la está buscando?

[UNA PUERTA ABRIÉNDOSE]

MAY BETH FOSTER:

Por el amor de Dios, Claire.

CLAIRE SOUTHERN:

Oh, ya sabía que no podrías ser capaz de mantenerte fuera de esto. **[A WEST]** Lo que quiero decir es ¿por qué *usted* la está buscando?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Antes de que pudiera responder, May Beth se para en frente de Claire. Está agitando una postal que Claire envió desde Los Ángeles en su rostro.

MAY BETH FOSTER:

¿Por qué enviaste esto, si nunca ibas a regresar? ¿Eh? ¿Por qué?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Claire toma la postal, y la observa entrecerrando los ojos en medio de la oscuridad. Comienza a llorar nuevamente.

MAY BETH FOSTER:

¿Sabes cómo estaba Mattie luego de que las dejaste? Lloró por ti...

CLAIRE SOUTHERN:

Tuviste tu tiempo para hablar de mí y este es el mío...

MAY BETH FOSTER:

Lloró por ti. Lloró por ti cada uno de los malditos días y noches. No comía, no podía dormir, tenía pesadillas... Cuando recibió esa postal, fue como una luz, fue como si una luz se hubiera encendido. Tenía una razón por la cual vivir. Pero aún, te quería a *ti*. Se cree que Mattie se subió al camión de su asesino porque quería encontrar un camino hacia *ti*.

CLAIRE SOUTHERN [A WEST]:

Haga que entre. Ahora.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Toma un tiempo convencer a May Beth para que regrese a su caravana. Claire está perturbada y se rehúsa a hablar hasta que fuma dos cigarrillos, las lágrimas caen lentamente por sus mejillas.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Sabe qué es lo que a todo el mundo le gusta olvidar acerca de mí?

Era una niña. Era una niña cuando me metí en toda esta mierda. Era una niña adicta. Era una niña cuando tuve a Sadie. Y mi madre... mi madre estaba muriendo. Fui una niña para eso también. Era huérfana. No estoy dando excusas, pero no comprendo por qué piensan que Sadie eran muy joven para todo lo que le hice pasar, pero cuando se trató de mí... yo era lo suficiente mayor para recibir toda la mierda. Tan pronto como nació, May Beth arrancó a Sadie de mis brazos y comenzó a ponerla en mi contra. Me rompió el corazón. Y dejé que pasara porque solo era una niña que estaba jodida y no sabía qué más ser. Mi madre estaba muerta. No había nadie. Sadie me odiaba y todo lo que pude hacer fue permitir que lo hiciera. Luego llegó Mattie y... Mattie, ella me amaba.

WEST McCRAY:

Claire, ¿conoce a un Darren M...?

CLAIRE SOUTHERN:

¿Qué?

WEST McCRAY:

He rastreado los pasos de Sadie desde Cold Creek a Fairfield, aún no he acabado, pero estoy llegando, y hasta ahora, todo indica que está en busca de un hombre el cual dice que es su padre. Ha estado diciendo a la gente que su nombre es Darren. Él existe, pero tampoco he

logrado rastrearlo.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Y para qué va a hacer eso?

WEST McCRAY:

Si no se trata de Darren, ¿quién es el padre de Sadie?

CLAIRE SOUTHERN:

No lo sé. Creo que esto es todo lo que puedo soportar esta noche.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Claire se disculpa por última vez, y se encierra en la habitación de invitados de May Beth. Por el momento no obtendré ningún tipo más de información.

May Beth me acompaña afuera luego de un momento. Ha llorado y está haciendo todo lo posible por fingir que no lo hizo.

WEST McCRAY:

¿Cómo estaba Sadie luego de que Mattie desapareciera?

MAY BETH FOSTER:

¿Qué? Cómo cree. Desesperada.

WEST McCRAY:

Quiero decir después de eso. Después de que hallaran el cuerpo de Mattie.

MAY BETH FOSTER:

No quería regresar al tráiler hasta no saber. Solía quedarse en el mío, la encontraba afuera, justo aquí y no... no creo que haya dormido alguna vez. Cuando la policía vino a darnos las noticias, Sadie estaba fuera, buscando a Mattie. No puedo siquiera describir como fue verla acercarse a los oficiales. Cuando se lo dijeron, ella solo... Lo siento.

WEST McCRAY:

Está bien.

MAY BETH FOSTER:

Ella colapsó. Eso se oye tan dramático, pero no fue así. No gritaba o gemía, nada de eso, fue como si cuerpo no podría mantenerse en pie. Fue casi como ver a una persona siendo arrastrada por el agua, siendo arrebatada. Luego se quedó en su casa y no quería salir y fui una cobarde al respecto. La dejé sola... durante días, porque no quería mirarla a la cara. No sabía si podía manejarlo. Cuando por fin tomé valor, ella estaba en el sofá. La alimenté y limpié su rostro, cepillé su cabello y la llevé a la cama. Luego se despertó, ella solo estaba... ahí. Algo dentro de ella se

había ido. No pude acercarme. Desde ese día, cada día, no pude acercarme.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Pueden oírlo, la devastación en sus recuerdos. Pero ahora quiero que todos imaginen esos recuerdos como una confesión al universo a las millones de estrellas silenciosas sobre nosotros.

MAY BETH FOSTER:

Odiaba a Claire. Sé que no es muy cristiano de mi parte, pero la odio.

WEST McCRAY:

Tendré que pedirle que la mantenga cerca. Hay mucho más que necesito hablar con ella. Y llámeme si sucede algo. ¿Puede hacer eso por mí?

MAY BETH FOSTER:

Creo que puedo, pero que Dios nos ampare.

¿A dónde se dirige ahora?

WEST McCRAY:

A un pueblo llamado Langford.

MAY BETH FOSTER:

¿Qué cree que encontrará allí?

sadie

La débil luz se filtra por las cortinas metálicas. La habitación comienza a enfocarse lentamente.

Despertar en el asiento trasero, noche tras noche, jamás se siente así de extraño y solitario. Al menos sé qué hacer cada vez que me levanto: saltar al asiento del conductor, conducir, buscar a Keith. Pero esto, la almohada suave debajo de mi cabeza, el colchón de muelles bajo mi cuerpo y el peso asegurado de las mantas sobre mí, me recuerda a cuando estaba en casa y todas las cosas que no estoy haciendo, que jamás volveré a hacer otra vez. Ir de puntillas a la habitación de Mattie, despertarla con un suave sacudón. Jalar no-tan-suavemente de sus sábanas diez minutos después si aún no había sacado su trasero de la cama. Siempre llegaba a la mesa cuando sus huevos revueltos estaban fríos y gomosos y siempre se quejaba, pero luego descubrí que solo era una rarita a la que le gustaban de esa forma...

Esas eran mis mañanas. Él me las quitó.

Mi nariz duele de una forma en la que necesito hacer algo. Me arrastro por debajo de mis sábanas, me pongo unos jeans y ahí es cuando veo que son las cinco de la tarde en el reloj de la mesa de noche. Jesús.

Salgo de la cama, descalza. El suelo se siente frío y hace que se me adormezcan los dedos de la forma en que desearía que también lo hiciera mi cara. El estacionamiento no sigue tan desierto como la noche anterior. Ahora están mi coche y otro más al final del lote, uno más nuevo y brillante. Paso cerca de una mujer del servicio de limpieza que está saliendo de una de las habitaciones vacías. Lo primero que noto es que es alta. Alta y robusta con cabello rubio y ondulado. Se queda mirándome por un momento mientras camino, su expresión podría pasar por preocupación dadas las arrugas en su

frente. Inclino mi cabeza, imagino cómo debe verse mi rostro esta mañana y me siento un poco culpable. Quiero voltearme para decirle *me encuentro bien*.

Estoy bien.

Tomo un balde repleto de hielo de una máquina y me dirijo hacia mi habitación, donde lo vuelco sobre una toalla de manos. Lo acerco contra mi rostro hasta que ya no puedo sentirlo. El hielo se derrite y el agua fría se filtra a través de los diminutos huecos de entre mis dedos. La habitación luce más fea con la luz incolora de la tarde. Tiro la toalla empapada en la ducha, me cambio la camiseta, los zapatos y abro las persianas de la ventana antes de comenzar a arreglarme. No hay nada que pueda hacer por mi nariz, solo necesita tiempo para volver a estar como antes, supongo. Me cepillo el cabello, que se siente más suave y encrespado por el lavado, y paso mi mano sobre él. Disfruto de la sensación. Lo levanto en una coleta. Meto todas mis cosas en la mochila y la cuelgo en mi hombro. Me queda una noche más en El Pájaro Azul, pero luego de lo que sucedió en Montgomery, pienso que siempre es bueno estar lista para correr.

Cuando me deslizo dentro de la oficina principal no veo al hombre que estaba allí ayer por la noche y me doy cuenta de que nunca obtuve su nombre. En su lugar hay un chico que parece estar en la mitad de sus veintes. Tiene el tipo de rostro que se ve demasiado joven como para formar parte del resto de su cuerpo, el cual es musculoso y delgado. Tiene hoyuelos en las mejillas, cabello castaño rizado y está un poco bronceado, como si hubiera pasado unos cuantos días del comienzo de verano fuera. Lleva puesto un uniforme desprovisto de cualquier tipo de ave azul, como el resto de este lugar. Está girando un llavero alrededor de su dedo... o eso intenta hacer. El llavero se desliza y cae al suelo con un pequeño golpe. Se inclina para recogerlo, y cuando se incorpora, su cara se torna de un rojo intenso. Devuelve las llaves a su cinturón. Me ve. Sus ojos se pasean de mi rostro destrozado hasta mi pecho. No llevo sostén. Lo miro fijamente, observo mientras su curiosidad ociosa se convierte en algo que sabe que no debería estar mirando antes de que finalmente se acuerda de preguntar si puede

ayudarme. Tiene voz ronca. Escucharlo me deja sin aliento. Me aclaro la garganta y camino hacia delante, me inclino sobre el mostrador. Tiene una identificación. ELLIS. La televisión está encendida detrás de él, pero esta noche sintoniza las noticias.

–¿Da... Darren está?

Mi tartamudeo hacer que parpadee, pero se recupera rápidamente, en su mente. Realmente no hay marcha atrás cuando haces que alguien se sienta un fenómeno. Solo te queda esperar que la persona a la que hiciste sentir de esa manera extienda un nivel de decencia hacia ti, aunque probablemente no lo merezcas.

Me obligo a sonreírle, cosa que no se merece.

–¿Qué? ¿Ha vuelto? No lo he visto y Joe no lo mencionó... –mira a través de mí, como si esperara ver a Keith–. Normalmente, Darren nos dice cuándo estará por el pueblo.

–Me di... dijo que es... estaba aquí a veces.

–¿Cómo lo conoces?

–Es un vi... viejo amigo de la familia –hice una pausa-. ¿So... solo está aquí pa... parte del tiempo? ¿Co... cómo funciona eso?

–Tiene una habitación permanente. Ha sido amigo de Joe por años. Se queda en la diez y deja todas sus cosas allí, por lo que ni siquiera la rentamos a nadie.

–Se o... oye como un bu... buen trato para Joe.

–Nah, Darren es un buen tipo. Le salvó la vida a Joe una vez –dice con orgullo, como si él hubiera tomado parte también–. Pero no creo que esté por aquí, salvo que tú sepas algo que yo no.

–Ma... maldición.

–¿Por cuánto te quedarás?

–Otro di... día.

–Supongo que podría aparecer en cualquier momento, tal vez, pero si quieres dejarle una nota o algo, podemos guardarla hasta que regrese.

–No po... podrías dejarme entrar en su habitación, ¿verdad? Qui... quisiera dejarle una sor... sorpresa.

–Puedes dejar lo que sea aquí, y nosotros se lo entregaremos.

Mierda.

–¿Sa... sabes en dónde está? Si está cerca, po... podría ir hasta a... allí y dárselo en pe... persona.

–¿Cómo dijiste que te llamabas? –pregunta luego de mirarme fijo por un largo rato.

–Eh... –aspiro por la nariz y hago una mueca de dolor–. ¡Ay! –llevo mi mano hacia mi nariz.

–¿Te molesta si preguntó qué te pasó?

–Ac... accidente de vehículo.

–Parece que duele.

–Du... duele.

Me quedo mirando su cinturón, las llaves que cuelgan de él. Desearía poder escabullirme y quitárselas, hacer que algo de todo esto sea fácil. No sé por qué nada puede ser fácil.

–¿Necesitas algo? –quiere saber Ellis.

–¿Qué ti... tipo de mo... motel es este? –pregunto mientras elevo mis ojos hacia su rostro.

–Quiero decir –se encoge de hombros mientras rasca su cabeza de forma distraída–. Si alguien luce como si necesitara ayuda, preguntaré en qué puedo ayudarlos, eso es todo.

No me gusta cómo me siento luego de oírlo decir eso. Nunca supe lidiar con la amabilidad o la consideración de la gente, a menos que querer arrancarse la piel del cuerpo sea la reacción correcta.

–¿Qué ta... tan bien conoces a Darren? –aclaro mi garganta y cambio de tema de regreso a lo que me interesa.

–Tengo este trabajo gracias a él –dice–. Nos conocimos en línea hace un tiempo y me ayudó en una situación difícil. Habló con Joe para que me diera este puesto y me dejara quedarme hasta ahorrar lo suficiente como para tener algo propio. Es un buen tipo.

Retrocedo, preguntándome si Keith me ha conducido otra vez al borde de una

nueva pesadilla como Silas Baker. *Nos conocimos en línea.* ¿Qué demonios significa eso? Y si eso quiere decir que...

Si quiere decir lo que creo que es, ¿dudaré esta vez?

—¿E... en línea?

—Sí.

—¿Cómo?

—Compartimos un interés en común, eso es todo.

—Y ¿cu... cuál es?

—Nunca me dijiste tu nombre —frunce el ceño.

—Ti... tienes razón. No lo di... dije.

La televisión hace un sonido y la pantalla se vuelve blanca. Me marcho en cuanto Ellis me da la espalda, siento un hormigueo en las puntas de mis dedos, intento sofocar el pánico que se cierne en mi pecho. Tan pronto como me largo de la oficina, me dirijo hacia la fila de habitaciones, hasta que estoy justo frente a la diez. Giro el picaporte. Está cerrada. Me toma gran parte de mi autocontrol no querer derribarla de una patada. Paso los dedos entre mi cabello y no sé por qué esto tiene que ser tan difícil, ¿no había pasado ya por demasiado? Debería ser fácil. Siempre debería haber sido fácil. No esta mierda con casas hermosas escondiendo cosas feas, enfermas y retorcidas que no puedo quitar de mi cabeza. Cada kilómetro que me aleja de Montgomery es alguien más que no salvé y mi hermana sigue muerta. Está muerta. No sé por qué eso no es *suficiente*.

Golpeo la puerta fuertemente con mis nudillos raspados y me alejo pasando por mi habitación. Sigo en movimiento hasta llegar al final del motel. Tiene que haber una manera de entrar a la habitación de Keith. Me quedo mirando la carretera, más allá de este lugar, las casas desperdigadas, algunas más cerca que otras. Langford es un lugar pequeño, pero tiene algo que me recuerda a Cold Creek. El humo se arrastra por el horizonte, un barril con fuego en el patio trasero de alguien. Creo que puedo distinguir las formas débiles de las personas sentadas a su alrededor, la música country y la risa flotando en el aire. Me muevo alrededor del edificio, hacia la parte trasera del motel. Este lado tiene una

fila larga de ventanas y puedes ver exactamente dónde termina el límite de la propiedad. La franja estrecha de hierba cortada comienza a ponerse lo suficientemente larga como para llegarme a la cintura.

Me dirijo de puntillas hacia la primera ventana. Son más anchas y altas que yo. Me aferro al alfeizar de madera deteriorada y me impulso hacia arriba, mientras caigo hacia atrás ante el pinchazo de las astillas en mi mano. *Maldita sea*. Luego de quitarme los pequeños trozos de madera de mi palma, vuelvo a impulsarme hacia arriba, hasta que logro tener una buena vista de lo que hay dentro. Como pensaba: un baño.

Puedo entrar por la ventana. Será apretado, pero puedo hacerlo. Empujo el cristal, puedo sentir como cede por la fuerza. No lo suficiente como para destrozarse. Salto nuevamente y luego comienzo a contar hasta que paso mi propia habitación y estoy de pie en la de Keith. Tal vez esta sea la parte fácil.

Porque romper un cristal debería ser fácil.

Reviso cuidadosamente el suelo en busca de algo lo bastante pesado como para poder partir el cristal. Me toma un tiempo. Tengo que meterme en la hierba larga hasta que encuentro una roca lo suficientemente fuerte. Tan pronto como siento su peso áspero sobre mi palma, la arrojo hacia la casa, hacia Montgomery y a la caja de seguridad de Silas...

No sé si podría pasar por eso otra vez.

Se está poniendo oscuro aquí fuera. Vuelvo a la ventana de Keith, me impulso hacia arriba. Tengo que hacer que esto valga la pena y debo hacerlo rápido. No sé qué podrá escuchar Ellis desde el interior de la oficina, pero mientras más certero sea el golpe, mejor. Levanto mi brazo hacia atrás y abalanzo la roca contra la ventana.

A través del cristal.

—*Oh, mierda. Oh, mierda. Oh, mierda...*

Salto hacia abajo. Mi brazo parece un jodido intento de suicidio, solo hay rojo, rojo, rojo y carne desgarrada. El dolor es *exquisito*. Soy una estúpida, soy una estúpida, estúpida, *estúpida...*

–Oh, mierda.

Ahogo un sollozo y escucho a través del latido de mi cráneo. porque desgarrarse el brazo *duele* como mil demonios, pero ese sería el último de mis problemas si Ellis me oyó. Espero. No sucede nada. Creo que sería seguro afirmar que no me ha oído. Ni siquiera sé cómo se escuchó el vidrio al romperse, si fue muy fuerte o bajo. Todo lo que sé es que mi mano lo atravesó, y lo siguiente fue este desastre inmediato de sangre.

–Okey –susurro–. Okey, okey, okey...

Qué cruel es que la única persona por la que puedo reunir la firmeza de mi propia voz sea la que menos tranquilidad me inspira.

Solo necesito... necesito entrar en esa habitación.

Utilizo la roca para despejar los cristales que quedan en el marco de la ventana, arrojo mi mochila dentro y luego me encomiendo a la insoportable tarea de entrar por ahí mientras intento no gritar por el dolor de mi brazo, la piel desgarrada y abierta que es asaltada por el roce del viento o por cualquiera de mis movimientos. Intentando no sentir la sangre pegajosa que está en todas las partes que quisiera que no esté.

Acabo en una ducha. La habitación está a oscuras y puedo sentir el olor a toallas húmedas. Salgo del cubículo de la ducha y entrecierro los ojos en la luz tenue y cuando veo la pila (de toallas) en el lavabo, tomo una de ellas y la envuelvo en mi brazo. Se me revuelve el estómago al pensar que han tocado a Keith antes de tocarme a mí. Me muevo de manera silenciosa y abro la puerta del cuarto de baño mientras intento ignorar la palpitación furiosa de mi brazo y el hecho de que la toalla se está volviendo lentamente roja.

La habitación de Keith luce como la mía. El mismo empapelado insípido en las paredes, la misma mesa con las mismas sillas. Tiene un refrigerador, pero supongo que debe ser propio. Este lugar está... ha sido habitado antes. La cama está deshecha, las mantas a los costados hace tantas mañanas atrás. Hay ropa por todas partes, sobre los respaldos de las sillas, sobre el suelo cerca de la cama, colgando del buró con espejo. No sé por dónde empezar. Tendré que trabajar con

una sola mano, abriendo y cerrando los cajones, enterrando mi mano herida en los bolsillos de los pantalones desechados, para buscar algo, lo que sea que pueda decirme en dónde podría estar ahora.

Vamos, maldito hijo de puta.

Reviso el refrigerador y me dan arcadas cuando el olor cuajado de los alimentos rancios asalta mis fosas nasales. Saco las mantas de la cama y las arrojo al suelo, quiero las fundas de las almohadas. Todo me lleva demasiado tiempo mientras dependo de un solo brazo. Destrozo el maldito lugar lo mejor que puedo, y cuando siento que he examinado todo, me encuentro sin aliento y con las manos vacías. Una caja de cerillos capta mi atención, está sobre una de las mesas de noche, al lado de la cama. El logo de la caja: *Cooper's*.

Me río.

Luego me siento en la cama e intento no gritar.

Suficiente.

Suficiente, Sadie.

Me levanto. Doy vuelta la mesa, las sillas, intento mover el aparador de las paredes y fallo. Me muevo por debajo de la cama, ahogándome con el polvo, no encuentro nada. Me revuelvo hacia atrás hasta que mi mirada queda al nivel del borde del colchón. El borde del colchón. Lo levanto y se me escapa un sonido de triunfo cuando veo un sobre pequeño apoyado en el centro del marco de la cama. Estiro mi mano izquierda y la tomo, la toalla cuelga lánguidamente de mi brazo herido, la sangre ya gotea sobre el suelo. Dejo caer el colchón con un *ruido seco*. Me siento en el suelo y me quedo mirando el sobre, mientras acuno mi brazo derecho contra mi pecho. El sobre se siente liviano como el de la caja de Silas y me invade una sensación enfermiza de *déjà vu*. Cierro los ojos, dejo que mis dedos pulsen contra él, sintiendo las burbujas de plástico en su interior.

Hazme fuerte, digo a nadie.

Por favor, hazme lo suficientemente fuerte para esto.

Doy vuelta el sobre.

El corazón me late tan fuerte que temo que mi cuerpo ceda antes de saber lo

que hay dentro del sobre. Cierro los ojos de nuevo y me obligo a respirar profundamente y cuando los abro, estoy frente a identificaciones y jirones irregulares de tela. No hay fotografías. No son fotografías. Gracias a Dios. Examino rápidamente las identificaciones, se me contrae la garganta ante la presencia de la primera prueba real de Keith desde que comencé mi búsqueda, una prueba más de cómo entraba y salía de la vida de otras personas.

Son licencias de conducir. Se ven bastante reales, están falsificadas de forma excelente. Su fotografía está en cada una de ellas, y verla hace que me hierva la sangre, hace que quiera tragarme todos los cristales rotos del baño solo para liberarme de la sensación. Luce diferente ahora, el tiempo hace que se vea aún más monstruoso de lo que se veía cuando estaba en nuestras vidas, cuando yo era una niña. Las líneas en los bordes de sus ojos están más pronunciadas, su piel cetrina y pegada a su cráneo. Casi todas las identificaciones tienen unas *X* marcada sobre ellas, lugares y personas que ha eliminado y a los que jamás podrá regresar. Se lo conoce por diferentes nombres. *Greg, Connor, Adam... Toby, Don... Keith*. La tomo en mis manos, la sostengo entre mis dedos temblorosos.

Ese es el hombre que conocí.

Las *X* sobre sus ojos oscurecen la mayor parte de su rostro, pero puedo verlo sin ellas. Puedo verlo frente a mí en la mesa del desayuno, sentado en el sofá de la sala con su vista enfocada en la televisión antes de acercármeme. Afuera, acurrucado en una silla del patio cuando regresaba a casa de la escuela, lo cual era mejor que los días que me iba a buscar y nos llevaba fuera, al costado de la carretera antes de que llegáramos al lote de caravanas... la coloco boca abajo sobre la alfombra áspera y me giro hacia los jirones de tela. Recojo uno. Es paño rosado, suave al tacto y acanalado a lo largo de los bordes como si... como si hubiera una etiqueta en la parte inferior, la sensación punzante contra mi pulgar me hace dar cuenta exactamente de lo que estoy sosteniendo. Es la parte de un cuello de una camiseta. Lo volteo. Hay un nombre escrito con un marcador negro de trazo fino.

Casey.

Tomo el siguiente paño.

Un diseño floral delicado. Capullos de rosa. Lo volteo.

Anna.

El siguiente es azul liso.

Joella.

Otro a cuadros.

Jessica.

Por último, melocotón.

Sadie.

Dejo caer la etiqueta y me pongo a rebuscar dentro de mi mochila hasta que encuentro lo que buscaba. La fotografía. La fotografía de él, Mattie, mamá y yo. Allí está, la llevo puesta. Esa camiseta en mí.

Esa camiseta es mía.

Me pongo de pie lentamente, mis ojos no se desvían de mi pequeño rostro, hasta que no puedo verlo más y dejo caer la fotografía de mis manos. Me inclino y comienzo a juntar las etiquetas, las licencias de conducir porque no puedo dejar a estas chicas aquí, solas. Las identificaciones son una buena lista de los lugares en los que ha estado y puedo ir a ellos. Puedo ir a cada uno de ellos, preguntar si lo han visto, hacer que me digan a dónde fue... la puerta se abre a mis espaldas y golpea contra la pared. *Mierda.*

Doy un giro, esperando que sea *él*, Keith, por fin, pero no lo es.

Es Ellis.

Está de pie en el umbral de la puerta con la boca abierta.

El “¿Qué...” apenas sale de su boca antes de que lo arrastre contra la pared junto a la puerta, presionándolo allí, mi cuerpo contra el suyo. Mi brazo ensangrentado está firme sobre su pecho, la toalla se deslizó hacia el suelo por debajo de nosotros. Sus reflejos no son rival para la sorpresa de verme y eso me da tiempo para sacar mi navaja y presionarla contra su garganta. El sonido de nuestras respiraciones llena la habitación. Pongo más presión sobre la navaja, y no puedo saber en dónde termina él y dónde comienza la cuchilla. Es

desconcertante tener a una persona así y saber simplemente que si te da una razón...

Si él me diera una razón.

–¿E... eres co... como él? –Ellis está sudando, temblando al igual que yo. Aferro con más fuerza el mango de la navaja y lo aprisiono más con mis caderas. Da un aullido—. ¿Eres co... como él?

–¿Qué? ¿Quién?

–K... Ke... –no, no. Keith No—. Da... Darren.

–Yo...

–¿Te co... coges a las niñas?

–¿Qué? ¡No ¡ No... –casi sacude la cabeza pero la presión de la hoja de la navaja lo detiene. Traga saliva, su nuez de Adán convulsiona—. No sé de qué estás hablando.

–¿En do... dónde lo conociste en línea? ¿E... en algún si... sitio de enfermos? –lo presiono aún más contra la pared y Ellis da un aullido casi ininteligible por el miedo—. ¿En do... *dónde* demonios?

–Fue... fue –respira profundo—. En *Counterwatch*. Es un juego, algo como... ¡un juego en línea! Estábamos en el mismo equipo. Yo no... –sus ojos se pasean frenéticamente por toda la habitación e incluso en medio de todo el caos de tener una navaja contra su garganta, ve las identificaciones y el montón de etiquetas entre ellas—. No sé de qué estás hablando –dice.

Puedo sentir como se sacude mi cuerpo y mi mano contra su cuello y me pregunto si podría matarlo de esta forma, por accidente. Algo en la forma en que lo dijo: *No sé de qué estás hablando*, me ha impactado de una forma que no me gusta porque puedo oler una mentira a un kilómetro de distancia y Ellis...

Ellis no está mintiendo.

–Entonces, ¿por qué...? –toma aire y se estremece—. ¿Por qué no me lo dices?

Niego con la cabeza.

–Estás herida –dice y continúo negando con la cabeza, porque no quiero que haga lo que está haciendo, hablándome como si fuera una salvaje, como si

podiera calmarme con la amabilidad con la que está disfrazando el tono de su voz.

–N... no –replico.

–¿Vas a matarme? –pregunta luego de parpadear varias veces.

Presiono mis labios y siento que las lágrimas se están formando en mis ojos.

Soy peligrosa, quisiera decirle. Tengo una navaja...

Me impacto por la gravedad en la que estoy condenada.

El aire se estanca en mi garganta.

–No creo que quieras hacer esto –dice.

–No lo hagas –le suplico, porque sé qué me pasará en cuanto mueva mi mano.

Llamaré a la policía, llamaré a la policía y todo esto habrá sido en vano.

»No lo ha... hagas.

–Mira –me dice–. Solo baja el cuchillo. Estás herida. Vamos a curarte eso, ¿sí? Simplemente arreglaremos tu brazo y luego me cuentas... me cuentas acerca de Darren, ¿de acuerdo?

–Es... estás mintiendo –empujo la navaja un poco más contra su cuello, como una promesa a mí misma. *Podría hacerlo si debiera. Puedo hacerlo. Lo haré*–. E... eres su amigo. Lla... llamarás a la po... policía y –No, no, no–. De... debo ser yo. Te... tengo que ser yo la que lo ha... haga.

–Déjame ayudarte –dice y luce como si fuera a llorar–. Por favor.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 5

WEST McCRAY:

Langford es una especie de lugar intermedio. De hecho, si conduces por ahí, no pensarías que es una ciudad. Es un puñado de casas con unas pocas tiendas aquí y allá, no hay orden. Solo una parada por el camino. La dirección que me dio Cat Mather, a la que se dirigía Sadie, resulta ser un motel llamado *El Pájaro Azul*. Para describirlo con diplomacia, puedo decir que es rústico, pero en serio, pende de un hilo, el edificio está en decadencia. El revestimiento está sucio, el techo en malas condiciones en plan necesito-una-reparación, si no es que un reemplazo total. Algunas ventanas están rotas y agrietadas. No noto ningún tipo de estética aviar como para darle sentido a su nombre. Dentro de unos sesenta días, Joe Perkins, el propietario, entregará las llaves a Marcus Danforth, quien encabezará la demolición del lugar. Joe dará su último adiós al lugar que llamó hogar durante toda su vida. Por lo que siento que tuve suerte al llegar a tiempo.

JOE PERKINS:

Bueno, cuando mis padres eran los dueños este lugar solía llamarse Hotel Perkins. Pertenecía a mis padres y antes a los padres de mi padre y así sucesivamente. Ha estado bajo el nombre de la familia durante un condenado largo tiempo, pero llegó un punto en el que fue más de lo que podía manejar. Comenzó a escaparse de mí. A decir verdad, tal vez sea más de lo que alguna vez habría deseado tener. Simplemente me fue entregado, ¿sabe? Era un muchacho.

WEST McCRAY:

¿Nunca supo qué era lo que quería hacer?

JOE PERKINS:

¡Eso es, hombre!

Quiero decir, no me dieron la oportunidad para decidir. No quiero parecer ingrato... Sé lo afortunado que fui al jamás necesitar trabajo durante la mayor parte de mi vida. Pero lo tuve al terminar la escuela, y hubiera deseado que tal vez mis padres, Dios los tenga en la gloria, me hubieran preguntado si lo quería. No me importó, pero jamás fue parte de mis planes.

WEST McCRAY:

Joe Perkins tiene cincuenta y cinco. Tiene un mechón de canas, un rostro castigado por el clima y tatuajes que cubren sus brazos y piernas. Me dice que cada uno de sus tatuajes tiene un significado, pero eso quedará entre él y la tinta.

JOE PERKINS:

Le contaré de este de aquí, aunque...

WEST McCRAY:

Es un pequeño pájaro azul en su bíceps izquierdo.

JOE PERKINS:

Es el primer tatuaje que tuve, y por eso este lugar se llama así. Todos siempre preguntan: ¿en dónde están los pájaros? Y les digo justo aquí. **[RISAS]**

WEST McCRAY:

Cuando le digo a Joe que quiero hablar de una chica que podría haberse quedado en su motel hace unos cinco meses atrás, me dice que intentará dar lo mejor de sí, pero que la gente que viene es como un borrón en movimiento que pasa por su vida. Jamás se quedan lo suficiente como para dejar alguna impresión. Aun así, cuando le muestro una fotografía de Sadie, él la recuerda de inmediato.

JOE PERKINS:

Oh, sí, ella estuvo aquí. Hablaba gracioso. Buscaba a un amigo mío. La recuerdo por esas dos cosas.

WEST McCRAY:

¿El amigo era Darren?

JOE PERKINS:

Sí, Darren. Ella vino a preguntar si él estaba por aquí, pero no lo estaba, en ese momento. No sé para qué quería verlo. Tampoco creo que lo haya dicho. La vi una sola vez. Creo que se quedó una noche... Había pagado por dos. No lo sé. Me deshice de los registros cuando vendí la propiedad.

WEST McCRAY:

Cuénteme de Darren.

JOE PERKINS:

Él salvó mi vida.

WEST McCRAY:

¿Sí?

JOE PERKINS:

Sí. Tenía treinta y cinco años, estaba conduciendo por la autopista aquí, venía de regreso y me golpeó un ebrio imbécil que no se detuvo. El coche giró un par de veces y acabé en una zanja. Aún no sé quién lo hizo, pero espero que ese hijo de puta se pudra. Bien, Darren estaba detrás y lo vio todo. Se estacionó... yo estaba inconsciente y tenía un muslo rebanado. Como sea, luego, en el hospital, me dijeron que Darren había detenido la hemorragia hasta que la ambulancia llegó. Hemos sido amigos desde ese entonces. Luego le dije que cuando fuera que necesitara una habitación, pues, era suya.

WEST McCRAY:

¿En dónde está ahora?

JOE PERKINS:

No lo sé. Acabó aceptando mi oferta de la habitación. La diez. Esa es la suya. No dejo que nadie se quede allí. Era libre de ir y venir a su antojo, y así lo hizo. Apenas se quedaba un par de semanas cuando venía.

WEST McCRAY:

Eso es terriblemente generoso de su parte.

JOE PERKINS:

Bueno, mi vida vale mucho más que una habitación. Como sea, se iba por un tiempo, pero siempre regresaba. Era un buen tipo, simplemente sin problemas. Uno de esos, ya sabe. Este período fue el más largo que estuve sin noticias de él... He intentado contactarlo para avisarle que vendimos. Ya no podré alojarlo más aquí.

WEST McCRAY:

¿Tiene algún número?

JOE PERKINS:

Sí, puedo dárselo, pero ha estado desconectado.

WEST McCRAY:

Tenía razón.

Llamé y nada.

JOE PERKINS:

Para ser sincero, he tenido un mal presentimiento. Empeoró cuando usted llamó, queriendo hablar. Una chica lo está buscando, él está desaparecido. Usted la busca a ella, ella ha desaparecido. **[PAUSA]** ¿Quién es esta chica, de todos modos?

WEST McCRAY:

Ella dice ser su hija.

JOE PERKINS:

[RISAS] De todo el tiempo que lo he conocido, Darren jamás me mencionó una hija.

WEST McCRAY:

Eso es lo que ella dice.

JOE PERKINS: Es que no... **[RISAS]** Si Darren tuviera una hija, debería estar junto a ella porque él no es ese tipo de hombre... No dejaría a su familia. Él salvó mi *vida*.

Jesús, mientras más me cuenta, peor me siento.

WEST McCRAY:

¿Podría enseñarme la habitación de Darren?

JOE PERKINS:

No lo sé, amigo. Quiero decir, tengo que empacar sus cosas... Lo he estado posponiendo, pero no quiero entrar allí hasta saber que no me queda otra opción. Todo lo que pedía era que no entremos cuando él no estuviera y respeto eso, pero... ¿en verdad cree que está en problemas?

WEST McCRAY:

No podría asegurarlo. Todo lo que sé es que estoy buscando a Sadie y ella estaba buscándolo a él y, como usted lo mencionó antes, ahora ambos están desaparecidos.

JOE PERKINS:

¿Qué podrá develarle su habitación?

WEST McCRAY:

No lo sabré a menos que lo vea.

JOE PERKINS:

[SUSPIRO]

sadie

–Esto podría necesitar de un hospital... puntadas, tal vez.

Estamos en la oficina principal, fuera de vista de la ventana, mi brazo está extendido sobre la mesa por encima de una toalla. Aún se ve horrible con las heridas abiertas y sangrando bajo las luces fluorescentes sobre nuestras cabezas. No puedo verlo por mucho tiempo sin sentirme enferma. No se veía tan mal en la habitación de Keith. Aquí luce terrible.

Ellis puso un kit de primeros auxilios de antaño entre los dos. Levanta la vista y me mira, esperando algún tipo de confirmación como *sí, vayamos a un hospital*.

–N... No.

No pude matarlo.

No haber podido matarlo me provoca náuseas, porque es todo lo que queda entre Keith y yo. He arriesgado todo por esta amabilidad, o lo que sea, y me preocupa estar demasiado hambrienta, demasiado rota, como para hacer algo bien. Sé que lo estoy. Solo creí que podría ser mejor por una sola vez. Cierro los ojos por un momento.

Hay un teléfono cerca de nosotros. Ellis no ha hecho ningún movimiento en esa dirección.

Las identificaciones y las etiquetas están en una pila prolija frente a mí.

–No pensé eso –dice.

Él lloró cuando le quité la navaja del cuello. Ese es el consuelo al que me aferro. En *sus* ojos, me vi como que podría haberlo hecho. Siente que se fue con más de lo que tenía antes del momento en que bajé mi mano. Era peligrosa. Tenía una navaja.

Cuando regresamos a la oficina, rebuscó por debajo de la mesa y sacó una

botella de Jim Beam. Tomó un sorbo y no me ofreció ninguno. Quiero preguntarle qué obtiene él de todo esto. Qué es lo que me hará hacer por él para poder terminar lo que he comenzado.

–Va a sa... sanar bi... bien.

–Sanará horrible.

Como la mayoría de las cosas.

–Esto te va a doler –dice mientras desenrosca la tapa del alcohol isopropílico y luego lo vierte sobre mi brazo, su acción esconde un poco de venganza.

Hay cerca de un microsegundo de nada antes de que mi brazo se prenda fuego, estoy en llamas. Presiono mis labios y grito a través de ellos, veo puntos negros frente a mis ojos y creo oír a Ellis diciéndome *tranquila, tranquila, tranquila* y tomo una bocanada de aire, ni siquiera me doy cuenta de que había dejado de respirar. Mi piel se relaja por un momento, pero no tanto como para dejar de sentir el dolor. Tengo que tragar un par de veces antes de sentir que puedo hablar.

–¿Estás bien? –quiere saber.

No espera mi respuesta. Rebusca dentro del kit de primeros auxilios y tengo la sensación de que está intentando que todo esto tenga sentido, pero que no sabe realmente lo que está haciendo. Luego de unos momentos saca unos vendajes adhesivos en forma de mariposa y los coloca en donde cree que es el lugar correcto mientras une la piel desgarrada.

Luego encuentra una venda.

–Levanta el brazo –me ordena.

Levanto mi brazo y me envuelve con la venda dando varias vueltas alrededor. Lo hace con un poco más de cuidado que cuando estaba desinfectando. Y ya está listo. Se siente cómodo.

Nos miramos por un rato.

–Yo... –Ellis hace una pausa–. No sé qué hacer aquí.

–Di... dijiste que me a... ayudarías.

–Acabo de ayudarte. Me amenazaste con una maldita *navaja*...

–¡Dijiste que e... eras su amigo!

–Yo –se detiene, no sabe cómo completar. Presiona sus manos sobre su frente–. Escucha, la única razón por la que no he llamado a la policía ahora mismo es porque... –vuelve a detenerse–. Es porque crees que Keith está... lastimando a niñas pequeñas.

–Sé que lo hace –digo–. ¡Dijiste que e... eras su amigo! ¡Que lo co... conociste en línea! ¿Qué ma... más querías que pe... pensara?

–¡Era un estúpido juego! No era nada de... nada de... –me dice mientras agita sus manos y se queda sin palabras–. No se trataba de nada de las cosas de las que estás hablando. Ese no es el tipo que conocí. Ese no es el tipo que me ayudó a obtener este empleo. ¿Sabes lo demente que te ves? Irrumpiste en una habitación y ¡destrozaste el maldito lugar! La única razón por la que no llamé a la policía luego de que te calmaras fue porque de toda la mierda que pudo haber salido de tu boca, para que sea así de jodida... no lo sé. Simplemente no lo sé –se frota la cabeza con la mano y se acerca para pasar los dedos sobre las identificaciones–. Sin embargo, ese el él, pero ese no es su nombre...

Encuentro la identificación que dice Keith, y lo deslizo hacia delante.

–E... este es quien fue co... conmigo.

–¿Qué son esas cosas? –pregunta mientras señala las etiquetas.

–Sus trofeos. Pequeñas a las que lastimó.

Ellis se pone pálido, su mano se acerca a las etiquetas y se detiene antes de que sus dedos puedan rozar esas piezas de tela contaminadas, esas chicas perdidas. Lo veo pronunciar cada nombre, la curva de sus labios por cada uno. Doy vuelta la cara cuando llega al mío.

–¿Cómo lo sabes?

–... –cierro mis ojos por un breve instante y apreté mis manos–. Él le hi... hizo algo a mi he... hermana.

–Entonces, ¿no deberías llamar a la policía?

–Lo haré, u... una vez que lo ve... vea.

–No –dice con voz firme–. Tienes que hablar con la policía ahora y dejar que ellos...

–N... No –azoto mi mano contra la mesa, la fuerza sube por mi brazo lastimado y adolorido. Lo sobresalto lo suficiente como para echar para atrás su silla.

Silencio. Ellis toma la botella de Jim Beam y se pone de pie, toma un trago. Luego camina hacia la ventana mirando el estacionamiento y se ríe.

–Darren, Keith, o quién mierda sea, me consiguió este trabajo. En verdad me ayudó. Salvó la *vida* de Joe. Siempre ha sido solamente honesto conmigo. No... no puedo creerte.

–Entonces di... dime que mi... miento.

No responde.

–¿Sa... sabes en dó... dónde está?

Se tensa y esa es toda la respuesta que necesito.

Estoy. Tan. Cerca.

Me levanto lentamente, con cuidado. Me mira con cautela.

–Ellis, no te co... conozco y lo si... siento por lo que pa... pasó en esa habitación, pe... pero necesito que me di... digas do... dónde.

–¿Así puedes arruinar la vida de un tipo?

–O po... poner a ese e... enfermo violador do... donde pertenece.

–Pero si me estás mintiendo...

–¿Qué pu... puedes perder? ¿Vas a a... apostar con la vi... vida de alguna chica? ¿Vas a po... ponerlas en peligro? –desearía haber continuado. Desearía haber podido llegado a su corazón. Se voltea hacia mí. Tomo cada una de las etiquetas–. Ca... Casey. Anna. Jo... Joelle. Jessica... Sa... Sadie.

–¡Entonces deja que llame a la *policía*!

–Ne... necesito resolverlo yo. De... debo hacerlo.

–Solo...

–Po... por favor.

Me duele el estómago porque no puedo hacer que las palabras salgan de la manera lo suficientemente perfecta como para convencerlo. No puedo describir esta incapacidad de comunicarme como deseo, cuando lo necesito. En un

momento como este. Me arden los ojos, las lágrimas se resbalan por mis mejillas y no puedo imaginar lo patética que debo verme. Una chica con la cara destrozada, un brazo desgarrador, suplicando por la oportunidad de salvar a otras chicas. ¿Por qué debería rogar?

–Si su... supieras lo que le hizo a mi he... hermana no estarías ha... haciéndome esto. De... debes dejarme ir. Dime dónde está. Ha... haz de cuenta que nunca es... estuve aquí.

Sus hombros descienden mientras exhala lentamente. Entrecierra los ojos y aprieta el puente de su nariz y me doy cuenta, después de un momento, que él también está llorando.

Retengo mi aliento.

Lo observo envejecer.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

ESPISODIO 5

JOE PERKINS:

Jesucristo.

WEST McCRAY:

¡Vaya!

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

La habitación de Darren Marshall luce como si hubiera estallado, a falta de una mejor definición. El aire aquí dentro está pesado y viciado dando testimonio de su prolongada ausencia. Aparentemente, destruyó el lugar la última vez que estuvo aquí. Hay ropa sobre toda la cama, el suelo y cualquier superficie libre. Las sábanas fueron arrancadas del colchón, y los muebles han sido volcados y alejados de las paredes, a excepción del refrigerador. Joe se dirige primero hacia allí y lo abre, la pestilencia de la comida pasada llena la habitación.

JOE PERKINS:

Oh, maldición...

[SONIDO DE UNA PUERTA QUE SE CIERRA DE GOLPE]

WEST McCRAY:

¿Qué pasó aquí, Joe?

JOE PERKINS:

Se ve como una maldita escena del crimen... Jesús... **[SONIDO DE UNA PUERTA ABRIÉNDOSE, VIDRIO CRUJIENDO]** Oh, Cristo, ¡no pise aquí! La ventana del cuarto de baño está rota.

WEST McCRAY:

¿Y no se enteró hasta ahora?

JOE PERKINS:

¿Ha visto este lugar? ¿Cómo se supone que iba a notar otra ventana rota? Jesús.

WEST McCRAY:

Entonces, ¿Darren no dejó la habitación en este estado?

JOE PERKINS:

Espero que no... pero, con sinceridad, no lo sé. Nunca aceptó el servicio de limpieza aquí dentro, y confiaba en que él se encargaría de mantener el lugar, no tenía razones para dudar, ¿sabe? Pero esto... luce mal. Parece como si hubiese habido una pelea o algo... ¿eso es sangre?

WEST McCRAY:

Hay unas manchas sospechosas en el suelo, aunque es difícil decir exactamente lo que son. Me muevo con cuidado por la habitación, mientras tomo fotografías con la cámara de mi teléfono. Lo primero que capta mi atención es el paquete de cerillos sobre la mesa de noche. Lo tomo porque me resulta familiar, pero en ese momento, no estoy seguro del porqué. Al frente del empaque dice *Cooper's*. Antes de que pueda acercarme a los cerillos, veo algo más: una fotografía en el suelo, casi oculta debajo de la cama.

Sé dónde fue tomada. He visto en persona esos canteros repletos de flores. Y conozco a las personas que aparecen en ella. Hay cuatro, y a quien primero reconozco es Claire. Se ve más joven. Está de pie junto a un hombre que sujeta un bebé. Mattie. A la derecha de la foto, al borde, está Sadie.

WEST McCRAY [A JOE]:

Ey, ¿este es Darren?

JOE PERKINS:

¿Qué es eso? Bueno, que me condenen, pero ese es él. Y esa... esa no es la chica que usted está buscando, ¿cierto?

WEST McCRAY:

Sí, es ella.

JOE PERKINS:

¿Qué demonios está sucediendo aquí?

WEST McCRAY:

Disculpa un momento, Joe... Enseguida vuelvo.

WEST McCRAY:

Salgo y le envío la fotografía a May Beth adjuntada a un texto. Me llama inmediatamente.

MAY BETH FOSTER:

Oh, Señor mío, esa es la fotografía. ¿En dónde la encontró?

WEST McCRAY:

¿Qué?

MAY BETH FOSTER:

Esa es la fotografía que se había perdido de mi álbum... cuando le enseñaba esas fotografías de las chicas, ¿lo recuerda? Había una página vacía. Una de las fotografías se había perdido. *Esa* es la foto que le falta a mi álbum. Las chicas, su madre y...

WEST McCRAY:

Darren.

MAY BETH FOSTER:

¿Qué?

WEST McCRAY:

Ese es Darren.

MAY BETH FOSTER:

No. Ese es Keith.

sadie

Cuando tenía siete, y Mattie un año, ella susurró mi nombre.

Fui su primera palabra.

Cuando Mattie tenía siete días y yo seis años, me quedé de pie cerca de su cuna y la escuché respirar, mientras observaba el subir y bajar de su pecho diminuto. Presioné mi palma sobre ella y me sentí a través de ella. Estaba respirando, viva.

Y yo también lo estaba.

Langford quedó a kilómetros detrás de mí, me encamino a un lugar llamado Farfield. *Keith está allí*, dijo Ellis. *Por lo último que escuché, estaba allí*. No sé si llamó a la policía o alertó a Keith luego de que yo me marchara de El Pájaro Azul, pero cualquier ventaja que pudiera haber tenido ya se había ido. La perdí cuando me di cuenta de que dejé mi fotografía en la habitación de Keith. Mi estómago da un vuelco, y otro más, y lo siguiente que hago es conducir sacudiendo el automóvil hasta la banquina para salir de él, ponerme de rodillas y vomitar bilis sobre la tierra.

No logro regresar al automóvil.

Me inclino agazapada sobre mis talones y me limpio la boca con la manga. Rebusco en mi mochila y encuentro las identificaciones y las etiquetas. Las extiendo junto a la carretera y me quedo sentada allí. Se siente mal tenerlas juntas. Separo su rostro de sus nombres. Se siente mal tenerlas. No quiero llevarlas conmigo.

Son una carga muy grande para llevar.

Cuando tenía once años y Mattie tenía cinco, no dormí por un año. Keith y mamá venían muy tarde del bar (ella borracha y él sobrio) ninguno de los dos intentaba hacer silencio, en especial ella. La escuchaba cuando arrastraba sus pies hacia la habitación o en dirección al ruido de Keith mientras ordenaba la

cocina. Y cuando todo ese ruido se extinguía, sabía qué sucedería luego y sabía lo que sucedería si me negaba. Si no era yo, iría a la habitación de Mattie, a menos que le dijera: *es... espera.*

Espera.

Hasta que una noche no pude decirlo.

Esa noche tenía la navaja, la tenía bajo mi almohada, mis dedos se aferraban con fuerza a su mango y en vez de haber hecho lo que debía, lo envié a ella. A la mañana siguiente Keith se había ido, y la vergüenza por mi debilidad estaba sobre mí como suciedad, creo que Mattie pudo sentir que había una parte de mí que la había abandonado y que no podía protegerla.

Así que me aferré más a ella para demostrarle que estaba equivocada.

La había sentido respirar, viva.

Y yo también lo estaba.

Cuando Mattie tenía diez años y yo dieciséis, mamá dejó una nota y se llevó el corazón de Mattie con ella. Mattie pasó todas las noches despierta, llorando, ¿eran tan malo estar solo las dos, Mattie?

Y luego esa postal...

Mattie vino a casa conmigo y su corazón en sus manos, allí, respirando, con vida...

Y yo también lo estaba.

Cuando tenía diecinueve y Mattie trece, Keith regresó.

Adivina a quién vi, me dijo, aún enojada, siempre disgustada por las distancias que yo no recorrería por nuestra madre, pero jamás viendo las que recorrería si se tratara de ella. *Le conté de mamá. Dijo que me llevaría a Los Ángeles.* Y le pregunté quién creía que la había criado, porque en ese momento, no podría haber sido yo.

Cuando Mattie tenía trece y yo diecinueve, huyó en medio de la noche, y subió al asiento de copiloto del camión que estaba estacionado bajo una farola de la calle, en un rincón de Cold Creek. No sé qué sucedió luego. Si cuando el huerto de manzanas apareció en el horizonte y marcó el espacio y la distancia entre las

dos, eso hizo que cambiara de idea. Si Keith no le permitió arrepentirse y la arrastró, pateando y gritando fuera del camión, en dirección a los árboles en donde la violó, respirando y con vida, hasta que no lo estuvo.

Y yo tampoco lo estaba.

Voy a matar a un hombre.

–Lo haré –susurro una y otra vez.

Lo haré, lo haré, lo haré.

Debo hacerlo. No puedo fallarle a Mattie, no otra vez.

Voy a matar al hombre que asesinó a mi hermana.

No me iré de aquí hasta que me convenza de ello.

Me siento en el suelo, siento la grava contra mis pantalones. Hay viento, el aire empuja mi cabello fuera de mi rostro. Escucho como se mueve el mundo a mí alrededor: los árboles fuera del camino, el susurro de las hojas como una canción en la noche. Me pongo de pie y me inclino hacia el costado de mi coche y miro al cielo y sus estrellas.

Pequeños milagros.

Ver las estrellas es ver al pasado. Leí eso una vez. No puedo recordar dónde y no sé mucho al respecto, pero es extraño pensar que aún no nos hayan alcanzado a Mattie y a mí, a Mattie estando muerta.

A lo que estoy por hacer.

LAS CHICAS

EPISODIO 6

[CANCIÓN DE APERTURA DE LAS CHICAS]

ANUNCIANTE:

Las Chicas es traído a ustedes por VR YA.

WEST McCRAY:

Keith es Darren. Comparto la fotografía con Ruby y me dice que es la misma que Sadie le mostró la noche que estuvo en Ray's, preguntando por él.

RUBY LOCKWOOD [TELÉFONO]:

Esa es. Es la fotografía.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Y aun así dudó de ella?

RUBY LOCKWOOD [TELÉFONO]:

¿Estaba equivocada?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Existe alguna posibilidad de que Keith sea el padre de Sadie?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Podría preguntarle a Claire cuando regrese, pero lo dudo.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Dime qué es lo que tienes.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Sadie buscaba a un hombre de su infancia, su madre solía salir con él. Lo conoció bajo el nombre de Keith, pero con todos lo que he hablado lo llaman Darren, a lo que se debe que nunca haya podido hacer la conexión. Sadie le ha estado diciendo a la gente que él es su padre, pero es poco probable.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Bien, entonces, ¿quién es?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

No pude encontrar nada con esos nombres. Tengo a mi equipo trabajando. Sin embargo, mira esto: en Langford, el motel El Pájaro azul. La habitación de Keith estaba destrozada... Aguarda un momento, te enviaré las fotos...

[SONIDO DE TECLADO, CLICKS DE UN RATÓN]

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

[SILBIDO]

¡Vaya!

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Sí. La fotografía que llevaba Sadie estaba en esa habitación. Era del álbum de fotos de las chicas de May Beth. Así que voy a suponer que estuvo en esa habitación.

No sé si la habitación ya lucía así cuando Sadie llegó, o si quedó así luego de que ella llegara o mientras estuvo allí. Según Joe, Keith no estuvo cuando Sadie visitó el motel, por lo que creo que no se encontraron.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Ella entró por la fuerza en su habitación.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Eso es lo que creo, pero... espera un momento...

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Qué?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Me olvidé, me distraje por la foto. También había una caja de cerillos en la habitación. *Cooper's*. Ese es un bar en Montgomery.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Montgomery... La ciudad que Sadie atravesó de camino a Langford.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

[PAUSA] Espera.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Qué?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Le pertenece a Silas Baker.

WEST McCRAY:

Silas Baker, el hombre acusado de delitos sexuales contra los niños a los que entrenaba en su equipo de béisbol infantil. Al principio parece una coincidencia, pero cuando profundizo en su caso, encuentro un recorte de noticias en donde los parientes lejanos de Baker fueron obligados a dar declaraciones. Marlee Singer es su hermana menor. No contesta mis llamadas.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Debí dirigirme primero a Montgomery. Maldición.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Entonces retrocede.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Esto no está... tengo un mal presentimiento, Danny.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Tienes que seguir eso también.

WEST McCRAY:

Los crímenes de Silas Baker fueron descubiertos cuando un chico local, Javi Cruz de dieciocho años, llamó al 911 y reportó un cuerpo sin vida en una casa abandonada a kilómetros de la ciudad. Cuando la Policía de Montgomery llegó al lugar, no encontró ningún cuerpo. Pero sí una colección de fotografías pornográficas con niños. Uno de los oficiales reconoció a los menores de las fotos y se desató el escándalo.

Regresé a Montgomery para hablar con Javi. Es un chico interesante. Mide un metro ochenta, es esbelto, con piel morena. Ha vivido toda su vida en Montgomery. Este es su último año de escuela y planea ir a la universidad. Se suponía que este sería el mejor año para él, pero las cosas dieron un giro inesperado para él, al menos socialmente, a raíz de su papel en el arresto de Silas Baker. Javi resultó ser el mejor amigo de los hijos mellizos de Silas Baker, Noah y Kendall, e incluso estuvo en uno de los equipos de béisbol cuando era pequeño. Dice que jamás fue abusado.

JAVI CRUZ:

Ahora todos me odian.

WEST McCRAY:

Eso es difícil.

JAVI CRUZ:

Bueno, no todos. Además, no la pasé mal en comparación con esos niños, pero perdí muchos amigos. Todavía hay mucha gente leal a Baker. ¿Ve la sección de comentarios en los artículos sobre él?

WEST McCRAY:

Las opiniones están divididas, por no decir otra cosa.

JAVI CRUZ:

La ciudad jamás volverá a ser la misma.

WEST McCRAY:

¿Y tú no sabías lo que hacía Silas? ¿Nunca experimentaste algún comportamiento inapropiado, sexualmente agresivo por su parte cuando tú...?

JAVI CRUZ:

¡No! Por Dios, no. Solo hacíamos béisbol. Simplemente... jugábamos béisbol. No sabía que era un monstruo. Tampoco supe de esa casa hasta... Ya se lo dije, fue la chica.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Sadie.

Javi conoció a Sadie cuando ella estuvo en Montgomery.

JAVI CRUZ:

Dijo que su nombre era Lera.

WEST McCRAY:

Cuéntame cómo se conocieron.

JAVI CRUZ:

Estaba en Cooper's con Noah, Kendall y otra amiga. Ella aún me habla y no quiere que mencione su nombre, si le parece bien.

WEST McCRAY:

Claro.

JAVI CRUZ:

Estábamos bebiendo. Jamás tuvimos problemas en Cooper's ya que el señor Baker era su propietario. Sé que eso no está bien, pero nadie puede decir que no haya bebido alcohol antes de que la ley se lo permita. De esa forma nos la pasábamos durante los veranos de Montgomery. Todas las noches eran más de lo mismo, hasta que... ella apareció.

Era como... pensará que es estúpido.

WEST McCRAY:

Ponme a prueba.

JAVI CRUZ:

No es fácil de explicar. La banda estaba tomando un descanso y pusieron un poco de música de fondo, y Lera, *Sadie*, estaba... bailando sola justo en el medio del lugar y pensé que era muy hermosa, ¿sabe? Solo quería conocerla. ¿Ha conocido a alguien así, que todo lo que puedes pensar es en querer estar a su lado? Como... ¿en su misma órbita?

WEST McCRAY:

Sí y me casé con él.

JAVI CRUZ:

¿Lo ve? De eso hablo. Quiero decir, debería confesar que no era una gran bailarina. **[RISAS]** Pero tampoco le importaba y eso es lo que la hacía hermosa. No...

Noah me llama... me *llamaba* caliente bancas.

WEST McCRAY:

¿Qué quiere decir?

JAVI CRUZ:

Esa es... era la broma personal de nuestro grupo. Por ejemplo... veo la acción, pero no formo parte de ella. Pero me levanté de mi asiento y le pedí que bailáramos.

Bailé con ella.

WEST McCRAY:

¿Qué sucedió?

JAVI CRUZ:

La llevé con nosotros al reservado.

Mi amiga que no quiere dar su nombre, ella creyó que Sadie era parte de una familia que se había mudado poco antes a la ciudad y Sadie le siguió la corriente. Kendall y ella como que... no lo sé.

A Kendall no le agradó Sadie.

WEST McCRAY:

¿Por qué?

JAVI CRUZ:

Porque le había robado su papel: ser ese tipo de chica loca que baila sola, a la que todos miran. Pensó que Sadie era extraña porque había visto su Instagram. Como si hubiera investigado a

Kendall, y hubiera ido a Cooper's porque sabía que ella estaría allí.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Cada vez más, tengo razones para dudar en la insistencia de Marlee Singer de que jamás habló con Sadie. Sadie habló con Marlee, que conocía a Keith. Sadie salió en busca del hermano de Marlee, Silas Baker, y su familia en Montgomery. No hay duda de que Silas conocía a Keith también.

JAVI CRUZ:

Nos dijo que su familia se había mudado tras la muerte de su hermana.

WEST McCRAY:

¿Les dio más detalles?

JAVI CRUZ:

No, pero nos dimos cuenta de que estaba realmente herida. No me sorprendió saber que esa parte era cierta. Como sea... le di mi teléfono y prometió llamarme en la mañana, iríamos a lo de los Baker. Pero luego me llama y me dice de encontrarnos aquí.

WEST McCRAY:

Aquí es el café Lili's. Una pequeña tienda con una atmósfera dulce y hogareña, en un rincón de la calle principal de Montgomery. Javi me dice que es una locura por las mañanas, repleto de clientes que forman largas filas por la famosa cerveza fría de Lili y sus donas glaseadas con azúcar. Hoy está tranquilo.

JAVI CRUZ:

Le compré un desayuno y lo comimos enseguida, noté que algo andaba mal. Es difícil describirlo, pero ella estaba callada y se veía... enferma. Le pregunté qué le sucedía. Aunque no me lo dijo. Me lo enseñó.

WEST McCRAY:

Sadie llevó a Javi a esta casa a varias millas de la ciudad y le enseñó las fotografías. Javi tiembla visiblemente cuando me cuenta esta parte.

JAVI CRUZ:

Recuerdo haber salido a los gritos de esa casa. Porque conocía a aquellos... conocía a aquellos niños y eso hacía que quiera volarme la cabeza y... no puedo. Lo siento... lo siento.

WEST McCRAY:

Está bien, tomate tu tiempo.

JAVI CRUZ:

[EXALA] Le pregunté cómo lo supo. Cómo supo que esas cosas estaban allí y me dijo que estuvo aparcada fuera de la casa de los Baker toda la noche y vio como Silas dejaba la casa muy temprano en la mañana, como creyó que era extraño, lo siguió hasta esa casa... dijo que se escondió hasta que él se marchó y luego entró a husmear. Eso es lo que encontró dentro. No sé si es cierto, pero quería que yo llamara a la policía.

Quisiera decir que hice lo correcto enseguida, quisiera decirle eso, pero...

WEST McCRAY:

Javi estaba demasiado abrumado y perturbado como para comprender la magnitud de lo que estaba sucediendo y Sadie le exigía una acción inmediata.

WEST McCRAY [A JAVI]:

¿Sadie estaba dispuesta a llamar a la policía?

JAVI CRUZ:

¡Eso era lo extraño! No quería hacerlo. Dijo que estaba asustada.

WEST McCRAY:

¿No pensaste que fuera extraño que se estacionara fuera de la casa de los Baker durante toda la noche? ¿No le pediste explicaciones al respecto? Se oye como si ella pudiera haber tenido un indicio de que algo estaba pasando desde el principio.

JAVI CRUZ:

Una vez que vi esas fotografías, no pensaba en otra cosa. Conocía al señor Baker de toda la vida. Esto me quebró. Asisto a terapia. Por eso no pude llamar a la policía al principio... Kendall y Noah eran mis mejores amigos, y el señor Baker... lo conocía desde que era un *niño* y él no... Nada de esto tenía sentido. Condujimos de regreso a la ciudad, y ella continuaba diciendo que debería hacerlo porque de lo contrario...

WEST McCRAY:

Si no lo hacía, ¿qué?

JAVI CRUZ:

No lo sé. Regresamos a Montgomery. Ella se detuvo en The Rose Mart, un mercado al final de la calle. Tiene un teléfono público...

Dijo que, si no podía hacerlo abiertamente, que llamara a la policía y dijera que quería reportar un cuerpo sin vida y que colgara sin identificarme para dejar que la policía encontrara todo.

WEST McCRAY:

Al comienzo, te negaste.

JAVI CRUZ:

Estaba perturbado. Asustado como nunca.

WEST McCRAY:

Cuando le dijiste eso a Sadie, ¿cuál fue su reacción?

JAVI CRUZ:

Me dejó allí.

WEST McCRAY:

Pero al final realizaste la llamada.

OPERADOR DEL 911 [TELÉFONO]:

911. ¿Cuál es su emergencia?

JAVI CRUZ [TELÉFONO]:

Eh, quiero reportar un cuerpo sin vida.

WEST McCRAY:

Javi hizo lo que Sadie le había sugerido: dio las indicaciones hacia la casa y colgó antes de que le pidieran identificarse.

Luego de que se encontraran las pruebas de pornografía infantil, el Departamento de Policía de Montgomery obtuvo el rodaje de unas cámaras de seguridad que había fuera del mercado e identificó al denunciante misterioso. Llegó a echarle un vistazo a la cinta. Sadie no está con Javi mientras él realiza la llamada. Sucedió luego de que ella se marchara. Él se queda de pie frente a la cabina telefónica, caminando de un lado a otro durante diez minutos hasta que por fin toma el tubo y lo acerca a su oreja. Realiza la llamada y vuelve a casa, en donde se encierra en su habitación y no habla con nadie hasta que la policía llama a su puerta. Sadie fue a la casa de Silas Baker.

JAVI CRUZ:

Kendall y Noah explotaron mi teléfono. Jamás respondí sus mensajes, pero...

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Los Baker no están haciendo declaraciones a la prensa.

JAVI CRUZ:

Dicen que Sadie apareció en su casa porque dijo que podría verme allí, lo cual no era cierto. Noah intentó comunicarse conmigo, pero no respondí sus mensajes.

Creo que todo fue bien, por un rato, y luego el señor Baker llegó a la casa. Dijeron que Sadie no era quien decía ser y que fui un estúpido al gustar de ella. También dijeron que robó el teléfono

del señor Baker y que ella lo agredió.

WEST McCRAY:

¿Agredirlo?

JAVI CRUZ:

Sí, con una navaja. En la subida de su coche.

Dijeron que ella se metió en su coche y se largó antes de que cualquiera pudiera hacer algo y que luego el señor Baker no tuvo intención de presentar cargos porque era obvio que estaba “perturbada”.

Mientras todo esto pasaba, la policía estaba en esa casa.

WEST McCRAY:

Así que Kendall y Noah insinuaron que hubo violencia entre Sadie y el señor Baker.
¿Mencionaron que él la había herido?

JAVI CRUZ:

No dijeron nada. Aunque eso no signifique que el señor Baker no lo haya hecho. Simplemente dijeron que no sabrían explicar si él lo había hecho.

WEST McCRAY:

¿Y Sadie no estaba herida cuando la encontraste esa noche en Cooper’s o por la mañana en Lili’s?

JAVI CRUZ:

¿Herida cómo?

WEST McCRAY:

De acuerdo con una joven que se encontró con Sadie cuando ella dejaba Montgomery, Sadie estaba herida. Tenía la cara con moratones, insinuó la posibilidad de una nariz rota y una barbilla con raspones.

Si esto no sucedió en la propiedad de los Baker, habría sucedido poco después.

JAVI CRUZ:

Jesús.

WEST McCRAY:

¿Sadie te mencionó a algún hombre llamado Darren o Keith?

JAVI CRUZ:

No... no que yo recuerde. ¿Cree que ella estará bien?

WEST McCRAY:

Eso es lo que intento descubrir.

JAVI CRUZ:

Pero ¿cree que ella está bien?

VOZ FEMENINA AUTOMATIZADA [TELÉFONO]:

Esta es la casilla de mensajes de...

MARLEE SINGER [TELÉFONO]:

Marlee Singer.

VOZ FEMENINA AUTOMATIZADA [TELÉFONO]:

Por favor deje un mensaje después del tono.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Marlee, le habla West McCray.

Mire, sé que no quiere atender mis llamadas, pero sucede algo: cuento con pruebas crecientes que insinúan que usted vio a Sadie, que la dirigió hacia su hermano, hacia la casa de Silas. Usted conocía a Darren. Creo que es probable que Silas también lo conociera. Realmente le agradeceré si podemos hablar. Simplemente intento regresar a una chica a su casa, a la familia que la echa de menos.

Por favor, llámeme.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Ey, May Beth, ¿está Claire?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

No. Aún no... no ha regresado.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

¿Desde la última vez que llamé? ¿Está bromeando?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

No. No sé si... Quiero decir, hay varias cosas de ella aquí, me gustaría creer que no las dejó, pero...

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Me dirijo a Cold Creek. Llámeme si es que regresa.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

¿Por qué? ¿Qué descubrió?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

No lo sé.

sadie

Farfield, Colorado.

Siento cada uno de los kilómetros como una herida en mi piel. Este camino ha sido el más difícil de todos. Hay dolor en él, fealdad. El dolor de mantener la misma posición durante horas, la forma en que las articulaciones de mis dedos se agarrotan por sujetar el volante con tanta fuerza que, cuando detengo el coche, aún lo siento sujeto entre mis dedos. Cuando por fin veo la señal del pueblo, no encuentro alivio.

Farfield compensa los promedios de todos los lugares en los que he estado. No se ve tan acosado por la pobreza como para que me duela verlo, o no tan doloroso como Montgomery y todo su brillo. Aquí algunas partes están devastadas, otras más libradas-a-su-propia-suerte y luego se convierte en una pendiente económica que asciende de agradable a más-agradable y, finalmente, lo-más-agradable. El lugar en el que vive Keith queda en la parte librada-a-su-propia-suerte del pueblo, en dirección a lo más agradable, excepto que está apuntando a la dirección equivocada. Es una casa simple de dos pisos con pintura blanca descascarada sobre un revestimiento desgastado.

Estaciono al otro lado de la calle.

Mi corazón palpita, la sangre fluye por mis venas, todo está saliendo como se suponía. Observo la casa por un largo rato, como lo hice con la casa de Silas, preparándome para ese momento, tengo que verlo antes de intentar cualquier cosa.

Todo lo que debo hacer es sobrevivir ese momento para superar el resto.

Tengo calor, estoy sudando. Apoyo mi cabeza contra el asiento y cierro los ojos por un breve momento, o tal vez durante más tiempo porque lo que veo luego de abrirlos no estaba antes allí: hay una niña pequeña en el umbral del

frente. Está rodeada de papeles, los cuales está garabateando mientras aún sostiene el libro que tiene en una de sus manos. Luce tal como si hubiera salido de una de las pinturas de Norman Rockwell que no puedo creer que sea real. Es pequeña. Diez años, tal vez. Lleva unos shorts vaqueros rosados, una camiseta a rayas y su cabello castaño está levantado en una coleta torcida hacia un lado, puedo intuir que se ha peinado por sí misma. El libro tiene cubierta blanda y lo sujeta como si fuera un salvavidas. Está llegando al final de su lectura. Tiene apósitos adhesivos en ambas rodillas.

Su presencia inesperada es más de lo que puedo soportar. No sé por qué no esperaba encontrármela. No quiero sentirlo, pero no puedo evitarlo. Jalo hacia abajo las mangas de mi suéter. Hace demasiado calor para usarlo, pero es todo lo que tenía para cubrir mi vendaje. Mi brazo ha estado adolorido desde Langford, hay pequeños puntos rojos que se extienden lentamente a lo largo de la venda, pero trato de no pensar. Me miro el rostro en el espejo. Ha cambiado a un tono de color que solo podría comparar con el de una fruta magullada. Morados y pardos con matices amarillos. Odio verme porque me recuerda a Silas Baker, aún libre ahí fuera. Pero tal vez pueda volver a él, después de Keith.

Hacerlo bien esta vez.

Doy un paso fuera del coche, mi cuerpo protesta por el simple movimiento.

La niña se queda mirándome mientras me aproximo. Cuanto más me acerco, mejor noto su fragilidad, se ve un poco silvestre. Su piel blanca como la leche tiene pequeñas pecas. Tiene una cara afilada, ojos pequeños y nariz larga. Me quedo mirándola y ella me devuelve el gesto. Cierra el libro: un ejemplar de la serie de libros *El club de las niñas*. Le muestro una pequeña sonrisa y me mira con cautela. No la culpo. Me veo escalofriante, macabra.

—Ho... hola.

—Hablas gracioso —dice inmediatamente y se oye más pequeña de lo que esperaba. Su voz es más aguda, incluso más aguda que la de Mattie.

—Ta... tartamudeo.

—¿Qué le pasó a tu cara?

–Soy mu... muy torpe.

Me inclino hasta que estoy a su altura y señalo el libro en su mano. En la cubierta con los bordes deshechos se puede ver a Stacey que corre hacia las demás chicas con los brazos extendidos. Recuerdo eso y extraño que lo haga. A veces me olvido de que fui una niña que hizo cosas de niños. Que leía sobre chicas con las que soñaba ser. Que hacía cosas como jugar en la tierra y preparaba tartas de lodo. Dibujaba. Atrapaba luciérnagas en verano.

–Stacey e... era mi favorita, siempre qui... quise vestirme como Cla... Claudia.

–Odio a Stacey.

Público difícil.

–¿Cu... cuál es tu fa... favorita?

–Mallory –dice luego de un largo minuto–. Y Jessi. Soy tan mayor como ellas. Me gusta leer sobre chicas... de mi edad.

Baja la vista y puedo sentir cuan mayor siento que es porque yo misma lo siento, años en mí que nadie más puede ver. Ansío esos momentos en donde los adultos me trataban como a una verdadera niña. Me pregunto si Keith tiene su etiqueta lista para llevarse esa parte de ella con él.

Deseo tanto haber llegado a tiempo, pero si él ya está aquí eso significa que es tarde.

–Alguien vendió su colección completa de la serie a la librería del centro. Intento comprarlos todos antes de que alguien más lo haga, pero no tengo dinero –dice con la cara iluminada.

Levanto uno de los dibujos. Pienso que son mejores de lo que podrían ser para su edad. Paisajes variables y pequeñas niñas tristes que lucen un poco demasiado como ella. Es doloroso ver que el dolor es tan obvio como esos dibujos. Apuesto a que su madre los cuelga orgullosa en el refrigerador, viéndolos sin siquiera notarlo. Todos los dibujos están firmados por NELL.

–Ne... Nell –digo–. Esa eres tú.

–No se supone que deba hablar con extraños –me dice.

–No so... soy un extraño. Conozco al no... novio de tu mamá.

—¿Conoces a Christopher?

La manera en que se oye cuando me lo pregunta hace que quiera prender fuego al mundo. El destello repentino y temeroso en sus ojos me dicen todo lo que necesito saber. Veo el temblor de sus manos, veo como sujeta con más fuerza su libro para detenerlo, para ocultarlo.

Tiene diez años y ya está luchando contra sus propios gritos de auxilio.

Desearía poder decirle que pronto no tendrá que preocuparse más. *Que sé lo que está pasando, y todo estará bien.* Estoy segura de que jamás ha oído esas palabras, nunca, y sé cuánto las ha ansiado, al igual que yo.

—¿Es... está por aquí?

—¡No! —exclama cuando me muevo en dirección a la casa. Me volteo—. Está durmiendo. Esta es la hora del silencio y se supone que no debo despertarlo o se enojará.

—¿Po... por eso es por lo que es... estás aquí afuera?

—Ya habré terminado el libro cuando se despierte —lo dice con orgullo.

—Eso es ge... genial —sonríe de forma radiante—. ¿Do... dónde está tu ma... madre, Nell?

—Trabaja en *Falcon*.

—¿Qué es e... eso?

—Un bar.

Por supuesto. Mis rodillas hacen un chasquido.

—¿Cu... cuándo regresa?

—Cuando ya estoy durmiendo.

Es casi demasiado perfecto. Puedo meterme en esta casa y encontrarlo, estirado en algún sofá o cama, durmiendo boca abajo. Puedo cernirme sobre él, la navaja en mis manos, equilibrarla sobre su corazón latiente y sumergirla en su pecho, acabando con él. Imagino sus ojos abiertos para que sea la última cosa que vea antes de morir. Pintando una habitación completamente de rojo, marchándome. Y cuando le pregunten a Nell si vio algo, ella dirá “*no, estaba afuera, no debo estar en la casa durante la hora del silencio*”, porque ella no tiene permitido entrar cuando

él está durmiendo...

Ese pensamiento y su emoción embriagadora me guían hacia la puerta y luego a mi mano hacia al picaporte. Me volteo cuando ella entra en pánico. Nell corre hacia mí, rodea mi muñeca con sus manos pequeñas. Manos tan pequeñas como las de Mattie a esa edad. *Ella no es Mattie*, pienso, pero mi corazón quiere llevarme a ese lugar. *Ella no es Mattie, ella no es Mattie, ella no es Mattie, ella no es Mattie...* pero sus manos son pequeñas... y cálidas...

–No puedes entrar –me dice con desesperación en la voz.

Y está viva.

–Ve... ven conmigo –le digo. Me mira boquiabierta.

¿Pero qué si lo hace? ¿Qué pasaría si tan solo me la llevo, qué si puedo llevarla lejos de lo que la espera más allá de esta puerta?

–Ne... Nell, ven co... conmigo –me suelta la mano y da un paso atrás. Me estiro hacia ella y da otro paso más, vuelvo a estirarme, porque no puedo detenerme, porque ambas sabemos qué la espera ahí dentro. Siento como mi tartamudeo se acentúa en cuanto el pánico se trepa por mi interior. Se me dificulta respirar-. Cre... creo que deberías ve... venir conmigo. No... N... No es...

Seguro.

Sabes que no es seguro, así que ven conmigo.

Por favor.

–Mi mamá llegará en cualquier momento –dice mientras sacude la cabeza y olvida que anteriormente me dijo que ella no vendrá hasta más tarde-. Mi mamá –me muevo de una forma en la que no debe agradarle-. *¡Mamá!* –abre la boca y grita.

Su grito me arranca de mis fantasías y me obliga a regresar a mi cuerpo. A mi cuerpo lastimado, adolorido y cansado. Mi corazón cansado. Doy un paso torpe lejos de ella, está muy asustada.

–Lo... lo... siento –busco mi billetera en mis bolsillos y le extiendo un billete de veinte-. Es... espera, toma.

Cierra la boca y me mira con sospecha mientras yo dirijo la vista calle abajo. Si por casualidad alguien escuchó sus gritos, no están viniendo. Trago saliva y agito el billete frente a su rostro. *Toma el dinero, Nell.* Tiene que saber sobre el dinero. Yo sabía esas cosas a su edad.

–Pu... puedes comprar la se... serie de Las niñe... niñeras con esto.

Da un paso hacia delante, dudando, no quiere acercarse demasiado a esta chica monstruosa con el rostro moreteado. Arranca el billete de mi mano y corre calle abajo. No mira hacia atrás. Parpadeo para barrer las lágrimas de mis ojos y le hago una promesa a su silueta que se aleja.

Terminaré con esto.

Enfrento la casa.

Entro.

La casa está en silencio excepto por el bajo canturreo de electricidad y el tictac del reloj de la pared. Me detengo en una entrada pequeña, la cual se estira hacia una puerta que da a la parte trasera de la casa. Hay una cocina a mi izquierda y unas escaleras que llevan a la planta superior a mi derecha. Cierro la puerta por detrás de mí con cuidado y luego me inclino sobre ella, me obligo a respirar profundo, inhalar y exhalar. Hay un vaso de leche y un sándwich por la mitad sobre la mesa de la cocina. Los platos secándose sobre el escurridor. Hay una habitación más allá de la cocina y me dirijo hacia allí, sorprendiéndome por lo sigiloso que es mi propio cuerpo, que se preparó para este momento. La habitación es una sala de estar, y aquí es en donde está el reloj, la televisión, el sofá que imagine sosteniendo a Keith, con la pierna colgando y la boca abierta mientras dormía.

Pero él no está aquí.

Así que me dirijo hacia arriba.

Todo fue fácil hasta este momento, cuando mi pie derecho se encuentra con el primero de los escalones. Las escaleras son antiguas, y me lo hacen saber, mientras se quejan ruidosamente bajo el peso de mi cuerpo. Cada vez que crujen, siento como si me estuviera cayendo, como cuando tomaba las curvas con el

coche en una colina, ese extraño impulso de ansiedad en la boca del estómago.

Exhalo con cuidado una vez que llego al descanso. No me doy cuenta cómo me estoy sacudiendo hasta que me aferro del barandal y echo un vistazo a mis dedos temblorosos.

Hay tres puertas, la más cercana está abierta y revela lo que es un baño, me deja dos opciones. Empujo la primera puerta y me encuentro dentro de la habitación de Nell.

Creí que podría encontrarlo aquí.

Esperaba no hacerlo.

Su habitación está ordenada de la misma manera en que yo mantengo en orden mi habitación, como si todo hubiera sido puesto en su lugar por unas manos pequeñas indecisas. Hay un empapelado desgastado de color rosado con bordes amarillos que me hacen creer que ha estado aquí por más tiempo que Nell. La cama es pequeña y la cubre un edredón un poco desinflado color verde menta, de segunda mano. Atravieso el umbral y me muevo hacia el escritorio diminuto que está frente a su cama. Aquí es en donde hace sus obras maestras. Un cuaderno de bocetos y lápices de colores con stickers en ellos. Voy a su vestidor, que está junto a la cama, abro la puerta y me encuentro con la esencia de detergente para ropa de bebés y todas las prendas de Nell que son imposiblemente pequeñas.

Fui así de pequeña una vez.

Hace una vida atrás.

Examino su ropa cuidadosamente casi sin darme cuenta. Esto no era algo que planeara hacer, pero ahora que estoy aquí, no logro detenerme porque lo sé. Sé que encontraré exactamente lo que no quiero encontrar, y está allí, en el fondo. Una camiseta sin su etiqueta. La quito del gancho y la presiono contra mi rostro mientras me invade una ola de dolor. *Voy a salvarte, Nell. Voy a salvarte*, pero todo lo que siga, pienso, está más allá de la salvación. Puedo detener a Keith, pero no puedo detener todo el daño que ya ha hecho. ¿Cómo perdonas a las personas que se supone que deben amarte y protegerte? A veces no sé qué cosa extraño más: todo lo que perdí o todo lo que no tuve.

–Siempre me pregunté si aparecerías en mi puerta algún día.

Doy un paso en falso hacia delante y luego me equilibrio. Su voz calma, sin fillos me vuelve pequeña, me convierte en una niña pequeña, enferma con la certeza de que ha hecho algo malo.

Porque cuando me doy la vuelta está de pie justo frente a mí.

Desearía que su oscuridad fuera notable desde el exterior, pero realmente tienes que conocerlo para poder verla. Como todos los monstruos, se esconde a plena vista. Es alto, siempre lo ha sido. Lleva unos jeans, con las botamangas andrajosas, los jirones de tela cuelgan sobre sus pies descalzos. Sus piernas se estiran hasta su torso, sus brazos tensos y musculosos como no recordaba que lo fueran cuando era pequeña. Su rostro sigue afilado como siempre, sombreado por lo que evidencia que necesita afeitarse. Las arrugas alrededor de sus ojos se ven más profundas ahora que cuando tenía once años, y ya eran pronunciadas incluso en ese entonces. Ocho años. Han pasado ocho años desde la última vez que lo vi, pero siento que ese tiempo entre los dos desaparece. *No soy pequeña, no soy pequeña, no soy pequeña...* El suelo cruje por debajo de él. Se posiciona contra el marco de la puerta, inclinándose sobre ella, bloqueándome el camino. Dejo la camiseta de Nell contra mi rostro. La piel de mis manos se estira fuertemente sobre mis nudillos por cómo me aferro a la prenda.

Cierro los ojos.

Siento el sonido de su respiración, recuerdo como respiraba por las noches, lo recuerdo... *No soy pequeña...*

El suelo da un quejido por su peso...

Abro los ojos y levanto la cabeza.

Se ha ido.

Podría pensar que jamás ha estado aquí si no fuera porque puedo oírlo moverse rápidamente a través de la casa, huyendo de mí, y me siento nerviosa, desdibujada, intentando entender lo que acaba de ocurrir, lo que dejé que pasara. Dejo caer la camiseta de Nell y salgo de la habitación, apresurando el paso por las escaleras, ruidosamente, porque si está aquí y sabe que también lo estoy, no

tienen sentido moverme en silencio. Llego al final de las escaleras.

La puerta de atrás está abierta. Da al patio trasero y al bosque que hay más allá.

Me muevo hacia allí. Atravieso la puerta, doy un primer paso hacia el exterior y el mundo explota en una hermosa noche oscura, con más estrellas de las que he visto en toda mi vida. Las observo brillar ante mis ojos, resplandecientes y blancas, luego rojas, antes de comenzar a desaparecer lentamente. Y luego todo lo que queda es negro. Siento como si mi cráneo se estuviera partiendo en dos, como si latiera por el impacto de alguna fuerza desconocida. *Me golpeó*, apenas logro darme cuenta...

Y luego: un pequeño, pequeño pinchazo de luz, una sola estrella en el horizonte se acompasa con mis latidos, pulsando débilmente, manteniéndome aquí. Quiero alcanzarla, pero no puedo mover mis brazos. En lugar de eso caigo ante ella, siento mi cuerpo cuando golpea el suelo. Estoy sobre el suelo, mi cabeza dispara pensamiento tras pensamiento que parece no poder completarse y todos comienzan con *Mattie*...

Y parece que nunca acabarán.

LAS CHICAS

TEMPORADA 1

EPISODIO 6

WEST McCRAY:

Cuando por fin regreso a Cold Creek, Claire aún no ha vuelto.
Han pasado un par de días.

MAY BETH FOSTER:

Llamé a todos los bares a cuarenta kilómetros a la redonda. Nadie la ha visto, no sé cuánto costará eso. Se dejó el dinero aquí... tal vez se pegó una borrachera en algún bar de mala muerte que no conozco y consiguió a alguien que pagara la cuenta.

WEST McCRAY:

Es muy sencillo creer que Claire haya puesto en peligro su abstinencia al alcohol al regresar a Cold Creek. Pero cuando regresó, estaba motivada por su dolor, no vi señales de autodestrucción. Esa pena debería recordarnos que Claire Southern es mucho más que la suma de todas sus fallas. No es una persona perfecta, pero es una persona. Una madre.

La encuentro en el huerto donde encontraron el cuerpo de Mattie.

[SONIDO DE PASOS Y DE VEHÍCULOS A LA DISTANCIA]

WEST McCRAY:

¿Claire?

[PAUSA PROLONGADA]

CLAIRE SOUTHERN:

¿Está grabando?

WEST McCRAY:

Si le parece bien.

CLAIRE SOUTHERN:

Estuve conduciendo por ahí... simplemente conduciendo las mismas carreteras una y otra vez. No estoy segura de lo que estaba haciendo. Acabé aquí hace unas pocas horas y ahora me está tomando una eternidad marcharme.

Es como si no tuviera la voluntad de hacerlo.

WEST McCRAY:

Lamento su pérdida.

CLAIRE SOUTHERN:

Es la primera vez que alguien me lo dice.

WEST McCRAY:

También lamento eso.

CLAIRE SOUTHERN:

Cuando piensas que tendrás a alguien siempre a tu lado, es diferente. Piensas que tienes todo el tiempo del mundo para arreglar las cosas.

WEST McCRAY:

¿Esa es la razón de su regreso? ¿Para arreglar las cosas con Sadie, al menos?

CLAIRE SOUTHERN:

Dudo que pudiera haberlo hecho. Pero tener la opción es un consuelo.

¿Usted tiene hijos?

WEST McCRAY:

Sí.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Cuántos?

WEST McCRAY:

Solo uno.

Una hija.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Qué edad tiene?

WEST McCRAY:

Cinco.

CLAIRE SOUTHERN:

Una linda edad.

WEST McCRAY:

¿Sí?

CLAIRE SOUTHERN:

Sí. Comienzan a ser más independientes a esa edad, pero aún nos necesitan, como un bebé. Sadie lo era... Sadie pasó por algo así.

WEST McCRAY:

¿Sí, verdad?

CLAIRE SOUTHERN:

Nunca lo recuerda. Y probablemente sea asombroso que yo lo haga. Pero pasó por esta fase en donde quería que la arropara durante la noche, me rogaba para que lo hiciera, así que iba a su habitación y acariciaba su cabello hasta que se durmiera y en ese momento... me miraba y decía: *tú me has hecho*. Y yo... yo le decía: *Sí, bebé yo te he hecho*.

WEST McCRAY:

Usted ama a su hija.

CLAIRE SOUTHERN:

Mi hija me odia.

Y déjeme decirle algo más acerca de Sadie. Era lista. Cuando tenía siete, firmaba sus propias autorizaciones y, en cuanto se hizo mayor, firmaba las de Mattie. May Beth compraba los obsequios de Navidad y cumpleaños y Sadie los firmaba bajo mi nombre. Mattie nunca notó la diferencia.

¿Sabe qué más? Yo... Estuve en Harding's Grove desde que me marché. Por los últimos tres años. Está a tres horas de Cold Creek.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

De todas las cosas que he aprendido desde que comencé a desmembrar las capas de la historia de Sadie, esto pareció lo más certero: Claire partiendo a la Ciudad de los Ángeles, abandonando a Mattie y Sadie y enviando una postal de palmeras con un "Se mi chica buena" lastimero, garabateado por detrás y, como era costumbre, nada para su hija mayor.

Y Mattie, aferrándose a esas palabras hasta que la arrastraron al asiento de copiloto del camión de un extraño, que luego la mataría. Si les soy honesto, la magnitud de lo que Claire me reveló aún no me ha alcanzado:

Jamás estuvo en Los Ángeles.

Sadie envió esa postal.

WEST McCRAY:

Dios mío.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

La condición de Sadie a menudo la obligaba a tener que compensar. Cuando Claire se marchó, Sadie vio como Mattie se hundía en una depresión profunda e inalcanzable. Entonces arrojó una esperanza desesperada: una postal con la caligrafía de su madre, y funcionó. Pero también se convirtió en una grieta entre las dos, algo que nunca permitiría que su relación volviera a ser la misma. Por esa postal, lo cual bajo ningún aspecto es la culpa de Sadie, Mattie huyó y fue asesinada... y Sadie siguió adelante desde la muerte de su hermana menor, sabiéndolo. ¿Será que alguna parte de ella cree que es la responsable? No puedo imaginar la carga de esa culpa.

CLAIRE SOUTHERN:

Amé a mi madre. Jamás se rindió. Me quiso sin importar lo dañada que estuviera. Y tal vez eso no fue lo mejor para mí, pero Dios, cuando pienso en ella, solo pienso en ese amor. Cuando murió, desapareció. May Beth... jamás tuvo nada para mí. Así que creí que Sadie... creí que Sadie lo tendría. Y todos sabemos cómo terminó.

Dolía que me odiara. No podía soportarlo. Tenía que alejarla, de lo contrario la querría para mí. Y lo superé. Y con Mattie... con Mattie fue mucho más fácil. Ninguna de ellas... Ninguna merecía esto.

WEST McCRAY:

Aún podemos encontrar a Sadie.

CLAIRE SOUTHERN:

Podría estar lejos, muy lejos cuando la encuentres.

WEST McCRAY:

Claire...

CLAIRE SOUTHERN:

Lo de Mattie me está matando y es todo lo que soy capaz de aceptar.

WEST McCRAY:

No creo que así funcionen las cosas.

CLAIRE SOUTHERN:

Bueno, así es como funciona yo. **[PAUSA]** Usted debería estar con su hija. ¿Qué demonios hace aquí buscando a la mía?

WEST McCRAY:

Nadie más lo hacía.

CLAIRE SOUTHERN:

Esa no es la razón.

WEST McCRAY:

Bien... Tener una hija propia me ha vuelto...

CLAIRE SOUTHERN:

Ni se le ocurra completar esa oración.

WEST McCRAY:

Claire...

CLAIRE SOUTHERN:

Está haciendo esto porque su hija le abrió los ojos, ¿es eso? ¿Tener una niña pequeña le hizo ver que hay un mundo enorme, horrible y sucio fuera?

Así que ahora intentará salvar a mi hija de ese mundo y se palmeará a sí mismo en la espalda por haberlo dejado un poco más puro de lo que estaba.

WEST McCRAY:

No.

[PAUSA]

CLAIRE SOUTHERN:

No soy idiota, ¿sabe? Veo la forma en que mira a May Beth, cuando habla, como si fuéramos un par de pobres idiotas. Usted cree que puede tomar nuestro dolor y moldearlo en algo para usted.

Un espectáculo. Un espectáculo...

Fui utilizada por hombres durante toda mi vida, y ¿quiere la verdad? No creo que usted vaya a ser diferente.

WEST McCRAY:

Claire, si *usted* quiere la verdad, yo ni siquiera quería esta historia. Y mientras más sé de ella, menos la quiero porque no creo que me lleve a nada bueno. Pero ahora estoy en esto, así que tengo que terminar mi trabajo.

CLAIRE SOUTHERN:

Bueno, eso hace que me sienta mucho mejor.

WEST McCRAY:

No sé si nos estamos acercando a Sadie, pero hemos aprendido algunas cosas. Necesito que

usted me hable de Keith.

CLAIRE SOUTHERN:

... ¿Keith?

WEST McCRAY:

El tipo que Sadie está buscando, el que se ha estado llamando Darren. Hemos descubierto que Darren es Keith. ¿Qué puede decirme de él?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Me pregunta si podemos regresar al tráiler, en donde May Beth nos espera. May Beth no se ve feliz, pero echa un vistazo a Claire y pone a calentar un hervidor.

CLAIRE SOUTHERN:

Necesito un trago.

MAY BETH FOSTER:

Puedes largarte al demonio, eso es lo que vas a hacer.

CLAIRE SOUTHERN:

Jesús, May Beth, solo porque quiera un trago, no significa que vaya a tomar uno.

WEST McCRAY:

Cuando sea que estén listas.

MAY BETH FOSTER:

¿Listas para qué?

WEST McCRAY:

Para hablar sobre Keith.

CLAIRE SOUTHERN:

Keith fue un error.

MAY BETH FOSTER:

Él hizo lo mejor para ayudarte y tú lanzaste todo a la basura, como lo haces siempre.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Se puede ir?

WEST McCRAY:

May Beth, si no puede dejar que Claire nos diga de la forma en que lo recuerda, tendré que

pedirle que, por favor, nos deje solos.

MAY BETH FOSTER:

Esta es *mi* casa. ¿Está bromeando?

WEST McCRAY:

Esto no se trata de ninguna de las dos. Es sobre Sadie.

MAY BETH FOSTER:

Bien. Quédense, no me importa un carajo.

[LA PUERTA SE ABRE Y SE CIERRA]

CLAIRE SOUTHERN:

Acabemos con esto.

WEST McCRAY:

Dígame cómo fue que Keith entró a su vida.

CLAIRE SOUTHERN:

Lo conocí en un bar. Joel's. No recuerdo muy bien, pero me siguió a casa como un... cachorrito sobrio. No bebió. Jamás lo hizo durante todo el tiempo que lo conocí.

WEST McCRAY:

Entonces, ¿por qué estaba en ese bar?

CLAIRE SOUTHERN:

Eso es. Estaba buscando a alguien como yo.

WEST McCRAY:

Dígame qué quiere decir.

CLAIRE SOUTHERN:

Perdida, enferma... estaba enferma con mi adicción. Él ayudó a que siguiera estándolo. Siempre me daba dinero, se aseguraba de que estuviera drogada...

Jamás pidió nada a cambio. Él solo daba y daba y yo estaba feliz por recibirlo. Intentaba mantenerme fuera porque...

WEST McCRAY:

Porque ¿qué?

CLAIRE SOUTHERN:

Sadie lo odiaba, ¿sabe?

WEST McCRAY:

May Beth lo mencionó. Dijo que Sadie se sentía amenazada por él.

CLAIRE SOUTHERN:

Nunca le agradó nadie que trajera a casa. Tiene que entender que incluso si eran buenos hombres, jamás le gustaban. No todos fueron malos.

WEST McCRAY:

¿Keith fue malo?

CLAIRE SOUTHERN:

Acabé echándolo.

WEST McCRAY:

¿Por qué?

CLAIRE SOUTHERN:

Por su manera de ser con las chicas. Demasiado... interesado, ¿sabe? A la mayoría, cuando les dices que tienes niños no quieren saber nada contigo y debes prometerles que ellos estarán primero. Keith jamás pidió eso. No me gustaba la forma en que miraba a Mattie.

WEST McCRAY:

¿Qué quiere decir?

CLAIRE SOUTHERN:

Quiero decir lo que acabo de decirle.

WEST McCRAY:

¿Claire?

CLAIRE SOUTHERN:

Lo encontré... en la habitación de Mattie una noche. La última noche.

WEST McCRAY:

¿Haciendo qué?

CLAIRE SOUTHERN:

Nada, no lo sé...

Estaba mal. En cuanto lo vi, supe que algo estaba mal. No tenía motivos para estar ahí. Ninguno. Y a veces, cuando pienso en ello, creo que sus pantalones estaban bajos, pero...

estaba drogada, no lo sé. Lo eché de la casa esa misma noche, y a la mañana siguiente Mattie se había levantado preguntando en dónde estaba Keith... y cada vez que mencionaban su nombre, ella se veía bien, así que no lo sé... Creo que llegué allí a tiempo.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Claire es una mujer difícil de definir solamente por su voz. Ella recuerda estas cosas en una forma plana y distante, como para mantenerse alejada de ellas. Deberían ver la forma en la que se contrae con cada palabra que atraviesa sus labios. La manera en que juguetea con sus cigarrillos, pero no puede encenderlos. Les tiemblan las manos. Esto la altera profundamente.

WEST McCRAY:

Claire, debo preguntarle algo más.

CLAIRE SOUTHERN:

No.

WEST McCRAY:

¿Alguna vez Sadie le dijo...?

CLAIRE SOUTHERN:

No. No lo sé.

WEST McCRAY:

¿Keith abusó de Sadie?

CLAIRE SOUTHERN:

[LLORANDO] No lo sé.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Está claro que Sadie tenía asuntos pendientes con Keith. ¿Sería esto? ¿O él tuvo éxito en herir a Mattie? Claire habrá salvado a su hija esa noche, pero Keith estuvo en su casa por un año.

MAY BETH FOSTER:

Simplemente no... no puedo creer lo que dice.

CLAIRE SOUTHERN:

Es la verdad.

MAY BETH FOSTER:

Sadie debió decírmelo cada vez que me veía cuanto lo odiaba. Jamás la escuché. Pensaba que estaba siendo una niña, pero... ella jamás fue una niña.

CLAIRE SOUTHERN:

No empieces, May Beth.

MAY BETH FOSTER:

No lo haré, Claire.

Gracias a Dios... Gracias a Dios que lo detuviste.

WEST McCRAY:

Se oye como si Sadie estaba buscando a Keith porque debía resolver algo.

MAY BETH FOSTER:

No sé por qué fue tras de él, después de todo este tiempo.

WEST McCRAY:

Hay algo más. Keith mantuvo una relación con una mujer de la cual su hermano fue arrestado hace poco por abusar sexualmente de niños. Fue arrestado gracias a Sadie. Les hablaré de eso más tarde, pero sin Sadie, sería acertado asumir que él ha estado en busca de niños. No sé en qué medida ese hombre se conecta con Keith, pero por lo que Claire me ha estado contando, parece posible que ambos tenían esta predilección en común.

CLAIRE SOUTHERN:

Bueno, ¿qué pudo decirle su hermana?

WEST McCRAY:

Ella se niega a hablar.

CLAIRE SOUTHERN:

Bien, esa es una confirmación suficiente, ¿o no? **[PAUSA]** ¿En verdad ella logró que lo arrestaran?

[TELÉFONO SONANDO]

WEST McCRAY:

Lo siento, debo contestar. Habla West McCray.

JOE PERKINS [TELÉFONO]:

Oiga, habla Joe Perkins de El Pájaro Azul. Realmente siento llamarlo a estas horas, pero usted dijo que lo llamara si había algo más...

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

No hay problema, Joe. ¿Qué es lo que tiene?

JOE PERKINS [TELÉFONO]:

Estaba hablando con uno de los chicos que solían trabajar en el motel... Se fue en cuanto concreté la venta. Ellis Jacobs. Como sea, le mencioné que usted había venido, preguntando cosas y me dijo que usted debe venir aquí, en cuanto pueda, para escuchar lo que tiene para decir. Es sobre su chica.

LAS CHICAS

EPISODIO 7

[CANCIÓN DE APERTURA DE LAS CHICAS]

ANUNCIANTE:

Las Chicas es traído a ustedes por VR YA.

WEST McCRAY:

Ellis Jacobs es un hombre blanco de veinticinco años, pero su cara juvenil sugiere que tiene cinco años menos. Ha tenido una vida dura y es el primero en decirlo. Lo echaron de su casa cuando tenía diecisiete años. El novio de turno de su madre no contaba como uno de sus más grandes fans.

ELLIS JACOBS:

Por lo que sé, podrían estar casados ahora. Era un bastardo abusivo y me molía a golpes. Supongo que es así como funciona.

WEST McCRAY:

No tuvo un hogar hasta que tuvo cerca de veinticuatro años.

ELLIS JACOBS:

Lo mío no fue tan malo como para otras personas. Me quedaba aquí y allá. Tenía muchos buenos amigos con sofá. Pero se me hacía difícil poner los pies sobre la tierra.

WEST McCRAY:

Y luego conoció a Keith.

Pero Ellis lo conoció como Darren.

ELLIS JACOBS:

Sucedió lo siguiente: obtuve este juego en línea, cuando estaba en la casa de un amigo. Era un MMOG. Un videojuego de multijugador masivo en línea. Puedes hablar con la gente mientras juegas, y así fue como nos conocimos con Darren. No hubo nada siniestro, simplemente entablamos una amistad y me dijo que sabía lo que era ir de un lado a otro. Quería ayudarme.

WEST McCRAY:

¿Así como así? Apenas se conocían y ¿ya le estaba ofreciendo ayuda?

ELLIS JACOBS:

Estoy resumiéndolo. Mucho. Tuvimos como más de mil horas en ese jue-go. Es mucho tiempo como para conocer a alguien, o al menos sentir que lo haces.

WEST McCRAY:

¿Qué le dijo de él?

ELLIS JACOBS:

Bueno, es como le dije: me contó que no tenía a dónde ir, que estuvo separado de su familia la mayoría de su vida también. Su padre solía golpearlo...

Ahora me pregunto si algo de todo eso fue cierto, pero no lo sé. Me consiguió el trabajo en El Pájaro Azul cuando más lo necesité. Jamás me dio una razón para pensar que fuese... malo. Quiero decir, fue bueno conmigo.

Salvó la vida de Joe, por el amor de Dios.

Joe hablaba de Darren como si fuera un hermano, como si fuera uno de esos tipos que te lo darían todo, pero que nunca podrían saber cómo tener su vida en orden, ¿sabe?

WEST McCRAY:

Hábleme de cómo fue conocer a Sadie.

ELLIS JACOBS:

Estuve trabajando toda esa noche. No había escuchado una palabra acerca de ella cuando hice mi relevo a Joe. Vino tarde a la oficina y tenía la cara totalmente destrozada. No se veía bien. Lo primero que preguntó fue por Darren.

WEST McCRAY:

Sin embargo, él no estuvo durante ese fin de semana.

ELLIS JACOBS:

Nop, y tampoco había estado por ahí antes de ese fin de semana. Fue el período más largo que tuvimos sin verlo. Aún no lo hemos visto.

WEST McCRAY:

¿Darren les ocultaba acerca de su paradero?

ELLIS JACOBS:

No a Joe ni a mí. Pero nosotros lo entendíamos... ¿sabe? Entendimos que no debíamos molestarlo dondequiera que estuviera, o mucho menos decirlo a cualquiera que preguntara.

Como sea, eso es lo que Joe siempre me dijo.

WEST McCRAY:

¿Qué sucedió con Sadie?

ELLIS JACOBS:

Dijo que era un amigo de la familia. Hizo muchas preguntas sobre él. Lo que más me llamó la atención en ese momento fue que ella era muy persistente. Le ofrecí dejarle un mensaje, pero no quiso. Preguntó si podía dejarle algo dentro de su habitación, pero le dije que no. Preguntó si sabía en dónde estaba Darren y tampoco respondí a eso. Luego se rindió. Al menos eso creí.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

¿La ventana rota del baño?

Sadie.

WEST McCRAY [A ELLIS]:

¿Y no oyó el ruido de la ventana al romperse?

ELLIS JACOBS:

Si estoy encerrado aquí con la televisión encendida... no escucharé nada.

WEST McCRAY:

¿Qué lo llevó a ir hasta la habitación?

ELLIS JACOBS:

Ella lo hizo. Había actuado tan jodidamente raro... no pude dejarlo pasar. Así que luego de una hora o algo más tarde, creo, me levanté para ir a chequear. El instinto me motivó. No parecía que nada estuviera ocurriendo desde el frente del motel, pero me acerqué a la ventana y miré dentro. Las cortinas estaban cerradas, pero se podía intuir que había algo como... algo que se movía en su interior.

Abrí la puerta y ella estaba allí.

WEST McCRAY:

Dígame todo lo que recuerda.

ELLIS JACOBS:

Había mucho para asimilar. El lugar estaba destrozado. Ella lo había hecho. Su brazo sangraba gravemente...

WEST McCRAY:

¿Sangrando?

ELLIS JACOBS:

Rompió la ventana del baño, y no pudo pasar sin hacerse daño. El cristal le destrozó el brazo.

WEST McCRAY:

Jamás mencionó algo a Joe sobre esa ventana. No le dijo nada hasta que mencionó haber hablado conmigo.

ELLIS JACOBS:

Sí, eso es cierto.

Mire, la habitación de Darren estaba prohibida y creí que si Joe se enteraba perdería mi empleo. No tengo ninguna regla aquí, excepto esa. La regla más fácil de cumplir así que lo dejé pasar. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que Joe concretara la venta y necesitaba el dinero hasta el último momento. En cuanto compraron El Pájaro Azul, Joe dejó que me fuera e... iban a derribar el lugar. Me pareció un sinsentido traer el tema a colación.

WEST McCRAY:

Okey, entonces continuemos desde donde Sadie rompió la ventana, se cortó el brazo y usted la halló ahí dentro.

ELLIS JACOBS:

Necesitaba puntos de sutura. No los obtuvo, pero se veía lo bastante profundo como para saber que así era, y ahí me di cuenta de cuánto deseaba entrar a la habitación. Entro, la veo y ella me ve, luego saca una navaja y la pone contra mi garganta, y me pregunta... Jesús, es difícil decirlo en voz alta.

WEST McCRAY:

¿Qué le preguntó, Ellis?

ELLIS JACOBS:

Preguntó si yo era como él.

WEST McCRAY:

¿Como Darren?

ELLIS JACOBS:

Sí.

WEST McCRAY:

¿Qué quiso decir con eso?

ELLIS JACOBS:

Quería saber si yo... si yo... la manera en cómo lo dijo... Dios, fue horrible.

Me preguntó si me cogía a niñas pequeñas.

WEST McCRAY:

¿Esas fueron sus palabras?

ELLIS JACOBS:

Palabras exactas. Tenía una navaja contra mi garganta y preguntó si era... como Darren, y eso quiso decir cuando lo preguntó. Y de todas las cosas que podría haber dicho, yo no... eso no fue ni cercano a nada de lo que me esperaba.

WEST McCRAY:

¿Qué hizo luego?

ELLIS JACOBS:

Le dije que no sabía... No sabía sobre Darren. Le conté como lo conocí online a través de un juego y todo eso. Ella estaba... bien, así que cuando mis padres me echaron, debí depender de otras personas que me ayudaron, ¿entiende lo que digo?

WEST McCRAY:

Explíquemelo.

ELLIS JACOBS:

Bueno, como cuando era muy orgulloso o estaba muy enfadado... siempre fingía para lograr que las personas me dieran lo que necesitaba. Las hería. No físicamente, no, pero simplemente ponía mi dolor en ellos porque no sabía cómo pedir ayuda. Así que siempre intento recordar eso, sobre los demás, siempre intento ayudarlos, si creo que puedo.

WEST McCRAY:

¿Así que decidió ayudarla?

ELLIS JACOBS:

Un poco. Quiero decir, fue más porque me estaba cagando encima con esa navaja en el cuello y creí que iba a morir, amigo. Ella había enloquecido. Tenía esa... esa mirada en sus ojos... y siendo esa la situación, seguí la corriente.

WEST McCRAY:

La convenció.

ELLIS JACOBS:

Supongo que sí.

WEST McCRAY:

¿Cómo lo hiciste exactamente?

ELLIS JACOBS:

Le dije que estaba herida y que podía ayudarla y que podría contarme lo que yo no sabía sobre Darren. Pude ver que estaba cansada, amigo. Se veía como si estuviera acabada. Así que tuve algo a mi favor. Creo que por eso bajó la navaja... Pero también... Bien, en ese momento, pensé que moriría. Realmente creí que ella me mataría. Pero luego se marchó y no lo sé. *Recién*, en ese momento pensé que no hubiera sido capaz de hacerlo.

Aun así, lloré como un maldito bebé cuando me liberó.

WEST McCRAY:

Cuénteme qué sucedió después.

ELLIS JACOBS:

Volvimos a la oficina principal y curé su brazo, y ella me habló... Me habló de Darren.

WEST McCRAY:

Sin lugar a duda, Darren ha sido un buen amigo para usted. Sé que se ofreció a escucharla en un acto de autopreservación, pero ¿eso fue todo? ¿Le creyó?

ELLIS JACOBS:

Lo que intento decir es que cuando alguien te amenaza con una navaja y no quiere tu dinero o nada de valor, y las primeras palabras que salen de su boca son para preguntarte si haces cosas atroces a los niños pequeños... tiene que haber algo más, ¿no crees? E incluso cuando yo... yo jamás conocí al Darren del que ella me hablaba, ella encontró esas cosas en su habitación.

WEST McCRAY:

¿Qué tipo de cosas?

ELLIS JACOBS:

Encontró una pila de identificaciones falsas y en todas las fotos estaba... Darren, pero con nombres diferentes. Y ninguna tenía el nombre de Darren.

WEST McCRAY:

¿Recuerda algunos de esos nombres?

ELLIS JACOBS:

Solo Keith, como lo mencionó. Sadie dijo que lo conocía como Keith. Y luego las otras cosas que ella encontró en su habitación eran, eh... eran etiquetas.

WEST McCRAY:

¿Etiquetas?

ELLIS JACOBS:

Etiquetas como... eran etiquetas que habían sido cortadas de camisetas... Y tenían nombres... nombres de niñas. Él había escrito nombres de niñas en las etiquetas. Cuando le pregunté qué significaba... ella me dijo que eran los trofeos de Darren... Sus trofeos de las pequeñas.

Sadie era uno de los nombres.

WEST McCRAY:

De acuerdo.

ELLIS JACOBS:

Aunque no dijo que ella era Sadie. Tampoco pensé en ello hasta que usted me dijo su nombre, y entonces lo recordé.

WEST McCRAY:

Bien, ¿qué ocurrió luego de eso?

ELLIS JACOBS:

¿Está bien?

WEST McCRAY:

Sí, solo... que...

¿Qué sucedió después?

ELLIS JACOBS:

Dijo que Darren le había "hecho algo" a su hermana pequeña y que él lastimaba a los niños, y que esa era la razón por la que lo estaba buscando.

WEST McCRAY:

¿A qué se refería?

ELLIS JACOBS:

Jamás lo dijo. Le dije que debería llamar a la policía, dejar que ellos se encargaran, si él era tan malo... Discutimos por eso.

WEST McCRAY:

¿No quería llamar a la policía?

ELLIS JACOBS:

No quería hacerlo. Dio a entender que quería asegurarse de que él estuviese allí primero y que luego llamaría a la policía... Pero tenía que estar presente porque luego de todo lo que la había hecho pasar, necesitaba ver cómo sucedía.

WEST McCRAY:

¿Qué hizo usted?

ELLIS JACOBS:

Vendé su brazo... Quiero decir, lo hice lo mejor que pude, lo cual no es mucho, y luego la envié de regreso.

WEST McCRAY:

La envié hacia él.

Sabía en dónde estaba.

ELLIS JACOBS:

Sí.

WEST McCRAY:

Por favor, dígame que llamó a la policía después.

ELLIS JACOBS:

No los llamé.

WEST McCRAY:

¿Por qué no habría de llamar a la policía? ¿Por qué me habla a mí y no a la policía?

ELLIS JACOBS:

Porque estaba... Porque ¡no lo sé! Porque si los enviaba a Darren, y ella se equivocaba, ¡hubiera traicionado a un tipo que fue bueno conmigo! ¡No puedo volver atrás! Pero si ella iba y los llamaba por su cuenta, y él era realmente culpable, entonces todo saldría bien de todas formas. No lo sabía, ¡no lo sé, amigo! No parecía real, ¿sabes a lo que me refiero? Solo quería olvidarlo. Pero luego Joe me dijo que estabas buscando a una chica desaparecida llamada Sadie y recordé esa etiqueta... No lo sé.

WEST McCRAY:

Dios mío, Ellis.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Farfield, Colorado, queda a cinco días de Langford. Cuando termino de hablar con Ellis, me preparo para conducir hasta allí, pero me detiene el pensamiento de Sadie, moviéndose incansablemente de un lado a otro, de luto, sintiéndose culpable, exhausta y herida. Es difícil pensar en imaginar a alguien tan vulnerable y solo. Es difícil pensar en ella, tan vulnerable y tan sola.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

No creo que pueda hacerlo.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Sí, claro que puedes. Pero dime por qué crees que no.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Cuando Keith estaba en sus vidas, Mattie tenía casi la misma edad que mi... que mi hija. Y Sadie solo tenía once. Él las abusaba y ellas eran... ellas eran solo niñas, ¿lo entiendes?

¿Quién le hace eso a un niño?

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Has dormido algo?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Sí.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Mentiroso.

WEST McCRAY:

Llego a Fairfield a las siete de la mañana. Ellis me dijo el último lugar en el que sabía que estaba Keith, la misma dirección que le había dado a Sadie. Cuando llego a esa casa, no espero a las nueve para llamar a la puerta principal.

[SONIDO DE PASOS, SONIDO DE GOLPES DE LA PUERTA]

[SONIDO DE UNA PUERTA QUE SE ABRE]

VOZ FEMENINA:

¿Puedo ayudarlo?

WEST McCRAY:

Hola, soy West McCray. Soy un periodista de WNRK y estoy buscando a una chica desaparecida. Tengo razones para creer que ella estuvo en esta área, en su casa, de hecho. Le agradecería realmente si pudiera darme un poco de su tiempo y me dejara hacerle algunas preguntas.

VOZ FEMENINA:

No sé nada sobre una chica desaparecida.

WEST McCRAY:

Esto habría sido hace unos meses...

VOZ FEMENINA:

Eh, mire, acabo de llegar de mi trabajo y estoy muy cansada, es muy temprano... pero tal vez usted podría...

WEST McCRAY:

Espere, solamente necesito... solo un... ¿conoce a este hombre?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Le enseñé la fotografía de Keith. Darren.

VOZ FEMENINA:

Ay, Dios mío.

WEST McCRAY:

Entonces, ¿lo conoce? ¿Él está aquí ahora? ¿Estuvo aquí?

VOZ FEMENINA:

No. Sí, quiero decir... estuvo aquí. Pero...

WEST McCRAY:

¿En dónde está ahora?

VOZ FEMENINA:

Bueno, él está... Está muerto.

NIÑA PEQUEÑA:

¿Mami?

LAS CHICAS

EPISODIO 8

[CANCIÓN DE APERTURA DE LAS CHICAS]

ANUNCIANTE:

Las Chicas es traído a ustedes por VR YA.

WEST McCRAY:

Ha pasado un año desde que aparecí en el umbral de la puerta de Amanda y ella me dijo que Keith estaba muerto. Las palabras que salieron de mi boca fueron: "Creo que deberíamos llamar a la policía". Desde entonces he estado compilando las piezas de todo lo que quedó, mientras intento unirlo de una forma que pueda entenderlo. Amanda acepta verme para contarme lo que sucedió ese día. Es una mujer blanca de unos treinta años, madre de una pequeña. Me pidió de no revele su apellido.

AMANDA:

No sé por dónde comenzar.

WEST McCRAY:

¿Cómo se conocieron?

AMANDA:

Venía al lugar en donde trabajaba en ese entonces.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Amanda ya no vive en Fairfield. Vive en una nueva ciudad, de otro estado. Está intentando dejar atrás la relación que tuvo con Christopher, el nombre que Keith usaba en ese tiempo. No le ha resultado fácil, todo lo que pasó allí aún la persigue y le está resultando difícil superarlo.

WEST McCRAY:

Usted trabajaba en un bar.

AMANDA:

Sí. Él apareció una noche, y luego otra. Era amable y atento. No bebía, simplemente cenaba.

Continuó viniendo. Había algo en él, sentí que podía hablarle, y sentí que lo que fuera que dijera, él me entendía. Soy madre soltera y es difícil encontrar a personas... Se me hace difícil encontrar personas dispuestas a escuchar.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Tiene una hija.

AMANDA:

[PAUSA] Sí.

WEST McCRAY:

¿Cuántos años tenía su hija en ese momento?

AMANDA:

Apenas había cumplido los diez.

WEST McCRAY:

¿Durante cuánto tiempo lo conoció antes de que se mudara a su casa?

AMANDA:

Cerca de un mes y medio. Christopher estaba allí en todos mis turnos y en cada uno de mis descansos. Mis días libres. Estaba... pensé que estaba enamorada de él y recuerdo haber pensado que era ridícula por sentirme de esa forma, al mismo tiempo que me preguntaba por qué no podría pasarme algo bueno.

Si hubiera sabido que traerlo a casa... Si hubiera sabido qué estaba trayendo a casa... Mi hija jamás dijo nada. Nunca me dijo que algo andaba mal. Usted pensará que como su madre debería haberlo sabido. Usted creería que yo...

WEST McCRAY:

Elegía a madres solteras con hijas pequeñas, mujeres que estuvieran solas y que velaran por más de lo que les correspondía. Se aprovechaba de ellas tanto como de sus pequeñas. No puede culparse.

AMANDA:

Lo sé, pero saberlo y...

Saberlo y creerlo, son dos cosas diferentes. **[PAUSA]** No tenía empleo. En cualquier otra ocasión eso hubiera sido una advertencia para mí, pero él era tan bueno y amable con mi hija que pensé que sería bueno para ella tener a alguien más en casa de vez en cuando, alguien que, en ese momento, parecía que le agradaba. Realmente... realmente creí que sería bueno para ella.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

La hija de Amanda ahora asiste a terapia. Dos veces por semana.

AMANDA:

Así que yo trabajaba y él se quedaba en casa. Con ella.

WEST McCRAY:

Cuénteme cómo murió.

AMANDA:

Una de las chicas del bar me pidió que cambiáramos de turno, así que ingresé un poco más temprano y regresé a casa antes de lo usual. Al llegar, mi hija estaba sola y él no estaba. Ella me dijo que había ido a la librería y que cuando regresó, él se había marchado. Me puse completamente furiosa porque no quería que ella estuviera sola en casa, porque pensaba que eso era... **[RISAS]**. No pensaba que fuera segu... Lo siento.

WEST McCRAY:

Tómese su tiempo.

AMANDA:

Como sea, esa noche él llegó alrededor de las nueve. Se veía terrible. Estaba... sucio. Simplemente asqueroso. Estaba pálido, temblaba y se reclinaba sobre su lado izquierdo. Estaba aterrada. No podía creer lo que veía.

WEST McCRAY:

¿Qué sucedió luego?

AMANDA:

Me dijo que lo habían asaltado. Dijo... "Me atacaron, se llevaron todo mi dinero y me llevaron a dar una vuelta". Nunca dijo *quiénes* habían sido y cuando le pregunté, me dio pocos detalles. Estaba adolorido, eso sí, y le había ocurrido algo, todo eso era cierto.

WEST McCRAY:

No fueron a la policía.

AMANDA:

Quería hacerlo. Le rogué. Pero se negó. Le dije que al menos deberíamos ir al hospital para que lo revisaran, porque evidentemente estaba herido. Fue firme cuando dijo que estaba bien, solo un poco adolorido y que necesitaba dormir. Para probarlo se sentó a la mesa y cenó conmigo, luego se dio una ducha y fue a la cama. Estaba vivo. A la mañana siguiente fui a verlo y dijo que estaba bien, que solo quería dormir. Llevé a mi hija a la casa de una amiga a pasar el día y la noche, para que Christopher pudiera descansar. Y fui a trabajar. Cuando llegué a casa, cerca de la medianoche, lo encontré inconsciente, todavía en la cama. Llamé al 911.

WEST McCRAY:

Intentó, sin éxito, curarse una puñalada en el costado izquierdo. Se infectó. Murió unos días después en el hospital por una septicemia.

AMANDA:

Cuando falleció, estaba completamente devastada y fuera de mí. No sabía a quién contactar, no podía pagar un funeral. Él jamás había mencionado a una familia... Así que revisé sus pertenencias.

Encontré... en su billetera... Tenía dinero en ella. Eso me descolocó porque me había dicho que "ellos" se lo habían llevado. Los ladrones. Encontré una identificación en su camioneta. Mostraba otro nombre. No era Christopher.

WEST McCRAY:

Jack Hersh.

AMANDA:

No lo comprendía, pero logré localizar a sus padres, Marcia y Tyler. Habían estado alejados desde que Chris... Jack tenía dieciocho. Vinieron e identificaron el cuerpo, lo reclamaron luego de que la policía lo liberara y yo me quedé con este... dolor por un hombre que creía haber conocido y el impacto de no haberlo hecho en absoluto.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Antes de que Jack Hersh fuera Keith, Darren o Christopher, vivió en Allensberg, Kansas. Luego de la preparatoria se mudó, como la mayoría.

Nadie volvió a saber de él, pero lo recordaban.

Los residentes de Allensberg describieron a Jack como escalofriante y solitario. Sus padres eran cristianos devotos que no se relacionaban con nadie. Sin embargo, había rumores de que las cosas no iban muy bien puertas adentro, que el padre de Jack bebía mucho y tenía mal temperamento.

Sus padres se negaron a hablar conmigo.

Hubo un incidente cuando Jack tenía doce: se exhibió a un grupo de niñas de la escuela primaria.

Marlee Singer tenía diez años cuando su hermano, Silas Baker, se convirtió en el mejor amigo de Jack. Ambos tenían diecisiete años. Sucedió de repente, aparentemente sin explicación.

MARLEE SINGER [TELÉFONO]:

Creo que se sintieron identificados el uno con el otro.

WEST McCRAY:

Marlee finalmente accedió a hablar conmigo.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Usted conocía a Jack mucho antes de haberse involucrado románticamente con él. Usted envió a Sadie hacia su hermano, a encontrar a ese hombre, incluso cuando sabía, o al menos sospecha, que ambos compartían esta predilección, ¿verdad? Así que mi única pregunta ahora para usted, Marlee, es: *¿por qué?*

¿Por qué la envió hacia ellos y por qué me mintió?

MARLEE SINGER [TELÉFONO]:

Porque si hubiera visto su mirada, sabría que nada iba a detenerla. Y jamás... Jamás he sido capaz de enfrentar a mi hermano. No se lo dije cuando vino a verme porque tenía miedo y sentía que tenía algo que perder.

[NIÑO LLORANDO EN EL FONDO]

AMANDA:

Cuando Jack murió, mi hija... me dio la sensación de que ella no estaba lo suficientemente apenada. Pensé que los niños procesan ese tipo de cosas de otra manera. Pero ahora lo sé.

Se sentía liberada.

WEST McCRAY:

¿Qué pasó cuando llegué a su casa?

AMANDA:

Llamamos a la policía.

WEST McCRAY:

Mientras esperábamos, le mostré una fotografía de Sadie por si había estado en contacto con ella sin saberlo.

AMANDA:

Mi hija estaba allí, entre los dos, y dijo: "Yo la vi".

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Luego de recordar lo mejor que pudo, la hija de Amanda nos contó que Sadie había aparecido la misma tarde que Jack dijo que lo asaltaron. La historia sobre su encuentro fue inquietante.

AMANDA:

Dijo que Sadie intentó... ¿llevársela? Sujetó a mi hija del brazo, y quería que partieran juntas. Cuando mi pequeña no quiso, ella le dio dinero para comprar libros. En esa época mi hija leía ávidamente, siempre estaba en la tienda de libros usados. Usted dijo que Sadie podría haber querido llevarse a mi hija de la casa para salvarla.

WEST McCRAY:

Eso es lo que quiero creer.

AMANDA:

Cuando le pregunté a mi hija por qué no me había hablado de Sadie, ella rompió a llorar. Dijo que sabía que yo ya tenía suficiente de qué preocuparme, y que no quería molestarte. Descubrí más tarde que eso era algo que Jack solía decirle en numerosas ocasiones, para mantenerla callada. Que si ella venía a mí y me contaba que algo andaba mal, yo me pondría furiosa con ella...

Me alegra que esté muerto.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

La declaración de la hija de Amanda nos ayudó a localizar a Sadie en la misma zona y tiempo en que Jack Hersh fue atacado. Llamé a Danny esa misma noche.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

¿Cómo está yendo?

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Acabo de decirle a una madre que hay grandes probabilidades de que su hija haya sido abusada sexualmente por un hombre al que ella dejó entrar a su casa. Ella... gritó, Danny. No podría describirte el sonido.

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Lo lamento, amigo.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Le dije lo que sabía al Departamento de Policía de Fairfield. Querían revisar todo mi material, tengo copias, pero...

DANNY GILCHRIST [TELÉFONO]:

Dales lo que quieren, y tómate el tiempo que necesites.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Es que... ¿En dónde está Sadie, Danny? Si se encontraron, y él escapó... Al menos hasta que se le volvió en contra, ¿dónde está ella?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Luego de mi entrevista con el Departamento de Policía de Fairfield, me dirigí a Cold Creek a explicarles todo lo que pasó... Todo lo que sabía y todo lo que no sabía a May Beth y Claire.

MAY BETH FOSTER:

Oh, Sadie. Oh, mi niña.

CLAIRE SOUTHERN:

Entonces, ¿dónde está?

WEST McCRAY:

No lo sé, Claire.

CLAIRE SOUTHERN:

Esa no es una respuesta.

WEST McCRAY:

No sé qué pasó con Sadie luego de que llegara a la casa de Jack en Farfield. No sé a dónde fue. Jack estaba allí cuando llegó. Creo que podemos asumir que se encontraron. No sé qué ocurrió luego. Debieron de dejar la casa en algún momento. Jack regresó. Sadie no. Su automóvil fue abandonado en un camino de tierra. Él murió. Ella continúa desaparecida. La policía está investigando. Es todo lo que sé.

CLAIRE SOUTHERN:

No. May Beth dijo que usted la encontraría. May Beth dijo que ese era el punto de todo, que por eso estaba *aquí*. Se supone que debía encontrarla...

WEST McCRAY:

Lo intenté.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Qué quiere decir? ¿Se está rindiendo? Cree que ya no hay nadie allí fuera a quien seguir buscando, ¿es eso?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

En ese momento, mi mente daba vueltas sobre el estado en que describieron que Jack regresó a su casa: sucio, dolorido, herido y luego muerto. Creía que se había producido un enfrentamiento entre él y Sadie.

Quería creer que Sadie sobrevivió.

Pero no podía decirlo con seguridad.

WEST McCRAY [A CLAIRE]:

Tengo que revisar todo lo que tengo y descifrar en dónde nos deja parados. Regreso a Nueva York.

CLAIRE SOUTHERN:

Claro que lo hará.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

El viaje de regreso a la ciudad fue pesado.

Pasé el fin de semana con mi hija, quien pudo notar que algo andaba mal. No quería tenerla un segundo fuera de mi vista, pero a la vez me resultaba muy difícil mirarla. Me sentía inquieto e imprudente como imagino que lo estaba Sadie en ese momento. Era como si necesitara correr, volver a la carretera, conducir hasta terminar con mi propósito. Se suponía que yo la encontraría y la llevaría de vuelta a casa con May Beth y su madre. A penas lograba soportar el fracaso que haber detenido la búsqueda parecía significar. Se sentía demasiado definitivo. Pero estaba en una posición en la que lo único que podía hacer era rever lo que ya tenía y esperar por lo que aconteciera a continuación... lo que fuera.

DANNY GILCHRIST:

Bien, suponiendo que realmente se cruzaron, ¿qué crees que ocurrió entre ellos?

WEST McCRAY:

Creo que se vieron. Sadie estaba por acabar con la vida de Jack y todo fue cuesta abajo desde allí. Pero por la forma en que Amanda lo describió cuando regresó a su casa, pareciera que no ocurrió sin una pelea. Estoy seguro de que su herida fue un acto de autodefensa... que le hizo ella. Amanda no mencionó que faltara alguna cosa en la casa, tampoco signos de violencia. Creo que todo sucedió en el lugar del que Jack regresó.

DANNY GILCHRIST:

¿Tal vez en donde encontraron el automóvil?

WEST McCRAY:

Posiblemente. Si Sadie no lo condujo hasta allí por su cuenta, Jack podría haberlo hecho.

DANNY GILCHRIST:

Si fue Jack el que lo condujo hasta ese punto, ¿qué implicaría eso sobre Sadie?

WEST McCRAY:

¿Me preguntas si creo que él la mató, abandonó su automóvil en un camino de tierra y logró llegar a casa antes de morir?

DANNY GILCHRIST:

Sí, creo que sí.

WEST McCRAY:

Pregúntame otra cosa.

DANNY GILCHRIST:

Crees que él mató a Mattie, ¿cierto?

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Si he aprendido alguna cosa de Sadie Hunter, es que ella casi era un jugador secundario en su propia vida. Vivía por Mattie, vivía para amar, cuidar y proteger a su hermana menor, con cada aliento.

Es probable que Jack abusara de Sadie, pero me cuesta aceptar que solo eso la motivara a perseguirlo de la manera implacable que lo hizo. Y, no sé cómo supo que Jack era el responsable de la muerte de Mattie, pero así se lo dijo a Ellis en El Pájaro Azul: “él le hizo algo a mi hermana”.

Y si ese fuera el caso, ¿por qué Jack regresó a Cold Creek? ¿Fue siempre ese su plan? ¿Regresar años más tarde para encontrar a Mattie y llevársela lejos de su familia... para siempre?

Estas cosas no me dejan dormir por las noches.

[TELÉFONO SONANDO]

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

West McCray.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Habla May Beth.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Qué bueno es oír tu voz. ¿Qué ocurre?

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

El ADN de la escena del crimen de Mattie coincidió con el de Jack.

DETECTIVE SHEILA GUTIÉRREZ:

El Departamento de Policía de Fairfield, en conjunto con el Departamento de Policía de Allensberg más la ayuda del FBI fueron capaces de cotejar la evidencia de ADN de la escena del crimen que coincidió una muestra que teníamos de Jack, de un delito anterior: un robo. Estaba en la base de datos estatal. Norah Stackett también confirmó que el camión en el que vio subirse a Mattie era de él. Continuamos buscando a la señorita Hunter. La investigación está en curso, por lo que, si alguien tiene alguna información sobre Jack Hersh o Sadie Hunter, le pedimos que nos llame al 555-3592.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Iré hasta allá.

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

No... no. Está bien. Por favor, no.

WEST McCRAY [TELÉFONO]:

Realmente quisiera hablar con usted...

MAY BETH FOSTER [TELÉFONO]:

Estoy segura de que hablaremos nuevamente. Pero ahora, en este momento, necesitamos un poco de tiempo.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Así que les di tiempo.

Mucho tiempo. Pasé el invierno y la primavera trabajando en el programa y cuando no hacía eso, seguía con mi trabajo para *Siempre ahí fuera*. La historia de Sadie comienza a tomar forma, avanza hacia... Bueno, ese es el problema. Aún no sé a qué final. Le pregunto a May Beth si ella y Claire estarían dispuestas a hablar para descifrarlo. Para ese entonces, ya estamos en junio.

Acceden.

Es algo poético, llegar a Cold Creek un año después de que Sadie partiera por primera vez. Así se debía de ver todo cuando puso un pie fuera de ese tráiler y dijo adiós a lo que quedaba de su vida sin Mattie. Los canteros están florecidos y, para mi sorpresa, Claire aún vive con May Beth. Ayuda a administrar Sparkling Rivers Estates a cambio de su habitación. Y todavía está limpia de drogas.

MAY BETH FOSTER:

No lo sé. No siempre es fácil, a veces solo quiero... A veces no la soporto y sé que a veces ella no puede soportarme a mí. Pero siento que es lo correcto. Si quiere quedarse, supongo que quiero dejarla.

WEST McCRAY:

¿Cómo están?

MAY BETH FOSTER:

Depende el momento. **[PAUSA]** La mayor parte del tiempo estoy enojada con mucha gente, por muchas razones... En principio conmigo misma por como fallé en verlo... y a veces eso es lo único que me hace salir de mi cama.

WEST McCRAY:

Lo lamento.

MAY BETH FOSTER:

¿Y usted está terminando con la historia? Supongo que esto es todo, ¿eh?

WEST McCRAY:

No del todo. Pero creo que, si nada nuevo sucede, el próximo paso es comenzar a contar la

historia de Sadie. Me gustaría que el mundo tenga el privilegio de conocerla, como lo tuve yo cuando usted me habló de ella.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

May Beth lo intenta, pero al final no puede contener las lágrimas.

MAY BETH FOSTER:

Claire está dentro. Hablará con usted.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

May Beth insiste en que me quede para la cena y va a la tienda para comprar comestibles, me deja solo con Claire para que podamos hablar.

El interior de la casa de May Beth se ve exactamente como se veía cuando estuve aquí por primera vez, hace tantos meses. Es como retroceder en el tiempo, a nuestra primera reunión, mientras estudiábamos detenidamente el álbum de fotos de Sadie y Mattie. Hasta que llegamos a la página con la fotografía perdida.

Claire está de brazos cruzados frente al fregadero de la cocina. Se ve más y menos segura de sí misma desde la última vez que hablamos. Nos quedamos en silencio durante un momento, como si ambos tuviéramos la esperanza de que Sadie apareciera milagrosamente, por el camino, interrumpiendo la narrativa por última vez.

WEST McCRAY:

¿Dónde cree que esté?

CLAIRE SOUTHERN:

L.A.

Es una broma.

WEST McCRAY:

Me sorprende que se haya quedado por aquí.

CLAIRE SOUTHERN:

También a mí.

¿Pero sabe en qué es en lo que sigo pensando?

WEST McCRAY:

¿En qué?

CLAIRE SOUTHERN:

Tiñó su cabello de rubio.

Lo tenía de color castaño. Lucía igual que mi madre, eso no me gustaba. Era demasiado para mí.

A veces pienso que nada me gustaría más que largarme de este lugar, y que soy la última de las personas en este mundo que merecería verla si regresa. Pero luego pienso: *tiñó su cabello de rubio* y ese era el color de Mattie, pero también el mío. Y si algo de lo que hizo tiene que ver, aunque sea un poco conmigo, siento que debería quedarme aquí, por si acaso.

Por si acaso ella quiere venir a casa, conmigo.

Solo en caso de que sea capaz de hacerlo.

WEST McCRAY:

Eso espero...

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

Eso espero.

CLAIRE SOUTHERN:

¿Ha pensado cómo llamará al programa?

WEST McCRAY:

Estaba pensando en algo como *Sadie & Mattie*. ¿Tiene alguna otra idea?

CLAIRE SOUTHERN:

Creo que debería llamarlo *Las Chicas*. Y creo que debería llamarlo así por cada una de las chicas que, supongo, Sadie debió de haber salvado.

Lo llamas *Las Chicas* y te aseguras de que las personas que lo escuchan sepan que Sadie amó a Mattie con todo lo que tenía. Que sepan que amaba tanto a Mattie, que convirtió a su amor en esto.

WEST McCRAY [ESTUDIO]:

A menudo pienso sobre lo que Claire dijo en el huerto de manzanas de Cold Creek. Cómo me preguntó por qué estaba buscando a Sadie, le dije que tenía una hija porque sentí que era la cosa más noble y altruista que podía ofrecerle en ese momento.

Con mucha razón, Claire se enfadó conmigo por utilizar a mi hija como una razón para ver el dolor y el sufrimiento en su mundo, y como una excusa a mi torpe intento de arreglarlo.

Pero le mentía.

Le dije a Danny que no quería la historia porque no pensaba que era la indicada, y eso también fue una mentira. Tampoco sé bien cuál es la verdad. No quise la historia porque estaba asustado. Estaba asustado de lo que no podría encontrar y asustado de lo que sí.

Aún lo estoy.

Aunque nunca pude conocer a Sadie Hunter en persona, siento que pude hacerlo de una manera pequeña pero significativa. Veinte años atrás, ella nació y fue puesta en los brazos de su madre, seis años después su hermana Mattie fue puesta en los suyos, y todo su mundo cobró vida.

Sadie encontró un propósito en Mattie, un lugar en donde depositar su amor. Pero el amor es complicado y desastroso. Puede inspirar abnegación, egoísmo, nuestros más grandes logros y nuestros peores errores. Nos une y puede separarnos fácilmente.

Puede movilizarlos.

Cuando Sadie perdió a Mattie, su amor la movilizó a dejar su casa de Cold Creek, a echarse encima la soledad y el dolor de miles de kilómetros, todo por encontrar al asesino de su hermana y hacer que el mundo vuelva a estar bien, incluso, posiblemente, a costa de ella misma. Tal vez nunca sepamos con exactitud lo que sucedió entre Sadie y Jack, pero sé lo que quiero creer. Y en esta conclusión, es el amor de Sadie por su hermana lo que prevalece para llenar esos agujeros hasta que, si... cuando Sadie regrese, pueda contarnos esta historia con sus propias palabras.

Y Sadie, si estás ahí fuera, por favor házmelo saber.

Porque no puedo aceptar la muerte de otra chica.

AGRADECIMIENTOS

A Sara Goodman, una experta en las probabilidades y el potencial de las palabras, cuyas ediciones precisas, inteligentes y a conciencia siempre revelan el corazón de mis libros y me hacen una mejor escritora. Y a Amy Tipton, cuyo entusiasmo incansable, paciencia infinita y *sincronización* perfecta nunca fallan en mantenerme activa e inspirada. Han respaldado mi trabajo por diez años y no solo son realmente excelentes en lo que hacen, sino que también son buenas personas. Es un honor y un privilegio conocerlas y trabajar con ellas.

A todo el equipo de *Wednesday Book*, pasado y presente. Es un honor tenerlos apoyando tan fuertemente a *Sadie*. Jennifer Enderlin. John Sargent. Anne Marie Tallberg. Brant Janeway.

Brittani Hilles, Karen Masnica, DJ DeSmyter y Meghan Harrington. Son un equipo soñado. A Kerri Rasnick y Agata Wierzbicka, por esta hermosa portada y a Anna Gorovoy por el diseño interior. A Lena Shekhter. Lauren Hougen y Naná V. Stoelzle, por su atención a los detalles. Talia Sherer, Anne Spieth y a todo el marketing de biblioteca. Ventas. Macmillan Audio. Servicios creativos. Jennie Conway. Alicia Adkins-Clancy. Vicki Lame. Eileen Rothschild. Lisa Marie Pompillo. Su pasión y voluntad no tiene igual.

Ellen Pepus y Taryn Fagerness, por su trabajo estelar detrás de escena.

Dustin Wells cuyo aporte fue vital para fortalecer este manuscrito. Le agradezco su tiempo y sus devoluciones invaluablees.

A Lori Thibert, Emily Hainsworth, Tiffany Schmidt y Nova Ren Suma por su fe en mí, sus devoluciones y, por sobre todas las cosas, su amistad, que hizo la diferencia durante este libro. Me alegra mucho tenerlos en mi vida.

Agradezco los comentarios, el apoyo, la amistad y la amabilidad de estos buenos corazones: Leila Austen, Alexis Bass, Lindsey Culli, Somaiya Daud, Laurie Devore, Debra Driza, Maurene Goo, Kris Halbrook, Kate Hart, Kody Keplinger, Michelle Kryz, Steph Kuehn, Amy Lukavics, Samantha Mabry, Phoebe North, Veronica Roth, Stephanie Sinkhorn, Kara Thomas and Kaitlin Ward. Brandy Colbert. Sarah Enni. Kirsten Hubbard. Damon Ford [ash]. [Veroni] Kelly Jensen. ~*Whitney Crispell, Kim Hutt Mayhew, Baz Ramos y Samantha Seals. Carolyn Martin Susanne y Meghan Hopkins. Meredith Galemore. Brian Williams. Will y Annika Klein. Nunca podría haber finalizado *Sadie* sin ellos.

A Somaiya Daud y Veronica Roth, por su sabiduría y su sentido del humor travieso.

Gracias a mis lectores, a los librereros, bibliotecarios, educadores, blogueros, vloggers y ‘grammers que han encontrado un lugar para mis libros en sus corazones y sus estantes. Son una parte inmensa de por qué soy capaz de hacer lo que amo y de por qué amo lo que hago.

A mi mejor amiga Lori Thibert, otra vez y siempre. Una de las mejores y más talentosas personas que conozco. No puedo imaginarme nada de esto sin su amistad. He aprendido tanto de ella y mi mayor aspiración para transitar la vida es hacerlo con su misma gracia, gentileza, humor, generosidad y astucia.

Y, por último, pero jamás menos importante, a mi familia inmediata y a la extendida, de Canadá a Estados Unidos, quien me ama, impulsa y cree en mí incondicionalmente. Mi mamá, Susan Summers, cuya fuerza, ingenuidad y sentido del asombro son solo tres de las grandezas que posee y la hacen mi heroína. A mis abuelas, Marion LaVallee y Lucy Summers, dos damas imparables, fuertes y cariñosas. A mi hermana mayor, Megan Gunter, por las galletas más duras y a quien nunca dejaré de admirar. A mi cuñado, Jarrad Gunter, el de los pensamientos más afilados, y a mi sobrina, Cosima, quien cada día ejemplifica lo mejor de sus padres. Amo y extraño a David Summers, Ken LaVallee, Bob Summers y Bruce Gunter, pero todo lo que he aprendido de ellos

constituye una pequeña parte de la escritora que soy hoy en día.
Gracias.



- Título original: *Sadie*
- Dirección editorial: Marcela Luza
- Edición: Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo
- Coordinación de diseño: Marianela Acuña
- Diseño de interior: Julián Balangero
- Diseño de tapa: Kerri Resnick
- Ilustración de tapa: Agata Wierzbicka
- Armado de ebook: Tomás Caramella

© 2018 Courtney Summers

© 2019 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Publicado en su idioma original por Wednesday Books, un sello de St. Martin's Press.

Los derechos de traducción fueron gestionados por Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:

San Martín 969 piso 10 (C1004AAS)
Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 5352-9444
y rotativas
e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO:

Dakota 274, Colonia Nápoles, CP 03810,
Del. Benito Juárez, Ciudad de México
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621
01800-543-4995
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN: 978-987-747-542-5

Junio de 2019

Summers, Courtney

Sadie / Courtney Summers. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Ana María Perez.

ISBN 978-987-747-542-5

1. Narrativa Juvenil Estadounidense. 2. Novelas de Suspenso. I. Perez, Ana María, trad. II. Título.

CDD 813.9282

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a vrya@vreditoras.com
con el título de este libro en el asunto.

Encuétranos en

 facebook.com/vreditorasya

 twitter.com/vreditorasya

 instagram.com/vreditorasya

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag

#Sadie





Fotografía: Megan Gunter

courtney summers

Nació en Belleville, Ontario en 1986. A los catorce abandonó la secundaria para educarse de manera independiente y a los dieciocho años escribió su primera novela: *Cracked Up to Be*, que fue publicada en 2008 y ganó el premio CYBIL a la literatura juvenil en 2009.

Tras eso, escribió cuatro novelas multipremiadas más. Entre ellas *Sadie*, que fue best seller de The New York Times al día siguiente de su lanzamiento. En todas sus obras destacan sus protagonistas irreverentes, fuertes y complejas.

¡Visítala!

www.courtneysummers.ca

Como tantas otras historias,
esta comienza
con una chica muerta...

El mundo de Sadie se desmorona cuando su hermana menor es brutalmente asesinada. Pero no piensa quedarse de brazos cruzados. Ella vengará a Mattie. Ella hará que quien le arrebató la vida lo pague.

Así que cuando la policía da el caso por perdido, la joven se fuga de su hogar siguiendo un par de pistas que podrían guiarla hasta el asesino.

Mientras tanto, un locutor famoso se obsesiona con la desaparición de Sadie y comienza a investigar el caso en su podcast "Las chicas". En él intenta comprender qué ocurrió con ella y si su ausencia está vinculada al crimen de Mattie, con la esperanza de resolver el misterio que la envuelve antes de que sea demasiado tarde.

**Un relato cruento y desgarrador
que te mantendrá atrapado hasta
la última página.**



ENCUÉNTRANOS EN

Argentina:

facebook.com/VREditorasYA
twitter.com/vreditorasya
instagram.com/vreditorasya

México:

facebook.com/vryamexico
twitter.com/vreditorasya
instagram.com/vreditorasya